LA GNOSIS EGIPCIA ORIGINAL

Y SU LLAMADA EN EL ETERNO PRESENTE

DIFUNDIDA Y EXPLICADA DE NUEVO

SEGÚN

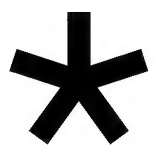
LA TABLA ESMERALDA Y EL CORPUS HERMETICUM

DE

HERMES TRISMEGISTOS

por

J. VAN RIJCKENBORGH



SEGUNDO TOMO

2002

ROZEKRUIS PERS – HAARLEM – HOLANDA

Traducido del neerlandés

Título original:
DE EGYPTISCHE OERGNOSIS
EN HAAR ROEP IN HET
EEUWIGE UN

Escuela Internacional de la Rosacruz
Áurea
Lectorium Rosicrucianum
Sede Central
Bakenessergracht 11 – 15 – Haarlem
– Holanda

ISBN

CONTRAPORTADA

LA GNOSIS EGIPCIA ORIGINAL II

'He llamado a mi hijo de Egipto'

Con este segundo tomo de la Gnosis Egipcia Original y su llamada en el eterno presente, de J. van Rijckenborgh, la Escuela Espiritual de la Rosacruz Áurea, que actúa bajo el nombre de Lectorium Rosicrucianum, se dirige de nuevo a todos los que en nuestros días aún tienen oídos para oír, a los que buscan profundamente la palabra viva que expande la luz liberadora en las tinieblas actuales y que aporta una solución para el desarrollo de la conciencia.

Su meta no se encuentra en la multiplicidad de las diferentes enseñanzas que provienen de las autoridades exteriores, pues ella sólo puede revelarse en lo más profundo del corazón humano. En él se encuentra latente el poder original del hombre, el núcleo que si es despertado puede proporcionarle la capacidad para reconocer la palabra viva de la verdad y recibirla. Sólo así podrá recorrer el camino liberador que le eleve por encima del miedo, las tinieblas y la muerte.

Cualquier buscador que desee profundizar en la enseñanza de Hermes Trismegistos, reconocerá en esta llamada de la Gnosis Egipcia Original la voz de la Patria Universal.

ISBN

ÍNDICE

La Madre Original

PRÓLOGO

Hombre, ¿quién eres? ¿De dónde vienes? ¿Adónde vas?

Desde el principio de la aparición del hombre en el campo de vida dialéctico*, la misteriosa esfinge plantea estas profundas preguntas a todos los viajeros que yerran por el desierto de la vida terrestre siguiendo el interminable y engañoso sendero. La contestación a estas preguntas determina de forma crucial la conciencia, la orientación y la conducta en la vida.

La humanidad, privada del verdadero conocimiento vivo y directo, del conocimiento que procede de la única fuente del ser y de la única meta verdadera de nuestra existencia, está condenada a perecer constantemente en las tinieblas, el sufrimiento y la muerte, debido a su ceguera, ilusión e impostura.

Con el fin de mostrar el camino del conocimiento liberador a la multitud que busca desesperadamente una salida, en la dolorosa y amenazadora crisis que acompaña el final del actual Día Cósmico, la Gnosis alza de nuevo su voz y hace resonar con gran fuerza la llamada del comienzo. Anuncia de nuevo, desde la viva realidad divina, el noble origen y la sublime vocación del hombre e indica, a quienes aún tienen oídos para oír, la antiquísima vía de salvación que también ha sido abierta, en nuestra época, para todos los hombres de buena voluntad.

Quienes, conmovidos en lo más profundo de su corazón por la confusión autocreada en la que sucumben de nuevo el mundo y la humanidad, reconocen interiormente la necesidad de un inmediato

---

* Ver glosario.

cambio fundamental al que se sienten llamados, percibirán con alegría y agradecimiento la radiante luz del camino que conduce a la verdad y a la vida en la profunda sabiduría de la Gnosis Egipcia Original, así como lo absoluto de su exigencia.

La Joven Fraternidad Gnóstica realiza para ellos su trabajo en este mundo y les ofrece esta publicación para que puedan aproximarse lo más cerca posible al espíritu del alumnado gnóstico y experimentar un anticipo de la gracia de este camino.

¡Qué un número de hombres cada vez mayor pueda captar la llamada de la Gnosis mientras esto sea posible, y que así pueda responder positivamente para su salvación eterna y la de toda la humanidad!

Jan van Rijckenborgh

La Madre Original

La Madre Original

La madre del mundo, o Madre Original, sentada en forma de estrella de cinco puntas en medio de las constelaciones siderales existentes, acoge el fuego del Padre, el séptuple fuego del espíritu.

Gracias al intercambio armonioso entre la cabeza y el corazón de la Madre Original, la luz astral irradia sobre la cabeza y el corazón cubriéndolos y haciendo que de su seno brote un manantial de agua viva, la corriente que fluye eternamente.

De esta forma, por la simiente del Padre, la Madre engendra una descendencia, el Hijo, una realidad viva. El plan de creación del Padre se manifiesta por la fuerza de la Madre.

En el comienzo era la Palabra,
la Palabra era Dios,
y Dios era la Palabra.
La luz brilla en las tinieblas.

I

Tercer Libro

El mayor mal de los hombres es que no conocen a Dios

1. *¿Hacia dónde corréis, oh hombres, ofuscados por haberos embriagado con palabras vacías de Gnosis, con palabras de total ignorancia, a las que ya no soportáis y vomitáis?*

2. *¡Deteneos, volveos sobrios: mirad de nuevo con los ojos del corazón! Y si no todos podéis, al menos los que seáis capaces. Pues el azote de la ignorancia cubre toda la Tierra, abate al alma que está prisionera del cuerpo y le impide entrar en el puerto de la salvación.*

3. *No os dejéis arrastrar por la violencia de la corriente, sino que quienes podáis alcanzar el puerto de la salvación, utilizad la contracorriente para entrar en él.*

4. *Buscad a Aquél que os llevará de la mano y os guiará hacia las puertas de la Gnosis, donde brilla la clara luz en la que no hay tinieblas; donde nadie está ebrio, sino que todos están lúcidos y elevan la mirada del corazón hacia Aquél que quiere ser conocido.*

5. *Pero sabedlo bien: nadie puede oír su voz ni pronunciar su nombre, ni tampoco los ojos de la carne pueden contemplarle. Sólo el alma-espíritu es capaz de hacerlo.*

6. *Por lo tanto, rasgad primero las vestiduras que lleváis: tejidas de ignorancia, causa de calamidades, cadenas de corrupción, prisión tenebrosa, muerte viviente, cadáver dotado de sentidos, tumba que lleváis con vosotros, saqueador que habita en vuestro interior, que por lo que ama os muestra su odio y por lo que odia os envidia.*

7. *Tal vestido hostil que os envuelve y os asfixia, os atrae abajo hacia él para que, ya no viendo, no podáis contemplar la belleza de la verdad y del bien contenido en ella, y así no odiéis su malicia ni descubráis sus tretas y vilezas.*

8. *Pues él insensibiliza vuestros sentidos, encerrándoos en una sobreabundancia de materia y colmándoos de delicias impías, para que no podáis oír lo que tanto necesitáis oír y no veáis lo que tanto necesitáis ver.*

II

Cuarto Libro

Discurso de Hermes en honor de Dios

1. *Dios, el poder de Dios y la divina naturaleza son la magnificencia del todo.*

2. *Dios es el principio, la idea original, la capacidad de crecimiento y la sustancia de todas las cosas; la sabiduría para la manifestación de todas ellas.*

3. *El poder de Dios es causa, nacimiento y crecimiento; fuerza activa, muerte y renovación.*

4. *Había en el abismo una oscuridad ilimitada, agua y el aliento creador activo; todo esto se encontraba en el caos por el poder de Dios.*

5. *Y cuando se liberó la sagrada luz, los elementos primordiales se desprendieron de la sustancia húmeda, se densificaron, y todos los dioses juntos separaron los aspectos de la naturaleza germinalmente madura.*

6. *De lo indeterminado e informe, se separaron y elevaron los elementos ligeros, mientras que los elementos pesados se*

depositaron sobre la arena húmeda de tal forma que el todo fue diferenciado en sus partes compuestas por la acción del fuego, ordenado por el aliento de la creación y mantenido en un incesante movimiento.

7. *El universo se manifestó en siete círculos y los dioses se mostraron en forma de astros con todas sus constelaciones. La naturaleza en todos sus aspectos, con la ayuda de los dioses presentes en ella, formó un orden orgánico y el círculo que la rodeaba se envolvió con una nube astral a la que el aliento divino imprimió un movimiento orbital.*

8. *Cada dios, con su propia fuerza, produjo lo que le había sido encomendado: así se formaron los cuadrúpedos, los reptiles, los animales acuáticos y los alados, el germen de todo tipo de semillas, la hierba y los brotes de todo lo que florece. Y la simiente del renacimiento estaba encerrada en ellos.*

9. *Los dioses concibieron asimismo las generaciones de hombres, para que éstos pudieran conocer las obras de Dios y pudieran dar testimonio de la actividad de la naturaleza;*

10. *y que se multiplicaran, que dominaran sin limitaciones todo lo que hay bajo el cielo y que aprendieran a conocer las cosas buenas; y de esta forma crecieran mientras se iban multiplicando.*

11. *Los dioses crearon todas las almas, que fueron sembradas en la carne según su destino, por disposición de los dioses del interior de los círculos, a fin de que llegaran a conocer con precisión la bóveda celeste, el curso de los dioses del cielo, las obras divinas y la actividad de la naturaleza;*

12. *para que aprendieran a conocer el verdadero bien y el poder divino que mantiene en movimiento la rueda del destino;*

13. *y así aprendieran a distinguir el bien del mal y a adquirir el arte sublime de la realización de las obras buenas.*

14 *Al principio, su camino consiste en adquirir experiencias y tener conciencia de que su destino depende de la marcha circular de los dioses. Al final, ellos se liberan y dejan en la Tierra grandes monumentos que evocan las sublimes obras que realizaron como liberados.*

15 *Todo lo que, en el transcurso de los tiempos, mancilla yensombrece, como el nacimiento de criaturas de carne provistas de alma, la generación a la manera del animal joven, la mayoría de las obras humanas, todo esto que hace decrecer, será regenerado par el Destino, por medio de la renovación de los dioses y de los ciclos de la naturaleza cuando alcancen el número perfecto.*

16 *Lo divino es el todo cósmico fundido hasta alcanzar la unidad, renovado por la naturaleza que también está anclada en la omnipotencia de Dios.*

III

Vela, pues no sabes ni el día ni la hora

Llamamos de nuevo la atención de nuestro lector acerca de la antiquísima enseñanza universal de la que dan testimonio los escritos de Hermes Trismegistos que todavía están a nuestra disposición. Los dos primeros libros de Hermes han servido de base a nuestro análisis anterior de la Gnosis Egipcia Original. Continuamos nuestra reflexión con los libros tercero y cuarto.

No vamos a entretenernos en intentar saber si los textos que hemos elegido forman verdaderamente los libros tercero y cuarto de los escritos originales. Son innumerables las publicaciones de los escritos herméticos aparecidas en diferentes lenguas a lo largo de los siglos, sin que se pueda hablar de un orden definido. Sin embargo, los investigadores reconocen unánimemente que han debido existir cientos, incluso miles de escritos herméticos, casi todos extraviados en el transcurso de los siglos. Los pocos libros que subsisten han sido clasificados de diferentes maneras según la comprensión de quien lo haya hecho. Por esta razón, hemos decidido seguir nuestra propia intuición.

Ahora, le colocamos ante un pequeño escrito, un breve discurso de Hermes, que lleva por título: *El mayor mal de los hombres es que no conocen a Dios*, y seguidamente profundizaremos en el *Discurso de Hermes en honor de Dios.*

Es posible que al leer estos dos libros de Hermes, le resulte muy conocido su contenido, ya que durante su alumnado ha sido confrontado repetidamente con estos textos. Pero ésta no es razón para dejarlos a un lado. Aunque sin duda haya captado

intelectualmente estos temas, vienen de nuevo hacia usted, como una llamada renovada, bajo el impulso de un poderoso designio, pues el tiempo para ello ha comenzado: ha llegado el tiempo de la declaración.

El comienzo del discurso de Hermes no es especialmente halagador:

¿Hacia dónde corréis, oh hombres, ofuscados por haberos embriagado con palabras vacías de Gnosis, con palabras de total ignorancia, a las que ya no soportáis y vomitáis? ¡Deteneos, volveos sobrios: mirad de nuevo con los ojos del corazón! Y si no todos podéis, al menos los que seáis capaces. Pues el azote de la ignorancia cubre toda la Tierra, abate al alma que está prisionera del cuerpo y le impide entrar en el puerto de la salvación.

En la Escuela Espiritual hemos hablado ampliamente en los últimos años del nuevo campo astral, del nuevo reino gnóstico que ha sido preparado para su tarea. Todos los que se han unido a la Joven Fraternidad Gnóstica como alumnos están muy directamente vinculados con él.

Ahora se les transmite una advertencia, precisamente por la situación tan especial en la que se encuentran como alumnos; una antiquísima advertencia universal que desde hace miles de años viene hacia ellos. Pues la sabiduría de la que podemos testimoniar tiene más de 400.000 años. Es una advertencia destinada a todo grupo que se encuentra en la misma situación excepcional, una advertencia dirigida a toda joven fraternidad gnóstica. El núcleo de esta advertencia consiste en que el mal no permite ni puede permitir que el alumno alcance el puerto de la salvación. Así pues, si usted aspira verdaderamente a participar en la vida interior de la Gnosis, puede estar seguro de que habrá una lucha para impedírselo. Y aunque como alumno persevere verdaderamente, no evitará el combate.

De hecho, este combate es una prueba tangible de que el candidato ha entrado en la primera fase formal del desarrollo de la nueva conciencia. Piense, a este respecto, en las tentaciones de Jesús el Señor en el desierto, al comienzo de su trabajo.

El azote de la ignorancia cubre toda la Tierra.

Lo que aquí se llama «*azote*» es el elixir vital de la dialéctica, el elixir vital de la contranaturalaza; la atmósfera de la naturaleza dialéctica en la que vive toda la creación.

No examinaremos cómo ha aparecido este elixir vital de la contranaturaleza, este hálito de muerte, cómo ha comenzado este azote de ignorancia. El lector interesado encontrará información sobre este tema en nuestra literatura. Limitémonos, por el momento, al hecho de que existe el azote de la contranaturaleza, el elixir vital de la dialéctica.

Como seres nacidos de la naturaleza estamos sumidos, por así decirlo, en una esfera vital que es funesta para la manifestación de la salvación. Respiramos en la esfera vital de la muerte y, debido a nuestro nacimiento en la naturaleza, estamos completamente unidos a ella, tan unidos que esta unión puede considerarse absoluta. Cada uno de nosotros debe aplicarse de manera muy personal lo que acabamos de exponer y verlo como un asunto muy particular. Que nadie piense en los demás, sino que cada cual dirija su atención, en primer lugar y ante todo, hacia sí mismo.

La naturaleza y el estado de la sangre determinan nuestra unidad con el elixir de la muerte. En ella se manifiesta todo el pasado microcósmico. No sólo todos los predecesores en nuestro microcosmos se expresan en nuestra sangre, sino que también intervienen los factores hereditarios y, por lo tanto, los predecesores en los microcosmos de nuestros padres. Todas estas voces hablan en nuestra sangre y todos los actos o negligencias de estos innumerables ancestros ejercen una influencia notoria sobre nuestro estado de sangre. De esta manera, atraemos fuerzas, éteres

y otras influencias idénticas a nuestra sangre que la nutren, pues lo semejante atrae a lo semejante.

Además, debemos considerar los órganos productores de sangre del cuerpo, por ejemplo, la médula ósea. Tales órganos están constituidos por células y estas células por innumerables átomos; y usted sabe que cada átomo es un mundo en sí mismo. Por lo tanto, si nuestra corriente sanguínea es un río de muerte, y éste es el caso, y forma parte de la contranaturaleza, lo que también es el caso, entonces la esencia de ello reside en todo nuestro ser. No sólo en nuestra sangre, sino en todo nuestro ser, «hasta en nuestros huesos» dice la Biblia. Sí, hasta en cada fibra, en cada célula de nuestro cuerpo. Esto es irrefutable, nadie escapa de ello y lo debemos tener en cuenta.

Nuestra personalidad, que pertenece al orden de emergencia, está llamada a consagrarse completamente al hombre original. En nuestro microcosmos se encuentra un vestigio de ese hombre original, al que la filosofía de la Rosacruz moderna llama átomo original, átomo crístico o rosa del corazón.

Dicha personalidad del orden de emergencia tiene como tarea consagrarse completamente al ser original presente en el microcosmos, pues únicamente por la transfiguración, la unificación con el ser original que habita en nosotros, podremos entrar en el puerto de la salvación. Para cumplir esta misión asignada por Dios, poseemos dos órganos en nuestra personalidad actual con los que podemos asegurar el comienzo y la consecución de este viaje de regreso, a saber, el santuario del corazón y el de la cabeza, de los que queremos hablar a continuación.

Tanto la cabeza como el corazón poseen un metabolismo muy particular, que se distinguen claramente del resto de la personalidad. Las estructuras átomicas de los santuarios del corazón y de la cabeza son diferentes de las de los otros órganos. Desde el nacimiento, los procesos metabólicos de la cabeza y del corazón, al menos en gran parte y en la medida de lo posible, se mantienen estrictamente separados del resto de los procesos de

conservación del cuerpo, con el fin de que la vocación del hombre natural disponga de espacio y de posibilidades para el cumplimiento de su misión: elevarse hacia el ser original, entregarse a sí mismo, ofrecerse totalmente al hombre original, al hombre divino presente en el microcosmos.

En este proceso, el corazón séptuple es la sede, el trono de Isis, la Madre de la Vida, el lugar donde mora el átomo original y en el que también accederá la luz séptuple, la luz de los siete rayos, la luz del Espíritu Santo. Por esta razón, el corazón es comparable al portal de luz de Belén.

En la Gnosis china, la cabeza séptuple es llamada “la ciudad de jade” y, en el Evangelio, “Jerusalén”. En el Apocalipsis se insiste en la necesidad de hacer de Jerusalén la nueva Jerusalén, la ciudad de Dios. En esa ciudad se encuentra el corazón celeste, la sala púrpura, la sala del trono de Dios en nosotros. Del corazón de Isis, del corazón de la Madre de la Vida, este dios en nosotros debe ser liberado para que ocupe el lugar que le corresponde en su trono de la sala púrpura.

Si usted se vuelve interiormente consciente de lo que hay que hacer, o no hacer, para cumplir esta vocación asignada por Dios, entonces surge el adversario, el azote de la ignorancia. *Este mal*, dice Hermes, *cubre toda la Tierra*. Este adversario se esforzará al máximo por impedir que usted entre en el puerto de la salvación.

Por lo tanto, no hay razón para recrearse con el misticismo; más bien debería emprender este trabajo sobre sí mismo con decisión, con toda lucidez, con una clara visión interior; pues la revelación de la salvación gnóstica está destinada y se dirige a cada uno de nosotros, en la vida, muy personalmente. Si comprendemos esta llamada y queremos responder positivamente, tenemos que trabajar con perseverancia en nuestra vida personal el mayor tiempo posible. Si actúa así, tendrá derecho a trabajar para la salvación de otros y decir:

¿Hacia dónde corréis, oh hombres, ofuscados por haberos embriagado con palabras vacías de Gnosis, con palabras de total ignorancia, a las que ya no soportáis y vomitáis?

La embriaguez, el ensombrecimiento de los sentidos, es una anomalía del centro de la conciencia. La humanidad es mantenida constantemente en este estado de ofuscación de la conciencia por la corriente sanguínea ordinaria que, al ritmo de los latidos del corazón, se impulsa hasta la ciudad de jade, el santuario de la cabeza. Esta permanente ofuscación, provoca con el tiempo una degeneración que deteriora las diversas funciones vitales de la personalidad y termina por destruirlas.

Mientras el cuerpo del orden de emergencia no alcance este grado de degeneración fundamental, que elimina definitivamente toda receptividad a la luz liberadora, existe la posibilidad de que momentáneamente desaparezca la ofuscación de la conciencia causada y mantenida por la circulación sanguínea; por ejemplo, como consecuencia de una experiencia muy fuerte que le produzca una conmoción. En ese lapso de tiempo, el corazón y la cabeza pueden ser utilizados para realizar su vocación.

En tal situación, Hermes dice: No soportéis más las palabras de ignorancia, vomitadlas. En ese estado de sobriedad, con los ojos de su doble corazón, el corazón de Isis y el corazón de Poimandres, podrá ver claramente lo que le queda por hacer.

La fuerza de luz de la Gnosis, el elixir vital de la salvación, penetra constantemente en el alumno y actúa sin cesar en su sistema. Sin embargo, esta fuerza de luz es siempre corrompida por el azote de la ignorancia. Cuando, por ejemplo, asiste a una conferencia durante algunos días en uno de nuestros focos gnósticos, es cargado con esta fuerza de luz que va a vibrar durante algún tiempo en su sangre, en su ser, aunque muy rápida y fácilmente, sin que se dé cuenta, se encontrará de nuevo absorbido por el mal de la ignorancia y anclado a la tierra.

Es así como la fuerza de luz se pierde a causa del azote de la ignorancia, y puede ocurrirle, y sucederá, que la lámpara de su vida carezca de aceite puro justo en el momento en que sea necesario. Ciertamente, no es impensable que en un futuro resuene cada vez más en su vida la llamada: «¡Id al encuentro del esposo!» Entonces deberá demostrar que lleva el vestido de las bodas. Al respecto, reflexione en la parábola de las vírgenes prudentes y las vírgenes necias. Las prudentes poseían suficiente aceite para sus lámparas, mientras que las necias, en el momento psicológico, carecían de él. Esto es válido para todos. A quienes deseen entrar en la sala de las bodas, como invitados bienvenidos, se les dice: «*Vela, pues no sabes ni el día ni la hora*».

IV

Las cadenas de la sangre

En la Epístola a los Romanos, capítulo 7, leemos:

«Sabemos, en efecto, que la ley es espiritual; pero yo soy carnal, vendido al pecado. Y no me explico lo que hago; no hago nada de lo que quiero, sino lo que aborrezco. Si, pues, hago lo que no quiero, reconozco que la ley es buena. Pero entonces ya no soy yo quien lo hace, sino el pecado que mora en mí. Pues yo sé que no hay en mí, es decir en mi carne, cosa buena: tengo la voluntad, pero no el poder de hacer el bien. Porque no hago el bien que quiero, sino el mal que no quiero. Y si hago lo que no quiero, ya no soy yo el que lo hago, sino el pecado que mora en mí.

Encuentro, pues, en mí esta ley: cuando quiero hacer el bien, el mal está ligado a mí. Porque me complazco en la ley de Dios, según el hombre interior; pero veo en mis miembros otra ley, que lucha contra la ley de mi entendimiento y que me encadena a la ley del pecado, que está en mis miembros. ¡Desdichado de mí! ¿Quién me liberará de este cuerpo de muerte? A Dios gracias, esto sucede por Jesucristo nuestro Señor.»

Queremos profundizar ante el hecho de que quien no ha renacido según el alma, quien no ha podido elevar la fuerza de luz de la Gnosis al corazón celeste, es decir, al espacio abierto detrás del hueso frontal, se encuentra constantemente en la ofuscación y, por lo tanto, en estado de embriaguez en lo que se refiere a su estado de conciencia y a su estado de vida.

Hermes denomina a la sustancia narcotizante que causa todo esto el *azote de la ignorancia.* Este azote cubre toda la Tierra y

corrompe cualquier posibilidad de desarrollo del alma en el cuerpo. La sustancia narcótica es, pues, atmosférica. Tal como dijimos, se encuentra en nuestra sangre, incluso en cada átomo de nuestra personalidad, excepto en los órganos de la cabeza y del corazón, al menos en aquellas partes que todavía no están completamente sojuzgadas por la naturaleza de la muerte.

El azote de la ignorancia también intenta desconectar la cabeza y el corazón de su elevada vocación, y someterlos. Pero si todavía no es su caso, si gracias a la seriedad de su alumnado todavía no ha franqueado el punto fatídico, el azote de la ignorancia conseguirá únicamente ofuscar un poco las partes vitales del corazón y de la cabeza para impedir, para neutralizar una actividad realmente positiva en el sentido liberador. Así pues, el hombre llega a una posición forzada, como lo describe Pablo de forma impactante en la Epístola a los Romanos, capítulo 7: En virtud de la luz que me toca, me dirijo hacia esa luz y quiero hacer el bien, pero la fuerza que aparece en mis miembros, en mi sangre, me domina y, en consecuencia, hago el mal.

Está claro que la Gnosis Universal de Hermes no le diría "vuélvete sobrio" a un hombre fundamental y estructuralmente dominado por ese azote, pues el pobre desgraciado ya no puede serlo. Hermes amonesta a los hombres ofuscados: *¡volveos sobrios: Y si no todos podéis, al menos los que seáis capaces!* ¡Que cada uno se dé por enterado antes de que su ofuscación le hunda en un estado definitivo e irreparable de anormalidad!

Resultará evidente que, en el gran período de cambio de rumbo, esta llamada debe ser repetida enérgicamente: ¡Deteneos, volveos sobrios: mirad de nuevo con los ojos de vuestro corazón! ¡Vomitad las palabras de ignorancia con las que os habéis embriagado, salid de esa situación! ¡Y si no todos podéis, al menos los que seáis capaces! No esperéis a los demás. ¡Realizad el nuevo acto liberador de manera espontánea!

Es posible que ciertos alumnos crean que estas bellas palabras y este deber magnífico sólo conciernen a quienes todavía se encuentran fuera de la escuela gnóstica de los misterios. Éste es su razonamiento: «Esas palabras no están dirigidas a nosotros, puesto que ya hemos reaccionado a la llamada de la Gnosis y formamos parte de la escuela de los misterios».

¡Ojalá fuera cierto que todo esto no les concerniera! Al lanzar esta llamada, Hermes no se dirige a la multitud, como tampoco Pablo se dirige a los hombres en general en su Epístola a los Romanos. No, los dos se dirigen a un grupo escogido. Dirigiéndose a ese grupo, Hermes dice con insistencia: *Y si no todos podéis*, en tanto que grupo, *al menos los que seáis capaces.*

Dirigirse así a la multitud sería completamente absurdo; no lo comprendería y, sobre todo, la pondría furiosa. Imagínese usted que se dirigiera así al tipo de hombre occidental que se considera superior, habituado desde su nacimiento a formarse intelectual y místicamente, completamente centrado en la manipulación de la materia, que se afana febrilmente día y noche en el terreno social, económico y político; imagínese que le dice a un hombre de este tipo: «¡Está ofuscado, vuélvase sobrio, conviértase!». Tal llamada dirigida a la multitud no tendría ningún sentido en Occidente, donde la palabra «Dios» y el nombre de «Jesucristo» son pronunciados innumerables veces cada segundo, en múltiples actividades místicas.

Por esta razón, quienes intentan liberarse seriamente del dominio de la naturaleza de la muerte, sufren la intensa intervención del azote de la ignorancia. Sin embargo, quienes se mantienen en la naturaleza sin darse cuenta de la ofuscación e involuntariamente se dejan llevar por la violencia de la corriente, son tan genuinos y auténticos como es posible: están completamente unidos a la naturaleza.

Cuando usted, debido a su orientación gnóstica, intenta sustraerse al azote de la ignorancia que está presente en su sangre,

desencadena un gran peligro. Esta tensión origina un gran peligro en su vida, porque si no reacciona de forma muy radical con respecto a sí mismo, seguirá en un estado de anormalidad. Y en una época como la nuestra, incluso se volverá más anormal que el hombre natural medio. El hombre natural, como se ha dicho, se pierde completamente en la ilusión de la naturaleza, porque está unido a ella. Pero también es posible que usted, aún creyendo ser un gnóstico, se pierda en esa ilusión de la naturaleza. Por esta razón, le repetimos: «Sea sobrio, muy sobrio, examínese profundamente».

En el sistema del corazón y de la cabeza circula su sangre, el río de muerte que ensombrece y encierra todas las partes vitales del corazón y de la ciudad de jade, de forma que no hace el bien que querría hacer en virtud del toque de luz de la Gnosis, sino que a menudo hace lo contrario y practica el mal. Así corrompe el cuerpo y, aunque el nuevo campo astral se extiende sobre el reino gnóstico, el puerto de la salvación sigue estando lejos de usted. De esta forma, sufre continuamente el azote de la ignorancia. Es retenido sin cesar, casi siempre por su tipo sanguíneo, por su sangre que le narcotiza y le ofusca, aunque no sea consciente de ello ni lo haga deliberadamente, ni porque sea extremadamente malo. En esto reside toda la dificultad.

En virtud de su nacimiento natural, vive en un país enemigo, y por ello su yo se ocupa de su conservación. Por todas partes encontramos odio, disputa, discordia e individualismo exacerbado. Su sangre está perfectamente adaptada a este estado de cosas: su conciencia natural debe amoldarse a ello. Por su tipo sanguíneo, el tipo hereditario de su familia, conoce y adopta ciertos criterios. Encuentra esto bueno, aquello malo, esto positivo, aquello negativo; tiene criterios precisos de las acciones correctas o incorrectas; por lo tanto, posee ciertos puntos de vista sobre muchas cosas y, en consecuencia, simpatías y antipatías.

Pero sucede que su concepto de lo bueno y de lo malo, de lo positivo y de lo negativo, de lo que es correcto o incorrecto, sus principios personales difieren totalmente del de otros. Todo esto no es más que una especie de cultura privada. Cada uno vive y actúa de acuerdo con ella y, por esta razón, entra en conflicto.

No obstante, usted ha encontrado la escuela y aspira a un nuevo estado de vida, el estado de alma viva; ha llegado a conocer esta vida tan diferente por medio de la doctrina de Hermes, por la enseñanza gnóstica, por la vida de los Grandes. La luz de la Gnosis, que quiere conducirle al puerto de salvación, viene hacia usted, penetra en usted.

Pero usted se halla en la realidad de la vida. En ella los hombres le hablan y les ve actuar, observa sus actos, su apariencia. Cuando una persona no le gusta, el fuego impío se aviva con furia en su interior. Su forma de hablar y de actuar, sus hechos y gestos, incluso su sola presencia, se oponen a su tipo sanguíneo, entran en conflicto con su cultura privada, con su cultura sanguínea. Enseguida su conciencia se ofusca. Su tipo sanguíneo se expresa con toda su fuerza. La antipatía que el otro despierta en usted hace que el azote de la ignorancia hierva en su sangre. Le atenaza hasta en lo más recóndito de su ser y usted, como consecuencia, se resiste y combate contra esa otra persona con palabras, pensamientos o actos. Permítanos decirle que entonces se vuelve un hombre-animal primitivo.

En esa ofuscación, en ese estado de embriaguez, no puede actuar de otra forma. En ese momento, es un animal carente de razón y si todavía no lo ha comprendido lo descubre en los resultados, pues de esta manera crea irrevocablemente la discordia. Ya no hay paz en usted ni a su alrededor. La tempestad que gobierna su sangre levanta a veces olas muy altas con efectos desastrosos. En un momento dado ya no entiende nada y, dirigiéndose a una tercera persona dice: "¡Por qué reacciona así, si mis intenciones eran buenas!" Sí, según sus propios criterios y su cultura sanguínea, tenía buenas intenciones, pero su forma de actuar proviene de su

interior, pudiéndose comparar a la de un depredador que se arroja sobre su presa ronroneando y, mientras agita la cola, le hinca sus afilados dientes en la garganta.

Así, por el azote de la ignorancia, experimenta continuamente su ofuscación, su embriaguez, en un estado de pura demencia, de gran estupidez; aunque al mismo tiempo, y esto lo añadimos sin titubear, lleva en el rostro la señal de la filiación divina. A pesar de que en usted resplandece la filiación divina, reniega de la luz. Por esta razón, Hermes Trismegistos increpa con duras palabras:

Rasgad primero las vestiduras que lleváis: tejidas de ignorancia, causa de calamidades.

Si no lo hace, su alumnado no tiene ningún sentido. Si no cambia su tipo sanguíneo, seguirá siendo el hombre que siempre fue:

Cadenas de corrupción, prisión tenebrosa, muerte viviente, cadáver dotado de sentidos, tumba que lleváis con vosotros, saqueador que habita en vuestro interior, que por lo que ama os muestra su odio y por lo que odia os envidia.

¡Esto es lo que hay que aniquilar! Hermes le suplica que vea claramente las trampas que el azote de la ignorancia le prepara:

Tal vestido hostil que os envuelve y os asfixia, os atrae abajo hacia él para que, ya no viendo, no podáis contemplar la belleza de la verdad y del bien contenido en ella, y así no odiéis su malicia ni descubráis sus tretas y vilezas. Pues él insensibiliza vuestros sentidos, encerrándoos en una sobreabundancia de materia y colmándoos de delicias impías, para que no podáis oír lo que tanto necesitáis oír y no veáis lo que tanto necesitáis ver.

¡Éste es un lenguaje claro! Por esta razón, no lo malinterpretemos: de la misma forma que existe un dios en usted, en su microcosmos, también existe el mal en usted, y por este mal reniega del dios que yace prisionero en su microcosmos. Acéptelo, aunque no sea agradable ni tan siquiera pensar en ello. Acepte el hecho de que el azote que sufre proviene de su interior y no del exterior. Comprenda que, sin su cooperación, nadie puede hacerle daño. El mal que se manifiesta en usted y el mal que otra persona le hace, están en total concordancia con las fuerzas del mal que viven en usted.

El mal está en todos; es propio de la personalidad. Le puede gobernar y le gobernará. Y, por desgracia, siempre que actúe con su cultura sanguínea le dará satisfacción. Si no actúa en usted muy drástica y radicalmente, permanece en la misma situación que lo arrastra y lo mantiene en el fondo. El río de la vida debe fluir a través de la ciudad de jade, a través del santuario de la cabeza, para que el poder de los sentidos se vuelva receptivo a la luz, la materia se disipe y desaparezcan las delicias impías.

Hermes no se refiere aquí a la vida licenciosa ni al desenfreno sexual. No plantea esta cuestión en un discurso tan profundamente serio. En holandés antiguo, la palabra "delicias" tiene dos significados, como en el Salmo 36: «Beben en el torrente de tus delicias», y en otra parte: «Dios tiene en nosotros sus delicias».

En este caso, las delicias impías se refieren concretamente tanto a las propias acciones y pensamientos que emanan del tipo sanguíneo como al placer y a la satisfacción que se obtiene de ellos. Quien se entrega a su tipo y a su cultura sanguínea está sensorialmente prisionero, hace el mal creyendo que hace el bien y está satisfecho de ello. Tal es la embriaguez fatal de los placeres impíos. No se le puede reprochar a Hermes Trismegistos que no lo diga con claridad.

Si comprende profundamente que el azote de la ignorancia es inherente al estado de ser de la naturaleza y lleva consigo la

ofuscación de la conciencia que caracteriza la vida dialéctica, entonces se preguntará: ¿cómo puedo escapar de este estado?

V

Karma-Némesis y el camino de la liberación

¿Cómo podemos liberarnos de las garras del tipo sanguíneo y de la correspondiente ofuscación de conciencia? Hermes responde en estos términos:

No os dejéis arrastrar por la violencia de la corriente, sino que quienes podáis alcanzar el puerto de la salvación, utilizad la contracorriente para entrar en él. Buscad a Aquél que os llevará de la mano y os guiará hacia las puertas de la Gnosis, donde brilla la clara luz en la que no hay tinieblas; donde nadie está ebrio, sino que todos están lúcidos y elevan la mirada del corazón hacia Aquél que quiere ser conocido.

Pero sabedlo bien: nadie puede oír su voz ni pronunciar su nombre, ni tampoco los ojos de la carne pueden contemplarle. Sólo el alma-espíritu es capaz de hacerlo. Por lo tanto, rasgad primero las vestiduras que lleváis: tejidas de ignorancia, causa de calamidades, cadenas de corrupción, prisión tenebrosa.

Así pues, ¿debemos buscar un profesor, un maestro, un adepto, que nos tome como alumno según la fórmula utilizada habitualmente por doquier en esta naturaleza? ¿Debemos seguir fórmulas que implican lazos personales? ¿Debemos buscar a alguien a quien podamos seguir como si se tratase de una autoridad?

¡No! Se trata de Aquel que sólo podemos ver con el alma-espíritu, aquel cuya voz no puede ser percibida por el sentido del oído y cuyo nombre no puede ser pronunciado. Es Aquel que no

puede ser contemplado con el sentido de la vista, ni tampoco nos es revelado por método alguno de la esfera reflectora. Es aquel al que llamamos Poimandres, su álter ego, el otro, el espíritu. Ese guía, imposible de encontrar en el plano horizontal de la dialéctica, es el que tiene que buscar. Él quiere tomarle de la mano. Sólo podrá sentir, contemplar de forma muy especial a ese otro, a través del alma-espíritu, la unidad de la conciencia del espíritu y del corazón purificado por la Gnosis.

Cuando abre su corazón a la luz de las luces, la rosa del corazón se despliega, y su color y su perfume le consuelan. Si sigue esta luz, en concordancia con su naturaleza y su objetivo, y por lo tanto logra introducirla —a través de todos los obstáculos— en el sistema circulatorio a pesar de la corriente sanguínea ofuscadora, entonces, como ya hemos explicado en detalle, el núcleo de la luz podrá establecerse en el corazón celeste, en la cavidad situada detrás del hueso frontal. A continuación, podrá preparar de la manera correcta esta "cámara alta", esta sala púrpura de la ciudad de jade. Y, en ella, Poimandres, resucitado de su sueño de muerte, ocupará su lugar en el trono y celebrará con usted la Santa Cena.

En realidad, la celebración de la cena sólo tiene sentido cuando puede ser realizada en la cámara alta. Poimandres, el dios en usted, le conducirá a continuación a las puertas de la Gnosis, a las puertas de la Cabeza de Oro, de la que irradia la clara luz en la que no reinan las tinieblas; donde nadie está ebrio, donde todos están perfectamente sobrios.

Si desea franquear estas puertas, si quiere liberar el reino en usted, primero tendrá que rasgar el vestido de la ignorancia, el vestido de la negación cotidiana. Ésta es la tarea fundamental de todo alumno de la Escuela Espiritual. Por ello, si verdaderamente quiere conseguirlo, ejecútela cada día. Tiene que neutralizar su propio tipo sanguíneo, su propia cultura sanguínea y, por lo tanto, su individualismo dialéctico, a partir del cual se explica todo su

carácter y todos sus actos e inhibiciones, para que así cambie de día en día.

Debido a su conducta habitual diaria, por sus actos rutinarios que se explican a partir de su tipo sanguíneo, usted reniega del dios en su interior. No nos referimos a conductas excepcionales, a cosas particularmente malas, sino a su comportamiento ordinario de todos los días, el cual se explica por su carácter, su naturaleza, su tipo sanguíneo. El comportamiento es la fuerza nuclear del pecado, la causa de lo más monstruoso, dice Hermes. Y cuando, en la Escuela de la Rosacruz de Áurea, le hablamos de la endura, de la neutralización del ego de la naturaleza, de la transfiguración disolutiva en el otro, no se trata de una enseñanza manifiesta, evidente, de un medio cualquiera para alcanzar la meta; no, todo esto tiene un sentido extremadamente profundo que implica a su ser sanguíneo. Usted no puede rechazar, por una decisión de la voluntad, el mal de la negación que proviene de su tipo sanguíneo diciendo: «No lo haré más». No, esto requiere una lucha ardiente, pues su tipo sanguíneo está totalmente unido al universo dialéctico.

El azote de la ignorancia, el mal de la negación, es atmosférico; por lo tanto, está unido al ser y a las leyes del universo dialéctico. Si quiere comprender bien esto, puede dejarse aconsejar por el cuarto libro del tesoro hermético.

Leemos allí que antaño, antes del alba de la creación, el espacio inmenso del séptimo plano cósmico, el llamado «el jardín de los dioses», era una infinita oscuridad, en el sentido de lo no creado, del caos o, como dice la Biblia, «el abismo».

En estas tinieblas, sólo existía el agua de la vida, la sustancia raíz, Abraxas, que quiere decir: las propiedades del espacio. En el día de la creación, la sagrada luz surgió de las tinieblas, las propiedades de la sustancia primordial se liberaron, y las múltiples fuerzas naturales denominadas por Hermes «dioses» o «rectores» se separaron de la naturaleza de las tinieblas. En el campo del espacio

sin formar, se hicieron perceptibles y sensibles siete fuerzas, siete emanaciones, los siete rayos del espíritu séptuple de la manifestación universal, gracias a los cuales Dios, el Logos, está unido a su creación y a su criatura.

Es evidente que, bajo la influencia de los rayos de la luz séptuple en su ilimitada multiplicidad y variedad de formas, toda la creación se desplegó luciendo un vestido suntuoso de colores y formas, mientras que el universo, ordenado por el aliento del creador, era mantenido en movimiento por la corriente circular de las radiaciones espirituales divinas. Las fuerzas planetarias, los espíritus planetarios y sus sistemas crearon por su propia fuerza lo que les había sido encomendado. Así, por ejemplo, en nuestro planeta se desarrollaron los diferentes reinos naturales.

Por diferentes que fueran las formas, la semilla del renacimiento fue enterrada en todas las cosas. En esa vida que se desarrolló por doquier, generada por las radiaciones universales del espíritu a partir del grandioso jardín de los dioses, debía despertar aquello de lo cual un día nació, es decir, el propio espíritu universal.

De esta forma, del seno de la eternidad, nacieron las entidades que en el pasado fueron llamadas, en el verdadero sentido de la palabra, «hombres». En holandés, la palabra «hombre» se escribe «mens»[*], la cual deriva de «Manas». Manas significa «pensador», conocedor de la verdad y de la sabiduría divinas, el que conoce todo el plan de Dios.

A estas entidades, a estos hombres del comienzo, se les encomendó que cumplieran las leyes divinas en el vasto universo del séptimo plano cósmico, que ejecutaran las obras divinas; que transformaran en realidad el conocimiento del plan divino, con ayuda de aquello que las creaciones de los dioses naturales, los rectores, habían puesto a su disposición. En el jardín de los dioses todo fue puesto a disposición de los hombres. Les fue dado multiplicarse por división del espíritu, lo que significa, como dios

---

[*] En inglés «man», en alemán «Mensch».

que emana de dios, como espíritu que surge de espíritu. Así, todo el universo del séptimo plano cósmico fue colmado de magnificencia.

En la naturaleza existe una ley general que une todo el vasto universo, que agrupa en un solo poder las numerosas creaciones, fuerzas, movimientos y fenómenos. Esta ley natural es una fuerza clave inmensamente poderosa. A esta fuerza original, a esta ley fundamental de la creación, se la conoce en la mitología como "Némesis". Ello significa que esta fuerza original es y permanece inalterable, inviolable. Por esta razón, el pensamiento griego la representaba como la diosa de la justicia vengadora, que persigue cada desviación y cada delito.

Esta fuerza original del universo también es denominada «karma», la cual, en tanto que principio, es absoluta e inalterable. Por este motivo, en la Enseñanza Universal se dice que «Karma-Némesis», tal como se la denomina, «crea pueblos y almas de seres mortales. Pero una vez creados, son ellos mismos los que hacen de Karma-Némesis una furia que castiga o un ángel que recompensa. Sabio es, en verdad, quien honra a Némesis».

Esta fuerza original del universo, en tanto que Logos de la naturaleza, en su intransigencia inquebrantable, cuida con absoluta seguridad el gran plan de Dios. El espíritu divino proyecta un plan en el abismo; la fuerza del espíritu despierta las fuerzas de la naturaleza, el universo se pone en movimiento y se manifiesta. Y entonces aparece el órgano de control, Némesis, la guardiana del plan de Dios. Una fuerza implacable, de la que no emana ninguna sabiduría, ni bien ni mal, nada positivo o negativo. Una fuerza que preserva únicamente la voluntad del Logos, a pesar de todas las influencias que desvían y contrarían. Considerándolo bien, ¡qué maravilla tan sorprendente! El plan divino se mantiene eternamente firme, es inatacable y se cumplirá.

Sin embargo, al mismo tiempo, ¡qué inmenso peligro yace encerrado! Cuando transgredimos la ley de Némesis y nos corrige, ella interviene como vengadora, como destino. Bajo esta última apelación es como más la conocemos en la vida dialéctica: la

fatalidad, el destino ciego. Por este motivo, es representada como una diosa con los ojos vendados.

Tel vez comprenda ahora lo que sucedió en un pasado lejano. Una parte de la humanidad abandonó la sabiduría del espíritu y comenzó a experimentar de forma arbitraria. Némesis apareció inmediatamente para rectificar: Dios no puede dejar perecer la obra de sus manos. La ley natural rectificadora actuó; así el fuego impío se encendió en el vasto universo. El fuego del destino respondió a la transgresión de la ley. En ese momento crucial, el hombre fue separado del espíritu. En tal estado, de hombre, de Manas, de pensador, sólo le quedó el nombre. Carente de sabiduría, servía a los diferentes dioses de la naturaleza.

Cada uno de estos dioses, es decir, cada una de estas fuerzas naturales planetarias, cumplen su propia misión creadora sin que puedan hacer otra cosa. Dado que las fuerzas planetarias sirven a la humanidad, podrá imaginarse que la humanidad degenerada provoca continuamente desequilibrios en las relaciones planetarias que son corregidas por el destino, por Némesis. De esta forma los mundos perecen por el fuego; así es como la impiedad invoca más impiedad y fuerzas contranaturales. Así, en la vida, el hombre se encuentra en una atmósfera de maldad, en la atmósfera de la maldad de la ignorancia: la ignorancia sobre el estado humano original. Por consiguiente, cada microcosmos posee en su ser aural una cuenta no saldada con el destino, con Némesis, la cual tendrá que pagar hasta el último céntimo. Y cuando el hombre termina de pagar esta cuenta, en el curso de su destino a través de la naturaleza de la muerte, la mayoría de las veces contrae inmediatamente nuevas deudas. ¡Qué bien conocemos todos a Karma-Némesis!

¿Cómo escapamos del circuito de los condenados? Némesis no nos ayuda. Nunca lo ha hecho, no puede hacerlo. Sólo corrige. Se venga, pero sin odio.

Sin embargo, existe una vía de liberación. La Escuela Espiritual actual aprovecha cada ocasión para hablarle de ello. Al hacerlo no predica, no tiene propósitos edificantes, no presenta ninguna

doctrina. No, le advierte continuamente de que si quiere liberarse de su circuito fatal, tiene que recorrer realmente el camino de la liberación. Debe comenzar por rasgar el vestido del azote de la ignorancia, por medio de la neutralización de su tipo sanguíneo. Éste es el punto crucial.

Se le indica otra vez el camino universal de la liberación. ¡Sígalo! Para empezar rasgue el vestido de la negación diaria que lleva puesto. Si lo hace, está en camino de hacer las paces con Némesis, la diosa de la justicia vengadora.

VI

La realización del plan de Dios

Coloquémonos una vez más ante Némesis, la diosa de la justicia vengadora; la diosa, la ley de la naturaleza, a la que en nuestro mundo acostumbramos a llamar destino; la diosa con la que nosotros, al igual que nuestros semejantes, todavía tenemos una cuenta que saldar. La relación de las cantidades adeudadas, cuyo pago se nos exige permanentemente, nos llega sin cesar y mantiene una esfera activa en nuestra sangre, en toda nuestra vida: fatalidad, amenaza, sufrimiento y desdicha, debilidades, enfermedad y muerte. Pese a ello, Némesis, la diosa con los ojos vendados, no siente ningún placer sádico al acosarnos, sino que nos corrige de forma impersonal y continuará haciéndolo hasta que volvamos al camino de la verdadera humanidad.

Si reflexiona sobre todo esto, probablemente podrá imaginarse qué sufrimiento inexpresable se soporta en este planeta, qué desdicha se extiende sobre toda la Tierra, qué miseria colma todos los reinos de la naturaleza. Sí, la totalidad del planeta en el que habitamos sufre de manera insoportable y ¡el fuego de Némesis sigue ardiendo!

Ahora es el momento adecuado de mostrarle la inconfundible orientación de la Gnosis Universal entre todas las orientaciones conocidas en este mundo. Generalmente preguntamos: «¿Qué es usted? ¿Cuál es su religión? ¿Qué le interesa? ¿Cuáles son sus aficiones? ¿Le atrae la filosofía o el ocultismo?» Hablamos así, ¿no es cierto? Y lo hacemos porque estamos bajo el azote de la ignorancia, porque los vehículos de la personalidad y el estado de ser están completamente cristalizados. Porque nuestra

individualidad ya no posee la mínima apariencia, ya no es ni la sombra del esplendor del hombre original verdadero. Por esta razón, en medio de los dolores y sufrimientos humanos más atroces, intentamos ocultarnos detrás de este pasatiempo.

Sin embargo, tenemos que comprender que para satisfacer las exigencias de Némesis, para estar en paz con ella, sólo hay un camino, un método: el método, el camino de la Gnosis Universal. ¡No existe otra solución! La Gnosis no sólo le pide que celebre un culto determinado o permanezca sentado en un templo con aire serio; ni que sea miembro fiel de un grupo, rece u observe recomendaciones y ejercicios. La Gnosis no le demanda únicamente su interés, sino que le pide todo su ser, quiere que recorra el camino o que no lo haga. ¡Todo o nada!

Pero, ¿todavía es posible llegar a estar en paz con Némesis, con la ley original de la naturaleza universal? ¿Acaso la degeneración general no ha avanzado tanto como para impedir su restablecimiento?

Visto objetivamente, si éste fuera el caso, su vida sería extremadamente trágica y dramática. Decimos "objetivamente" porque usted ya no sentiría, ya no experimentaría ni lo trágico ni lo dramático. Tomaría la vida tal cual es, como lo hacen tantos hombres. Como todos, seguiría la ley de la conservación, la ley que le obliga a defenderse con uñas y dientes. Consideraría y aceptaría el dominio de Némesis como una evidencia, con la argumentación: "¡Así es la vida!".

Si éste fuese su caso, la Gnosis no tendría nada que decirle, jamás tendría nada que decirle. Pues usted ya no podría salir de su ofuscamiento, ya no podría ser lúcido. La Gnosis debería esperar a su muerte, a la disolución total de su personalidad en el microcosmos. Y cuando, llegado el momento, el microcosmos estuviera de nuevo en posesión de otra personalidad, repetiría el intento de tocar a esa personalidad. Pero, ¡cuánto tiempo pasaría antes de que esto ocurriera de nuevo! Por eso dice Hermes que reaccionen al menos quienes todavía están capacitados.

Una escuela espiritual gnóstica reúne, fundamentalmente, a quienes «sufren en el ego»*, como ya se ha expresado alguna vez. En todo lo que precede hemos dicho cosas que tal vez le hayan dolido. La cuestión es saber si le hemos herido hasta hacerle «sufrir en el ego». Muchos experimentan sufrimientos insoportables, pero más fuerte que cualquier dolor gime el ego, el yo dialéctico, que intenta por cualquier medio huir de lo insoportable. Y cuando la Escuela dice verdades que hacen daño al ser natural, para conducir al alumno al entendimiento liberador, quizá algunos endurezcan su yo contra las indicaciones de la Gnosis, intentando escapar así del dolor.

Cuando decimos que muchos «sufren en el ego», queremos decir que están llenos de dolor y carentes de perspectiva, en todos los aspectos del yo y de la conciencia, incluso en el estado dialéctico más elevado. Este tipo de hombre experimenta hasta tal punto el desarrollo de las cosas dialécticas como una tragedia, como un drama, como absolutamente inhumano, que se rebela y busca una salida. Quizá no sabe nada respecto a una Némesis correctora, pero intuitivamente concibe que la orientación general de la vida es absolutamente errónea.

Entonces, al sufrir en el ego cada vez más, empieza a buscar el camino y cuando lo encuentra ya no duda, lo sigue directamente, por completo, aceptando todas las consecuencias. Experimenta que el camino es la solución, la única posibilidad, el regreso feliz al Padre.

Si tal es su caso, las últimas palabras del cuarto libro le conciernen:

Al principio, su camino consiste en adquirir experiencias y tener conciencia de que su destino depende de la marcha circular de los dioses. Al final, ellos se liberan y dejan en la Tierra grandes

---

* Véase *Tao Te King, El devenir consciente universal,* de C. Van Dijk, Ámsterdam 1934.

monumentos que evocan las sublimes obras que realizaron como liberados.

Todo lo que, en el transcurso de los tiempos, mancilla y ensombrece, como el nacimiento de criaturas de carne provistas de alma, la generación a la manera del animal joven, la mayoría de las obras humanas, todo esto que hace decrecer[*]*, será regenerado par el Destino, por medio de la renovación de los dioses y de los ciclos de la naturaleza cuando alcancen el número perfecto.*

Lo divino es el todo cósmico fundido hasta alcanzar la unidad, renovado por la naturaleza que también está anclada en la omnipotencia de Dios.

Intentemos analizar estas palabras para que, tras haber tenido que exponer todas esas graves situaciones y hechos angustiosos, pueda obtener un punto de apoyo y una visión clara del camino que la Joven Gnosis recorre con sus alumnos.

Ha de comprender que no se trata de adquirir experiencia y sabiduría en el sentido corriente de la palabra. El santuario de la cabeza y el santuario del corazón son la sede de una vida muy especial, muy peculiar. Es una vida que tal vez dormita todavía, pero que no obstante está presente. Su corazón séptuple, en tanto que madre de Isis, puede manifestar esta vida, vivir esta vida, entrar en esta vida. Y cuando entra en esta vida, su corazón celeste en el santuario de la cabeza, la cámara púrpura de la ciudad de jade, puede participar en la única sabiduría que es absoluta.

Puede emprender inmediatamente ese nacimiento de Belén y conseguir esa victoria del Gólgota, si acepta rasgarse inmediatamente el vestido de la ignorancia, el vestido de la negación, su ser sanguíneo, el hábito de su cultura sanguínea, tras el cual se refugia como si se tratase de los muros de una fortaleza. Todo su carácter, toda su manera de pensar y actuar, su esencia

---

[*] Además, es lo opuesto a crecer, el crecimiento que precisamente planteó Dios como tarea del hombre: «Creced y multiplicaos» (Véase tomo I, primer libro, versículo 47; y en este tomo, el cuarto libro, versículo 10).

nacida de la materia, deben ser sacrificados. Ésta es la causa del azote, las cadenas de corrupción, la prisión tenebrosa, la muerte viviente, el cadáver dotado de sentidos, la tumba que lleva con usted por todas partes. Hay que neutralizar radicalmente, comenzando de inmediato, todas las consecuencias de sus conflictos con Némesis, vengan de usted o de quienes le precedieron en el microcosmos.

La nueva mañana le saluda. El nuevo reino gnóstico se ha hecho realidad y se manifiesta en una vivencia poderosa que crece continuamente. ¿Quiere participar en ella? ¿Quiere pertenecer a ella? Puede hacerlo si dispone de un estado de ser completamente nuevo. Puede hacerlo cuando haya abierto de par en par las puertas de la vida que todavía dormita en usted.

Por este motivo hemos colocado ante su conciencia, con toda franqueza, estas palabras. Se trata de que esté preparado a tiempo para las bodas que se celebrarán, las bodas del Cordero, las bodas alquímicas de nuestro Padre y Hermano Cristián Rosacruz. Abra el corazón séptuple a la luz de la Gnosis. Intente, lo más rápidamente posible, que circule esta luz en usted por una atención constante y orientada. Viva de una forma nueva con todos sus semejantes. Al hacerlo, al hacer circular la luz, Poimandres, liberado, se levantará de su tumba y ocupará su lugar en el trono del corazón celeste. Desde ese instante, el espíritu, el dios en usted, tomará las riendas de su vida.

Comprenda sobre todo que no le estamos dando un sermón, que no queremos presentarle una vez más nociones de nuestra enseñanza, sino que se trata de que entienda y guarde conscientemente este saber en usted: Que ha llegado el tiempo del cumplimiento, el tiempo de la cosecha de este período. Si quiere recorrer el camino de la Gnosis, tiene que restablecer la armonía entre usted y Némesis, entre usted y la ley original de la naturaleza del jardín de los dioses. Ésta es la única forma de romper el círculo de la marcha de los eones, de los dioses de la naturaleza; el movimiento circular en el que se halla prisionero. Los eones de la

naturaleza permanecen, existirán hasta la eternidad y continuarán cumpliendo su tarea. Sin embargo, si logra estar en armonía con la ley original, los eones de la naturaleza, todas estas fuerzas que le rodean, que le oprimen y le mantienen prisionero, serán desprovistos de su perniciosa influencia y del gran conflicto entablado contra usted.

La renovación de los tiempos no sólo tiene lugar en épocas determinadas, siguiendo el curso de los siete rayos en el mundo, sino que puede producirse directamente, en cada instante, para cada hombre que verdaderamente busca y encuentra la única vía, la única sabiduría, y vive en armonía con Némesis. ¡Observe las consecuencias que ello aporta!

La filosofía hermética le permite ver con perspectiva las consecuencias que se producen cuando un grupo cada vez mayor de hombres, con usted entre ellos, recorre el camino de la liberación y del restablecimiento. Cuando accede al mundo del estado de alma viva es directamente liberado de la rueda del nacimiento y de la muerte. El alma ya no estará ligada a la carne de la naturaleza dialéctica, de forma que, cuando muchos sean liberados de la rueda de la vida y de la muerte, se reducirán los nacimientos de almas encarnadas, así como el mantenimiento natural del género humano y todas las actividades inherentes.

La Tierra, planeta oscuro por sus características dialécticas, se despoblará progresivamente. Puesto que la naturaleza tiende siempre a satisfacer las necesidades de sus criaturas, al comienzo de este período, en cuanto *se haya alcanzado el número perfecto de ciclos de la naturaleza*, el planeta entrará en un período de reposo, un período de restablecimiento, de equilibrio con el Logos. Toda la materia tosca desaparecerá junto con todo lo necesario por imperativo natural.

Si recorre el camino, si lo sigue en grupo, este desarrollo se acelerará. El Destino renovará los eones naturales y el movimiento circular de la naturaleza retomará su curso, pero de otra forma.

Nuestro planeta madre se despertará regenerado de este período de reposo y de desaparición de lo antiguo. Toda la Tierra alcanzará de nuevo el equilibrio con la ley original, con Némesis, la diosa de la justicia divina.

Así, en nuestro oscuro planeta, en sus oscuros habitantes, el plan de Dios se cumplirá como corresponde. La Tierra volverá a ser la Tierra Santa, un lugar de trabajo divino, en sentido absoluto, del que la Biblia dice: «La Tierra entera será colmada por la magnificencia de Dios».

Los nacimientos y las obras divinas en la Tierra serán restablecidos en el sentido absoluto del término. Ya no serán almas encarnadas en el sentido dialéctico, sino entidades de almas vivas que heredarán y poseerán toda la Tierra con el fin de consagrar este lugar de trabajo completamente a su misión y utilizarlo para su tarea.

Todo lo que, en el transcurso de los tiempos, mancillaba y producía sombras, todo lo que provocaba conflictos a la misión divina, se convertirá en algo nuevo y, por medio del Destino, por la renovación de los dioses y del movimiento circular de la naturaleza, volverá a estar en equilibrio con el Logos.

Lo divino es el todo cósmico fundido hasta alcanzar la unidad, renovado por la naturaleza que también está anclada en la omnipotencia de Dios.

VII

El clamor del corazón de la Gnosis Universal

De lo tratado hasta ahora se desprende por qué, según la expresión bíblica, reina la alegría en el cielo cuando un pecador se convierte. Pues cuando la humanidad caída retoma los antiguos caminos de la salvación y busca de nuevo la vida y la sabiduría; cuando la humanidad encuentra esta vida y esta sabiduría, ¡la naturaleza dialéctica ya no tiene razón de ser! Después de un período de reposo y de restablecimiento del cosmos terrestre, esta naturaleza desaparece completamente, de forma que la totalidad del séptimo plano cósmico puede llamarse de nuevo, en toda su extensión, el jardín de los dioses. Para ello, la Gnosis es el camino, la verdad y la vida.

Intentemos concebir con profundidad el significado inmenso de los valores con los que nos confronta la filosofía hermética. El camino de la Gnosis no significa únicamente su propia liberación, sino, al mismo tiempo, la del mundo y de la humanidad. Por esta razón, consideremos las palabras de Pablo en su Epístola a los Romanos, capítulo 8: «Porque la creación aguarda con anhelante espera la manifestación de los hijos de Dios. Pues la creación está sujeta a la esterilidad... Pues sabemos que ahora la creación entera gime y siente dolores de parto».

Toda la creación depende completa y totalmente de usted y de nosotros: esto es un axioma. Todos nosotros, cada uno individualmente y en conjunto, tenemos en nuestras manos el

destino del mundo y de la humanidad. Por esta razón, también nos atrevemos a hablar del nuevo reino gnóstico, pues no sólo consideramos nuestra propia liberación sino que somos muy conscientes y experimentamos que la Gnosis está aquí para el mundo y la humanidad.

Por ello hay que ser profundamente consciente del inmenso significado de la Gnosis y de su relación con ella, y comprender que la llamada que le dirigimos no le pide que usted coopere algún día. Nuestra llamada le transmite el clamor del corazón de toda la creación, el clamor del corazón para que colabore activamente en la manifestación de los hijos de Dios. Es evidente que si esta llamada encuentra un eco en usted, debe comenzar a actuar respecto a sí mismo. Pues ¿cómo podría ayudar a un hombre caído a volverse hijo de Dios si usted mismo se debate todavía en las cloacas de la dialéctica?

Queremos atraer su atención hacia el decimosexto versículo del cuarto libro de Hermes, donde se dice que lo divino se manifiesta cuando el universo cósmico, fundido en unidad, es renovado por la naturaleza. La Enseñanza Universal, la lengua sagrada de todos los tiempos, habla de múltiples formas de esta particular actividad, del proceso de unificación que periódicamente se impone con fuerza. Se realiza por un cambio de la atmósfera, por la aparición de la luz de Cristo en la atmósfera: «la aparición del Hijo del Hombre en las nubes del cielo».

El nuevo campo astral que se extiende sobre el nuevo reino gnóstico, que se manifiesta en los hermanos y hermanas que están en total armonía con sus vibraciones, es un síntoma de la venidera renovación de la naturaleza; como consecuencia de lo cual, la nueva naturaleza podrá existir de nuevo en la divinidad. El nuevo reino gnóstico es la aurora que precede a la gloria venidera. Debemos considerar los acontecimientos de estos últimos años, los acontecimientos de la vida de la Escuela Espiritual, bajo esta perspectiva. Nos referimos, por ejemplo, a la construcción y a la

consagración de nuevos centros de fuerza de la Joven Fraternidad Gnóstica.

Con la ayuda de la Cadena Gnóstica Universal, que se manifiesta en el nuevo campo astral, usted puede llevar a buen término el gran proceso de liberación, de transmutación de lo mortal e impío en inmortal y divino, para el cumplimiento de la verdadera misión de su vida al servicio de Dios, del mundo y de la humanidad. Para lograr este propósito lo más importante es que usted rasgue el vestido que lleva, el vestido de la ignorancia, la vestidura de la negación. Atrévase a hacerlo con la luz de la Gnosis y abra ampliamente las siete cámaras del corazón. Coloque el hacha en su comportamiento, colóquela en su tipo sanguíneo y comience hoy mismo. Si ya ha comenzado, esfuércese y persevere en esta tarea con fuerza renovada, porque todo su alumnado se apoya en esto.

Clavemos la espada en nuestra propia naturaleza para rasgar el vestido de la ignorancia, para rasgar el vestido de la negación.

VIII

Quinto Libro

Extracto de un discurso de Hermes a Tat

1. *Hago esta exposición, hijo mío, ante todo por amor a los hombres y respetuosa consagración a Dios. No hay piedad más verdadera que la de considerar las cosas esenciales y testimoniar gratitud a Aquel que es su autor, lo cual jamás dejaré de hacer.*

2. *Pero si aquí nada es real ni verdadero, Padre, ¿qué hay que hacer entonces para vivir de la manera correcta?*

3. *¡Vive al servicio de Dios, hijo mío! Quien es verdaderamente piadoso amará la sabiduría por encima de todo, pues sin amor por la sabiduría es imposible alcanzar la piedad suprema. Quien ha adquirido discernimiento acerca de la esencia del todo y ha comprendido cómo, por quién y en provecho de quién todo está unido en la Tierra, dará gracias a Dios, el Demiurgo, el Arquitecto del mundo, que como el mejor Padre le colma de favores y le protege fielmente.*

4. *Confesando su gratitud, será piadoso; y por su piedad sabrá donde está la verdad y cuál es; y, gracias a este discernimiento, su inclinación hacia la piedad no dejará de crecer.*

5. *Hijo mío, el alma, aunque esté en el cuerpo, jamás desciende hacia lo que es su opuesto cuando aligera la carga de sus deudas para asir lo genuinamente bueno y verdadero.*

6. *Cuando el alma ha conocido a Aquel que la ha llamado a la existencia, se llena de un amor inmenso, olvida todo mal y ya no puede separarse del bien.*

7. *Tal debe ser, hijo mío, el objetivo de la piedad. Si regresas a este estado, si vives de la manera correcta y mueres bienaventurado, tu alma sabrá con toda certeza hacia donde debe dirigir su vuelo.*

8. *Tal es, hijo mío, el único camino hacia la verdad, que nuestros predecesores también recorrieron y en el que recibieron el bien.*

9. *Camino sublime y frecuentado, pero difícil y arduo para el alma mientras está en el cuerpo.*

10. *Primero el alma debe combatir contra sí misma, provocar una profunda escisión y conceder a una de las partes la victoria sobre sí misma. Literalmente, surge un conflicto entre una parte y las otras dos: la primera trata de escaparse mientras que desde abajo las otras dos intentan atraerla. La consecuencia es una lucha donde se miden las fuerzas entre la parte que quiere escaparse y las otras dos que se empeñan en retenerla.*

11. *No es lo mismo que gane una o las otras dos. Pues una parte aspira intensamente al bien mientras que las otras habitan en los planos de la perdición.*

12. *Una suspira por la libertad; las otras se arrojan a los brazos de la esclavitud.*

13. *Cuando las dos son abatidas, quedan encerradas en sí mismas, inactivas y aisladas, abandonadas por la que prevalece. Pero si la otra es abatida, es hecha prisionera por las otras dos, es despojada de todo y castigada con la vida que lleva aquí.*

14. *Mira, hijo mío, ésta es la guía del camino que conduce a la libertad: debes renunciar al cuerpo antes de que muera y triunfar sobre la vida inmersa en la lucha; y una vez conseguida esta victoria, debes regresar hacia lo alto.*

* * *

15. *Y ahora, hijo mío, voy a resumir las cosas esenciales en breves sentencias: comprenderás lo que voy a decir si recuerdas lo que ya has oído.*

16. *Todo lo que existe, está en movimiento; sólo el no-ser es inmóvil.*

17. *Todo cuerpo está sometido al cambio, pero no todo cuerpo tiende a la disolución.*

18. *No toda criatura es mortal, no toda criatura es inmortal.*

19. *Lo que tiende a descomponerse es perecedero; lo que permanece inmutable es eterno.*

20. *Lo que nace una y otra vez, siempre perece; pero lo que se ha formado de una vez por todas, jamás es aniquilado ni se convierte en otra cosa.*

21. *Primero es Dios, segundo el Cosmos y tercero el Hombre.*

22. *El Cosmos es para el Hombre, el Hombre para Dios.*

23. *La parte del alma que percibe por medio de los sentidos es mortal, pero la parte del alma que responde a la razón es inmortal.*

24. *Toda realidad manifiesta es inmortal; toda realidad manifiesta es, también, cambiante.*

25. *Todo ser es doble: nada de lo que es está en reposo.*

26. *No todas las cosas están animadas por una alma; pero hay una alma que anima todo ser.*

27. *Todo lo que tiende al sufrimiento, adquiere experiencias; todo lo que adquiere experiencias, sufre.*

28. *Todo ser sujeto al dolor también está sometido a la alegría, a saber, toda criatura mortal; no todo ser que conoce la alegría conoce necesariamente el dolor, a saber, toda criatura inmortal.*

29. *No todo cuerpo está sujeto a la enfermedad; todo cuerpo que está sometido a la enfermedad también está sometido a la disolución.*

30. *El ánimo está en Dios, la razón está en el hombre, la razón está en el ánimo, el ánimo es insensible al sufrimiento.*

31. *No existe verdad en el cuerpo mortal; no existe falsedad en el cuerpo inmortal.*

32. *Todo lo que nace está sometido al cambio, pero no todo lo que nace es perecedero.*

33. *No hay nada bueno en la Tierra; no hay nada malo en el cielo.*

34. *Dios es bueno; el hombre es malo.*

35. *El bien opera con libertad, el mal actúa forzado.*

36. *Los dioses destinan las buenas obras a buenos fines.*

37. *El buen orden es justicia sublime; el buen orden es la ley.*

38. *La ley divina es el tiempo; la ley humana es el mal.*

39. *El tiempo es la rotación del mundo; el tiempo es el destructor del hombre.*

40. *En el cielo todo es inmutable; en la Tierra todo es variable.*

41. *En el cielo nada está sometido ni subordinado; en la Tierra nada es libre.*

42. *En el cielo no hay ignorancia, en la Tierra no hay conocimiento.*

43. *Lo terrestre no participa en lo celeste.*

44. *Todo lo que se halla en el cielo está por encima de toda difamación y deshonra; todo lo que se halla en la Tierra es reprobable.*

45. *Lo divino no es mortal; lo que es mortal no es divino.*

46. *Lo que se siembra no siempre germina; lo que germina siempre ha sido sembrado.*

47. *Para el cuerpo perecedero hay dos períodos de tiempo: de la concepción al nacimiento y del nacimiento a la muerte. Para el cuerpo imperecedero no hay más que un tiempo que comienza en la creación.*

48. *Los cuerpos disolubles crecen y menguan.*

49. *La materia perecedera oscila entre dos contrarios: formación y destrucción. La materia imperecedera realiza el cambio en sí misma o en lo que le es similar.*

50. *Para el hombre, el nacimiento es el comienzo de la muerte y la muerte el comienzo del nacimiento.*

51. *Lo que nace también muere; lo que muere también ha nacido.*

52. *De las cosas esenciales, algunas están en el cuerpo, otras en el mundo de las ideas y otras en el mundo de las fuerzas. El cuerpo también está en el mundo de las ideas, pero la idea y la fuerza también están en el cuerpo.*

53. *Lo divino no participa en lo perecedero y lo mortal no participa en lo divino.*

54. *Lo mortal no entra en un cuerpo inmortal; pero lo inmortal sí puede entrar en lo mortal.*

55. *Las fuerzas divinas que se manifiestan no se dirigen hacia lo alto sino hacia lo bajo.*

56. *Nada de lo que ocurre en la Tierra tiene utilidad para los asuntos del cielo, pero los asuntos del cielo son de la mayor importancia para lo que pertenece a la vida terrestre.*

57. *El cielo es la morada donde son bienvenidos quienes portan cuerpos imperecederos; la Tierra es la estancia de los cuerpos perecederos.*

58. *El ser terrestre está desprovisto de razón, el cielo se asemeja a la razón divina.*

59. *Las armonías celestes son el fundamento del cielo, las leyes terrestres son impuestas en la Tierra.*

60. *El cielo es el primer elemento, la Tierra el último.*

61. *La Providencia es el orden divino; el Destino, el servidor de la Providencia.*

62. *El azar es un movimiento ciego y desordenado; la imagen ilusoria de una fuerza, una apariencia engañosa.*

63. *¿Qué es Dios? El bien inmutable e inflexible. ¿Qué es el hombre? Un mal que se retuerce sobre sí mismo.*

64. *Si guardas estas sentencias en tu pensamiento, no tendrás dificultad en acercarte a las explicaciones que te he dado en detalle; pues estas sentencias son el resumen de ellas.*

65. *Evita hablar y discutir de esto con la muchedumbre; no porque yo quiera negarle sus tesoros, sino porque lo*

hallaría hilarante. Lo semejante atrae a lo semejante; pero nunca prefiere aquello que le es distinto. Las palabras que te he dicho no atraen sino a un pequeño número de oyentes, tal vez ni a ese pequeño número. Estas palabras tienen, entre otras, esta particularidad: incitan todavía más al mal a los malvados. Por esta razón es necesario tener cuidado con la muchedumbre, pues no comprende ni la fuerza liberadora ni la magnificencia de la palabra.

66. *¿Qué quieres decir, Padre?*

67. *Esto, hijo mío: La vida animal de los hombres está inclinada en gran medida al mal. Lleva el mal innato y, por eso, se complace en él.*

68. *¿No sería peor si este ser animal supiera que en un principio fue creado el mundo, que todas las cosas suceden según la disposición de la Providencia y que, al final, es el correspondiente Destino* [*] *el que domina todo? Porque despreciaría al universo por haber sido creado así, y excusaría las causas en el destino asignado, de tal manera que ya nunca dejaría de actuar mal.*

69. *Debes estar vigilante con el fin de que en su ignorancia, que teme lo que no puede comprender interiormente, te cause el menor daño posible.*

[*] Karma-Némesis

IX

La ley original de los misterios gnósticos

El comienzo del quinto libro de Hermes Trismegistos es un testimonio del verdadero amor a Dios y a toda la humanidad, como axioma, como fórmula de vida verdaderamente liberadora. De esto se deduce que el conocido relato evangélico que encontramos en la Biblia y que se refiere al texto anterior es, sin lugar a duda, hermético.

Alguien se acercó a Jesús y le preguntó: «¿Cuál es el primero y el más importante de todos los mandamientos?» Y Jesús respondió: «Ama a Dios por encima de todo y a tu prójimo como a ti mismo» «En esto reside toda la ley y los profetas». Ésta es la llave de la puerta que conduce a la vida liberadora. Por eso es un axioma hermético. Le colocamos ahora ante esta exigencia irrefutable para estudiarla de cerca y, a partir de ella (pues esto es lo que importa), examinarse a sí mismo.

«Ama a Dios por encima de todo y a tu prójimo como a ti mismo» ¿Satisface esta ley original de los misterios gnósticos? Tal vez responda a esta pregunta con una queja tan vieja como el mundo dialéctico. Hallamos esa queja en el segundo versículo de nuestro texto:

Pero si aquí nada es real ni verdadero, Padre, ¿qué hay que hacer entonces para vivir de la manera correcta?

En efecto, ¿cómo podría el hombre aplicar perfectamente esta ley original siendo el mundo como es? Y en lo que concierne a la naturaleza de nuestro orden mundial dialéctico, ¡no necesita que se lo describamos! Ya lo hemos hecho muchas veces. Los días que vivimos en la actualidad están ensombrecidos por tantas nubes amenazadoras que esto es suficiente para justificar su queja, pues usted la conoce bien, forma parte de su ser. Todos la conocemos por experiencia.

Cuando un hombre decide seguir fielmente las instrucciones de la ley original gnóstica, descubre rápidamente poderosos obstáculos para su cumplimiento. Cuando pensamos, por ejemplo, en el amor a sí mismo, en el amor al yo que nos gobierna continuamente; en el odio que es la consecuencia de esta conservación del yo; en estos criterios de vida tan diferentes, hacia los cuales la mayoría de los hombres sienten aversión; cuando pensamos en la multiplicidad de diferentes orientaciones que le llenan de angustia, entonces es bien cierto que la aplicación espontánea de un amor perfecto al prójimo encuentra numerosas dudas e insuperables obstáculos.

¿Qué se puede hacer ahora para llegar a un equilibrio con la ley original gnóstica y obtener la llave de la vida liberadora?

Hermes dice que nosotros, que vivimos en un mundo fenoménico, debemos llegar hasta el transfondo de esas apariencias. Sólo entonces comprenderemos a nuestro prójimo y podremos ayudarle mejor. Debe intentar penetrar hasta el plano oculto de las cosas a las que el hombre es llamado y elegido. Debe llegar a saber cómo cayó el hombre y cómo se sumió en el estado y la conducta de vida actual. Cuando posea esta sabiduría, no un saber intelectual, sino una sabiduría interior de primera mano, como una cualidad que impregne todo ser, que ya no pueda perder y que nunca más le abandone, entonces amará verdaderamente a su prójimo, es decir, a toda la humanidad y, al mismo tiempo, concebirá la nobleza de su ser más profundo.

Pero para poder penetrar hasta esta sabiduría, esta posesión interior, como dice Hermes, es necesario volverse piadoso, llevar una vida consagrada al servicio de Dios:

Quien es verdaderamente piadoso amará la sabiduría por encima de todo, pues sin amor por la sabiduría es imposible alcanzar la piedad suprema.

En primer lugar, deberíamos preguntarnos qué es la piedad como camino, como medio para alcanzar la sabiduría, como método para elevarnos hasta la Gnosis Original.

Aparentemente podría responder de manera sencilla y decir: «Sé muy bien qué es la piedad». Y sin pensarlo más se vería tentado a proseguir con el estudio de los siguientes aspectos de la filosofía hermética.

Sin embargo, ¿sabe bien lo que es, en realidad, una vida piadosa? Si lo sabe tan bien y aplica este saber en su vida, permítanos preguntarle por los resultados. Pues entonces, como dice Hermes, usted se encontraría en la sabiduría absoluta, en la conciencia mercurial, ya que ser piadoso es la llave que abre la puerta de la sabiduría.

Y cuando habla de vida piadosa, ¿acaso no piensa en lo que se entiende comúnmente por «vida religiosa»? Desde hace siglos hemos bebido de las consideraciones líricas de los místicos sobre la piedad. Evocamos entonces, por asociación, la vida en celdas acompañada de mortificaciones y otras penitencias, o la vida devota de personas que cumplen concienzudamente con sus deberes religiosos.

La humanidad cuenta con millones de estas personas y siempre ha sido así. Pero, ¿dónde está la sabiduría, la sabiduría liberadora que debe surgir necesariamente de una vida piadosa?

Quien ha adquirido discernimiento acerca de la esencia del todo y comprendido cómo, por quién y en provecho de quién todo está

unido en la Tierra, dará gracias a Dios, el Demiurgo, el Arquitecto del mundo, que como el mejor Padre le colma de favores y le protege fielmente. Confesando su gratitud, será piadoso; y por su piedad sabrá donde está la verdad y cuál es; y, gracias a este discernimiento, su inclinación hacia la piedad no dejará de crecer.

Cuando hablamos de alumnado serio, sabemos bien que la mayoría de los alumnos de la Joven Gnosis posee la seriedad exigida, pues cuando la dirección de la Escuela descubre que un candidato no tiene las cualidades requeridas, le invita a dejarla. Ahora bien, entre el alumnado serio ordinario de los alumnos de la Joven Gnosis y una «vida religiosa» en una iglesia u otra comunidad religiosa, no hay ninguna diferencia. Sólo es un punto de partida, un comienzo; es la colocación de la primera piedra. Es lamentable que muchos se queden en esta primera piedra, permanezcan allí o se sienten en ella con la idea totalmente errónea de que cierta religiosidad o un alumnado exteriormente serio les conducirá a la vida liberadora o les aportará la sabiduría.

Quienquiera que se ate a determinadas formas o expresiones religiosas o se identifique completamente con un alumnado serio sin más, forzosamente se cristaliza. Y, a causa de esta cristalización, se vuelve cada vez más inaccesible para la luz liberadora.

Un alumnado serio sin más, y frecuentemente se concibe así, encierra un grave peligro pues, en cuanto la primera piedra ha sido colocada, debe comenzar una construcción. La construcción debe erigirse en el espacio y algo que hasta entonces no existía debe ser realizado. Una vez culminada la construcción hay que utilizarla. Por esta razón, la religiosidad y la devoción comunes son complemente diferentes a la piedad. Fijémonos en la palabra «piedad». Ella señala claramente un resultado y no sólo un estado de ser.

Fijémonos también en la palabra «devoción». Ella tiene en nuestro idioma* dos significados distintos. En primer lugar, la devoción se asocia inmediatamente con piedad, con una vida piadosa; en segundo lugar, antaño se utilizaba en el sentido de valor. Un hombre devoto era un hombre valeroso, muy valeroso.

Como ha visto, el quinto libro de Hermes es una parte de un diálogo entre Hermes y Tat, o Tatius. La noción Tat, o Tatius, nos lleva a la idea de realeza o a la de llamada a la realeza, por lo tanto, al verdadero devenir humano superior. Se le dice a Tat que la llave que da acceso al devenir del hombre verdadero reside en la devoción, lo que quiere decir, en el valor para conquistar la piedad.

Éste es el secreto del alumnado gnóstico: poseer el valor para perseverar a pesar de todos los obstáculos, a pesar de todos los factores contrarios, sin importar lo que otros puedan decir ni las situaciones y dificultades que puedan acumularse a su alrededor. Si no tiene ese valor, si es incapaz de perseverar, de avanzar así, nunca llegará a la sabiduría, nunca llegará a amar a la humanidad según la ley original de la Gnosis.

«Ama a Dios sobre todas las cosas» significa: persevere a pesar de todo, incluso aunque no convenga a su situación de pequeño burgués. Entonces la sabiduría, la sabiduría que es de Dios, se manifestará en usted. Si demuestra semejante valor de forma consecuente, el valor de la convicción, se puede decir que ha traspasado la puerta. Si verdaderamente utiliza la poderosa fuerza de luz de la Gnosis con absoluta sinceridad y aparta con resolución todas las dificultades y todos los obstáculos sin darles importancia, Entonces ha traspasado la puerta. Entonces la sabiduría de Dios entra en usted. Esta sabiduría está unida al amor que es para todos y está en todos. Piense en las dos primeras corrientes de la luz séptuple universal. La corriente que sigue inmediatamente a la manifestación de la plenitud divina es la del amor universal.

---

* En holandés, lengua original del escrito.

Si ha comprendido esto, sepa que ha recibido la llave del bien universal. La Gnosis se aproxima a usted y le tiende la llave del misterio de la vida liberadora. Y si ha comprendido bien, sabrá que nada puede impedirle recorrer el camino, al menos mientras persevere, sin desviarse, consagrándose a una vida piadosa. Pero si no quiere utilizar esta llave, no conseguirá nada; no habrá logrado más que un honesto alumnado burgués en tanto que señora tal o señor cual. Su alumnado no habrá sido más que un decorado, un maquillaje destinado a camuflar su miserable existencia dialéctica.

Estos problemas, si le parece bien llamarlos así, son muy antiguos. Lea, por ejemplo, en la Epístola de Santiago, donde se hace hincapié expresamente en el acto, ese elemento de su alumnado que le posibilita irrumpir hacia el logro de la meta.

Sin embargo, no se confunda una vez más, pues son numerosos los que podrían ilusionarse creyéndose no solamente religiosos sino, también, piadosos. Por ejemplo, nos podrían decir: «¿Acaso no hemos demostrado todos estos años quienes somos? ¿No hemos sido fieles en todos los puntos? ¿No hemos dado nuestro dinero, nuestros bienes, nuestro tiempo, nuestra energía, nuestra salud y nuestra laboriosidad?» A esto debemos responderles: «Por magnífica que sea su donación, ¿no ha buscado nunca el compromiso? ¿No ha dejado nunca para más tarde, conscientemente, cosas absolutamente necesarias? ¿Acaso no ha rechazado alguna vez, por motivos burgueses, su voz interior cuando sentía: allí es donde deberías estar?»

¡La Gnosis le pide todo su ser! La Gnosis no tiene en cuenta sus circunstancias burguesas. No puede ni debe. ¿Qué piedad demostró cuando dejó de hacer lo que se le había pedido? Por ello, estas cosas están particularmente subrayadas en la Biblia. Escuche lo que Jesús dice a sus discípulos (Mateo 10, 37-39):

«Quien ama a su padre o a su madre más que a Mí, no es digno de Mí; quien ama a su hijo o a su hija más que a Mí, no es digno de Mí; quien no toma su cruz y Me sigue, no es digno de Mí. Quien

conserva su vida, la perderá y quien pierda la vida por Mi causa, la encontrará»

Y si prefiere citas de la literatura mundial, piense en la conocida frase de Ibsen: «Todo o nada». ¿Tiene el valor de lanzarse? Pues se necesita valor para esto: el valor de la piedad y no la hipocresía, nada de pequeños pretextos burgueses. Esto es lo que le pide la Gnosis, éste es el fundamento del diálogo de Hermes y de Tat. Tat era un buscador al que Hermes no le entretuvo con elucubraciones místicas. Hermes coloca la espada de su boca exactamente en el punto débil del hombre que busca: es necesario que el corazón se abra a la luz gnóstica. La Escuela Espiritual de la Joven Gnosis presenta incesantemente este aspecto ante sus alumnos.

Y esto sólo podrá hacerlo con la verdadera piedad; aquélla de la que acabamos de hablar; sólo así podrá abrir su corazón a las radiaciones del espíritu séptuple. Con esta indicación comienza el quinto libro de Hermes Trismegistos. Usted podrá satisfacer su deuda con Némesis llevando, ante todo, una verdadera vida al servicio de Dios. Si rechaza tal comportamiento, el destino continuará persiguiéndole a pesar de su alumnado pretendidamente serio; y continuará cayendo de dificultad en dificultad. Cuando te has recuperado de un golpe en la vida, al día siguiente te sobreviene otra aflicción; así ocurre en la naturaleza dialéctica.

Pero si abre su corazón a la luz de la Gnosis con verdadera piedad, la luz irrumpirá en su interior y se encontrará en la sabiduría: pues sin sabiduría no hay piedad.

Si quiere ser verdaderamente un alumno de la Escuela Gnóstica, penetre entonces, franqueando la frontera, en el círculo de la eternidad. Y cuando haya pasado esa frontera estará por derecho propio «sobre la alfombra». Entonces, podrá unirse al triángulo y al cuadrado, al Espíritu Santo Séptuple.

X

La imitación de Cristo

Dijimos que quien vive un alumnado efectivo y, por tanto, practica la verdadera piedad, quien acoge el espíritu séptuple en el santuario del corazón y, colmado del valor de la piedad, extrae las consecuencias, crece diariamente en sabiduría y en gracia durante la profunda transformación del nacimiento del alma.

En la Escuela Espiritual existe el riesgo de que se origine en los alumnos cierta costumbre cuando se repiten determinadas enseñanzas. Naturalmente, las enseñanzas son reproducidas, con respeto y sinceridad, pero en tal estado de ser se experimentan y se viven, como mucho, de una forma religiosa. Y la religiosidad dialéctica jamás puede ser liberadora.

Tal religiosidad es, a lo sumo, un comienzo, la colocación de la primera piedra. Lleva siempre consigo una separación espacio-temporal: la separación entre el hombre religioso y el Logos, entre el hombre religioso y la meta, entre el tiempo y la eternidad, entre el ahora y el después, entre la muerte y la vida, entre el aquí y el allá.

No obstante, la verdadera piedad se eleva directamente por encima de toda separación. En efecto, cuando practica esta piedad, cuando persevera en su alumnado, trabaja directamente en la liberación de su dios interior. Atrae inmediatamente la meta a su presencia. La eternidad del estado imperecedero de alma viva desciende en el tiempo. La lejana liberación se torna en inmediata, instantánea. La muerte del yo natural se transforma al momento en vida del hombre-alma. El «aquí» del mundo dialéctico se transfigura existencialmente en el estado de alma viva, mientras

que su muerte diaria representa una resurrección diaria, un auténtico acontecimiento de Pascua.

Ser un hombre piadoso en el sentido gnóstico es totalmente distinto a ser un hombre religioso. Un hombre religioso es un hombre que reconoce y acepta una divinidad de una u otra manera, al igual que un ciudadano reconoce y acepta un gobierno. Rinde a su dios un determinado culto, le testimonia un agradecimiento de buen grado, cumple sus deberes hacia él; pero por lo demás sigue estando ligado a la tierra, sigue siendo un ser terrenal. Celebra los días señalados por la liturgia, honra las festividades religiosas, conmemora a Jesús el Señor en su muerte y resurrección, pero ni siquiera piensa que él mismo tiene que seguirle en su muerte ni que puede participar en su resurrección. Sin embargo, esto determina precisamente la realidad o el fracaso del verdadero alumnado gnóstico.

La filosofía hermética intenta hacerle profundamente consciente de que, por el valor de la piedad, tiene en sus manos su propia salvación, su propia bienaventuranza. Quien se da cuenta de esto, quien lo vive verdaderamente y lo aplica, se colma de un indescriptible agradecimiento hacia el arquitecto divino. Éste es el principio original de la auto-francmasonería verdadera. Todo hombre tiene la posibilidad de erigir, sobre la única piedra angular, la construcción imperecedera de su propia salvación. Debe volverse consciente de que todo hombre, cualesquiera que sean sus circunstancias, tiene la posibilidad de recorrer el camino de regreso. Todos, sin excepción, tienen esa capacidad.

Sin embargo, la constatación teórica de esta posibilidad no tiene en sí nada de liberador y es inútil. ¡Tiene que confirmar la teoría con la práctica! Tiene que dar vida a las posibilidades que le son ofrecidas, por el valor de la piedad. Y una vez dicho esto, deje de quejarse diciendo que es difícil y complicado. Pues no es tan difícil ni, de hecho, tampoco tan complicado. Si tuviera valor, lo podría confirmar por medio de la experiencia. La gratitud, que es

consecuencia de la experiencia de la verdad viva, acrecentaría su piadosa orientación, haciéndola más positiva, más dinámica y más inquebrantable.

A veces alguien nos dice: «Pero al fin y al cabo, ¿quién soy yo? ¿Qué puedo hacer? No soy más que un...», expresando con ello un tópico cualquiera. Si usted habla así, es porque sigue siendo el que siempre ha sido aunque posea todas las posibilidades para su liberación desde su nacimiento. Escuche, ahora, lo que la filosofía hermética quiere hacerle comprender:

Hijo mío, el alma, aunque esté en el cuerpo, jamás desciende hacia lo que es su opuesto cuando aligera la carga de sus deudas para asir lo genuinamente bueno y verdadero.

Cuando, por la piedad, ha nacido en usted el alma y ella se desarrolla en su existencia mortal, entonces, como consecuencia, se abre el corazón celeste y aumenta su comprensión y su conocimiento de primera mano relativos a la bondad y a la verdad. Llega un momento, dice Hermes, en que el resultado de la piedad obtiene tal alcance y fuerza que usted ya no podrá descender más en sentido inverso.

Cuando el alma ha conocido a Aquel que la ha llamado a la existencia —cuando se encuentra con Poimandres en el espacio abierto— *se llena de un amor inmenso, olvida todo mal y ya no puede separarse del bien.*

Pues cuando el alma vuelve así al origen y resucita en el origen, no puede hacer otra cosa que amar, porque el amor es la esencia del estado de alma viva. De esta forma se alcanza el objetivo de la verdadera piedad.

La verdadera piedad tiene como objetivo, por el nacimiento del alma y sus consecuencias, resucitar en la naturaleza de la muerte

sin ya pertenecer a ella. Se trata, pues, de la celebración de la verdadera Pascua, una eterna fiesta de Pascua interior: estar en el mundo sin ser del mundo.

Esta frase, «estar en el mundo sin ser del mundo», adquiere un significado profundo y actual. Esto no quiere decir ser vegetariano, no fumar, no beber alcohol y cosas similares. Esta frase no tiene un sentido exclusivamente religioso, sino que quiere convencerle de que si usted utiliza sus posibilidades le será concedido ser totalmente libre, aunque todavía viva en la naturaleza de la muerte. Y todo esto como consecuencia de la piedad.

Si ha alcanzado el objetivo de la verdadera piedad, *si regresas a este estado, si vives de la manera correcta y mueres bienaventurado, tu alma sabrá con toda certeza hacia donde debe dirigir su vuelo. Tal es, hijo mío, el único camino hacia la verdad, que nuestros predecesores también recorrieron;* y quienes lo han recorrido en el transcurso de la historia del mundo, sin excepción han *recibido el bien.*

Todos los hombres, sin excepción, tienen la posibilidad de ejercer la verdadera piedad. Los resultados obtenidos con este esfuerzo están asegurados eternamente: Todos los que han recorrido ese camino han recibido el bien. Han olvidado todo mal y ya nada puede desviarles del bien. ¡Todo esto puede realizarse en una sola vida, en su vida! Es la eternidad que puede manifestarse en el tiempo.

Por esta razón, debe desterrar toda elucubración mística. Las conversaciones místicas, los comentarios de los escritos sagrados tienen muy poca importancia. Emplee cada segundo en practicar la piedad y experimentará que la piedad se manifiesta en el tiempo.

¿Por qué debe manifestarse la resurrección en el tiempo? ¿Por qué la resurrección precede a la ascensión? Para que usted se vuelva un Tat, un hombre sacerdotal, un llamado al sacerdocio real,

alguien capacitado para realizar perfectamente el trabajo del amor servicial.

«Ama a Dios sobre todas las cosas y a tu prójimo como a ti mismo». Si se ha elevado en el amor divino por medio de la piedad y posee el amor ardiente del estado de alma viva, ya no podrá hacer otra cosa que servir a la humanidad. Entonces deseará fervientemente ayudar a los demás a recorrer el camino de la liberación, que usted mismo ha recorrido.

¿Y qué mejor forma de ayudar a los demás que siendo un alma liberada que todavía dispone de la personalidad del nacimiento natural? Así puede actuar entre los que han caído. Por lo tanto, la piedad es un camino que le hace comenzar prácticamente con el nacimiento de Juan, le conduce al nacimiento de Jesús, prosigue desde la mañana de Navidad hasta la mañana de la resurrección y desde la mañana de la resurrección hasta la ascensión.

Lo decimos de nuevo con insistencia: esta imitación de Cristo está completamente a su alcance. Si no fuera así, la Escuela Espiritual gnóstica dejaría de existir hoy mismo, pues en el mundo ya hay suficiente religiosidad e instituciones religiosas y no necesita más. La presencia de la Gnosis, su intervención y su fuerza se explican por el hecho de que usted puede hacerlo, porque esencialmente está en condiciones de realizar la eternidad en el tiempo. Lo que un hombre religioso lleno de respeto y devoción ve como un acontecimiento exterior a él mismo, para el hombre verdaderamente piadoso puede suceder en su propio ser. Usted puede acoger y comenzar esta tarea en su existencia y concluirla, a condición de que quiera ser un hombre piadoso y no un hombre religioso.

La Iglesia escenifica las experiencias del Hijo de Dios y repite sin fin sus representaciones; de ello resulta el embrutecimiento total de la muchedumbre, sin contar los banquetes y el bullicio que acompañan a las fiestas religiosas. En el mejor de los casos, habrá por lo menos unos pocos que, no pudiendo olvidar el drama

crístico, llegarán a descubrir que el camino del Cristo es un camino que deben seguir ellos mismos, en la piedad y gracias a ella.

Quien toma la decisión de reemplazar su disposición religiosa por una práctica de la piedad es inmediatamente, según el aforismo de los rosacruces clásicos, «inflamado en el espíritu de Dios». Según su enseñanaza, el gran proceso transcurre simultáneamente con el declinar del ser-alma nacido de la naturaleza. Así pues, es morir para vivir. Después del «perecer en Jesús el Señor» sigue un despertar, un renacimiento total en el Espíritu Santo y por el Espíritu Santo.

Esperamos que comprenda cuán importante es que, basándonos en la Gnosis Original, podamos decirle todo esto. Le transmitimos este mensaje de Pascua ahora que los tiempos están maduros y que el nuevo reino gnóstico le espera, con el fin de que realice en su estado de vida el cambio necesario. El cambio de la religiosidad en piedad. El cambio del alumnado ordinario en un verdadero y esencial alumnado confesional.

Cuando adopta esta práctica, sigue, según las palabras de Hermes, *el camino sublime y frecuentado*, el camino de la paz profunda, el camino de Belén al Gólgota.

XI

EL CAMINO DE BELÉN AL GÓLGOTA

El camino de la paz profunda, el camino de Belén al Gólgota está abierto para todos nosotros. Las palabras de Jesús, «Sed mis imitadores», no representan de ninguna manera una exigencia imposible. Por este motivo, Hermes Trismegistos dice: *Camino sublime y frecuentado*. Realista, sin embargo, añade: *pero difícil y arduo para el alma mientras está en el cuerpo*. Queremos examinar estas dificultades.

Primero el alma debe combatir contra sí misma, provocar una profunda escisión y conceder a una de las partes la victoria sobre sí misma. Literalmente, surge un conflicto entre una parte y las otras dos: la primera trata de escaparse mientras que desde abajo las otras dos intentan atraerla. La consecuencia es una lucha donde se miden las fuerzas entre la parte que quiere escaparse y las otras dos que se empeñan en retenerla.

No es lo mismo que gane una o las otras dos. Pues una parte aspira intensamente al bien mientras que las otras habitan en los planos de la perdición. Una suspira por la libertad; las otras se arrojan a los brazos de la esclavitud. Cuando las dos son abatidas, quedan encerradas en sí mismas, inactivas y aisladas, abandonadas por la que prevalece. Pero si la otra es abatida, es hecha prisionera por las otras dos, es despojada de todo y castigada con la vida que lleva aquí.

Mira, hijo mío, ésta es la guía del camino que conduce a la libertad: debes renunciar al cuerpo antes de que muera y triunfar sobre la vida inmersa en la lucha; y una vez conseguida esta victoria, debes regresar hacia lo alto.

Este texto nos coloca ante la resurrección efectiva del alma, la liberación del alma del campo del nacimiento natural. Es una tarea ardua, lo que hace que la victoria sea aún más bella. Esta lucha interior que todo candidato debe emprender se describe en los Evangelios como el prendimiento de Jesús el Señor, su interrogatorio ante Herodes, Pilatos y el Sanedrín, sus humillaciones, su camino de cruz y su muerte. Finalmente acontece la grandiosa victoria del tercer día, la fiesta de la resurrección. El conjunto del relato evangélico de la pasión de Jesús y de su resurrección se encuentra descrito, hasta en sus mínimos detalles, en la parte citada del quinto libro hermético. El drama de Jesús, la epopeya de Jesús, describe claramente el nacimiento del alma y su recorrido a través de la materia; su liberación de la materia y su ascensión al mundo del estado de alma viva; de donde regresa al servicio de la humanidad para ayudar a quienes todavía están encadenados.

Si es un alumno de la Joven Gnosis sabrá que el alma pertenece a la triple alianza de la luz, la triple alianza del ser verdadero: espíritu, alma y cuerpo. Cada uno de estos tres aspectos del ser tiene una función propia para perfeccionar y armonizar la colaboración entre los tres. El alma es la intermediaria, la mediadora entre el espíritu y el cuerpo. Su polo positivo está orientado hacia el espíritu, el negativo hacia el cuerpo. Y así, por la mediación del alma, la fuerza del espíritu afluye en el cuerpo.

Tome, por ejemplo, el caso del alumno de la Joven Gnosis que ha decidido recorrer el camino de la piedad, cuya consecuencia es el nacimiento del alma nueva. Con ello entendemos que una radiación de fuerza de luz de elevada serenidad, una radiación de fuerza de luz que no es de este mundo, es capaz de penetrar en nuestro ser

natural por el santuario del corazón y erigir en él su morada. Éste es el nacimiento del alma nueva. En el instante en que se produce, se desarrolla una lucha interior cada vez mayor, una tensión creciente.

Numerosos alumnos nos dicen a menudo que viven bajo esta tensión y que no pueden salir de ella. ¡Esto es evidente! Cuando la nueva radiación del estado de alma viva penetra en el santuario del corazón, la espada es hendida en su ser. Como resultado de ello se produce una tensión cada vez mayor que, en un momento dado, termina por ser insoportable y conduce a una terrible crisis cuya salida debe ser la liberación del nuevo estado de alma por la resurrección.

Cuando el alma nueva ha nacido, el cuerpo es influido por una nueva fuerza de luz. Pero, al mismo tiempo, también están activas muchas otras fuerzas en el cuerpo. Numerosas fuerzas naturales son absorbidas por el sistema del fuego de la serpiente del campo dialéctico circundante. Cuando la nueva fuerza de luz escoge su morada en el cuerpo e interviene como un nuevo principio intermediario, en ese momento, por decirlo así, es aprisionada inmediatamente. Esta nueva fuerza es asediada por las fuerzas naturales. Las fuerzas naturales son los mercenarios de Herodes, las tropas del gran sacerdote de nuestro ser natural, los soldados de Poncio Pilatos.

El nuevo principio del alma no puede ni debe resistirse, ni aunque ello fuera posible. Se entrega voluntariamente como prisionero en nuestro sistema. Su tarea es ofrecerse voluntariamente al cuerpo. Debe ser el mediador con el fin de salvar a todo el ser e impulsarlo a la transfiguración. Por esta razón, Jesús el Señor se deja prender voluntariamente con la mayor calma.

Éste es el fundamento para una posible transfiguración. Nadie puede hacer esto por usted. Uno de los grandes, que vivió hace dos mil años, no puede hacer nada por usted. A lo sumo puede servirle de ejemplo, pero es usted mismo quien debe recorrer ese camino.

He aquí por qué resuenan en sus oídos las palabras pronunciadas por Jesús el Señor: «Sed mis imitadores».

Sin duda, ahora se imagina mejor la lucha que debe sostener, al comienzo, el nuevo elemento del alma antes de que se pueda activar la gran escisión y pueda ser pronunciado de forma positiva el "consummatum est", el "está consumado". Pues lo verdadero, lo puro, lo virginal debe unirse deliberadamente a lo impuro, al pecado, a la naturaleza dialéctica. Debe dejarse prender en un amor perfecto. Debe dejarse escupir, golpear y flagelar; no puede ni debe sustraerse a ello. Antes de que comience este doloroso proceso, el ser del alma nueva del hombre puede rogar: «¿No puede apartarse de mí este amargo cáliz? ¿No podría ser de otra manera?» Pero hay que apurar esa copa para alcanzar la única meta y adquirir la calidad requerida.

El elemento del alma nueva tiene dos polos. Uno de estos polos está dirigido hacia la patria, hacia el espíritu, hacia el Padre, hacia Poimandres que se acerca. El segundo polo debe dirigirse hacia la personalidad natural con el fin de que la nueva fuerza de salvación, lo inmortal, pueda influir en lo mortal. Por este motivo, desde el momento en que festeja su alumnado verdadero surje la lucha interior.

Hemos tenido que esperar durante años antes de hablarle de ello. En el desarrollo de la Joven Gnosis, ha llegado el momento en el que los verdaderos alumnos lo comprendan y sean considerados interiormente lo suficientemente fuertes como para soportarlo.

Imagine bien lo siguiente: dos estados de ser absolutamente diferentes están unidos el uno al otro. En la Gnosis, se intenta unir lo celeste con lo dialéctico, siguiendo el ejemplo de todos los grandes, que han dicho: «Sed mis imitadores». Unir entre sí, en su propio sistema, dos estados de ser tan diferentes suscita ese gran sufrimiento. Uno de los polos del nuevo elemento del alma se refugia en el espíritu, en Poimandres. El segundo polo está obligado a encontrarse con la naturaleza de la muerte. Mientras, por

un lado, el nuevo elemento del alma aspira con esfuerzo al bien, al mismo tiempo sufre el conflicto entre ambas fuerzas naturales fundamentales: el instinto y el anhelo. ¡Qué sufrimiento! Por un lado, un intenso deseo de liberación con cada latido del corazón; por otro, el contacto con las fuerzas de la abyección y de la esclavitud.

¡Así es como se alza la cruz! Sólidamente plantada en la tierra, en lo terrestre; lo celeste se dirige hacia la tierra y, en ella, recorre su camino de cruz, debe recorrer su camino de cruz. La cúspide de la cruz está dirigida hacia lo celeste y la rosa del alma está clavada en el corazón de la cruz.

¿Siente usted, experimenta el inevitable dolor del alma clavada a su cruz? Pues en esta ofrenda voluntaria, lo vertical es flagelado y atormentado sin cesar: el espíritu no puede más, ya no lo puede soportar. Y cuando la actividad horizontal de la fuerza del alma intenta elevarse un instante hacia lo vertical, también le resulta imposible. Entonces surge el sufrimiento de una quemazón, la quemadura del fuego. Lo horizontal no puede abandonar su ser natural y lo vertical no puede adaptarse a la naturaleza de la muerte, aunque debe hacerlo voluntariamente. Este proceso, este camino de cruz, resumido como sigue en la filosofía hermética, es la guía que conduce a la libertad:

Debes renunciar al cuerpo antes de que muera y triunfar sobre la vida inmersa en la lucha; y una vez conseguida esta victoria, debes regresar hacia lo alto.

Esta guía es la cruz, la cruz con la rosa de color rojo sangre, la cruz de la ofrenda voluntaria de sí mismo, la cruz de la purificación. Clavada a esta cruz, la joven alma debe luchar y realizar su tarea.

Por consiguiente, no se asombre si, al recorrer el camino de la piedad, todavía existe tanta lucha en su vida y aún debe luchar tanto consigo mismo. Pues el necesario encuentro entre dos adversarios totalmente irreconciliables causa una fuerte quemadura

interior, la quemadura de la cruz. Este fuego es inevitable, debe arder violentamente. El nuevo estado del alma, en primer lugar, debe triunfar sobre la vida mortal. Entonces Hermes dice: Debes comprender bien esto y luchar con tu ser interior.

Por ejemplo, hay hombres que emprenden y asumen la lucha vital, que necesariamente se realiza en el camino, con el yo, el yo de la autoaniquilación. Dan a esta lucha interior un carácter muy personal, parten de la idea errónea de que todos los males, miserias y sufrimientos se deben a que todavía tienen un yo; al hecho de que, de una manera u otra, su naturaleza inferior les juega malas pasadas; a que todavía están llenos de mal y de pecados. Pero esto no tiene nada que ver con lo que acabamos de decir. Vea claramente la situación:

Como alumno, por un lado, ha abierto el santuario de su corazón a una nueva fuerza, la fuerza del sexto plano cósmico, la fuerza del estado de alma viva. Esa fuerza irrumpe en usted, penetra en su sangre y en su fluido nervioso y se introduce en el santuario de la cabeza; llena todo su ser y hace que nazca el alma. Pero también existe otra fuerza que es absorbida por el sistema vital del fuego de la serpiente que asimismo encuentra su camino en usted. Son estas dos fuerzas, de naturaleza esencialmente diferente, las que encienden un fuego ardiente. Por ello su alma sufre, pero también su yo. No piense que lo causa el alma, pero tampoco lo causa el yo. No, el sufrimiento proviene del encuentro de esas dos fuerzas esencialmente extrañas entre sí, de dos tensiones totalmente diferentes, de dos fuerzas electromagnéticas que se encuentran en su ser.

¿Qué hacer entonces? ¡Vivir la endura! ¡No deje que el yo se inmiscuya en el proceso! Cuando sienta la tensión y el sufrimiento, no lo descargue sobre otros, experiméntelo como el necesario proceso de purificación de la santa Rosacruz. Cuando siente y vive el dolor en lo más profundo de su ser, en ese momento la fuerza de luz está interviniendo en usted con todo su poder, con el mayor dinamismo. Siempre ha habido hombres, como le decíamos antes,

que consideran la lucha vital que plantea el camino, como una lucha de carácter muy personal. Ellos se corroen a sí mismos, por decirlo así, como si se aferraran al yo. Así se colocan totalmente en el autoaniquilamiento. Pero el yo, precisamente, ha de quedarse al margen. El yo no debe ocuparse de nada, sino que debe volverse silencioso. ¡Permita que la lucha, el fuego de la purificación actúe con furor!

Piense en las antiguas prácticas monacales de mortificación y de mutilación que se realizaban para luchar contra la carne. Sin embargo, la lucha del camino de cruz no es una lucha contra la carne, sino una lucha entre el sexto y el séptimo plano cósmico que tiene lugar en usted. De ninguna forma puede haber una victoria cuando se toman estas cosas con el yo y se intenta luchar con el yo. Una aniquilación del yo de esa manera siempre es un suicidio. Nadie puede resistirlo. Por ello, le decimos una vez más con insistencia: no luche como un desesperado contra sí mismo, pues con ello precisamente despierta todo tipo de fuerzas que sólo le piden ocuparse de usted y así se coloca con el yo al servicio de una de las dos partes. El resultado es un rápido dispendio de energía que conduce a la muerte.

Entonces, ¿qué debe hacer? ¡Practique la piedad! Que esto sea el centro de gravedad de su vida. Y para el yo, el yo nacido de la naturaleza, esto es la endura. Retírese del combate interior de las dos naturalezas, no tome partido ni por una ni por otra: deje al alma nueva cumplir su tarea voluntaria, su ofrenda en usted. A esto se referían los místicos iniciados cuando decían: «Deje que Jesucristo realice su trabajo en usted».

Tampoco se fuerce, como si se retirase a un rincón de su ser, para observar con su yo cómo ocurren las cosas. No, debe desear la endura con todo su corazón, ha de orientar sus deseos más profundos hacia ello, olvidándose de sí mismo y haciéndolo con amor servicial. Cuando actúa así, el nuevo elemento del alma nacido en usted comienza su camino de cruz, su camino de cruz

con rosas: el encuentro entre los dos irreconciliables. El alma no busca la lucha, puesto que sólo es amor. El yo no puede luchar porque solamente desea la endura. Lo que ha comenzado es el encuentro inevitable entre dos fuerzas magnéticas irreconciliables. Por este encuentro se desarrolla en su vida un torbellino, un dolor, un combate que se eleva hacia lo alto, teniendo que experimentar y soportar la quemazón de su ofrenda.

Cuánto tiempo durará esta quemazón, este combate, este sufrimiento, nadie lo sabe. Durante cuánto tiempo se manifestarán todas las consecuencias de este camino de cruz en su ser, nadie lo sabe. No puede forzar este proceso, debe aceptarlo voluntaria y alegremente. Este proceso dura y arde, totalmente en concordancia con el tipo de su microcosmos, de su ser, de su karma y de las radiaciones de gracia que actúan en él. Pero, en un momento dado, cuando ni tan siquiera lo espera, tal vez en medio del ardor de un tormento, de repente, lo mortal es vencido y es posible pronunciar el "consummatum est".

Acepte, pues, su camino de cruz con rosas en perfecta objetividad y no se inmiscuya con su yo. Ciertamente la hora de la liberación llegará. Su alma se elevará y celebrará su mañana de la resurrección. Ése será el primer día nuevo, el despertar en la Cabeza de Oro, la aurora de la nueva mañana, la mañana de la eternidad.

XII

La duplicidad hombre

Al haber determinado nuestro camino, hemos podido celebrar un preludio de nuestra mañana de la resurrección y, además, hemos podido experimentar el apoyo y la guía de la filosofía hermética. Hemos percibido y experimentado que todo el drama crístico puede y debe ser concebido en nosotros, es decir, que nosotros mismos debemos realizar este camino. El ser humano dialéctico puede elevarse mediante la transfiguración en el Otro, por medio de la piedad.

La piedad, la elevada sabiduría que fluye de ella y el sufrimiento de la purificación constituyen la guía del camino. Después de haber comprobado y experimentado todo esto de la mano del quinto libro de Hermes Trismegistos, el texto toma otra dirección a partir del decimoquinto versículo. Hermes pide a Tat que vuelva al punto de partida para esclarecer brevemente algunos aspectos de la realidad universal. Según Hermes, nosotros podremos comprender lo que nos va a decir si recordamos lo que ya hemos oído.

Preguntémonos qué es lo que distingue la orientación religioso-natural y oculta de la orientación de la Gnosis y su Escuela. El hombre religioso natural parte de la idea de que después de su muerte irá a una región celeste donde permanecerá eternamente; mientras que el ocultista opina que su ser del yo dialéctico es susceptible de una evolución infinita. He aquí un punto, extremadamente importante, que debemos tener en cuenta y sobre

el cual la Gnosis ha llamado constantemente la atención desde hace miles de años. Por esa razón se dice en el versículo 17:

Todo cuerpo está sometido al cambio, pero no todo cuerpo tiende a la disolución.

Lo que quiere decir que no todos los cuerpos están en condiciones de elevarse hasta un orden superior, sino solamente algunos.

No toda criatura es mortal, no toda criatura es inmortal. Lo que tiende a descomponerse es perecedero; lo que permanece inmutable es eterno. Lo que nace una y otra vez, siempre perece; pero lo que se ha formado de una vez por todas, jamás es aniquilado ni se convierte en otra cosa.

¿Qué quiere darnos a entender con esto la enseñanza hermética? Entre otras cosas, que cada manifestación de la forma en el cosmos está siempre sujeta al cambio. Pero, atención, existen dos clases de cambio, hay que distinguir dos procesos de cambio. Existen entidades que manifestándose en una forma, se desarrollan y se perfeccionan sin cesar en un sentido evolutivo, que avanzan de fuerza en fuerza y de magnificencia en magnificencia. Pero también hay entidades que están completamente sometidas, en todo su ser, a lo perecedero. Precisamente por ello hay que aceptar la ley según la cual *"no toda criatura es mortal, no toda criatura es inmortal"*. ¡Toda criatura puede y debe elegir entre la vida y la muerte! Nosotros, hasta el momento, con nuestro estado de ser, todavía podemos elegir. Podemos escoger entre la vida, la vida verdadera en el sentido superior, y la muerte.

Sin embargo, la vida, la única vida verdadera, no nos llega por sí misma. Hay estados en los que el desarrollo de la vida verdadera ya está tan avanzado que la muerte ya no puede afectarlos. Pero también se da el caso contrario: estados cuya inmersión en la muerte está tan avanzada que ya no se puede alcanzar la vida. La

Joven Gnosis siempre ha recordado y repetido a sus alumnos el hecho innegable de que el microcosmos de quienes llegan al más allá es vaciado en su totalidad.

La Gnosis Original lo confirma con una breve sentencia. El hombre dialéctico se encuentra en un estado biológico tal que, en cada instante, en una fracción de segundo, la muerte puede alcanzarle. En efecto, este cuerpo mortal, tan frágil, puede ser destruido en un instante. *Lo que nace una y otra vez, siempre perece.*

Frente a este tipo de hombre se encuentra otro tipo totalmente diferente, el tipo de hombre estable o celeste, que es inmutable y eterno: *pero lo que se ha formado de una vez por todas* —y esto en el sentido más elevado de la palabra— *jamás es aniquilado ni se convierte en otra cosa.*

En resumen, se nos dice de forma muy explícita cuán necesario es practicar la imitación de Cristo, lo que quiere decir tomar la cruz con rosas sobre sus hombros y recorrer el camino; así, por la transfiguración, el tipo de hombre de la muerte se convertirá en otro tipo de hombre, el hombre de la vida.

Esta idea anunciada por la Gnosis en todas las épocas es, de alguna manera, muy desconcertante; por ejemplo, por el hecho real de que son millones las entidades que están absortas en el tipo de la muerte y permanecen en él. Por otra parte, cuando colocamos los fundamentos de la manifestación universal ante nuestros ojos, a saber: Dios, el cosmos y el hombre, esta idea es muy elevada, poderosa e irrefutable. El universo, el cosmos, es la manifestación en la forma de Dios, para que la criatura divina, por medio de esta manifestación, se vuelva semejante a Dios. A la criatura divina también le impulsa el requerimiento: «Volveos perfectos, como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto».

Para poder cumplir esta grandiosa y magnífica vocación divina, el hombre ha recibido un alma doble. La parte que percibe por los sentidos es mortal; la que responde a la razón es inmortal. El alma sensorial es la parte que reacciona a la naturaleza, la auténtica alma

natural que, por ejemplo, reacciona al calor y al frío, a la luz y a la oscuridad, a todas las cosas, leyes y situaciones que se presentan en la naturaleza. Cuando hace frío, procura que use ropa protectora, y a la inversa cuando hace calor. El alma natural del hombre es la verdadera alma eónica. Experimenta espontáneamente todos los altibajos de y en la naturaleza. Sigue todos los caminos de la naturaleza y la obedece con el fin de sacar el mejor partido de ella, para dar a la entidad, de la cual es mediadora, la posibilidad de ir hacia Dios a través del cosmos y preservar la orientación hacia este único objetivo.

Para alcanzar este objetivo se necesita la segunda alma; la que responde a la razón. Esta alma racional es la que posee la sabiduría, la que es tocada por Dios, por el espíritu, la que está unida al espíritu. El alma eónica o alma natural debe atravesar el todo conducida por el alma racional o alma-espíritu. La espontaneidad del alma natural, la capacidad de reacción del alma eónica debe ser inteligentemente dirigida por el alma-espíritu.

Dios es lo eterno, lo inmutable. El cosmos, por el contrario, está en constante movimiento y cambio, conforme a su naturaleza y a su función. En consecuencia, el alma-espíritu, la que es de Dios, es inmutable e inmortal, mientras que el alma natural —como la naturaleza— es cambiante y mortal, se aniquila a sí misma, se adapta a sí misma y va cambiando.

Por lo tanto, cuando hablamos de dos tipos humanos, y la filosofía hermética desea atraer nuestra atención sobre este punto, estamos aclarando que el tipo humano que está sometido al cambio y a la muerte sólo posee el alma natural de la que vive íntegramente y que, por lo tanto, en este tipo humano el alma-espíritu está latente. Consecuentemente, toda la existencia de este hombre está desprovista de razón. Él posee, en todos los aspectos, la señal de lo irracional, de lo mutable, de lo mortal. Este tipo de hombre sólo lleva una existencia natural y ya no es «el realizador de Dios». Sin embargo, la Biblia enseña que el hombre vive para glorificar a Dios. Por ello el Sermón de la Montaña, Mateo 5, nos exhorta así:

«Dejad que vuestra luz brille ante los hombres, para que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos.»

En el texto original, puramente hermético, se dice "realizar" en lugar de "glorificar". Los traductores de la Biblia no comprendieron esto. Su naturaleza religiosa les permitía comprender que alguien pudiese glorificar a Dios, mostrarle gratitud, pero eran incapaces de comprender que alguien pudiese realizar a Dios; por lo que transformaron esto en una glorificación. Y ya conocemos la forma en que las iglesias conciben esta glorificación.

¿Qué debe hacer una criatura que está sometida a la naturaleza y, por consiguiente, a la muerte? Es evidente: despertar el alma-espíritu latente, el alma racional, activarla de nuevo a la vida. Esta alma no podía morir porque es inmortal, pero quedó reducida a una inactividad total porque el yo del cuerpo quiso seguir únicamente al alma natural, lo que la degeneró existencialmente y la condenó a sufrimientos inconmensurables.

Pero a cada desgracia le sigue una alegría. Todo sufrimiento implica la adquisición de experiencia. La experiencia es fruto del sufrimiento y, a menudo, de dolores insoportables. Este dolor y este sufrimiento, que usted conoce por experiencia, son los distintivos inequívocos de la inmortalidad original fundamental. Pues una criatura puramente animal, aunque sea sensible al dolor, no conoce el verdadero sufrimiento. El dolor es siempre una experiencia del cuerpo que sólo afecta a la disposición interior de forma pasajera. Quien padece dolor cambia bruscamente, de modo que un salvaje puede convertirse, bajo los efectos del dolor, en una criatura dócil. La enfermedad acompañada de dolores calma y atempera al hombre agitado y colérico.

Sin embargo, el sufrimiento siempre está asociado al alma. El sufrimiento es un lamento del alma. Puede suceder que un hombre esté aquejado de dolores y al mismo tiempo sufra. Pero quien sólo

ha sentido dolor volverá a la antigua naturaleza tan pronto como el dolor desaparezca. La naturaleza sale de nuevo a la luz. Experimentar verdaderamente un sufrimiento se graba profundamente y, en muchos casos, puede ser una experiencia purificadora. Sin género de dudas, para el hombre actual, la experiencia del dolor y del sufrimiento es el único método por el que el alma natural se ve obligada a llamar a su hermana, el alma-espíritu, a despertarla de la tumba de los muertos vivientes y a cederle la dirección de su vida según los propósitos del plan de salvación, de forma que, por la transfiguración, se muestre de nuevo el ser original de la inmortalidad.

Cuando usted despierta su alma-espíritu y le transfiere la dirección de su vida, ya no duda si su existencia está, o no, sometida a la muerte. Ya que, entonces, usted posee la única vida verdadera. La piedad revivifica al alma-espíritu y la introduce, mediante la purificación, en la triple alianza de la manifestación universal: Dios, el Cosmos y el Hombre verdadero. Esperamos y rogamos para que pueda entrar pronto en esta triple alianza. «Bienaventurados los pobres de espíritu, pues suyo es el reino de los cielos».

De esta manera, ese hombre que ha revivificado el alma racional, el alma-espíritu, encuentra el reposo. Estas palabras pueden asumirse como un axioma hermético. Escuche lo que nos intenta sugerir el quinto libro de Hermes en el versículo 30:

El ánimo está en Dios, la razón está en el hombre, la razón está en el ánimo, el ánimo es insensible al sufrimiento.

Como veíamos, el ánimo es Poimandres, el propio espíritu. El espíritu, el ánimo está en Dios. La razón, el alma racional está en el hombre; el alma racional está en el ánimo. Dicho con otras palabras: el alma racional del hombre está unida simultáneamente con el espíritu, con Poimandres, y éste a su vez está en el hombre y es del hombre. Ahora bien, Poimandres está por encima de todo

sufrimiento. Por lo tanto, cuando al recorrer el camino se encuentra con su Poimandres, le despierta y le libera, entonces es elevado con él por encima de todo sufrimiento.

Examine ahora si siente en su vida dolor y sufrimiento en el sentido que acabamos de explicar. ¿Todavía le hace falta experimentar el sufrimiento y el dolor resultante de ello? Si es así, aún no puede aprender la lección de otra manera.

Sería insensato e inhumano desear a alguien el dolor y el sufrimiento. Pero si ha comprendido la sabiduría hermética, siempre estará agradecido por la experiencia del sufrimiento, por sus muy preciadas lecciones. Su agradecimiento proviene de que el alma-espíritu latente, la esfinge enterrada en las arenas del desierto, aún puede hablar y actuar en usted y, en consecuencia, aún está viva en lo más profundo de su ser.

Por esta razón, siempre debe examinar si es dolor o sufrimiento lo que siente en el transcurso de sus experiencias. Usted sabe que el dolor es una reacción puramente animal, espontánea, no razonada. Por el contrario, el sufrimiento es la reacción del alma racional encadenada.

¿Cómo saber si se trata de dolor o sufrimiento? Las consecuencias siempre le permiten determinarlo. El simple dolor despierta resistencia, oposición, cólera, odio, deseo de revancha. La reacción al dolor es «el puño cerrado». El dolor refuerza siempre el deseo de salvaguardar el yo. Por el contrario, el sufrimiento despierta el deseo de la vida liberadora. El sufrimiento está siempre unido al amor y también, y sobre todo, a la compasión. Por el sufrimiento el hombre aprende a pronunciar estas sublimes palabras: «Padre, perdónales, pues no saben lo que hacen».

Por el sufrimiento, la clemencia se eleva al corazón del hombre y le abre, de par en par, la puerta de la rosaleda celeste, donde el alma racional elije su morada y contempla a Poimandres. Le deseamos de todo corazón este sufrimiento que consuela.

Por último, el sufrimiento también puede acompañar al dolor físico y el dolor físico, como tal, puede ser extremadamente útil

para el desarrollo del hombre. Sin embargo, no se detenga en el dolor, sino que en adelante aborde siempre sus dificultades corporales desde el punto de vista del alma, bajo el ángulo del sufrimiento. Entonces, el cuarto aspecto de la Escuela Espiritual puede representar y hacer mucho por usted. Cuando se ha elevado así hasta el ánimo, la razón superior, asciende por encima de todo sufrimiento y se libera de él.

Cuando haya comprendido todo lo que se ha dicho en el quinto libro de Hermes, cuando todo esto le haya tocado íntimamente de la manera correcta, conocerá interiormente la bienaventuranza divina y la piedad, e irá, en posesión del verdadero amor, hacia la única sabiduría. Entonces podremos continuar hablando del camino de alegría del alma liberada en la patria eterna. Entonces podremos, en la fuerza de bendición que se expande, profundizar más aún en la filosofía hermética y colocarle ante el sexto libro de Hermes Trismegistos.

XIII

Sexto Libro

Diálogo universal entre Hermes y Asclepios

1. HERMES: Asclepios, ¿acaso todo lo que está en movimiento no se mueve en algo y por algo? ASCLEPIOS: ¡Con toda certeza!

2. HERMES: ¿Y no es necesario que aquello donde el movimiento tiene lugar sea mayor que la cosa en movimiento? ASCLEPIOS: Sin duda alguna.

3. HERMES: ¿Lo que origina el movimiento no es más poderoso que aquello que se mueve? ASCLEPIOS: Es evidente.

4. HERMES: Y aquello en lo que el movimiento tiene lugar, ¿acaso no es necesariamente opuesto a lo que se mueve? ASCLEPIOS: Por naturaleza.

5. HERMES: ¿Es este universo más grande que cualquier otro cuerpo? ASCLEPIOS: Sí, es cierto.

6. HERMES: ¿Y no está lleno por completo de muchos cuerpos grandes o, mejor dicho, de todos los cuerpos que existen? ASCLEPIOS: Así es.

7. *HERMES: ¿Es por tanto el universo un cuerpo? ASCLEPIOS: Sí, seguro.*

8. *HERMES: Y además, ¿es un cuerpo en movimiento? ASCLEPIOS: Sin duda*

9. *HERMES: ¿De qué magnitud debe ser entonces el espacio en el que se mueve el universo? ¿Y de qué naturaleza será? ¿No es necesario que sea mucho más grande que el universo para permitirle un movimiento continuo sin obstaculizarlo ni detenerlo? ASCLEPIOS: El espacio debe ser extraordinariamente grande, Trismegistos.*

10. *HERMES: ¿Y de qué naturaleza será? ¿No será de naturaleza opuesta, Asclepios? Lo incorpóreo es de naturaleza opuesta a lo corpóreo. ASCLEPIOS: Sin ninguna duda.*

11. *HERMES: El espacio es pues incorpóreo. Pero lo incorpóreo es de naturaleza divina o el propio Dios. Por divino no quiero decir lo creado sino lo increado. Si lo incorpóreo es de naturaleza divina, es de la misma naturaleza que la esencia fundamental de la creación; y si es Dios, es uno con la esencia fundamental. Por otra parte es así como lo capta el pensamiento.*

12. *Dios es para nosotros lo más elevado hacia lo que se puede dirigir el pensamiento: para nosotros, pero no para Dios. Pues aquel que piensa, alcanza el objeto de su pensamiento a la luz de la visión interior. Dios no es para sí mismo objeto de reflexión. Puesto que Él no se distingue de la esencia del pensamiento, Él piensa en sí mismo. Sin embargo, Dios es bien diferente a nosotros: por ello es el objeto de nuestro pensamiento.*

13. *Si nos imaginamos el espacio universal, no pensamos en ello como espacio sino como Dios; y si el espacio nos aparece como Dios, ya no hay espacio en el sentido ordinario de la palabra, hay fuerza divina activa que lo abarca todo.*

14. *Todo lo que está en movimiento no se mueve en algo que es móvil, sino en algo inmóvil; y la propia fuerza motriz es inmóvil, pues no puede ser una parte del movimiento que ella misma provoca.*

15. *ASCLEPIOS: Pero, Trismegistos, ¿de qué forma se corresponden las cosas que son movidas con las causas de su movimiento? Pues tú has dicho que las esferas en estado de pecado son movidas por la esfera sin pecado.*

16. *HERMES: ¡Aquí, Asclepios, no se trata de un mismo movimiento, sino de movimientos opuestos! Pues estas esferas no son movidas en el mismo sentido, sino en sentidos opuestos. Esta oposición da al movimiento un punto de equilibrio fijo, pues la resultante de los movimientos en sentido contrario se manifiesta en este punto por una inmovilidad.*

17. *Las esferas en estado de pecado son movidas en sentido opuesto al movimiento de la esfera sin pecado y ellas son movidas, en ese movimiento opuesto, alrededor de las esferas que ofrecen resistencia en torno a un punto de equilibrio que está fijo.*

18. *Fíjate en las constelaciones de la Osa Mayor y Menor, no salen ni se ponen sino que giran alrededor del mismo punto: ¿crees que están en movimiento o inmóviles?*

19. *ASCLEPIOS: Están en movimiento, Trismegistos. HERMES: Y ¿cuál es ese movimiento, Asclepios? ASCLEPIOS: Giran sin cesar alrededor del mismo punto central.*

20. *HERMES: Así es. La rotación no es otra cosa que un movimiento alrededor de un mismo punto central, subordinado a ese punto central totalmente inmóvil. El movimiento circular evita la separación, estabilizando así la rotación. De esta manera, el contra-movimiento cesa en el punto de equilibrio porque el movimiento que ofrece resistencia en ese punto se convierte en estático.*

21. *Voy a darte un ejemplo simple cuya exactitud podrás comprobar con tus propios ojos. Mira como nadan las criaturas mortales, el hombre por ejemplo: la resistencia, la fuerza opuesta de los pies y las manos, produce en la corriente del agua un estado de estabilidad tal que el hombre no es atraído hacia el fondo.*

22. *ASCLEPIOS: Este ejemplo es muy claro, Trismegistos.*

23. *HERMES: Todo movimiento es producido en algo y por algo en sí mismo inmóvil. El movimiento del universo y de todas las criaturas mortales vivas no está determinado por causas externas al cuerpo sino por causas internas que actúan desde el interior hacia lo exterior por una fuerza consciente racional, ya sea el alma, el espíritu o cualquier otra entidad incorporal. Pues un cuerpo material no puede mover ningún cuerpo animado ni inanimado; realmente no puede moverlos.*

24. *ASCLEPIOS: ¿Qué quieres decir con esto, Trismegistos? ¿Acaso la madera, la piedra y otros cuerpos inanimados no producen movimiento?*

25. *HERMES: ¡Por supuesto que no, Asclepios! Pues no es el propio cuerpo el que causa el movimiento de las cosas inanimadas, sino que lo que se encuentra dentro de ese cuerpo es lo que mueve uno y otro cuerpo, tanto el cuerpo que desplaza como el que es desplazado. De ahí que lo inanimado no pueda mover lo inanimado. Por lo tanto, puedes ver que pesada carga soporta tu alma cuando ella sola debe llevar dos cuerpos. Es evidente que lo que está en movimiento es movido en algo y por algo.*

26. *ASCLEPIOS: ¿No se produce el movimiento en un espacio vacío, Trismegistos?*

27. *HERMES: Escucha bien, Asclepios: Nada de lo que realmente existe está vacío, nada de aquello que forma parte del ser verdadero está vacío, como ya lo dice la palabra «ser», es decir, existir. En efecto, lo que existe no tendría ninguna realidad, no existiría, si no estuviera completamente lleno de realidad. Aquello que es real, lo que existe realmente, nunca puede estar vacío.*

28. *ASCLEPIOS: Entonces, ¿no existe nada que esté vacío, Trismegistos, ni un cántaro, ni una olla, ni una cuba, ni ninguna otra cosa semejante?*

29. *HERMES: ¡Detente, Asclepios, qué error el tuyo! ¡Cómo puedes considerar vacías cosas completamente llenas y repletas!*

30. *ASCLEPIOS: ¿Qué quieres decir, Trismegistos?*

31. *HERMES: ¿Acaso el aire no es un cuerpo? ¿No penetra este cuerpo todo lo que existe y no llena todo lo que penetra? ¿Acaso no están compuestos todos los cuerpos por cuatro*

elementos? Todas esas cosas que tú dices que están vacías, están llenas de aire: y si están llenas de aire, también lo están de los cuatro elementos. Así llegamos a la conclusión contraria a lo que tú decías: todo lo que dices que está lleno está vaciado de aire, porque su lugar lo han ocupado ocupado otros cuerpos que no dejan lugar al aire. Sin embargo, lo que tú dices que está vacío, deberías decir que está repleto y no vacío, pues en realidad está lleno de aire y de aliento.

32. *ASCLEPIOS: No tengo nada objetar a esto Trismegistos, pero ¿qué es el espacio donde se mueve el universo? HERMES: Es lo incorpóreo, Asclepios. ASCLEPIOS: ¿Y qué es lo incorpóreo?*

33. *HERMES: El espíritu, todo él encerrado en sí mismo, libre de todo cuerpo, que no se desvía ni sufre, que es intangible e inamovible en sí mismo, que lo contiene todo y lo salva todo, que es liberador y sanador; del que emanan las radiaciones del bien, de la verdad, del principio original del espíritu y del principio original del alma.*

34. *ASCLEPIOS: Pero, entonces, ¿qué es Dios?*

35. *HERMES: No es nada de todo eso, sino la causa de su existencia y de todo lo que existe, así como de toda criatura en particular. Pues no ha dejado ningún lugar al no-ser; todo lo que existe llega a la existencia de aquello que es y no de lo que no es: pues al no-ser carece de la capacidad de devenir mientras que, por otro lado, el ser nunca deja de existir.*

36. *ASCLEPIOS: ¿Qué es Dios en definitiva?*

37. *HERMES: Dios no es la razón, sino el fundamento existencial de la razón; no es el aliento, sino el fundamento existencial del*

aliento; no es la luz, sino el fundamento existencial de la luz. Por ello, se debe honrar a Dios llamándole «el Bien» y «Padre», nombres que sólo le pertenecen a Él y a nadie más. Pues ninguno de los llamados dioses, ningún hombre, ningún demonio puede ser, de ninguna manera, bueno. Sólo Él es bueno y nadie más. Ningún otro ser puede contener la esencia del bien, pues son cuerpo y alma y carecen de lugar en el que pueda morar el bien. Pues el bien contiene lo esencial de todas las criaturas tanto corpóreas como incorpóreas, tanto las perceptibles como las que pertenecen al mundo del pensamiento abstracto. Esto es el bien, esto es Dios.

38. *Por ello, nunca llames buena a ninguna otra cosa, porque sería una impiedad. Designa a Dios sólo como el bien, pues llamarle de otra manera sería una impiedad.*

39. *Sin duda todos emplean la palabra "bien", pero no todos comprenden lo que es. Por ello, tampoco comprenden a Dios y, en su ignorancia, llaman buenos a los dioses y a algunos hombres, los cuales no pueden nunca serlo ni volverse: pues el bien es la inmutabilidad absoluta de Dios, inseparable de Él porque, en verdad, es el propio Dios.*

40. *Se respeta a todos los dioses, en tanto que seres inmortales, llamándoles dios. ¡Pero Dios es el bien y no como señal de respeto sino por su propia esencia! Pues el ser de Dios y el bien son uno; forman juntos el origen único de todas las generaciones. Pues bueno es quien da todo y no toma nada. Y, en verdad, Dios da todo y no toma nada. Porque Dios es el bien y el bien es Dios.*

41. *El otro nombre de Dios es Padre, porque es el creador de todas las cosas. Crear es la característica del Padre.*

42. Por ello, en la vida de aquéllos cuya conciencia está bien orientada, el nacimiento del Hijo es una cuestión de la mayor seriedad, de un celo ardiente y de una profunda devoción a Dios; mientras que la mayor desdicha y el mayor pecado es morir sin esta filiación y ser juzgado por los demonios después de la muerte.

43. Pues éste es su castigo: el alma de esas personas sin hijo es condenada a tomar un cuerpo ni masculino ni femenino, hecho reprobado bajo el Sol. Alégrate, Asclepios, si todos poseen esta filiación; pero envuelve con tu compasión a quienes tienen la desdicha de estar privados de ella, pues conoces el castigo que les espera.

44. Que estas palabras, Asclepios, te puedan conducir, por su naturaleza y su amplitud, al conocimiento elemental de la esencia del Todo.

XIV

La esencia y la actividad del movimiento universal

Hemos podido examinar con usted, en los capítulos IX al XII, los primeros treinta versículos del quinto libro del Corpus Hermeticum. Nos detenemos en este punto pues consideramos que, tras lo que hemos examinado de este quinto libro, el lector podrá determinar sin dificultad el significado de lo que queda del texto.

Así, pues, dirijámonos ahora al sexto libro de Hermes Trismegistos, el *Diálogo universal entre Hermes y Asclepios*.

Asclepios, o Esculapio, era en la antigüedad el dios de la medicina y, en un sentido más amplio, también designa a aquél que ayuda, que cura. En este discurso, Hermes instruye a un alumno que, como se desprende de su nombre, se sabe llamado a recorrer el camino del servicio a la Gnosis, con el fin poder cooperar en la curación de la humanidad enferma, alzando lo que está caído y restableciendo lo que está roto. En el sexto libro de Hermes, dentro de este contexto, Asclepios está profundamente iniciado en la esencia del movimiento, y en la causa y la actividad del movimiento universal.

Como habrá observado, la filosofía hermética parte de un comienzo muy elemental. Sobre esta base despliega su argumento y luego sigue escalando hasta lo más abstracto. Quien utiliza esta llave y nunca deja de utilizarla, podrá seguir paso a paso cada pensamiento y comprenderlo perfectamente.

Mucha gente tiene la costumbre de comenzar sus procesos mentales por lo abstracto, por lo desconocido, para después intentar descender a lo concreto. Tal método de pensamiento nunca puede ser satisfactorio y, por otra parte, siempre conduce a especulaciones y a mistificaciones. De esta manera, el hombre de tendencias místicas afirma a menudo que tal cosa se puede hacer y tal otra no. El porqué se debe hacer o no hacer, en general, queda indeterminado y con ello, a menudo, se produce un rechazo o una aceptación basándose en tal o cual autoridad.

Por ejemplo, se afirma: «La Biblia es la palabra de Dios. No se puede cuestionar ni una tilde». Pero nadie sabe exactamente por qué la Biblia es la palabra de Dios. Así uno acepta por la fe en una autoridad lo que otro rechaza, mientras que un tercero permanece totalmente indiferente al tema. Este método de pensamiento no sirve a la verdad, sino que genera confusión, falsedad y una fuerte controversia. El método de pensamiento hermético es el único método seguro y correcto, puesto que piensa partiendo de lo conocido, de lo concreto, para llegar hasta lo abstracto. Por ello, la Gnosis Original siempre aplicó este método. Todos los hombres que anhelan y buscan la liberación reciben esta Gnosis porque ofrece los mejores resultados.

Por la manera de pensar se puede reconocer si alguien es, o no, un verdadero buscador de la verdad. Encontramos un buen ejemplo en la persona de Benito de Spinoza. Es indudable que él aplicó este método de pensamiento hermético.

Retomemos ahora nuestro texto y tratemos de comprender lo que dice al comienzo que es la simplicidad misma: Todo lo que está en movimiento, es movido por algo y en algo. Aquello en lo que se mueve es mayor que lo que se mueve. Lo que causa el movimiento es más poderoso que aquello que se mueve.

Tómese a usted mismo como ejemplo: su cuerpo tiene la facultad de moverse; se mueve en y a través de un espacio, y hay una fuerza

que efectúa el movimiento. En consecuencia, el espacio en el que se mueve su cuerpo es mayor que él y la fuerza que lo pone en movimiento es más poderosa que su propio cuerpo. Cualquiera admitirá la lógica de todo esto.

Y, como constata el versículo 4, aquello en lo que se mueve su cuerpo y lo que lo mueve, deben de ser de naturalezas completamente opuestas. Esto también es cierto puesto que su cuerpo es una forma más o menos cristalizada que posee una densidad, pero que se mueve en un espacio sutil, liviano y transparente. La fuerza que le mueve a usted responde a estas mismas características. Por ello la filosofía de la Rosacruz de Oro dice que nuestro orden mundial se mueve por el juego de los opuestos, que nuestro orden mundial es dialéctico. Tal y como se deduce del sexto libro del Corpus Hermeticum, esta misma idea fue transmitida al buscador de la verdad hace miles de años. Si usted ahora la entiende, podremos dar un paso más.

HERMES: ¿Es este universo más grande que cualquier otro cuerpo?

ASCLEPIOS: Sí, es cierto.

HERMES: ¿Y no está lleno por completo de muchos cuerpos grandes o, mejor dicho, de todos los cuerpos que existen?

ASCLEPIOS: Así es.

HERMES: Por tanto el universo un cuerpo. Y es un cuerpo en movimiento. ¡De qué magnitud debe ser entonces el espacio en el que se mueve el universo! ¿Y de qué naturaleza será? ¿No es necesario que sea mucho más grande que el universo para permitirle un movimiento continuo sin obstaculizarlo ni detenerlo?

ASCLEPIOS: El espacio debe ser extraordinariamente grande, Trismegistos.

HERMES: ¿Y de qué naturaleza será? ¿No será de naturaleza opuesta, Asclepios? Lo incorpóreo es de naturaleza opuesta a lo corpóreo.

ASCLEPIOS: Sin ninguna duda.

Así pues, todos los cuerpos que existen forman juntos un cuerpo único: el universo. En su interior cada cuerpo posee un espacio que lo rodea y una fuerza que le permite moverse. La naturaleza del espacio y de la fuerza, por una parte, y la del cuerpo, por otra, se contraponen. Podemos concluir, por lo tanto, que todos los cuerpos que en esencia forman un gran cuerpo, un sistema, poseen estas dos naturalezas contrapuestas. Y puesto que todos los cuerpos se distinguen entre sí, aunque forman esencialmente un gran cuerpo, podemos afirmar que existen miles de millones de naturalezas diferenciadas y que, por lo tanto, hay una inmensa serie de oposiciones que mueve todo el universo. Así pues, puede llamarse manifestación universal al cuerpo en cuyo interior se manifiestan estas innumerables naturalezas.

Todos tenemos un cuerpo y nos movemos en un espacio, nuestro campo de vida individual, que asimismo es la fuerza que nos mueve. Aunque nosotros, en tanto que seres humanos, formemos un solo sistema de vida y pertenezcamos a un mismo cuerpo planetario, difícilmente puede sostenerse que nos manifestemos de la misma manera. No, ¡nuestras naturalezas son muy distintas entre sí! Una serie inmensa de oposiciones mueve todo el universo. Así pues, como decíamos, puede llamarse manifestación universal al cuerpo en cuyo interior se manifiestan las innumerables naturalezas humanas.

Este inmenso cuerpo de la manifestación universal, todo ese conjunto de planos cósmicos, es igualmente movido en algo y por

algo. Siguiendo el mismo método de pensamiento debemos inevitablemente llegar a esta conclusión. Nos podemos hacer alguna idea del inmenso espacio en el que y por el que se mueve la manifestación universal, un espacio que, como decíamos, debe ser necesariamente de naturaleza opuesta. De ahí que el sexto libro de Hermes llegue a la conclusión de que este espacio, que todo lo abarca, en el que y por el que se mueve el cuerpo de la manifestación universal, es incorpóreo.

Podemos examinar y acercarnos hasta cierto punto a esta naturaleza opuesta del universo. Por todo lo dicho, debemos sacar la conclusión de que lo material, en su diversidad infinita, está rodeado y limitado por lo inmaterial, lo incorpóreo. Lo corpóreo sólo puede explicarse por lo incorpóreo. O, con palabras de Hermes, lo creado ha surgido de lo increado. Y Hermes dice que lo increado lo abarca todo, lo penetra todo, lo mueve todo; es lo divino, o Dios.

Sin embargo, nosotros no debemos comprender que aquello que rodea al universo es un espacio sin más. En nuestro sistema de vida, distinguimos espacio y cuerpos, pero esta innumerable diversidad de todo lo creado está rodeada por algo que ya no puede ser designado como espacio, sino únicamente como fuerza. Por ello, no podemos hablar de espacio infinito, como lo hace la astronomía moderna, sino que debemos tomar conciencia de que el propio espacio está rodeado de fuerza. Esta fuerza que todo lo abarca es Dios. Esta fuerza divina es lo inmutable, lo incognoscible, lo intangible y también lo incomprensible. Nosotros podemos, por medio del método de pensamiento hermético, determinar la naturaleza de Dios y podemos hablar de Él como de la fuente de la que todo proviene. Pero jamás deberíamos cometer el error de buscar a Dios en el espacio corpóreo, pues con toda certeza no está allí. A lo sumo podemos encontrar en el espacio corpóreo, en los diversos planos cósmicos, lo divino, es decir, la actividad de la fuerza divina. Pero Dios es el campo de fuerza que engloba el gran espacio.

Una actividad siempre puede ser designada, determinada. Así pues, una actividad, sea cual fuere, siempre es limitada. Por ello, debemos concluir finalmente que todo lo que está en movimiento, en el sentido más amplio, no se mueve en algo móvil, sino en algo inmóvil; y la fuerza que origina el movimiento, es inmóvil, puesto que no puede formar parte del movimiento que determina. Por lo tanto, tal como lo hace la Rosacruz clásica, nosotros hablamos en nuestra filosofía del «reino inmutable». Hermes lo expresa claramente en los versículos 13 y 14:

Si nos imaginamos el espacio universal, no pensamos en ello como espacio sino como Dios; y si el espacio nos aparece como Dios, ya no hay espacio en el sentido ordinario de la palabra, hay fuerza divina activa que lo abarca todo. Todo lo que está en movimiento no se mueve en algo que es móvil, sino en algo inmóvil; y la propia fuerza motriz es inmóvil, pues no puede ser una parte del movimiento que ella misma provoca.

Por consiguiente, lo divino puede situarse en el movimiento universal de las cosas, pero el propio Dios es la fuente de fuerza de la que fluye la inmutabilidad de la actividad divina. Un alumno de la Gnosis, verdaderamente iluminado, puede manifestarse en lo divino, pero nunca podrá volverse Dios hasta que no haya alcanzado el final del largo camino de regreso, «el buen fin»*.

Por lo tanto, de nuevo vemos que hay un taller, un espacio de los cuerpos y cómo puede manifestarse en él una actividad divina. Pero jamás se debe ni puede llamar Dios a esta actividad. Pues Dios se diluye ante nosotros en lo incognoscible, lo incognoscible que engloba el universo.

Así, por medio de esta lógica hermética, sabemos en abstracto quién es Dios, qué es y dónde está. Podemos determinar un poco su esencia y descubrir su actividad, pero es imposible conocerle en su

---

* Ver Tomo I, Primer Libro, Poimandres, versículo 65.

más profunda realidad hasta que no se alcance la filiación, el buen fin. Por ello, en la Biblia está escrito: «Nadie ha visto jamás a Dios, pero el Hijo que está en el corazón del Padre nos lo ha revelado». El corazón del Padre es la radiación de amor, el segundo rayo del Espíritu Séptuple que emana de la fuente. Quien despierta, en este amor, a una actividad divina es una criatura de Dios, un hijo de Dios. Ello significa que se ha vuelto una actividad de Dios. Las fuerzas divinas se liberan en él y se desarrolla un poderoso movimiento. Quien se encuentra en esta actividad conoce a Dios y puede revelarlo, como hace Hermes Trismegistos en su sexto libro.

Sin embargo, surge un problema que Asclepios expresa inmediatamente y del que da testimonio el versículo 15 y todo lo que le sigue. Nos gustaría intentar profundizar en el tema en el siguiente capítulo.

Para resumir nuestra introducción al sexto libro de Hermes, constatamos de nuevo que hay una fuente de fuerza que envuelve, que engloba el universo y que abarca todos los planos cósmicos. El sexto libro de Hermes intenta convencernos profundamente de ello en lugar de ofrecernos una penetrante exposición filosófica sobre el ser de Dios o la actividad de la fuerza divina. Se trata de explicar al alumno, a Asclepios, que ha adquirido conciencia de la sublime tarea a la que el hombre es llamado por Dios y que busca recorrer, en sacrificio y entrega, el camino de la Gnosis, que debe obtener una unión con esta fuente.

Nuestra insignificante existencia, en tanto que ser natural inconsciente, sobre la Madre Tierra es lo más ilógico que puede surgir en la manifestación universal. Quien está unido con las radiaciones de la fuente de fuerza será santificado, es decir, sanado. Y por el milagro de gracia de su curación se convertirá, a su vez, él se convertirá en un sanador al servicio de la Gnosis, en un Asclepios maduro.

El sexto libro de Hermes, ante todo, hace una llamada a nuestra comprensión profunda, a nuestro pensamiento dirigido hacia el

interior. No nos pide solamente que le escuchemos sino que le acompañemos con el pensamiento y descendamos hasta el propio ser, en la calma serena y el silencio, donde puede ser oída y comprendida la eterna llamada de la verdadera destinación del hombre.

XV

El plan divino es inatacable

Al hilo de nuestros comentarios, hemos topado, junto con Asclepios, con una dificultad introducida de forma intencionada en el diálogo entre Hermes y Asclepios con el fin de que este punto pueda recibir una justa aclaración.

Hemos comprobado, en el versículo 14 del libro sexto, que el movimiento universal se baña en el seno de lo inmutable:

Todo lo que está en movimiento no se mueve en algo que es móvil, sino en algo inmóvil; y la propia fuerza motriz es inmóvil, pues no puede ser una parte del movimiento que ella misma provoca.

Y Asclepios plantea la pregunta:

Pero, ¿de qué forma se corresponden las cosas que son movidas con las causas de su movimiento? Pues tú has dicho que las esferas en estado de pecado son movidas por la esfera sin pecado.

He aquí la respuesta de Hermes: *¡No se trata de un mismo movimiento, sino de movimientos opuestos,* no de un movimiento en el mismo sentido sino de un contra-movimiento.

Esta respuesta es desconcertante, aunque al mismo tiempo muy consoladora. En efecto, ¿qué quiere decir Hermes? Imagínese el universo en su estado virginal, totalmente vacío, el universo antes de la creación, según la definición del comienzo del Génesis. Este vacío sólo es aparente, lo que parece vacío es una inmensidad

repleta de sustancia primordial, la sustancia cósmica fundamental. Esta sustancia fundamental constituye la verdadera naturaleza del origen, designada en el pensamiento del antiguo Egipto como «la Madre», «Isis». Cuando la Gnosis habla de María, se refiere a este mismo estado virginal de la sustancia original.

Siete rayos, provenientes del Reino Inmutable, actúan sobre la naturaleza original, siete fuerzas que emanan del campo del espíritu universal, que a su vez emana de Dios. Todas ellas son de naturaleza séptuple. Estos siete veces siete rayos se determinan unos a otros, representan la vida absoluta, el amor absoluto, la inteligencia absoluta, la armonía absoluta, la sabiduría absoluta, la devoción absoluta y el acto liberador absoluto. Es fácil sacar la conclusión de que los siete rayos se determinan unos a otros y que cada uno contiene los otros seis, si se comprende que un acto verdaderamente liberador debe contener la vida, el amor, la inteligencia, la armonía, la sabiduría y la devoción.

Cuando estos siete rayos, que emanan de lo inmutable, de lo inalterable, de lo inviolable, penetran en la naturaleza original, la Madre universal, Isis, engendran un movimiento, una actividad. Siempre se trata del mismo movimiento; la naturaleza original da testimonio por sus obras de lo que está contenido en la divinidad. Emanando de lo incognoscible, los siete rayos, por su actividad y por lo que la naturaleza original manifiesta, muestran la intención divina en la naturaleza original. Lo divino es pues transmitido y manifestado en el espacio de la naturaleza por este único movimiento, el co-movimiento.

Y si pensamos que todo lo que se manifiesta emana de los siete rayos divinos que se determinan unos a otros, sabremos por deducción lógica que todo lo creado debe llevar la imagen, la esencia, el núcleo de lo divino, que todo lo que es creado encierra una intención divina, pero esta intención divina sólo es realizable por el co-movimiento. Cuando una entidad logra moverse según el

plan divino, que actúa en ella por sus siete rayos, este plan se realiza en ella y por ella.

Verdaderamente, la conclusión a la que conduce la filosofía de Hermes, la filosofía egipcia, es grandiosa. Quien camina según el movimiento divino y persevera, realizará en sí mismo y por sí mismo el plan divino. Por lo tanto, hay en toda la creación un perfecto movimiento concordante, un co-movimiento, que conduce a la divinidad absoluta. Pero, al mismo tiempo, también existe la posibilidad de seguir un movimiento discordante, un contra-movimiento. Pues la posibilidad de alcanzar la divinidad con que es dotada la criatura, encierra en sí la presencia de una libertad absoluta. Esto se deduce de la característica de los siete rayos por la que se determinan unos a otros. La muy conocida frase bíblica «Allí donde está el espíritu del Señor, allí está la libertad», da testimonio de ello.

Por ello vemos aparecer en la manifestación universal dos principios activos: el co-movimiento y el contra-movimiento. La libertad de participar realmente en el devenir divino, con el fin de transformarse efectiva, fundamental y estructuralmente en hijos de Dios; y la libertad de oponerse a ello y de sumirse así en el abismo de la corrupción dialéctica. Vemos y conocemos la naturaleza dialéctica, pero también vemos y conocemos la realidad de la vida en Dios, la realidad de las consecuencias del movimiento en el mismo sentido. Asimismo vemos y conocemos el grupo intermedio, que se libera del contra-movimiento y de sus consecuencias, y se eleva en el co-movimiento. La primera consecuencia de ello es la transfiguración, lo que quiere decir: el restablecimiento de las consecuencias que depara el contra-movimiento.

La naturaleza original es, pues, el campo de desarrollo encerrado en la divinidad. Lo que se encuentra detrás, lo que se produce si el desarrollo es coronado con el éxito y alcanza el buen fin, es una pregunta a la que no debemos responder pues sobrepasa totalmente nuestras concepciones.

La Enseñanza Universal nos dice que, en un tiempo, el organismo humano fue llamado a volverse semejante a Dios; a elevarse de lo creado a lo no creado. O bien, según la expresión de la antigua sabiduría china, a pasar del ser al no-ser, es decir, a penetrar hasta lo ilimitado, hasta lo que es imposible describir con palabras.

Pero, volvamos al movimiento en sentido contrario, al contra-movimiento. También conocemos las consecuencias del contra-movimiento: la cristalización. Sin embargo, en él existe un gran consuelo, a saber, la existencia de la muerte. Nuestra libertad ha engendrado el contra-movimiento y si un hombre toma la libertad de moverse, de actuar, desencadena siempre una serie de consecuencias. Una acción determinada acarrea las correspondientes consecuencias. La consecuencia, pues, del contra-movimiento es la muerte. El contra-movimiento tiene siempre como resultado su propia anulación.

¿Acaso no es esto admirable, no es consolador? El contra-movimiento, el rehusar colaborar en la realización del plan divino que es la base de nuestra existencia, no puede durar siempre. No puede controlar la manifestación universal y llegar hasta lo inmaterial, hasta lo inmutable par volverse así estable. ¡Qué terrible sería esto!

En efecto, aquello que no está incluido en el estado divino, que no proviene del estado divino, que no marcha en la corriente divina, está tan carente de fuerza y tan enfocado hacia la petrificación que en un momento dado desemboca en la perdición, lo que demuestra que verdaderamente no era nada, que el fenómeno se destruía a sí mismo.

Únicamente es eterno lo que sale del espíritu del Señor. Quien sigue el movimiento discordante, quien queda prisionero del contra-movimiento, es continuamente desmoronado y muere hasta que comprenda, en virtud del principio divino contenido en todo lo creado, que el contra-movimiento no es el verdadero movimiento y que, por lo tanto, no tiene salida y por eso se deshacen y se desmoronan sus efectos; que el único camino de salida se encuentra

sólo en el movimiento concordante, en la asociación completamente armoniosa con los siete rayos universales. Así es como uno puede convertirse, en un doble sentido, en un Asclepios.

¿Ha comprendido ya el lector que el contra-movimiento, la perpetua batalla contra sí mismo y su entorno, no es el co-movimiento y que, por lo tanto, sigue usted preso de las tensiones en la miseria? Si así fuese, ¿no es un gran consuelo saber que, haga lo que haga, llegará un día a la comprensión interior por medio del camino de las experiencias y de que, por lo tanto, tarde o temprano, toda criatura entrará en el templo de la renovación?

Allí donde está el espíritu del Señor, allí está la libertad. Por consiguiente, no podemos presionarle porque ello iría contra el principio de la libertad, sería anti-divino. Sin embargo, exhortado y purificado por el saber de la experiencia personal y a través de múltiples muertes, usted se elevará un día hasta la única salvación, hasta su destinación divina.

En esta Escuela no podemos presionarle, pues allí donde está el espíritu del Señor, está la libertad. El camino y sus consecuencias le son presentados constantemente y continuaremos haciéndolo de buen grado. Más aún, nos gustaría ser siempre la luz que ilumina la Enseñanza Universal, sobre el camino inmortal, espléndido, divino, pero esto es imposible, pues el tiempo apremia. La Escuela de la joven Gnosis no sólo es una entidad de enseñanza; sino que también, y sobre todo, forma un Cuerpo Vivo. Y este Cuerpo Vivo progresa sin cesar; invoca cada vez más a los siete veces siete rayos de la luz divina con el fin de que ardan como un fuego poderoso por encima del santuario.

Por ello, en la radiación de este fuego, no podemos sino repetir: «El camino es éste o aquél, sígalo». En efecto, si quiere acompañarnos —y tiene completa libertad para hacerlo—, entonces tiene que hacerlo sin reservas, aceptando todas las consecuencias. Si emplea su libertad para aferrarse con pies y manos a la tierra, en mejor que siga en tierra, pero si quiere avanzar con el Cuerpo Vivo de la Escuela, entonces ha llegado el momento. Se le anuncian y

presentan todas estas cosas para darle la comprensión y un profundo conocimiento de sí mismo. En breve deberá determinar lo que se mueve en usted según su destinación divina y lo que va en contra.

Ahora bien, si es un buscador, se preguntará por qué, en la práctica, la muerte golpea todo lo que se encuentra en el contra-movimiento. La respuesta es tan simple como la de Hermes a Asclepios:

Las esferas en estado de pecado son movidas en sentido opuesto al movimiento de la esfera sin pecado y ellas son movidas, en ese movimiento opuesto, alrededor de las esferas que ofrecen resistencia en torno a un punto de equilibrio que está fijo. La rotación no es otra cosa que un movimiento alrededor de un mismo punto central, subordinado a ese punto central totalmente inmóvil. El movimiento circular evita la separación, estabilizando así la rotación. De esta manera, el contra-movimiento cesa en el punto de equilibrio porque el movimiento que ofrece resistencia en ese punto se convierte en estático.

Hermes quiere decir con esto que cuando hacemos un mal uso de nuestra libertad, actuamos contra las intenciones de Dios, que gobierna el movimiento universal en el seno de lo inmutable, y entonces la resistencia suscitada por este contra-movimiento llega a ser tan grande que los resultados de nuestra acción antidivina capitulan y se destruyen ellos mismos.

Por el contra-movimiento suscitamos una resistencia cuyas vibraciones crecen sin cesar hasta el momento en que nuestro ser se abrasa y se destruye. No es, pues, la divinidad quien provoca la resistencia, sino que somos nosotros. Por ello no es razonable afligirse por las dificultades de la vida, puesto que nosotros mismos somos los autores, aunque a menudo parece que la falta es de los

demás. La divinidad no lucha contra usted, ni le castiga ni le juzga en el sentido burgués. Usted mismo se lo hace. Sea por medio del pasado microcósmico o por su vida actual, usted invoca las oposiciones y, en un momento dado, es abatido. Si éste es su caso, entonces usted no vive, sino que se coloca en una situación de mortificación permanente que, equivocadamente, toma por vida.

Aspiremos y trabajemos perseverantes para transformar nuestra vida en un movimiento acorde con las siete fuerzas que emanan del Logos, y que podamos recibir su gracia. Pues la única vida sólo se desarrolla a partir de ese movimiento acorde.

XVI

La última muerte del yo: la auto-ofrenda voluntaria

Le colocamos una vez más ante la gran bifurcación de la vida, ante el punto donde confluyen ambos caminos, el camino del co-movimiento y el camino del contra-movimiento.

Quienes forman parte de la joven Gnosis en tanto que alumnos de la Escuela Espiritual, están completamente al corriente de que el desarrollo de la Escuela, en tanto que grupo, en tanto que Cuerpo Vivo, en tanto que joven Gnosis unida a las precedentes de la cadena universal, lleva consigo una influencia muy dinámica y positiva de los siete rayos del Espíritu Séptuple. El impulso hacia el co-movimiento con la radiación de Dios, con el Espíritu Santo, en lo que se refiere a nuestro colectivo, se ha vuelto extraordinariamente fuerte. Por lo tanto, sobre nosotros se ha venido realizando una fiesta de Pentecostés y finalmente ya está consumada.

No obstante, mientras nosotros sigamos en el contra-movimiento, todo esto causa en nosotros una resistencia grande e intensa. Esta resistencia no llega a nosotros desde fuera, sino que somos nosotros quienes la causamos en nosotros mismos. Debido a nuestro comportamiento, debido a nuestro estado de ser, nosotros mismos desarrollamos una resistencia cada vez más fuerte, teniendo como consecuencia una muerte continua. Le es transmitido todo esto para que, en el plazo más breve posible, se vuelva un verdadero sanador, un Asclepios. Para esto, dice el versículo 44 de nuestro texto, es necesario algún *conocimiento elemental de la esencia del Todo.*

Usted es una célula del Cuerpo Vivo de la joven Gnosis. Éste ha desarrollado tal estado de ser que experimenta una magnífica gracia, ha recibido grandes tareas y sobre él fueron y son derramadas fuerzas grandiosas. Son tareas que únicamente pueden ser realizadas, y fuerzas a las que solamente se puede reaccionar con positivismo, por medio de un perfecto co-movimiento con los siete rayos que parten de la divinidad, los cuales acuden a nosotros desde el Reino Inmutable.

¡Usted es la joven Gnosis! Además, usted es una célula de y en el Cuerpo. Y ahora que todo el Cuerpo de la Gnosis es conmovido por el ardor de este movimiento positivo, se volvería muy peligroso para usted mantener un movimiento contrapuesto. Véalo bien, tan bien que ya nunca pueda olvidarlo. Le hemos dicho que un recorrido en el contra-movimiento despierta una resistencia, porque todo movimiento está finalmente rodeado por el Reino de Dios. Esta resistencia es la que pone término, en un momento dado, al resultado del contra-movimiento.

Usted, llevado por el yo, llevado por la naturaleza de la muerte, y debido a su estado natural, a menudo está ocupado en desarrollar algo. En cuanto le parece que su sueño puede ser realizado, las cosas se convierten en lo contrario y usted persigue la muerte. Aquello que pensaba que estaba construyendo es destruido. Este proceso le muestra que, con su orientación natural, se ha movido en círculo y así llega siempre otra vez al mismo punto, en el que debe comenzar de nuevo.

Si permanece en el contra-movimiento, estando acogido al mismo tiempo como célula de una escuela gnóstica, es decir, en un sistema que recorre el camino del movimiento concordante de forma muy dinámica, la consecuencia ya no será un quedarse con las manos vacias, sino que se desarrollará un incidente en su vida del alma, un abrasamiento que la deteriora y la destruye. Por ello siempre se ha dicho y se ha advertido en todas las escrituras sagradas que los pecados cometidos contra el Espíritu Santo conllevan graves

consecuencias. Afectan gravemente al ánimo y a la comprensión, pues dañan el santuario del corazón y el santuario de la cabeza.

Usted es un ser animado movido por una determinada fuerza inmaterial. A esto reacciona tanto su estado de ánimo como su comprensión. Su cabeza y su corazón son empujados por aquello que le anima. Si su animación está en el contra-movimiento, la consecuencia siempre es, una y otra vez, la muerte, la destrucción del resultado del contra-movimiento. La animación debe hacer este descubrimiento a cada momento, hasta que finalmente tome la decisión de morir la última muerte: la muerte de la auto-ofrenda voluntaria, la endura, la auto-ofrenda al co-movimiento, al espíritu de Dios y a sus siete rayos, al plan que subyace como fundamento de nuestro devenir. Quien lo hace, en perfecta carencia de yo, desarrolla con una certeza absoluta, tal como sabemos, un nuevo estado de alma, puesto que pasa a una nueva motivación, abre un espacio a una nueva propulsión. Así nace el alma nueva, así se desarrolla una nueva comprensión y, a partir de ella, un co-movimiento inquebrantable con el Logos y una transfiguración perfecta.

No obstante, imagínese por un momento que entra en un cuerpo gnóstico con un alma aún no renacida con su comprensión consciente, en una Escuela Espiritual que existe claramente en los siete rayos. Entonces es acogido con su ser nacido de la naturaleza en un campo de radiación de un tipo muy especial, un campo de radiación tal como nunca lo había experimentado, y se encuentra ante un movimiento totalmente nuevo. Supongamos por un momento que mantiene su existencia nacida de la naturaleza en este nuevo movimiento sobre el que se derraman los siete rayos. Como no está en sus planes realizar la endura, la última muerte del yo, sigue queriendo, sintiendo, pensando y actuando exactamente igual que antes. Sigue conservando firme e inquebrantable su yo, su naturaleza corriente, su carácter, su tipo, mientras se encuentra en un campo de radiación en cuyo interior se manifiestan grandes fuerzas nuevas.

Le preguntamos: La resistencia que usted mismo ha engendrado, ¿dónde afectará en primera instancia? ¿En la consecuencia de sus errores, como es normal en el mundo de la dialéctica? ¿O en la causa de sus errores mantenida conscientemente? La respuesta es evidente. ¡En la causa de sus errores: en el alma natural y en la comprensión! Se siente como quemado, en ese ardor según el alma y la comprensión se vuelve desnaturalizado. Entra en una gran anormalidad. La consecuencia final es un descenso al punto de partida lemuriano. ¡Cuántos perturbados psíquicos de éstos hay en el mundo! ¡Cuántos irresponsables hay ya! De entre ellos, muchos, innumerables, fueron dotados de grandes fuerzas espirituales.

Por eso es evidente que la Escuela Espiritual hable ahora de una gran crisis. Esta crisis es debida a que, con respecto a todos nosotros en tanto que miembros del Cuerpo Vivo, se trata de la ruptura de los siete sellos, de los que también se hace mención en el Libro del Apocalipsis.

En tanto que Escuela Espiritual, estamos en un apocalipsis, en un ardor de la manifestación. Y con toda certeza para nosotros, la apertura de estos siete sellos no ha de implicar necesariamente para nosotros el derramamiento de las siete plagas, los siete pesares, los siete grandes procesos dolorosos y la séptuple destrucción, lo que incluiría el séptuple orden de emergencia. Por el contrario, en una escuela de iniciación gnóstica se trata de curarle, de hacer de usted un Asclepios. Pero para ello es necesario que, desde ahora, se vuelva uno de los que están en el co-movimiento, y por una última muerte, por una endura, frene inmediata y definitivamente el contra-movimiento.

Somos claramente conscientes de que ahora colocamos sobre su alma una sobrecarga de dificultades. Escucharía con agrado el que le dijéramos cosas distintas. Pero se le dice todo esto como conocimiento elemental de la esencia del Todo. Así se le presta el mayor servicio. Por eso Hermes Trismegistos dice en el verso 25: *Puedes ver qué pesada cargasoporta tu alma cuando ella sola debe llevar dos cuerpos.*

Todos estamos en medio de una agitación. Y ahora le preguntamos: ¿Cómo se explica su agitación en este momento? Usted está muy agitado en su vida, muy ocupado, está continuamente atareado. ¿Pero en qué? Investigue en qué está tan atareado. Explíquese de manera perfectamente objetiva esa agitación suya que tanto le fatiga y que tanto contraría su alma, su alma natural.

¿Es el co-movimiento o el contra-movimiento? ¿No ocurre a veces que hay una continua lucha en el contra-movimiento, para evitar que las dificultades que se dan en el cuerpo no lo echen todo a perder? ¿No sucede que, a pesar de estar tan atareado y acumular tanto cansancio, no avanza nada y que incluso la resistencia se acrecienta de tal modo que, de cuando en cuando, llega repentinamente un momento de quietud, lo que significa la muerte en alguna de sus formas aparentes como extenuación, desesperación o enfermedad? ¿No es cierto que está siempre tomando sus medidas, dirigiendo su táctica, determinando su conducta a seguir? Sin embargo, todo se le va de las manos, todo lo conduce hasta una nada inerte. Y siempre se vuelve a preguntar otra vez: "¿Pero dónde está el fallo?" ¿Por qué de todo esto lleva al dolor, al pesar, al cansancio y a la falta de perspectiva? ¿Por qué no conduce otra cosa mejor? ¿No he puesto todo mi empeño para que salga bien?"

Bien, esto se debe a que permanece en el contra-movimiento, y por tanto en la lucha, en la agitación entre los opuestos. Y nosotros le hablamos detalladamente de la consiguiente necesidad y de la lógica evidencia del co-movimiento liberador, para que se decida a realizar un acto patente en concordancia con este co-movimiento, como el gran giro en la vida de todo ser humano. Inmediatamente el destino se apartará de usted y así llegará a hacer un uso controlado y eficiente de su tiempo y de sus fuerzas.

El co-movimiento, el nuevo comportamiento del verdadero alumno de la joven Gnosis, ofrece una igualdad de vibración en tanto que grupo, una gran calma interior, así como el silencio, la

desaparición de todas las tensiones y el ser liberado del aprisionamiento y del frenesí de la moderna adicción al trabajo. Coloquémonos entonces, completamente abiertos, ante la gracia del co-movimiento, ante la indeciblemente poderosa salvación de los siete rayos del Espíritu Séptuple, ante el descenso directo y actual de la eternidad en el tiempo, ante el derramamiento del Espíritu Santo, ante el hecho de un nuevo Pentecostés que ha tenido lugar en la Joven Gnosis. Elévese en esta nueva comunidad de la salvación.

XVII

El misterio del Santo Grial

Le hemos explicado que en cuanto los siete rayos que parten del Reino Inmutable inciden en la naturaleza original, surge en ella un movimiento. Este movimiento es el que llamamos el comovimiento. La naturaleza original, con todo lo que surge de ella, muestra aquello que la divinidad encierra en sí. Un Cuerpo Vivo gnóstico que sigue sistemáticamente el curso de su desarrollo atrae, en un momento dado, un nuevo campo astral que emana directamente de la naturaleza original, de la Madre Isis. A continuación, este campo se extiende sobre aquella parte del mundo donde está principalmente activo el respectivo Cuerpo Vivo.

Cuando se ha formado así un nuevo reino gnóstico y se han establecido los focos que éste exige, se desarrolla en el Cuerpo Vivo un nuevo movimiento, el cual crece en fuerza de hora en hora, pues todo ello va a la par con una ruptura de los siete sellos. Son rotos los siete sellos del verdadero proceso que desencadena la vida y, por tanto, del verdadero desarrollo humano. Es entonces cuando los siete rayos de la divinidad se manifiestan de forma directa; y la Gnosis, en tanto que mediadora, se retira ante la plenitud del Espíritu Santo.

Tal como puede leer en el evangelio de Juan, Cristo dice a sus discípulos, a su grupo: «Es bueno para vosotros que yo me vaya, pues si no me fuese no vendría a vosotros el Consolador, pero si me voy os le enviaré. Y cuando haya venido el Consolador, que os habré enviado desde el Padre, es decir, del Espíritu de la verdad que parte del Padre, él os dará testimonio de mí.»

Así es comprensible que cuando la Gnosis, en tanto que intermediaria, se retira ante la plenitud del derramamiento del Espíritu Santo, surja una situación totalmente nueva. Todos los implicados en esta actividad entran de forma ineludible en un nuevo comportamiento y en una nueva necesidad vital.

En Mateo 24, que le aconsejamos releer, se refleja una situación como la que nosotros vivimos ahora. El autor del evangelio de Mateo añade incluso: «No pasará esta generación antes de que sucedan todas estas cosas.»

En torno a esta cita muchos se han burlado diciendo: «¡Cuántas generaciones han pasado ya desde que comenzó la era cristiana sin que todo esto haya sucedido!» Sin embargo, los acontecimientos anunciados en Mateo 24 se relacionan con el desarrollo de la Gnosis y sus vicisitudes. Y de la misma manera que la Gnosis de aquellos tiempos debió experimentar y ya experimentó intensamente todas estas cosas, también en nuestros días somos colocados ante esos mismos desarrollos.

En las Sagradas Escrituras se hace mención también de la ruptura de los siete sellos en un sentido negativo para el mundo y la humanidad. Pero no vamos a considerar ahora semejante ruptura, que está expuesta también en el libro del Apocalipsis.

En este mismo contexto podría plantearse la pregunta: "¿Qué significa que estén cerrados los siete sellos?". Se refiere a una situación de neutralización temporal en los planos de la naturaleza original, del carácter absoluto del Espíritu Séptuple. Durante setecientos años apenas ha sido perceptible en Europa la influencia directa del Espíritu Séptuple debido a una neutralización de ese tipo que tuvo lugar sobre esta parte del mundo. Ahora las radiaciones del Espíritu Séptuple aumentan de nuevo en relación con el mundo. Y ese aumento y actividad se manifiestan ya en la Joven Gnosis, pues comprenderá que la neutralización antes aludida, en un momento dado del desarrollo gnóstico, llega a anularse por completo, como de hecho ya ocurre en la Joven Gnosis.

Vea como ejemplo el drama crístico. Cristo viene y escoge asus discípulos; o dicho con nuestras palabras, Él funda un grupo. Les precede en el camino de las rosas, dándoles a conocer tanto el camino como las exigencias del camino, y viviendo todo esto ante ellos. El grupo se transforma en una comunidad, en un Cuerpo Vivo, en una Ekklesia. En ese momento, Jesús el Señor se retira en su función de mediador. "Es bueno que me vaya", decía Él, "pues después de Mí vendrá el Consolador." Y luego Jesús va delante del grupo hacia el nuevo campo de vida. La retirada de Jesús el Señor como mediador, hasta cierto punto, no es más que una apariencia: La Gnosis precede al grupo en el nuevo campo de vida y allí se encontrarán de nuevo.

Una vez que la Gnosis, en tanto que mediadora o factor de radiación, se ha retirado, se manifiesta la radiación plena del Espíritu Santo. E inmediatamente tiene lugar su derramamiento. Por lo tanto, no ha de considerarse nada extraño ni tampoco espectacular que el grupo de la Joven Gnosis, que pertenece a la cadena gnóstica universal, se encuentre ante las puertas de la misma experiencia. Tal como sucedió a todos los predecesores, así también sucede con nosotros.

También nosotros nos encontramos ante las puertas de un estado de vida totalmente nuevo, un estado de vida en el que yace encerrado un nuevo misterio: es el misterio del nuevo devenir de la conciencia superior, el misterio de la divinización. Repitámoslo una vez más, es un asunto de perfecta lógica que nosotros, después de haber recibido algún *conocimiento elemental de la esencia del Todo,* podamos decirnos unos a otros: "Podamos entender qué es lo que el Espíritu Séptuple quiere de nosotros, para que podamos prepararnos en la sala superior."

Los siete rayos, decíamos antes, nos colocan en primer lugar ante la vida absoluta, en segundo lugar ante el amor absoluto, en tercer lugar ante la inteligencia absoluta, en cuarto lugar ante la armonía absoluta, en quinto lugar ante la sabiduría absoluta, en sexto lugar

ante la de devoción absoluta y, en séptimo lugar, ante el acto liberador absoluto. Puesto que estos siete rayos se determinan mutuamente, está claro que hay siete veces siete, o sea, cuarenta y nueve aspectos o rayos, que tendrá que satisfacer cada candidato al nuevo misterio.

Quien entra en el templo principal de la Escuela de la Rosacruz en Haarlem (Holanda) descubrirá que sobre el lugar de servicio se muestra esta idea con una estrella de cinco puntas, la estrella de Belén, el símbolo del alma renacida, rodeada por los siete veces siete rayos que parten del Reino Inmutable y que impulsan a la entidad que se esfuerza por ir hacia la divinidad. Por ello en Haarlem, después de la ruptura de los siete sellos de la que le hablábamos, se acondicionó un lugar para el templo del Espíritu Santo, para el santuario de la Fraternidad del Santo Grial.

Quisiéramos ahora mostrar algo de los cuarenta y nueve aspectos del Santo Grial. Y en primer lugar, respecto a lo que se espera de usted como célula del Cuerpo vivo.

Antes que nada se espera del candidato una profunda y gran seriedad. Debe poseer la inclinación hacia la muerte más importante, la muerte del yo, la endura, la cual previene del peligro, que antes hemos tratado, de ser consumido por el fuego. Quien elimina la causa principal en sí mismo, es renovado inmediatamente según el alma. Y quien renueva el alma, se vuelve receptivo en ese mismo instante ante el Espíritu Santo. Y es éste quien le dice que debe asumir la dirección de su vida con gran integridad y profunda pureza.

Nunca se equivocará si se basa en la simplicidad, la pureza de intenciones y la franqueza absoluta, incluso aunque no pudiera comprender completamente la plenitud del espíritu. Así es como, sobre la base del renacimiento del alma y con la espontaneidad de un niño, crecerá en usted la santificación.

En un momento dado se encuentra, con su alma renovada, en la pureza de su filiación, ante el trono de la santa luz séptuple. Y se

arrodilla ante el primer rayo, el de la vida absoluta. ¿Qué es la vida absoluta? Es la vida del hombre original, la vida de la verdadera humanidad-alma. ¡La vida absoluta es algo grandioso, algo maravilloso, algo inmenso! ¡Es su vocación absoluta, que lo abarca todo! Usted ha nacido en la naturaleza de la muerte, con un cuerpo del orden de emergencia, para elevarse hasta lo absoluto, por un despertar de la conciencia que ha madurado en el camino de la experiencia de los opuestos. Solamente de esta manera puede manifestar la gloria de Dios.

Por esto en usted ha de haber un poderoso anhelo, un impulso imperante por vivir verdaderamente, al que esté subordinado todo lo que tenga o sepa. Si con ese poderoso anhelo se acerca al primer rayo del Espíritu Séptuple para alcanzar la vida absoluta, entonces se encuentra sobre una buena base. En ese instante, se produce una radiación positiva del Espíritu Santo. Entonces se une, de manera elemental, con el fuego de Pentecostés. Y aprende a llamar con el nombre de "Padre" al Espíritu Séptuple, en quien y por quien llegará a manifestarse su salvación. *Crear es la característica del Padre,* dice Hermes.

Por ello, en la vida de aquéllos cuya conciencia está bien orientada, el nacimiento del Hijo es una cuestión de la mayor seriedad, de un celo ardiente y de una profunda devoción a Dios; mientras que la mayor desdicha y el mayor pecado es morir sin esta filiación y ser juzgado por los demonios después de la muerte. Pues éste es su castigo: el alma de esas personas sin hijo es condenada a tomar un cuerpo ni masculino ni femenino, hecho reprobado bajo el Sol. Alégrate, Asclepios, si todos poseen esta filiación; pero envuelve con tu compasión a quienes tienen la desdicha de estar privados de ella, pues conoces el castigo que les espera.

La Gnosis Egipcia Original le muestra aquí su meta vital, su destino previsto por Dios, con una claridad muy depurada: traer al nacimiento al Hijo, al Cristo interior, al verdadero hombre inmortal en usted.

Si niega y rechaza esta vocación, si prosigue en el camino de la obstinación ciega, entonces invoca insensatamente la maldición que parte del Sol espiritual, de la luz universal. Porque en ese caso, la fuerza de radiación séptuple de este Sol actuará negativamente en usted y volverá estériles a la cabeza y el corazón para la obra de salvación, es decir, inadecuados ahora y en un futuro, tanto en sus aspectos masculinos, creadores, como en sus femeninos, manifestadores. Después, tendrá que proseguir con su elección hasta el final en el oscuro e interminablemente largo camino de pesares y tristeza.

No obstante, si por un poderoso anhelo se acerca a la vida absoluta, descubrirá que es bendecido hasta tal punto que se genera en usted una conciencia de filiación, una experiencia filial. Esta conciencia le une directa y positivamente con la actividad que ahora inician los otros seis rayos del Espíritu Santo. ¡Surgen las seis llamas!

En la vida absoluta hay amor. Quien entra por las puertas del primer rayo, aprenderá por primera vez qué es el amor. Es, entre otras cosas, una comprensión genuina hacia el alma natural y hacia su estado de haber renacido todavía, una comprensión de la lucha en la que viven los hombres. También respecto a los errores que comete en la ignorancia. Y a partir del amor, poseerá paciencia, tanta como sea necesaria. Porque como usted sabe, al menos en teoría, y léalo una vez más en I Corintios 13: el amor posee la capacidad de esperar y de cubrir con su sombra, el amor abarca todas las cosas.

¿Acaso no entiende que un hombre que acoge positivamente al Espíritu Séptuple, un hijo de la plenitud, ha de ser también inteligente?, ¿qué donde están presentes la verdadera comprensión,

el verdadero amor y la paciencia infinita, también ha de encontrarse el camino, es decir, tanto el camino como el saber necesarios para realizar la vida y el amor en sus valores absolutos? ¿Y capta cuán evidente, cuán necesario es que los siete rayos se determinen mutuamente?

Al expresar todo esto, ¿no estamos confirmando al mismo tiempo que en esa manera de vivir surge una armonía vital absoluta y una grande y profunda paz interior? ¿No verá, alguien así, las puertas de la sabiduría ampliamente abiertas? Y, ¿no será evidente, para alguien así, apreciar la devoción hacia todo lo creado? ¿No dará, todo esto junto, testimonio profundo de un comportamiento de actos liberadores?

Ante usted se abre este nuevo misterio. Es como una Cabeza de Oro sobre la que arde el fuego de Pentecostés. ¿Qué es lo que le impide entrar en Ella? Entre, pues, en la paz de su Señor.

XVIII

Las nuevas posibilidades liberadoras

Bueno es quien lo da todo y no toma nada. Y, en verdad, Dios da todo y no toma nada. Porque Dios es el bien y el bien es Dios. El otro nombre de Dios es Padre, porque es el creador de todas las cosas. Crear es la característica del Padre.

«Oh Espíritu Santo Séptuple, unidos en la joven Gnosis y habiendo escalado el Gólgota de la renovación, nos acercamos a Ti con todo nuestro ser y nos inclinamos con humildad ante Ti, que eres absoluto»

Así ha de acercarse el candidato al misterio nuevamente manifestado. Esperamos y rogamos que sean muchos quienes sean conscientes de las nuevas posibilidades que se ofrecen a la humanidad buscadora. Quienes estén maduros para abrirse a la luz del nuevo día que irrumpe ahora ante nosotros, comprenderán el objetivo del trabajo de la Joven Gnosis. Nuestra ferviente plegaria es que usted cese todo contra-movimiento a partir de ahora y que, cuando se aproxime a él, lo reconozca con suficiente antelación.

La humanidad, en tanto que unidad, en tanto que fraternidad original, está hecha añicos; y vemos los innumerables fragmentos de esa unidad rota en el individualismo exacerbado. Todas estas individualidades se mueven en un espacio y son movidas por una fuerza. Pero también el espacio y la fuerza están individualizados. Si usted también lo está, se encuentra entonces en medio de innumerables otros en tanto que ego, como ser individualizado, duro como la piedra, inaccesible y separado de todos los demás.

Entonces se convierte en un solitario y, en más de un sentido, prisionero. Todos los solitarios y prisioneros son movidos por sus fuerzas en sus espacios. Como ya sabe, ellos son todo movimiento. Sin embargo es el movimiento de la contranaturaleza. Y aunque viven muy próximos unos a otros, no se entienden. No se soportan ni tampoco podrían hacerlo, hasta que buscan a la Gnosis y la encuentran.

La Gnosis es el Asclepio que ha nacido, el curador, el Señor del Amor. La Gnosis nos busca en nuestra soledad y aprisionamiento y nos revela el camino. Quien quiere recorrer el camino ha de liberarse del infierno del contra-movimiento y despertar el nuevo estado del alma, por medio del perecimiento de la última muerte, la muerte de la auto-ofrenda a la Gnosis, al Señor del Amor. A partir de entonces, entra en el nuevo misterio, el misterio del Espíritu Santo, el misterio del devenir divino, el misterio de la manifestación del Hijo.

Este devenir se abre ante nosotros en la joven Gnosis. Se trata de un devenir en el que a usted se le ofrece todo lo que, en el sentido antes referido, es bueno, y en el que no se le toma nada. Es un devenir en el que el Padre del universo se origina a sí mismo en su Hijo, en nosotros.

La única salvación eterna se abre ante nosotros. Venga, acérquese a su majestad. Elévese ahora en esta vida maravillosa, por encima de toda lucha terrestre entre hermanos.

XIX

Séptimo Libro

Discurso de Hermes a Tat sobre la crátera y la unidad

1. *Hermes: Considera al Demiurgo, pues él ha creado todo el mundo, no con sus manos sino por medio la Palabra, como la realidad presente e inmutable, como el creador de todas las cosas, el Uno y único, que ha creado todo lo que existe según su voluntad.*

2. *Éste es verdaderamente su cuerpo, intangible, invisible, inconmensurable e indivisible, que no puede compararse a ningún otro cuerpo. Él no es ni fuego, ni agua, ni aire, ni aliento, sino que éstas y todas las cosas existen por él y provienen de él.*

3. *Como él es el bien, no quiso dedicar esta ofrenda sólo a sí mismo ni ornamentar la Tierra para él solo, sino que como joya de este cuerpo divino hizo descender al hombre, criatura mortal de un ser inmortal. Y así como la Tierra sobrepasa a sus criaturas por la vida eterna, el hombre sobrepasa a las criaturas terrestres por la inteligencia y el espíritu.*

4. *El hombre contempló las obras de Dios, lo que le llenó de entusiasmo, y por ellas aprendió a conocer al Creador. De esta forma, Tat, ¡Dios dotó a todos los hombres de inteligencia, pero no de espíritu! Y esto no por ninguna envidia, pues la envidia no proviene de lo alto, sino que nacen aquí abajo en el alma de los que no poseen el espíritu.*

5. *TAT: ¿Por qué, Padre mío, Dios no ha otorgado el espíritu a todos los hombres?*

6. *HERMES: Dios, hijo mío, ha querido que la unión con el espíritu, al alcance de todas las almas, fuese el premio de la carrera.*

7. *TAT: ¿Y cómo lo hizo?*

8. *HERMES: Él hizo descender una gran crátera, repleta de fuerzas del espíritu y envió un mensajero par anunciar al corazón de los hombres: Sumergios en esta crátera, vosotros, almas que podéis hacerlo, vosotros que esperáis con fe y confianza elevaros hacia Aquel que ha hecho descender este vaso, vosotros que sabéis para que habéis sido creados.*

9. *Quienes escucharon esta exhortación, se purificaron y se sumergieron en las fuerzas del espíritu, participaron en la Gnosis, el conocimiento vivo de Dios, y, al recibir el espíritu, se convirtieron en hombres perfectos.*

10. *Quienes no prestaron ninguna atención a la advertencia enviada, se detuvieron en las fronteras de la inteligencia, pues no recibieron las fuerzas del espíritu y no supieron para qué ni por quién habían sido creadas.*

11. *Las percepciones de estos hombres, obligados a fiarse de sus sentidos, se asemejan a las de los animales carentes de inteligencia. Y como su carácter es una mezcla de pasiones y cólera, no se asombran ante aquello que merece meditación y reflexión, se entregan a los deseos y pasiones del cuerpo, creyendo que el hombre ha nacido para este fin.*

12. *Todos los que recibieron parte de los dones de Dios ya no son mortales sino hombres divinos, como sucede con todos sus frutos. Y con su alma-espíritu abarcan todo lo que existe sobre la Tierra y en el Cielo, y también sobre el cielo.*

13. *Todos aquéllos que se han elevado al contemplar el bien, aprenden a considerar la permanencia aquí en la Tierra como una desdicha. Consideran condenables todas las cosas corporales e incorporales, y se apresuran llenos de ardor hacia lo Uno y único.*

14. *Oh Tat: la manifestación creciente del alma-espíritu, la formación de las cosas divinas y la contemplación de Dios, son los dones de la crátera, el vaso sagrado.*

15. *TAT: ¡Oh Padre, yo también deseo sumergirme en la crátera!*

16. *HERMES: Si no comienzas por odiar tu cuerpo, hijo mío, no podrás amar tu verdadero yo. Sin embargo, si amas tu verdadero yo, poseerás el alma-espíritu; y una vez poseas el alma-espíritu, participarás también en el conocimiento vivo.*

17. *TAT: ¿Qué entiendes por eso, Padre?*

18. *HERMES: Hijo mío, no puedes atarte a lo material y a lo divino. Hay dos estados de ser: el corporal y el incorporal, el mortal y el divino, y, tras mucha reflexión, debes elegir entre los dos, ya que no es posible atarse a ambos. En cuanto hayas hecho la elección, muéstrala haciendo menguar lo que rechazaste por medio de la fuerza activa de lo que escogiste.*

19. *Pues la elección de lo mejor no sólo manifiesta ser la más gloriosa por la divinización del hombre que la hizo, sino que también lo demuestra en su devoción y consagración a Dios.*

20. *Por el contrario, la elección de lo peor conduce a la perdición del hombre y es, sobre todo, un pecado contra Dios. Tal como las comitivas se abren paso entre la multitud sin poder hacer otra cosa que molestar a los demás en su camino; igualmente esos hombres no hacen sino deambular así por el mundo, arrastrados como están por los deseos de su cuerpo.*

21. *Por ello, oh Tat, los dones que provienen de Dios han sido puestos a nuestra disposición y siempre lo estarán. Cuidemos que lo que provenga de nosotros sea digno de ellos y no inferior. Pues no es Dios la causa de nuestro mal, sino nosotros mismos que lo preferimos al bien.*

22. *¡Mira, hijo mío, cuántos cuerpos, coros de demonios, velos de materia y estrellas hemos de atravesar en nuestra laboriosa ascensión hasta lo Uno y único! El bien no es, ni mucho menos, un lugar fácil de alcanzar. El bien es ilimitado y no tiene fin; en lo que se refiere a sí mismo, tampoco tiene comienzo, aunque a nosotros nos parezca*

que empieza en la Gnosis, el conocimiento universal de Dios.

23. *La Gnosis no es, pues, el comienzo del bien, pero ella nos ofrece el comienzo del conocimiento del bien que nos es necesario aprender.*

24. *Comencemos, pues, y apresurémonos a viajar a través de todo lo que nos espera; pues en verdad es difícil abandonar lo que nos es familiar y lo que poseemos para regresar a lo antiguo y primero. Lo que es visible da alegría, mientras que lo invisible despierta duda e incredulidad. Para el ojo ordinario, el mal es conocido y manifiesto; por el contrario, el bien es invisible. El bien no tiene ni figura ni forma, es inmutable, semejante a sí mismo, diferente de todo el resto. Por ello, es incorporal e invisible para el hombre corporal.*

25. *Como todo lo que permanece semejante a sí mismo, lo inmutable es muy superior a lo mutable; y lo mutable es deficiente con respecto a lo inmutable.*

26. *La unidad, lo uno e indivisible, el origen y la raíz de todas las cosas está, como tal, presente en todo. Nada carece de origen. El origen, punto de partida de todo, toma su fuente únicamente en sí mismo.*

27. *El número uno contiene, como origen, todos los otros números en él, sin que él mismo esté contenido en ninguno.*

28. *Todo lo que ha sido engendrado es imperfecto, divisible, aumenta y disminuye. La perfección no es nada de todo esto.*

29. *Aquello que puede crece adquiere su crecimiento por la unidad. Y en cuanto ya no ofrece cabida a la unidad, sucumbe a su propia debilidad.*

30. *Así, oh Tat, en la medida en que me ha sido posible, he colocado ante ti, como ejemplo, la imagen de Dios. Si ella absorbe tu atención interior, y si perseveras en su contemplación con los ojos del corazón, créeme, hijo mío, que encontrarás el camino del cielo. Más aún: la propia imagen de Dios te conducirá en el camino. Esta imagen, si nos volvemos interiormente hacia ella, tiene la particularidad de retener prisioneros a todos los que se han vuelto hacia ella y, tal como el imán atrae el hierro, así los atrae ella hacia lo alto.*

XX

El premio de la carrera

El séptimo libro del Corpus Hermeticum está destinado al hombre que, habiendo encallado por completo en la naturaleza dialéctica, se ha vuelto perfectamente consciente de la carencia de perspectiva y de la desesperación de esta existencia, aunque no obstante tiene la suficiente fuerza interior para buscar con sinceridad y perseverancia una solución, una salida. En el séptimo libro, este hombre es designado Tat, es decir, alguien llamado a la realeza, al verdadero devenir humano superior. A él se le ofrece el cáliz divino, la copa, el Santo Grial. Si está dispuesto a beber de esa copa, encontrará la solución que le transmite su corazón y resolverá su gran problema existencial.

Si usted, lector, se puede identificar suficientemente con este hombre y se encuentra interiormente en esa misma situación, el séptimo libro hermético tiene mucho que decirle. Pues aunque fue expresado en palabras hace ya miles de años, el mencionado libro transmite una verdad eterna que es extremadamente importante para todos nosotros y que puede actuar de forma muy liberadora.

Intentemos entender esta verdad y pensemos que el séptimo libro no sólo da una explicación sobre el Santo Grial, sino que con su contenido, a través de su apelación, quiere liberar la fuerza del Santo Grial, la fuerza del séptimo rayo del Espíritu Séptuple.

Contempla al Demiurgo, quien no creó el mundo con sus manos sino mediante la Palabra, como la realidad presente y siempre

inmutable, como el creador de todas las cosas, el Uno y único, que lo ha concebido todo según su voluntad.

En el evangelio de Juan leemos: «Al principio era la Palabra, y la Palabra estaba con Dios, y la Palabra era Dios». No debe imaginarse esta Palabra como una actividad de la laringe, como si fuera una palabra que se pronuncia. Ha de observar esta Palabra como el propio Logos, el Logos que está al exterior de todo y que, envolviéndolo, lo sostiene.

Para nosotros, como seres creados, la Palabra es lo más esencial de la Divinidad. Es la poderosa actividad creadora que parte del Padre. Hemos de ver esta actividad creadora como la expresión directa y realizadora del poder del pensamiento divino.

Nosotros, como seres creados, pensamos algo. A partir de la idea, del objeto de nuestro pensamiento, llegamos muchas veces al acto. Sin embargo, la fuerza de ideación de Dios es directamente creadora, realizadora y, por lo tanto, el acto del cumplimiento. Por eso se dice en el salmo 33: «Él habla y sucede. En cuanto lo ordena, ya existe». Por este motivo leemos que Dios, el Demiurgo, no ha creado el mundo con sus manos sino con la Palabra.

Ella no tiene nada que ver con nuestra actividad mental humana, con la labor de nuestro cerebro, pues se refiere a algo completamente diferente. Al constatar este extremo, no estamos menospreciando nuestra actividad mental. Hemos recibido nuestra capacidad mental para que podamos comprender algo y, guiados así, podamos comportarnos racionalmente. Por esta razón, debemos estar sumamente agradecidos. El hombre es un ser cuyas piezas están agrupadas en un conjunto pero que aún no están unidas por completo de la manera correcta, debido a que carece del elemento esencial.

Sabemos que existe una actividad emocional, generalmente seguida de una actividad mental y, a continuación, de una actividad de la voluntad. Por medio del lenguaje expresamos lo que llega a nuestros sentimientos, a nuestra actividad mental y a nuestra

voluntad. Su resultado es el comportamiento. Dichas actividades a veces dan buenos resultados, pero con demasiada frecuencia crean las más lamentables consecuencias. Sin embargo cuando todos estos aspectos, todas estas propiedades, emanan de la Palabra, del Logos, siempre actúan directamente en armoniosa unidad y manifiestan un resultado perfecto. El Logos es un ser ilimitado que no puede compararse de ninguna manera con el ser humano.

Éste (la Palabra creadora) *es verdaderamente su cuerpo, intangible, invisible, inconmensurable e indivisible, que no puede compararse a ningún otro cuerpo. Él no es ni fuego, ni agua, ni aire, ni aliento, sino que éstas y todas las cosas existen por él y provienen de él. Como él es el bien, no quiso dedicar esta ofrenda sólo a sí mismo ni ornamentar la Tierra para él solo, sino que como joya de este cuerpo divino hizo descender al hombre, criatura mortal de un ser inmortal. Y así como la Tierra sobrepasa a sus criaturas por la vida eterna, el hombre sobrepasa a las criaturas terrestres por la inteligencia y el espíritu.*

Retenga esto último: el hombre ha recibido la inteligencia y el espíritu. La inteligencia para aprender a darse cuenta de su estado caído y para que, bajo la influencia de la luz de la Gnosis, aprenda a comprender su vocación recibida de Dios; y el espíritu, o Poimandres, para elevarle del estado animal al estado verdaderamente humano, a la verdadera filiación divina. Hemos de detenernos ante estos dos aspectos humanos por excelencia. *El hombre,* dice Hermes, *contempló las obras de Dios, lo que le llenó de entusiasmo, y por ellas aprendió a conocer al Creador.*

Sabrá que la humanidad desde su origen está sorprendida y llena de religiosidad ante este mundo. Continuamente se da testimonio de ello en todo lo que se expresa y se escribe acerca del mundo. A través de los siglos, una tras otra, todas las filosofías tratan de explicar este sorprendente misterio. Las experiencias que tratan de dar un sentido a la vida se cuentan por millares.

Por una parte vemos que se expresa el agradecimiento, la alegría, la satisfacción vital de cara a la naturaleza. Piense en el personaje de las obras del escritor Félix Timmermans que disfruta comiendo y bebiendo, y con ello se siente completamente feliz. Por otra parte, en nuestra época, encontramos el lenguaje de la desilusión, de la desesperación y el de la protesta. Por ejemplo, al constatar la existencia de la muerte y de una gran diversidad de calamidades que azotan a la humanidad. Ésta es, por lo tanto, la sorpresa ante el miserable estado en el que parece encontrarse la vida.

Debido a esto también existe, en tercer lugar, el lenguaje del compromiso, el lenguaje de la evasión del mundo, como dice el famoso refrán: "Con la muerte, todo se arregla", o el lenguaje del cultivo de la personalidad con su lema: "Quien se cultiva, mejora".

En cuarto lugar, conocemos también el lenguaje de las conversaciones fútiles e insulsas. Esta multiplicidad, esta confusión de lenguas, que conocemos tan bien, muestra una actividad mental totalmente oscurecida. ¿A qué se debe esta inmensa, nociva y desesperada confusión de la inteligencia? La respuesta de Hermes dice así: *Dios dotó a todos los hombres de inteligencia, pero no de espíritu.*

Por lo tanto, no todos los hombres disponen de Poimandres, de espíritu. Quienes no poseen espíritu, no salen de su asombro. A una sorpresa le sucede otra, y así es como persiste la confusión en el hombre de la masa. ¿Qué otra cosa puede hacer un hombre carente de Poimandres sino asombrarse sin llegar a entender?

Podría surgir la pregunta: ¿y por qué no conceder el espíritu, Poimandres, a la mayoría de los hombres? ¿Por qué no recibieron todos los hombres el espíritu? ¡A nadie se le niega Poimandres! Está dicho claramente en la expresión:

Dios, hijo mío, ha querido que la unión con el espíritu, al alcance de todas las almas, fuese el premio de la carrera.

Conocemos la leyenda del paraíso de Dios. El premio de las almas, Poimandres, el espíritu santificante se encontraba cual árbol de la vida, en medio de la pura creación original, en el centro del paraíso de Dios.

Comprenda bien la situación. El portador de la chispa espiritual, el hombre con la rosa del corazón, representa como tal la filiación divina en potencia, el despertar unipolar a lo superior de la capacidad latente que yace dormida en el hombre.

Cuando el poseedor de la rosa —mortal según su naturaleza e inmortal según su vocación— se encuentra de nuevo en la vida, se pregunta asombrado: «¿Porqué estoy en medio de la vida? ¿Para qué estoy aquí?» A esta reacción de asombro le sigue otra de veneración, pues ante esta pregunta el átomo original, la rosa del corazón, reacciona inmediatamente. Una radiación atraviesa todo el ser, la voz le habla.

Así la respuesta se eleva hasta la conciencia: «Tú estás aquí, en la vida mortal, para volverte consciente de tu elevada vocación otorgada por Dios, la llamada de la inmortalidad, y para consagrarte totalmente como rosa del alma a esta elevada vocación, es decir, consagrarte al premio de la carrera que es el premio de las almas, o sea, Poimandres».

Lo negativo que está encerrado en nuestra semilla divina, el grano de semilla Jesús, la rosa del corazón, el átomo del corazón, recibe entonces el elemento positivo. Éste irrumpe en el interior; el principio "María o Isis" recibe entonces el principio "Espíritu Santo u Osiris", y así es como nace el Hijo de la Divinidad.

Quienes, continúa Hermes, *no prestaron ninguna atención a la advertencia enviada, se detuvieron en las fronteras de la inteligencia, pues no recibieron las fuerzas del espíritu y no supieron para qué ni por quién habían sido creadas. Las percepciones de estos hombres, obligados a fiarse de sus sentidos, se asemejan a las de los animales carentes de inteligencia. Y como su carácter es una mezcla de pasiones y cólera, no se asombran*

ante aquello que merece meditación y reflexión, se entregan a los deseos y pasiones del cuerpo, creyendo que el hombre ha nacido para este fin.

Como consecuencia de ello aparecen el extravío, el aturdimiento, la confusión, la cristalización y el hundimiento en las arenas del desierto. No obstante, el supremo regalo espiritual divino que yace hundido espera. ¡También en nosotros! Y así permanece hasta que nosotros queramos consagrarnos, de manera clara y positiva, a nuestra elevada vocación. Para ello, en primer lugar, hemos de recoger y ordenar. Porque nosotros, al principio, pertenecíamos a quienes permanecían en el asombro y no habían encontrado ninguna guía para consagrarse a su vocación. Con el paso de los siglos y de los años transcurridos en nuestras vidas, nuestros microcosmos han acumulado muchas cristalizaciones. Por esta razón hay tanto que cambiar y deshacer en nuestro microcosmos. Por ello lo más importante para nosotros es conseguir el renacimiento del alma.

La Joven Gnosis coloca a sus alumnos, en tanto que hombres nacidos de esta naturaleza y cargados con el poso del pasado, ante la misión de desprenderse de esta coraza, liberarse de este encarcelamiento, y así alcanzar el nuevo estado de alma. Cuando alcanzamos el estado de alma perfecto, también nosotros conseguiremos el premio de las almas perfectas. El alma del paraíso original se vuelve digna de recibir el espíritu, el supremo regalo divino, Poimandres, el Santo Grial, que en el séptimo libro de Hermes se denomina crátera. De ella queremos hablarle ahora

XXI

El vaso sagrado

Como introducción, citamos la primera Epístola de Juan, capítulo 5: «¿Y quién es el que vence al mundo, sino el que cree que Jesús es el Hijo de Dios? Éste es el que vino por el agua y la sangre: Jesucristo. No sólo en el agua, sino en el agua y en la sangre. Y el espíritu es el que da testimonio, porque el espíritu es la verdad. Pues hay tres que dan testimonio en el cielo: el Padre, la Palabra y el Espíritu Santo; y estos tres son uno. Y hay tres que dan testimonio en la Tierra: el espíritu, el agua y la sangre; y estos tres son uno».

Y añadimos también los versículos 6 y 8 del séptimo libro de Hermes:

Dios, hijo mío, ha querido que la unión con el espíritu, al alcance de todas las almas, fuese el premio de la carrera. Él hizo descender una gran crátera, repleta de fuerzas del espíritu y envió un mensajero par anunciar al corazón de los hombres: Sumergios en esta crátera, vosotros, almas que podéis hacerlo, vosotros que esperáis con fe y confianza elevaros hacia Aquel que ha hecho descender este vaso, vosotros que sabéis para que habéis sido creados.

En la antigüedad, una crátera era una vasija en forma de copa que servía para mezclar el agua y el vino. Cuando en las Sagradas Escrituras se hace mención a la mezcla del agua y el vino, o del agua y la sangre, estos relatos se refieren casi siempre a la ofrenda

total de sí mismo por parte de quienes están al servicio del gran trabajo de la liberación. El agua, o el pan, es entonces el símbolo de las fuerzas etéricas santas; y el vino, o la sangre, el símbolo de las fuerzas astrales sagradas que son liberadas por la ofenda al servicio de la liberación de la humanidad. Piense, por ejemplo, en el relato de las bodas de Canaán o en el episodio de la muerte en la cruz durante el cual un soldado atravesó con su lanza el costado de Jesús, de donde salió sangre y agua.

Cuando la Gnosis hermética recuerda que *Dios ha querido que la unión con el espíritu, al alcance de todas las almas, fuese el premio de la carrera* y menciona la crátera celeste destinada al agua y al vino, que Dios ha hecho descender repleta de fuerzas del espíritu con el fin de que quienes se sumerjan en ella sean purificados y vuelvan a la gloria de antaño, se describe el trabajo de la Fraternidad del Santo Grial en todo su esplendor.

El premio de la carrera, la recompensa de las almas, es la inmersión, la purificación, el bautismo en la crátera de agua, de vino y de espíritu: el Santo Grial. Este premio es accesible a todos, nadie es privado de él, ni puede serle negado. Sin embargo, sólo se revela al hombre cuya alma purificada se ha vuelto digna de él. El alma purificada y totalmente digna, el alma renacida, crea tal estado vibratorio en el santuario de la cabeza y en las siete cavidades cerebrales que permite que las radiaciones del Espíritu Séptuple puedan influir positivamente en el ser humano y establecer una unión con el principio espiritual latente en él, con la rosa del corazón. Podrá comprender ahora por qué en todos los tiempos se ha hablado de un cáliz, de un grial, es decir, de un cuenco, una pila, una vasija, de la que fluye el agua viva. Una vez se ha vuelto totalmente digna, el alma sedienta apaga su sed en esta copa de agua viva, el agua viva del Nuevo Testamento.

La búsqueda del Santo Grial está profundamente anclada en el hombre, lo que explica las innumerables leyendas sobre el Grial, el rey Arturo y la Tabla Redonda. Para el hombre nacido de la

naturaleza, el Grial es el eslabón perdido. Bajo esta luz, la Fraternidad del Santo Grial aparece con mayor claridad: pues el Grial es el cumplimiento. La Rosacruz aporta el conocimiento del camino. La Fraternidad de los Cátaros, la Fraternidad de los Puros, reúne al grupo en unidad para que el camino pueda ser recorrido. Pero la coronación del camino es el Grial. Por ello, en la fraternidad precedente, la última iniciación en la gruta de Belén estaba relacionada con esta fiesta de la coronación. El candidato no bebía de manera simbólica, sino que lo hacía realmente de la copa del Nuevo Testamento. Así era unido al Grial, a su Poimandres.

Por lo que antecede, comprenderá que la triple alianza de la luz es una trinidad en la que deben colaborar Grial, Cátaros y Rosacruces. Siempre ha sido así, desde el origen del mundo, para anunciar a todas las almas que están preparadas para recibir el evangelio de la liberación y ayudarles en el camino. Por ello, en los versículos 8 y 9 de nuestro texto se puede leer:

Él hizo descender una gran crátera, repleta de fuerzas del espíritu y envió un mensajero par anunciar al corazón de los hombres: Sumergios en esta crátera, vosotros, almas que podéis hacerlo, vosotros que esperáis con fe y confianza elevaros hacia Aquel que ha hecho descender este vaso, vosotros que sabéis para que habéis sido creados. Quienes escucharon esta exhortación, se purificaron y se sumergieron en las fuerzas del espíritu, participaron en la Gnosis, el conocimiento vivo de Dios, y, al recibir el espíritu, se convirtieron en hombres perfectos.

Así pues, se trata de un doble bautismo: Primero la inmersión, la purificación, el renacimiento del alma y, segundo, el Grial. La Biblia habla con detalle de estas cosas, lo que testimonia que este libro sagrado debe mucho de su contenido al *Corpus Hermeticum*. La Biblia distingue entre el bautismo de la conversión, del cambio, y el bautismo del Espíritu Santo. Esto suscita una gran confusión en

la humanidad que todavía está sumida en la perplejidad, como ya hemos hablado antes.

En las iglesias y en las comunidades religiosas, el bautismo se ha convertido en un acto puramente simbólico. Conocemos la práctica del bautismo de niños y adultos, a veces por centenares. También el bautismo del Espíritu Santo ha sido simbólicamente imitado en la Santa Cena. Una imitación puramente simbólica no tiene ningún sentido. Solamente el arte está llamado a expresar, con símbolos y a su propia manera, aquello que dicen las Sagradas Escrituras. Así el hombre puede sentirse emocionado y tocado en lo más profundo de su ser por una expresión artística inspirada en la verdad viva.

Nuestro rechazo del simbolismo actual, carente de significado, no se hace extensivo, por supuesto, a las costumbres simbólicas de los antiguos, fundadas en un conocimiento interior profundo. Por ejemplo, la fraternidad precedente todavía no podía utilizar la imprenta para transmitir su mensaje al público. Por ello impartieron toda una serie de enseñanazas espirituales recogidas en un lenguaje y en unos rituales simbólicos para que el buscador, a fuerza de oírlos, verlos y captar su sentido, llegase a adquirir una profunda comprensión y reaccionase positivamente. Cuando se imita, sin conocimiento interior, actos simbólicos por tradición religiosa, de manera inconsciente y sin fuerza, éstos se vuelven nocivos.

Nosotros distinguimos entre el acto simbólico y el acto mágico gnóstico. El simbolismo vivo y la magia gnóstica se asemejan mucho, pero, no obstante, no tienen los mismos efectos. Vamos a intentar describirle el acto gnóstico mágico.

Imagínese que llega a la Escuela Espiritual como alumno y se ve confrontado, tal como le hemos explicado, con la exigencia de la conversión, del cambio, debido a que el Espíritu Séptuple universal no puede hacer nada por usted hasta que su estado de alma no sea totalmente puro y digno de ello. Este bautismo de conversión es una conversión interior de la que dará testimonio por su estado de ser en el transcurso de su vida. En el mundo dialéctico invertimos

las cosas. Cuando cuidamos el aspecto exterior, cuando vestimos bien y ponemos cara de circunstancias, creemos que somos hombres civilizados. Comprenderá cuán absurdo es esto. Para que la realidad de este cambio se demuestre en su vida es imprescindible la conversión interior.

Si acepta plenamente las consecuencias del alumnado, puede ocurrir que por el acto gnóstico-mágico de los hermanos y hermanas que acuden en su ayuda, en el templo o fuera de él, le sean transmitidas las radiaciones gnósticas del alma y permanezcan en usted, lo que le ayudará a superar ciertos obstáculos y dificultades.

Si el alumno, con la ayuda de la Escuela, está plenamente preparado para el bautismo del Santo Grial, se le aplica, por supuesto, la misma ley: sólo el mérito le permite progresar. Puede ocurrir también que aunque usted haya entrado en este estado de madurez del alma, permanezcan algunos obstáculos de orden puramente físico, biológico; por ejemplo, cuando un órgano de secreción interna no reacciona, o no lo hace suficientemente, por causa de una debilidad orgánica hereditaria o de alguna perturbación orgánica natural, entonces la dificultad puede ser neutralizada por un procedimiento gnóstico-mágico. No obstante, puesto que en el transcurso de los siglos se operan cambios constantes en el cuerpo racial, los obstáculos nunca son los mismos y las perturbaciones y las dificultades inherentes a la secreción interna de hace setecientos años, no eran las mismas que existen hoy. En consecuencia, la ayuda gnóstico-mágica debe adaptarse al cambio sin volver nunca a caer en las viejas costumbres, sino buscando vías nuevas y eficaces. Por ello, en tales casos, un acto aparentemente sencillo puede traer consecuencias inmensas.

No pierda de vista, sin embargo, que aquí nos referimos a actos *gnóstico*-mágicos y no solamente a actos mágicos. Las iglesias protestantes y otras comunidades religiosas han reducido el acto gnóstico-mágico a un acto simbólico completamente exteriorizado

que ha perdido toda su fuerza. A lo sumo desempeña un papel ético y cultural.

Pero el caso es diferente para muchas otras iglesias y comunidades cuyos rituales y actos simbólicos están impregnados de magia real. Por supuesto, esta magia está completamente dedicada a los eones de la iglesia o a los eones del grupo. Dicha magia, aplicada durante cierto tiempo, influye siempre en las estructuras del cuerpo y de la personalidad, lleva consigo un cambio de la secreción interna, del conjunto del estado sanguíneo y del fuego de la serpiente; de hecho, de cada átomo.

Por lo tanto, cuando un ser humano se ha entregado durante años a cierta magia, tanto recibiendo como transmitiendo, lleva y llevará en él la señal de esta magia y sufrirá las consecuencias en cada uno de sus átomos. De estas consecuencias no se libra nunca, o sólo después de muchos, muchísimos años. Está claro que la Escuela siempre tendrá en cuenta esta circunstancia. Todas las fraternidades precedentes lo han hecho, y eran mucho más radicales en su forma de actuar que la Joven Fraternidad Gnóstica. No obstante, también deberá tener en cuenta todo esto, tanto más cuanto que está constituida por un grupo muy heterogéneo.

¿Por qué tiene que tenerlo en cuenta la Joven Gnosis? La respuesta es clara: porque los eones de la naturaleza, en su afán por salvaguardar su existencia, deben hacer y hacen todo lo posible para frenar el desarrollo de una Gnosis.

La Gnosis tiene un solo propósito: hacer que usted beba de la copa del Santo Grial y evitar que esta copa sea suplantada por las influencias de un eón cualquiera. ¿Acaso no están presentes esas influencias en la Escuela Espiritual? ¿Cómo pueden reconocerse, cómo descubrir sus intenciones y qué deberíamos hacer para proteger el trabajo?

Desde el punto de vista dialéctico, podríamos darle muchas respuestas y referencias relacionadas con ello. Podríamos explicarle cómo solemos reaccionar en caso de necesidad. No obstante, ¿de

qué le serviría esa explicación? Usted miraría a otros alumnos con recelo y no está descartada la posibilidad de que el grupo se disgregara y que la Escuela se convirtiera en un terreno de disputas, lleno de gente a favor y en contra, en la que se desencadenaría una violenta crítica y se provocaría una terrible tensión. Precisamente entonces, las fuerzas de los eones que intentan frenar el desarrollo de la Gnosis serían propiciadas en gran medida.

Por otra parte, la inquietud no es útil en ninguna circunstancia, según se expresa en el versículo 9 del texto de Hermes:

Quienes escucharon esta exhortación, se purificaron y se sumergieron en las fuerzas del espíritu, participaron en la Gnosis, el conocimiento vivo de Dios, y, al recibir el espíritu, se convirtieron en hombres perfectos.

¡Ésta es la fórmula! Que nada le impida guardar su orientación hacia el único fin, hacia la única tarea. Permanezca orientado hacia el único fin, de forma total e inquebrantable. Mientras no sea así, sentirá que le empujan sin descanso a deambular por toda clase de caminos y que por todos los medios se intenta precipitarle en la incomprensión, en la confusión, que reina por doquier. Por esta razón, la fórmula es: que nada le aparte de su orientación hacia la única meta, hacia la única tarea. Ésta es la mejor de la protección.

El sol divino brilla tanto para los malos como para los buenos. Es posible que los malos, en el sentido de enemigos del trabajo, penetren igualmente en el recinto de la Escuela Espiritual o que ya se encuentren dentro. Esto no es nada difícil. Pero, puesto que todos, de una manera o de otra, reciben la fuerza y la luz de la Gnosis y experimentan sus efectos, los resultados nos mostrarán quién es y quién no es malo, quién tiene y quién no tiene una segunda intención. Que nadie mantenga las sugestiones o las influencias procedentes de adversarios, cualesquiera que sean. Sembrar angustia, preocupación y temor, provocar inquietud y

pánico, es un método conocido al que no debe prestarse. Si está y permanece positivamente orientado, nada podrá dañarle.

Y cuando, más tarde, acceda al misterio del Santo Grial y participe en el bautismo del fuego, reconocerá en un abrir y cerrar de ojos a todos los posibles adversarios, interior y exteriormente; incluso mejor que ellos mismos. Entonces, en cada situación, sabrá y hará lo que tiene que hacer.

XXII

Recibir el Santo Grial

Quienes escucharon esta exhortación, se purificaron y se sumergieron en las fuerzas del espíritu, participaron en la Gnosis, el conocimiento vivo de Dios, y, al recibir el espíritu, se convirtieron en hombres perfectos.

El proceso de conversión, de cambio, el proceso del primer bautismo le es muy conocido. La Escuela ha tratado a menudo este tema y lo ha explicado a través de sus escritos. Es la primera gran tarea en el alumnado de la Escuela Espiritual.

Quien lleva a cabo este cambio en la fuerza de luz de la Gnosis, en la fuerza de luz de la cadena gnóstica universal, provoca una transmutación en el sistema de su propia personalidad, una transmutación de los cinco fluidos del alma. Los fluidos del alma determinan la estructura y la naturaleza de los átomos que constituyen la personalidad. En esta transmutación, el alma se purifica y renace. Este renacimiento influye y modifica, sobre todo, el santuario de la cabeza y la estructura de sus órganos. En consecuencia el ser se abre a la efusión del Espíritu Santo.

El Evangelio designa el comienzo de este proceso con la expresión «recibir la señal del Hijo del Hombre», la cual alude a los cambios que deben producirse en el santuario de la cabeza por transmutación, si queremos participar en la efusión del Espíritu Santo.

De esta forma, el candidato se prepara para su encuentro con Poimandres y así el alma purificada recibe el premio de las almas

perfectas. El hombre se convierte en un hombre verdadero sólo cuando posee realmente a Poimandres; sólo entonces se eleva por encima del estado animal. En ese momento es un Manas, es decir, un pensador en el sentido concebido por Dios.

¿Qué es en realidad Poimandres, el Ánimo, el Espíritu Santo? ¿Se puede definir este espíritu cuando se ha revelado? Sí, es posible. Para ello, quizá le sirvan las siguientes aclaraciones.

Siete rayos, siete actividades, siete inmensas corrientes de fuerza que emanan del Logos mueven el universo. Por la palabra universo entendemos la sustancia original. La totalidad del espacio universal está repleta de sustancia original. Las siete corrientes, los siete rayos o, como los llamaban los rosacruces clásicos, los siete Señores del Destino impulsan esta sustancia original y toda la vida que se despierta en ella. Todas las actividades biológicas de la naturaleza, incluida la vida animal, se explican por la actividad de los siete rayos.

Todo lo que ocurre en el universo dialéctico, todo lo que se mueve y se desarrolla, de cualquier forma y dondequiera que sea, está sometido a un plan. Todo despierta a la vida y es aniquilado de nuevo, todo sube y desciende, incluido el reino humano que, a excepción de la inteligencia, no se distingue del reino animal. Todo está sometido a un plan. Este plan está destinado a despertar en toda la vida biológica la posibilidad de un nuevo desarrollo. Cuando este plan falla, o todavía no puede realizarse, lo que ha sido creado desaparece en un momento dado para ser despertado de nuevo, más tarde, del seno de la eternidad universal y recibir así una nueva oportunidad.

El plan del Logos y de su Espíritu Séptuple tiene por objeto despertar en todos nosotros una nueva posibilidad. Si esto no se cumple, desapareceremos. En nosotros rige la ley: «Polvo eres y en polvo te convertirás». Permanecemos atados a la rueda de la vida y de la muerte.

El ritmo, la periodicidad de los días y de las noches cósmicas, los flujos y reflujos del universo, todo ello es regulado y ejecutado por los siete rayos del Logos. Ciertamente, los siete rayos impulsan el desarollo de la criatura. Cuando falla este proceso, comienza la desnaturalización de la criatura: «Polvo eres y en polvo te convertirás». El hombre animal, el hombre natural, está concebido para desarrollarse, para reaccionar positivamente a los siete rayos y entonces la desnaturalización, la muerte, ya no es necesaria. He aquí el premio de las almas perfectas: la victoria sobre la muerte. La recompensa de la victoria de las almas perfectas es ser liberadas de la muerte.

Cuando el alma se purifica y se regenera, renace y, como consecuencia de este nacimiento, realiza la transmutación de la personalidad hasta alcanzar el estado de hombre-alma. Entonces, se coloca ante los siete rayos del Logos de una forma completamente distinta. Cuando se confía a la luz gnóstica y comienza a recorrer el camino, se produce en su estado natural, en el cuerpo que posee actualmente, una transformación atómica especialmente importante en los santuarios del corazón y de la cabeza. Con ello, todo el santuario de la cabeza está preparado para recibir positivamente el Espíritu Séptuple. Cuando nace el alma, las siete corrientes del Espíritu Séptuple descienden a las siete cavidades cerebrales. El alma perfecta recibe así los siete rayos de forma totalmente diferente al hombre natural ordinario.

Por ello es evidente que, cuando los rayos del Espíritu Séptuple descienden, se encuentran en el corazón con el átomo original, la rosa. La rosa encierra la imagen de la génesis verdadera del hombre, el principio espiritual latente que dormita en nosotros. Cuando los rayos del Espíritu Séptuple tocan al hombre en el alma renacida, la rosa despierta a la vida. La imagen que yace en el átomo original es una estructura de líneas de fuerza, la imagen del verdadero y elevado devenir humano.

Cuando proyecta hacer una cosa u otra, este proyecto crea en su cuerpo astral una estructura de líneas de fuerza. Y cuando alguien le pregunta «díganos cuál es su proyecto», lanza una mirada interior a esta estructura de líneas de fuerza e indica el proyecto. Sigue todas las líneas y la imagen se presenta ante usted. Ocurre lo mismo con el átomo original, con la rosa. Allí está depositada la imagen del verdadero devenir humano y esta imagen despierta y surge con la única condición de que, habiendo madurado el alma, el Espíritu Séptuple penetre en nosotros, se derrame en nosotros.

Cuando percibimos esta actividad en el santuario de la cabeza, los siete rayos del Espíritu Séptuple que actúan en las siete cavidades cerebrales, forman Poimandres. Y cuando fijamos más particularmente nuestra atención en el santuario del corazón, ellos forman el Ánimo, la estructura de líneas de fuerza del verdadero devenir humano. Es la imagen del nuevo ser humano, el Ánimo, o el Poimandres del espíritu creado. La imagen del hombre-Poimandres, esta estructura de líneas de fuerza que está ante nosotros, que está en nosotros y que nos impulsa, nos eleva por encima del estado animal hasta el mundo del estado de alma viva y coloca al microcosmos en una nueva realidad de vida y bajo una nueva ley. Así pues, quienes son bautizados y purificados por las fuerzas del Espíritu llegan al estado de ser humano perfecto y participan en la Gnosis del conocimiento vivo de Dios. Alcanzan un nuevo estado de conciencia en el que el conocimiento es una facultad absoluta.

El conocimiento dialéctico es también la consecuencia de una facultad. En nuestro estado dialéctico animal, el hombre dispone del poder del pensamiento por el cual accede más o menos al conocimiento, a un conocimiento muy mutilado y relativo. Sin embargo, el conocimiento absoluto se transforma en facultad cuando el estado poimándrico predomina en nosotros. No llegamos a este conocimiento por un entrenamiento intelectual, sino que el conocimiento es una parte esencial de nuestro ser. He aquí como Hermes nos describe el desarrollo opuesto:

Quienes no prestaron ninguna atención a la advertencia enviada, se detuvieron en las fronteras de la inteligencia, pues no recibieron las fuerzas del espíritu y no supieron para qué ni por quién habían sido creadas. Las percepciones de estos hombres, obligados a fiarse de sus sentidos, se asemejan a las de los animales carentes de inteligencia. Y como su carácter es una mezcla de pasiones y cólera, no se asombran ante aquello que merece meditación y reflexión, se entregan a los deseos y pasiones del cuerpo, creyendo que el hombre ha nacido para este fin.

Todos los que recibieron parte de los dones de Dios ya no son mortales sino hombres divinos, como sucede con todos sus frutos. Y con su alma-espíritu abarcan todo lo que existe sobre la Tierra y en el Cielo, y también sobre el cielo. Todos aquéllos que se han elevado al contemplar el bien, aprenden a considerar la permanencia aquí en la Tierra como una desdicha. Consideran condenables todas las cosas corporales e incorporales, y se apresuran llenos de ardor hacia lo Uno y único.

Cuando la nueva situación se establece a partir y por el Espíritu Santo, y el candidato es unido a su Poimandres, entra en un estado de vida completamente nuevo, pues "estado de conciencia es estado de vida".

Cuando los siete rayos del Logos tocan de esta forma positiva las siete cavidades cerebrales y penetran en ellas, una vez purificado el estado de alma, Osiris encuentra a Isis, es decir, el espíritu encuentra al alma. De este encuentro surge el hijo de la plenitud eterna, el nuevo estado de conciencia: un estar en este mundo sin ser de este mundo. Este proceso que ahora le hemos esbozado se realiza en el cuerpo natural. La persona concernida está aún en el mundo según su cuerpo natural, pero según su estado de ser poimándrico, ya no es del mundo.

El hombre dialéctico que no ha afianzado sus vehículos y, por consiguiente, posee una personalidad que se divide fácilmente, se encuentra con frecuencia, en los momentos menos oportunos, más

en la esfera reflectora que en la esfera material de la dialéctica. Cuando contempla la vida de la esfera de la materia, le parece totalmente irreal. Esta situación se produce también durante el paso del estado de vigilia al de sueño.

Cuando los hombres que poseen estas facultades (estas divisiones de la psique se producen con mayor frecuencia en las mujeres) oyen hablar por primera vez del camino gnóstico, en el que se precipitan con su yo de la naturaleza, a menudo cometen el grave error de creer que su estado de ser es el estado poimándrico. Sacan todo tipo de conclusiones y llegan a cometer actos y conductas extremadamente lamentables. Comprenderá que estas personas se encuentran en un estado de egocentrismo peligroso y complicado. Hemos puesto este ejemplo para aclarar lo que viene a continuación.

El estado poimándrico encierra muchas dificultades y está lejos de poder ser llamado perfecto, pues el candidato no accede a esta fase con una personalidad transfigurada sino con una personalidad transmutada, una personalidad nacida de la naturaleza que ha experimentado algunas transformaciones. La transmutación precede siempre a la transfiguración. En ese momento el alumno no tiene todavía la nueva personalidad, procedente del mundo del alma viva, del sexto plano cósmico. Esta personalidad todavía debe manifestarse, formarse. Sólo posee un alma nueva y el vestido de oro de las bodas que envuelve a la vieja personalidad. El descenso del ser espiritual se ha realizado, por lo que la novia va al encuentro del novio y las bodas alquímicas de nuestro Padre y Hermano Cristián Rosacruz, la transfiguración, pueden comenzar.

Imagínese por un momento esta situación. El espíritu ha hecho su entrada, Poimandres y el alma se han unido; el hombre-alma, recién nacido, se siente liberado. Su conciencia abarca los siete rayos y, por estas siete vías, tiene la posibilidad de elevarse en el universo y descender allí donde la conciencia le dirija. Él se sabe inmortal y vive la experiencia de esta inmortalidad. Con su Ánimo, con su alma-espíritu, comprende y conoce todo lo que existe en la Tierra,

en el cielo y encima del cielo. Sondea el grandioso plan de la sublime divinidad, pues el liberado lee este plan en todas las cosas. Contempla, pues, el bien, el único bien, el bien soberano.

Sin embargo, en este estado, se sabe todavía unido a una personalidad nacida de la naturaleza; se encuentra todavía en la naturaleza de la muerte, en una confusión humana y social tan inmensa, necia y desconcertante que para él es como un nido de víboras. Así pues considera su permanencia en la naturaleza de la muerte como una desdicha. Por esta razón rechaza la triste realidad categórica y fundamentalmente, como nunca lo había hecho antes y actúa en consecuencia para elevarse hacia lo único. Usted comprenderá que el rechazo *a lo corporal y a lo incorporal* se refiere a la esfera material y a la esfera reflectora de la dialéctica. El esplendor del oropel de la naturaleza de la muerte ya no significa absolutamente nada para la hermana o para el hermano liberado.

La hermana o el hermano ha recibido el Santo Grial en esta situación en la que junto a la gran magnificencia surge, a modo de sombra, la terrible experiencia de la miseria; experiencia que a menudo ha de vivirse en un cuerpo muy débil. El Grial es, pues, la efusión del Espíritu séptuple en el santuario de la cabeza y, a continuación, el toque del Ánimo.

El Grial es un despertar en la nueva mañana, pero al mismo tiempo una mirada en una insondable y negra noche. Este hecho esconde un próposito. En este estado de no ser del mundo aún estando en el mundo –¡y cómo!– el hermano o la hermana puede estar activo en dos planos, puede estar al servicio del Logos en los dos planos: en el mundo del alma viva, los planos de la Cabeza de Oro y, a la vez, también en la naturaleza de la muerte. Y él o ella lo hace y lo acepta.

El Santo Grial, el cáliz divino es, por un lado, liberación y, por otro, servicio. Se puede servir porque se está liberado y uno se libera sirviendo. Por un lado, experimentamos un nuevo sufrimiento; por el otro, un inmenso esplendor, una gloria sublime. Por un lado, la plegaria: «Padre, si fuese posible, aleja de mí este

cáliz»; por el otro, «hágase tu voluntad y no la mía». El cáliz debe apurarse hasta la última gota.

El Santo Grial es aceptar el camino de cruz hasta la mañana de la resurrección y, pasada esta mañana de resurrección, volver a descender voluntariamente, sin queja alguna. La libertad, recompensa de los liberados, nace siempre del sacrificio y por el sacrificio.

XXIII

El camino y la ofrenda

En el capítulo anterior explicábamos cómo, tras el bautismo de fuego, el Santo Grial debía ser aceptado y realizado por la ofrenda. Efectivamente, es un camino de ofrenda totalmente nuevo, ya que se trata de la gran ofrenda que el hombre liberado hace de sí mismo a la naturaleza de la muerte.

Tat clama desde su corazón: *¡Oh Padre, yo también anhelo sumergirme en la crátera!* Este anhelo de Tat, sin duda, también es el suyo en tanto que alumno de la Escuela Espiritual. Si no, ¿por qué se ha hecho alumno?

La respuesta de Hermes a la pregunta de Tat es que el camino comienza y termina con una ofrenda. La ofrenda que Tat debe hacer es la del yo natural, el yo del cuerpo:

Si no comienzas por odiar tu cuerpo, hijo mío, no podrás amar tu verdadero yo. Sin embargo, si amas tu verdadero yo, poseerás el alma-espíritu; y una vez poseas el alma-espíritu, participarás también en el conocimiento vivo.

Sin duda, ahora comienza a entrever algo del camino que tiene ante usted. El camino comienza con la ofrenda de lo inferior a lo superior, y finaliza por el sacrificio de lo superior a lo inferior. La primera ofrenda es la del yo dialéctico, la segunda es la ofrenda del yo celeste. Ambas ofrendas sólo pueden realizarse por amor. La ofrenda, de la que la Escuela de los Misterios habla sin cesar a sus

alumnos, sólo puede realizarse por medio de un amor inconmensurable hacia la vida liberadora y por la comprensión de que la llave para acceder a la vida nueva está escondida en uno mismo. Es decir, la vida nueva es la recompensa de un estado de alma perfecto.

Son muchas las personas que encuentran la senda de la Gnosis muy interesante y digna de anhelo, porque observaron los resultados negativos cosechados en caminos de todo tipo por los que transitaron, los cuales no eliminaron la miseria de la naturaleza de la muerte. No obstante, ni el interés ni el deseo les hacen avanzar un solo paso en esa senda de la liberación, pues ambos son expresiones del yo natural, del cuerpo que, viéndose en apuros, busca una solución. En el fondo de la cuestión hay una tendencia a creer que la auto-ofrenda, el sacrificio de sí mismo, es la mayor de las miserias, la desgracia más terrible y el hecho más extraño. La cita bíblica: «Aquél que pierda su vida por Mí, la encontrará», se considera como la frase más extraña que se haya dicho jamás a un ser nacido de la naturaleza.

Los alumnos de la Escuela de la Rosacruz hablan frecuentemente de auto-ofrenda y en sus conversaciones mencionan la carencia y el perecimiento del yo. Sin embargo, esto es lo más difícil que se le puede pedir a un hombre nacido de la naturaleza. Si desea recorrer el camino de la Gnosis, se le coloca inmediatamente ante esta tarea, la más ardua. Sólo el amor hace posible que el hombre nacido de la naturaleza pueda comprender estas palabras tan extrañas. Y, puesto que el amor está dispuesto a la ofrenda, ésta tendrá lugar cuando el amor sea lo bastante grande como para realizar cualquier sacrificio. Así la ofrenda resulta evidente, ni siquiera puede evitarse. Entonces, la ofrenda parece ligera y, además, actúa liberadoramente.

Su orientación siempre está determinada por el amor. Aquello que ama, no lo olvida, ni de día ni de noche. En este hecho yace la explicación de por qué muchos a veces olvidan por completo las reglas más elementales del camino. Las olvidan en los momentos

más necesarios, a veces en los momentos más importantes, mostrando así que todavía no tienen suficiente amor por el camino. Así es como un planteamiento de vida equivocado suple la posibilidad de desarrollar ese amor. Tales alumnos intentan seguir las directrices elementales de la Escuela con el yo de la naturaleza. Escuchan y leen qué exige de ellos el camino e intentan responder con el yo natural.

El resultado siempre es la aparición de grandes tensiones en el propio ser. Lo que fue desplazado suscita tensiones que con el tiempo, tal como sucede con las tormentas, se descargan. Cuando las tensiones del natural, similares a erupciones volcánicas, muestran un egocentrismo exacerbado, siempre hay que buscar la causa en que todavía no se ha despertado el verdadero amor por el camino. Se ha intentado recorrer el camino con el yo.

Si alguien intenta recorrer el camino con su ser natural y, al mismo tiempo, ser un alumno serio, no realiza una auto-ofrenda, sino una auto-represión. Y la auto-represión, a su debido tiempo, se venga. Esto comporta que en la vida le sucedan situaciones contradictorias: en un momento dado todo parece que va bien, un instante después, resulta que es un desastre. A este respecto, Hermes dice a Tat, en el versículo 18 del séptimo libro, que él no va a poder seguir las cosas materiales y las divinas, lo corporal y lo incorporal, lo mortal y lo inmortal. *Debes elegir entre los dos, ya que no es posible atarse a ambos.*

Cuando se ha hecho la elección, hay que aceptar también todas las consecuencias. Es completamente imposible elegir a ambos a la vez. Por ello en el Sermón de la Montaña se dice: «No se puede servir a Dios y a Mammón» ¡Debemos elegir! Entonces: *en cuanto hayas hecho la elección, muéstrala haciendo menguar lo que rechazaste por medio de la fuerza activa de lo que escogiste. Pues la elección de lo mejor no sólo manifiesta ser la más gloriosa por la divinización del hombre que la hizo.*

Pero ahora surge un problema que, en el transcurso de los años, ha sido expresado de múltiples maneras por muchos alumnos: «¿Cómo sé si amo suficientemente el camino? ¿Cómo sé que no llegará a decepcionarme nunca? ¿Qué es lo que debo hacer o dejar de hacer en esa situación?»
La respuesta de Hermes es: (la elección de lo mejor) *también lo demuestra en su devoción y consagración a Dios.* Quien se ofrece espontáneamente, en una entrega llena de amor, a la Gnosis y al camino, verá ante sus ojos, en apenas un instante, la manera en que debe recorrer el camino. Quien lo tiene en cuenta recibirá siempre indicaciones ininterrupidamente y no se equivocará ni fracasará en nada.

Por el contrario, la elección de lo peor conduce a la perdición del hombre y es, sobre todo, un pecado contra Dios. Tal como las comitivas se abren paso entre la multitud sin poder hacer otra cosa que molestar a los demás en su camino; igualmente esos hombres no hacen sino deambular así por el mundo, arrastrados como están por los deseos de su cuerpo. Por ello, oh Tat, los dones que provienen de Dios han sido puestos a nuestra disposición y siempre lo estarán. Cuidemos que lo que provenga de nosotros sea digno de ellos y no inferior. Pues no es Dios la causa de nuestro mal, sino nosotros mismos que lo preferimos al bien.

Escuche el consejo de Hermes:

El bien no es, ni mucho menos, un lugar fácil de alcanzar. El bien es ilimitado y no tiene fin; en lo que se refiere a sí mismo, tampoco tiene comienzo, aunque a nosotros nos parezca que empieza en la Gnosis, el conocimiento universal de Dios. La Gnosis no es, pues, el comienzo del bien, pero ella nos ofrece el comienzo del conocimiento del bien que nos es necesario aprender. Comencemos, pues, y apresurémonos a viajar a través de todo lo que nos espera.

¿Por qué tanta prisa? *Pues en verdad es difícil abandonar lo que nos es familiar y lo que poseemos para regresar a lo antiguo y primero.* No hay ninguna excepción a lo que a esto se refiere, pues:

Lo que es visible da alegría, mientras que lo invisible despierta duda e incredulidad. Para el ojo ordinario, el mal es conocido y manifiesto; por el contrario, el bien es invisible. El bien no tiene ni figura ni forma, es inmutable, semejante a sí mismo, diferente de todo el resto. Por ello, es incorporal e invisible para el hombre corporal. Como todo lo que permanece semejante a sí mismo, lo inmutable es muy superior a lo mutable; y lo mutable es deficiente con respecto a lo inmutable.

Si siente amor por la Gnosis en su corazón, el amor por el camino, si usted ha despertado ese amor, *comencemos, pues, y apresurémonos a viajar a través de todo lo que nos espera.*

Si acepta este consejo, debe prestar una especial atención al significado del vigésimo segundo versículo:

¡Mira, hijo mío, cuántos cuerpos, coros de demonios, velos de materia y estrellas hemos de atravesar en nuestra laboriosa ascensión hasta lo Uno y único!

Hermes muestra con estas pocas palabras el camino inconmensurable que se extiende ante nosotros tras nuestra definitiva conversión a la luz. Según los pobres criterios humanos, en términos del orden espacio-temporal, este camino es casi infinito. No obstante, a la luz de la Gnosis, en la conciencia de la eternidad, existe un ascenso radiante en la realidad de la vida liberadora: el hombre poimándrico viaja ascendiendo a través de todos los estados de la materia, manifestándose en vehículos cada vez más sutiles y elevándose, en este ascenso de la glorificación, a lo largo del camino de las estrellas por encima de las influencias eónicas que le mantuvieron prisionero desde hace ya tanto tiempo,

en una transfiguración ininterrumpida, en una elevación continua en pureza, luz y poder divinos.

Largo, muy largo, es el camino de regreso a la unidad, el regreso a través de los siete planos cósmicos, hasta la esfera de calor más elevada. Sin embargo, es un camino que va de fuerza en fuerza y de magnificencia en magnificencia; un camino de vida que verdaderamente supera todo sufrimiento; que se recorre en la bienaventuranza de la armonía perfecta ya restablecida con el Padre universal; en la absoluta y superior actitud servicial, en tanto que verdadero hijo de Dios, que de acuerdo con su vocación, cumple con alegría, libremente, la voluntad del Padre universal, en beneficio de toda la creación y para glorificar el nombre del Creador.

Quien reconoce interiormente esta imagen del camino del desarrollo humano, establecido por Dios, como una realidad que despierta a la vida, realizará en su vida, con gran dicha y agradecimiento, la palabra liberadora del Cristo: Quien quiera perder su vida venida a menos por la voluntad de la Gnosis, la encontrará en y por su ascenso hasta la unidad de toda vida.

XXIV

El regreso a la unidad

El séptimo libro del Corpus Hermeticum le ha sido presentado en el séptimo mes del año jupiteriano de la Joven Gnosis*. Así pues, la filosofía de la Gnosis Original se manifiesta en el Cuerpo Vivo de la Escuela de la Rosacruz Áurea, a pesar de ser tan joven, lo que tiene una gran trascendencia. La propiedad característica de la imagen que le hemos mostrado, de la cual testimonia el séptimo libro, consiste en retener a quienes en su contemplación la absorben con los ojos del corazón y, al igual que el imán atrae al hierro, en elevarles hacia ella.

Si ha recibido las palabras precedentes con un corazón abierto a la luz gnóstica, ha sido unido una vez más a la obra de salvación de la Gnosis Universal. Sin duda alguna, ella realizará su trabajo en usted, para una resurrección o para una caída, según sus reacciones posteriores. Evidentemente, el propósito es el de unirle, de forma indisoluble, al grandioso objetivo de la Gnosis.

Por ello es conveniente que, si usted es verdaderamente un Tat, profundice interiormente en todo esto con atención y persevere en esta contemplación con los ojos del corazón. Ya que en el corazón es donde debe comenzar la Gran Obra, allí debe despertar el amor por el camino, en él debe desplegar sus pétalos el capullo de la

---

* Las alocuciones recogidas en esta obra fueron pronunciadas en 1957, año jupiteriano simbolizado por el número 3 (5 + 7 = 12; 1 + 2 = 3), lo que significa que en el curso de ese año, la actividad del Espíritu Santo Séptuple asió nuestro mundo y la humanidad de una manera más poderosa, para una resurrección o para una caída.

rosa. Sin duda alguna, quien comienza y persevera así, será conducido por el camino celestial. Si se dispone a vivir verdaderamente a partir de este principio único, se elevará de inmediato hasta la unidad, que es Dios. Éste es un gran secreto. Es un misterio que Hermes quiere hacerle comprender, sobre el que trataremos en el siguiente capítulo: participar de la unidad de Dios. Al menos queremos intentar darle un esbozo de ello. Para ello, déjese impregnar por el significado del vigesimosexto versículo:

La unidad, lo uno e indivisible, el origen y la raíz de todas las cosas está, como tal, presente en todo.

La unidad de Dios es la existencia divina, la manifestación de Dios en su Espíritu Séptuple. La unidad es omnipresente. No hay ningún lugar en todo el espacio donde no esté presente. Por ello, quien persigue la recompensa de las almas perfectas, accede, sin ninguna duda, a esta unidad y pasa a formar parte de ella. Para el candidato, esta unidad, esta unificación con el Logos, es el comienzo que no tiene fin.

¿No siente que esto es un comienzo absolutamente nuevo, distinto de todos los demás? Usted ha nacido, ha recibido un cuerpo del orden de emergencia, para poder emprender este único y poderoso comienzo que es la eternidad. Su nacimiento natural, su forma del orden de emergencia, se explica también por el Espíritu Séptuple, como ya hemos mencionado anteriormente. Cuando, en un momento dado, esta forma nace, cuando esta personalidad llega a ser adulta y madura según los objetivos del plan, lo que vive en esta forma del orden de emergencia regresa a la unidad divina original.

¡Ésta es la base de toda su vida! Para ello está usted en el mundo: para tomar, en el momento oportuno, la iniciativa de su regreso al principio original. Si no vuelve al origen, no deja lugar en usted a la unidad y perece por su propia debilidad. La muerte es, entonces, la consecuencia de su mala elección.

La unidad de Dios es el comienzo de todo y de todos. Cuando esté suficientemente maduro, por la gracia de la unidad de Dios, regresará conscientemente al origen y este comienzo ya no tiene fin. Este comienzo sin fin, este principio del «hilo de Ariadna» al que usted puede asirse, es el punto de partida de la alquimia clásica de los rosacruces. Prosigue con una transfiguración que va de magnificencia en magnificencia puesto que, imperfecto, usted entra en la perfección del ser absoluto, de la unidad absoluta. Aquél que, pobre de espíritu, se sumerge en la unidad del Espíritu Séptuple será salvado. El camino que conduce a ella, tal como le hemos mostrado, es el amor y su ofrenda perfecta.

Quien, por estos dos principios y lo que ambos encierran, regresa hacia la unidad de Dios, entra en la eternidad y ha vencido a la muerte. Qué quien pueda comprender, comprenda.

XXV

La unidad (1)

La unidad, lo uno e indivisible, el origen y la raíz de todas las cosas está, como tal, presente en todo. Nada carece de origen. El origen, punto de partida de todo, toma su fuente únicamente en sí mismo. El número uno contiene, como origen, todos los otros números en él, sin que él mismo esté contenido en ninguno. Todo lo que ha sido engendrado es imperfecto, divisible, aumenta y disminuye. La perfección no es nada de todo esto. Aquello que puede crece adquiere su crecimiento por la unidad. Y en cuanto ya no ofrece cabida a la unidad, sucumbe a su propia debilidad.

Así, oh Tat, en la medida en que me ha sido posible, he colocado ante ti, como ejemplo, la imagen de Dios. Si ella absorbe tu atención interior, y si perseveras en su contemplación con los ojos del corazón, créeme, hijo mío, que encontrarás el camino del cielo. Más aún: la propia imagen de Dios te conducirá en el camino. Esta imagen, si nos volvemos interiormente hacia ella, tiene la particularidad de retener prisioneros a todos los que se han vuelto hacia ella y, tal como el imán atrae el hierro, así los atrae ella hacia lo alto.

Por muy explícitas que hayan podido ser nuestras anteriores reflexiones, debemos profundizar aún más para comprender completamente el mensaje de la liberación, el grandioso anuncio de salvación de Hermes Trismegistos. Atraemos muy particularmente su atención hacia los cinco versículos del séptimo libro de Hermes

que acabamos de citar, pues ellos encierran el misterio de la victoria sobre la muerte.

¿Cómo vencer a la muerte? Esta pregunta reviste la mayor importancia para el buscador sincero. A nadie le agrada este fantasma pálido que todos nosotros debemos afrontar finalmente. El hombre natural se bate hasta el último segundo, con toda su energía y por todos los medios posibles e imaginables, contra este fatal desenlace. Hay relativamente poca gente que salude a la muerte como a una amiga; el dolor, las penas y las miserias del cuerpo deben ser particularmente grandes para desear el fin, para saludarle con una alegre sonrisa.

Para el hombre animal, el hombre nacido de la naturaleza, la muerte es una realidad, un hecho innegable y científico. Pero permítanos añadir que la muerte para el hombre renacido sólo es una ilusión, incluso desde el punto de vista científico. Para el hombre nuevo, no sólo está totalmente excluida la muerte, sino que también es una noción borrada del vocabulario.

Sabe que existe una abundante literatura de orden metafísico u oculto, así como de la que denominamos religiosa. Esta literatura transmite al hombre-yo, al hombre nacido de la naturaleza de cualquier clase, un mensaje ataviado con todas las formas posibles y concebibles: «No se inquiete. La muerte sólo es un cambio» ¡Cuántas veces ha leído ya esto! «Morir es nacer en otro plano de existencia. Usted puede influir, desde ahora mismo, sobre ese plano y determinarlo por anticipado». Esta influencia se fundamenta en una teología moralista o en ejercicios esotéricos; o bien en una autosugestión psicológica con la que el yo es transportado a la deliciosa mediocridad del "yo soy".

¡Todo esto reposa sobre una mistificación, sobre una enorme mentira! Pues para el hombre-yo, el hombre nacido de la naturaleza, la muerte es una muerte tan total que no subsiste nada, absolutamente nada. Es un vaciado absoluto del microcosmos. Por ello tenemos el deber de dirigir al lector una seria advertencia: si

recibe con su yo lo que tenemos que decirle a propósito de la filosofía hermética, si lo comprende como si fuera destinado a su yo, todo esto será una pesada rueda de molino colgada a su cuello. Esta exposición será para usted una formidable mentira y lo decimos más expresamente: no nos hacemos responsables de tal engaño para con usted mismo pues en dicho caso, en la naturaleza de la muerte, la muerte sería un acontecimiento todavía más atroz de lo que ya es. Que pueda comprender de la manera correcta el sentido de las explicaciones que le dirige una escuela espiritual gnóstica por medio del diálogo entre Hermes y Tat.

El hombre nacido de la naturaleza está dotado de los mismos principios corporales que cualquier otro animal. El ser humano, como animal, actúa y vive según su especie. El animal devora lo que consigue atrapar, sin respeto por la vida de otros. El hombre natural no es una excepción; posee además la inteligencia y el lenguaje y está en posición de comportarse como dueño de todos los demás animales.

El hombre de la naturaleza está obligado a adaptarse a un mundo enemigo que le agrede y a someterse a lo que habitualmente se llama cultura. Sin embargo, por muy cultivado que sea, por muchos títulos que añada a su nombre, delante o detrás, ya viva su vida entre risas o lágrimas, con o sin dinero, en tanto que ser nacido de la naturaleza, lleva y mantiene una existencia animal.

En este estado de ser la Gnosis le llama. ¿Por qué? Pues bien, porque usted posee la posibilidad de elevarse por encima de su estado animal. Esta posibilidad se apoya en el hecho de que en el centro del microcosmos que le rodea se encuentra un principio divino e inmaterial, un principio que coincide más o menos con el corazón físico.

Si desea descubrir ese principio, que habitualmente llamamos "la rosa", "el átomo original", o "el átomo crístico"; como principio activo de su ser, debe consagrarle todo su yo animal, todo su yo natural con todo lo que es y posee, en total rendición, es decir

consagrarse con una devoción absoluta, con un interés profundo y una aspiración intensa, al centro de su microcosmos, al átomo crístico. Sólo entonces nace el alma inmortal verdadera. Así se transforma de hombre natural en hombre alma.

Si a continuación, lleno de seriedad, consecuente y perseverante, recorre el camino del hombre-alma, si el hombre natural se eleva al estado de hombre-alma de forma claramente demostrable, entonces, dice Hermes Trismegistos, este hombre-alma recibe el Ánimo: Poimandres, el espíritu, el principio humano divino, el Santo Grial.

Sabe que la Escuela Espiritual gnóstica, el Cuerpo Vivo de la joven Gnosis le propone recorrer el triple camino del Grial, Cátaros y Cruz con Rosas: desde el nacimiento natural al nacimiento del alma, del nacimiento del alma al crecimiento del alma y del crecimiento del alma al nacimiento del espíritu. Sabe que la Escuela Espiritual de la Joven Gnosis sólo quiere ayudarle a recorrer este triple camino. Sabe que ella está capacitada para darle esta ayuda y que, si lo desea, le acompañará a través de todos los misterios de este triple camino y estará a su lado hasta alcanzar la vida liberadora.

Pero, ¿comprende también que debe existir un cuarto misterio? Según hemos dicho, primero hay un camino que va del nacimiento en la naturaleza al nacimiento del alma; segundo, un camino del nacimiento del alma al crecimiento del alma, hasta su madurez; y tercero, un camino del crecimiento del alma al nacimiento del espíritu. Hay que añadir el camino del desarrollo desde el nacimiento del espíritu al crecimiento del espíritu. Hasta ahora, nunca hemos podido hablar de este cuarto desarrollo; sólo lo hemos podido abordar superficialmente. Hablábamos de conciencia mercurial, de omnipresencia o de otras expresiones similares, pero ahora estamos obligados a entrar en este cuarto misterio con el fin de darle una clara imagen del conjunto para que el trigésimo versículo del séptimo libro acabe por ser también para usted, literalmente, un hecho:

Así, oh Tat, en la medida en que me ha sido posible, he colocado ante ti, como ejemplo, la imagen de Dios. Si ella absorbe tu atención interior, y si perseveras en su contemplación con los ojos del corazón, créeme, hijo mío, que encontrarás el camino del cielo. Más aún: la propia imagen de Dios te conducirá en el camino. Esta imagen, si nos volvemos interiormente hacia ella, tiene la particularidad de retener prisioneros a todos los que se han vuelto hacia ella y, tal como el imán atrae el hierro, así los atrae ella hacia lo alto.

Si es lúcido y honesto consigo mismo, esto le suscitará sin duda una objeción. Se dirá, por ejemplo: «A lo sumo, yo me encuentro en el proceso del nacimiento del alma, por lo que he realizado el camino del primer misterio y estoy ahora en la puerta del segundo misterio. ¿Qué sentido tiene recibir ya la imagen del cuarto misterio cuando todavía estoy tan lejos?»

Le respondemos planteándole la siguiente pregunta: ¿Por qué Hermes presenta esta imagen a Tat que se encuentra en la misma situación que usted? Supongamos, por un momento, que su alma ya ha nacido, o bien si esto es embellecer demasiado la realidad, que cierta calidad del alma comienza a revelarse en usted y exige sus derechos. Si no fuera así, ¿por qué se dirige a la Escuela Espiritual gnóstica y acepta su alumnado?

Supongamos pues que cierta calidad de alma empieza a brillar en usted. Puesto que una radiación espiritual se dirige exclusivamente al alma, y encuentra una resonancia en el hombre exclusivamente según su calidad de alma, no podemos descartar que el espíritu del cuarto misterio pueda tocarle en sus mejores momentos, en los momentos más puros, como los que tal vez vive en el transcurso de un servicio de templo.

Pero, sin duda, sus objeciones no han finalizado todavía. Podría hacer esta observación: «Acaba de explicar que el espíritu del cuarto misterio es un estado muy particular del alma que ha llegado a la madurez, que Poimandres sólo se revela al alma adulta.

Entonces, ¿cómo puede influir en mí, ni siquiera por un instante, el espíritu en su universalidad, sino por medio de un mensajero que me hablara del espíritu, por quien pudiera experimentar un débil eco de su mensaje y obtener así una remota idea?»

La situación es muy diferente para usted, alumno de la Joven Gnosis, pues el espíritu reside en el Cuerpo Vivo de la Escuela. ¿Acaso no es usted una célula viva de este Cuerpo Vivo? Por su alumnado al menos, usted puede ser una célula vida de este Cuerpo Vivo.

La Joven Gnosis no posee sólo una organización, un cuerpo de la naturaleza, sino que también tiene un alma que anima el cuerpo de la Escuela. La Escuela en tanto que Cuerpo Vivo ha alcanzado el estado de alma adulta. En este cuerpo se erige ahora, en la luz del Logos, el Grial abierto y en este Grial del Cuerpo Vivo se manifiesta el Poimandres de la Escuela. Por este hecho maravilloso, el espíritu divino le habla a usted también, compañero, célula viva del Cuerpo Vivo de la Escuela, y puede manifestarse claramente en usted; lo que tiene consecuencias inimaginables.

El espíritu del cuarto misterio se abre ante usted. La magia de esta manifestación del espíritu la aplicamos con toda conciencia durante nuestros encuentros. Por ello, aunque todavía no viva en el espíritu, usted participa en la gracia infinita de poder recibir la vida del espíritu y de ser tocado. Y esto tiene consecuencias inimaginables.

XXVI

La unidad (II)

Le hemos explicado que quienes no viven todavía según el espíritu pueden recibir, no obstante, en tanto participantes del Cuerpo Vivo de la Joven Gnosis que aspiran a este estado, la gracia inmensa de esta vida del espíritu. Ya que el Séptuple Cuerpo Vivo de la Escuela pudo reencontrar a Poimandres durante el séptimo mes del año jupiteriano de 1957.

Usted, sin duda, es muy consciente de ser alumno de la Escuela de la Rosacruz Áurea. También será perfectamente consciente de la forma en que su alumnado le une a la Escuela. Asimismo, gracias a su propia experiencia y a su comportamiento, puede determinar por sí mismo, más o menos, si está suficientemente avanzado en el primer camino: el que va desde el nacimiento natural hasta el nacimiento del alma, de forma que se puede hablar ya de cierta calidad de alma. Sobre esta base nos hemos esforzado en presentarle una imagen de Dios en la medida en que ha sido posible. Se trata ahora de examinar esta imagen. En el versículo 30 del séptimo libro, Hermes dice:

Así, oh Tat, en la medida en que me ha sido posible, he colocado ante ti, como ejemplo, la imagen de Dios. Si ella absorbe tu atención interior, y si perseveras en su contemplación con los ojos del corazón, créeme, hijo mío, que encontrarás el camino del cielo. Más aún: la propia imagen de Dios te conducirá en el camino. Esta imagen, si nos volvemos interiormente hacia ella, tiene la

particularidad de retener prisioneros a todos los que se han vuelto hacia ella y, tal como el imán atrae el hierro, así los atrae ella hacia lo alto.

Por lo tanto, para exponerlo de la forma más sencilla posible, la situación es la siguiente: Su alumnado consciente le conduce a cierto estado de ser; en esee estado le es transmitida una proyección del espíritu. Las radiaciones del espíritu crecen en fuerza en el Cuerpo Vivo, hora tras hora, y le tocan sin forzarle, sin violentarle; sólo se manifiestan a usted.

Si posee los ojos del corazón y la rosa, el centro de su microcosmos, se ha abierto y ha realizado la unión con su corazón físico, podrá contemplar y comprender la imagen que le ha sido esbozada. Si contempla esta imagen como puede y debe ser contemplada ya no se separará jamás de ella. Estará unido magnéticamente al espíritu.

Para profundizar en el tema, atraemos su atención hacia nuestro planeta. Como seres de la naturaleza, todos hemos nacido de él, sobre él y en él. Este planeta es, en particular, un campo magnético. Este campo posee siete fuerzas, siete rayos que determinan nuestro estado de ser, lo dominan y lo dirigen. De esta forma nos retienen totalmente prisioneros. Estos siete rayos terrestres guían, dirigen y determinan totalmente nuestra vida como seres nacidos de la naturaleza. En efecto, todo nuestro ser se explica por ellos. Nuestro egocentrismo y todo lo que ello conlleva es debido al hecho de que el espectro de estos siete rayos varía sin cesar. Todo desarrollo de naturaleza religiosa, oculta y humanitaria, no es y no puede ser nada más que una modificación originada por la combinación de estos siete rayos terrestres, una variación sobre un tema que no presenta cambios.

Estará claro que tampoco la muerte aporta ningún cambio. Después de la muerte del ser natural, sólo subsisten en el microcosmos los restos de una vida terrestre natural, sometida a los siete rayos terrestres mientras sobrevivan en la esfera reflectora.

Esto es lo que significa el final del versículo 24 de nuestro texto y el versículo 25:

El bien no tiene ni figura ni forma, es inmutable, semejante a sí mismo, diferente de todo el resto. Por ello, es incorporal e invisible para el hombre corporal. Como todo lo que permanece semejante a sí mismo, lo inmutable es muy superior a lo mutable; y lo mutable es deficiente con respecto a lo inmutable.

Los siete rayos terrestres están totalmente armonizados con los siete regentes, los siete cosmocrátores del séptimo plano cósmico, y por ello con la naturaleza dialéctica, con la imperfección.

Nada carece de origen. El origen, punto de partida de todo, toma su fuente únicamente en sí mismo.

Por lo tanto, si su origen está en la naturaleza dialéctica, en la imperfección –y éste es el caso de todo lo que existe sobre este planeta– todo lo que ha nacido en esta imperfección es divisible, es decir, puede ser engendrado, puede multiplicarse y decrecer. Por consiguiente, puede someterse a cierto cultivo, aunque la curva de desarrollo caiga irrevocablemente después de una eventual ascensión, pues lo que ha sido engendrado debe morir. No existe un crecimiento verdadero, ni una evolución absoluta en la naturaleza de la muerte.

Sólo se puede crecer, evolucionar, progresar de fuerza en fuerza y de magnificencia en magnificencia, cuando se está unido al Espíritu Séptuple original. Por ello, siempre debe guardar permanentemente en usted un lugar para la unidad, debe regresar a la unidad divina. Quien no puede volverse hacia la unidad, corre hacia su perdición por su propia debilidad y permanece unido a la esencia de la muerte. Quien quiera vencer a la muerte, debe regresar a la unidad divina, pues sólo en la unidad es posible realizar todos los demás

procesos de desarrollo. Un camino de desarrollo grandioso y sublime le espera, una progresión de fuerza en fuerza. Si quiere hacer suya esta evolución, debe empezar por el comienzo; debe volver a la unidad divina.

Todos los números son conducidos a un desarrollo, a partir de la unidad, a partir del origen y raíz de todas las cosas. El número tiene para el hombre hermético un significado totalmente diferente al que tiene para el hombre dialéctico.

El número *uno* representa la unidad con el Espíritu, con el Padre, con lo Absoluto, con el Logos, con lo Original. Cualquier otra unidad, cualquier otro comienzo conduce a la muerte.

Cuando un hombre ha regresado a la unidad, al uno e indivisible, es colocado ante el número *dos*. Este número coloca a quien ha sido unido con la unidad en una nueva relación con la sustancia original. Por ello, la Gnosis hermética llama al número dos «la Madre».

El número *tres* establece la unión llena de amor entre el uno, lo absoluto, y la sustancia original, entre el Padre y la Madre, la unión de ambos.

El número *cuatro* lleva todo lo concebido a la manifestación. Cuando la entidad que está unida al Padre se une con la sustancia original cósmica, algo se engendra. La totalidad de lo que ha sido concebido es llevada a manifestarse.

La consecuencia de ello es el número *cinco,* la nueva conciencia, la conciencia de Mercurio. Por ello, Mercurio siempre está asociado al número cinco.

El *seis* es el número de la rectitud. Junto a la nueva fuerza de luz de la conciencia y por ella, todo el estado de ser del candidato alcanza la justicia, en concordancia con el Logos.

Por ello el número siete es el de la santificación, al que sigue el número *ocho* que es el de la ascensión perfecta, la entrada en la vida liberadora. Es la ancestral puerta de Saturno, que siempre está

unida al número ocho. En el número *nueve* se celebra la victoria del verdadero devenir divino-humano.

Un desarrollo nónuplo une así a estos nueve números.

Le colocamos, una vez más, ante la necesidad del regreso a la unidad original, al origen y raíz de todos los números. Si queremos entrar en el proceso de la vida liberadora, hay que empezar por el comienzo para regresar a la unidad; y no de forma abstracta, sino muy concretamente. Tal vez le interese mucho todo esto pues reconoce su lógica; pero ¿de qué le serviría si se quedara en ese punto? ¡Ante todo, lo importante es el acto! No las conversaciones abstractas, sino los hechos concretos.

La fe testimoniada por el mundo dialéctico, es abstracta. Los verdaderos ateos son raros en este mundo. En la naturaleza dialéctica, la creencia en Dios es la intuición metafísica o la conclusión intelectual de que existe un Logos. Sin embargo, lo concreto es la confrontación directa con Poimandres.

Para usted, ahora, lo más importante es el encuentro con el Poimandres del Cuerpo Vivo, presente gracias a la nueva posibilidad que ya se ha manifestado en el Cuerpo Vivo de la Joven Gnosis. Es evidente que usted tendrá que encontrar su propio Poimandres. Pero en este momento no le es factible. Incluso en la situación en que ahora se sabe colocado, el encuentro con el Poimandres del que le habla la Escuela no tendría ningún sentido.Y no se trata en absoluto de eso por el momento. Si puede ver, con los ojos de su corazón, la imagen esbozada para usted en el séptimo libro de Hermes, ella misma le conducirá hasta la meta. Por lo tanto, no se trata de llegar a la unidad del espíritu mediante un acontecimiento que le sobrepase ampliamente, pues no podría mantener esa unión.

Lo que la plenitud del Cuerpo Vivo manifestado permite es que nos impulsemos mutuamente hacia un estado de ser en el que esta unión sea posible y nos mantengamos en él, de forma que se

establezca un contacto magnético y que esta atracción magnética le conduzca hacia la meta.

Hermes dice al respecto:

Esta imagen, si nos volvemos interiormente hacia ella, tiene la particularidad de retener prisioneros a todos los que se han vuelto hacia ella y, tal como el imán atrae el hierro, así los atrae ella hacia lo alto.

Dicho de otra forma, del Cuerpo Vivo de la Joven Gnosis emana una séptuple atracción magnética, un impulso mágnético totalmente distinto al de la naturaleza ordinaria. Quienes pueden entrar en contacto con esta fuerza magnética son conducidos sencillamente hacia la meta en esta nueva situación. De hecho, en la Joven Gnosis ya no tienen que pararse en los otros procesos de desarrollo. Estos se desarrollarán armónicamente a partir de la unidad. En principio, dentro de las nuevas posibilidades que se han abierto ante nosotros, se trata de regresar a esta unidad. Éste es todo el significado del séptimo libro de Hermes.

Nos queda por exponer cómo puede establecer el alumno este contacto magnético. Seguidamente deberemos precisar cómo puede ser mantenido y, más tarde, cuáles son las consecuencias y los resultados que se derivan de ello, pues el acto debe seguir a la comprensión. Debemos recorrer el camino, sobre el que le hemos hablado ampliamente, los unos para los otros y así juntos, en tanto que grupo gnóstico, vencer la muerte. Éste será uno de los primeros resultados de la unión magnética establecida con el espíritu unificador y vivificador: la victoria concreta sobre la muerte. Esta tarea puede llevarse a buen término en el presente.

XXVII

Vende todo lo que posees y sígueme

El Cuerpo Vivo posee un séptuple campo magnético liberador que se distingue claramente del de la naturaleza terrestre ordinaria. Este campo magnético séptuple se ha formado de abajo hacia arriba. La Escuela Espiritual actual ha atravesado los tres misterios y el Cuerpo Vivo ha entrado ahora en el cuarto misterio, el misterio de la manifestación del espíritu.

Por ello, la Escuela ha llegado a su fase de Pentecostés. Puesto que nosotros formamos una Fraternidad de la Rosacruz y una Fraternidad de los Cátaros, podemos y queremos vivificar y dar testimonio de una Fraternidad del Santo Grial, de una Fraternidad de la manifestación del Espíritu. Se trata, pues, en primer lugar, de comprender la forma en que vamos a unirnos al Cuerpo Vivo y cómo vamos a participar en la plenitud de su campo de radiación séptuple.

Si reflexionamos sobre este punto básico, descubrimos enseguida que muchos de nosotros aún deberemos efectuar algunos cambios fundamentales en nuestro comportamiento. Muchos alumnos son como mínimo un Tat, es decir, hombres que buscan la verdadera luz. Muchos poseen más o menos cualidades de alma y se sienten indudablemente alumnos de la Escuela. Van a las conferencias, asisten a los servicios de templo cuando les es posible; participan en el trabajo de una u otra forma. También hacen sacrificios materiales y respetan las exigencias del alumnado. Hacen todo eso desde su entrada en la Escuela. ¿Qué más les puede pedir la Escuela? Son personas favorecidas, comparables al joven rico. ¿Por

qué Jesús el Señor se mostró tan duro con el joven rico? ¿Por qué le dijo: «Vende todo lo que posees y sígueme»?

La respuesta es que Jesús el Señor le invitaba a ser una verdadera célula viva del Cuerpo Vivo de esa época; y esto es justamente lo que el joven rico no quería. Deseaba entrar en el Cuerpo Vivo, ¡pero tal cual era! ¡Con todas sus cualidades prácticas, pero sin comprometerse! Tenía ciertas reservas. ¿De qué naturaleza eran? No lo sabemos, pero el hecho nos basta.

Imagínese que una parte de las células del Cuerpo Vivo mantenga ciertas resevas respecto a otras células o hacia el conjunto. ¿No piensa que tal cuerpo enfermaría y debería seguir el camino al que conduce dichas reservas? Cuando las células de un órgano de su cuerpo no cumplen ya con sus funciones o con una parte importante de éstas, usted enferma; y finalmente, si no se encuentra ninguna solución, le sigue una muerte cierta.

Por esta razón, decimos que todos somos admitidos como alumnos en el Cuerpo Vivo de la Escuela Espiritual, pero todavía no todos somos admitidos como células vivas activas de este cuerpo. Si nos admitieran a todos, sin más, como células vivas, la Escuela moriría al instante. Porque en efecto, muchos alumnos están todavía llenos de reservas con respecto a la Escuela, al Cuerpo Vivo, por las razones que sean. Generalmente, no es voluntario ni consciente, ¡pero, de hecho, da lo mismo!

No profundizaremos en la motivación de estas reservas; pero con relación a este tema, constatamos y afirmamos que es imposible que quienes no confiesen su alumnado de forma incondicional puedan ser células vivas del Cuerpo Vivo de la Joven Gnosis. Ellos mismos se excluyen, por excelentes que sean sus cualidades.

La participación en el Cuerpo Vivo de una Fraternidad gnóstica exige un perfecto: «Señor, heme aquí», como sucedía en todas las comunidades gnósticas, desde el pasado más remoto hasta nuestros días, así como en las primeras comunidades cristianas. ¡Sin ninguna reserva! Sin embargo, el hombre cultivado del siglo veinte,

sobre todo el occidental, está lleno de reservas y aspira ante todo a la seguridad. ¿La seguridad? ¿Para qué?

Muchos alumnos también mantienen una distancia entre la Escuela y ellos, tal vez sin ser conscientes. Se trata de pronunciar interiormente: «Señor, heme aquí» y de demostrarlo de inmediato con el acto. Se trata de servir a la Escuela y a su obra como si se tratara de su propio cuerpo. Literalmente, éste es el caso, pues quien se abandona al Cuerpo Vivo de la Escuela como si fuera su propio cuerpo experimenta enseguida la gracia del Espíritu Séptuple del Cuerpo Vivo. Ésta es una de las razones por las que les dijimos que mientras mantenga sea como fuere alguna reserva, usted mismo se excluye de la gracia del Espíritu Séptuple universal.

Algunos se enzarzan en todo tipo de objeciones relacionadas, por ejemplo, con la unidad de grupo y su realización. No obstante, si se consagraran totalmente y sin reservas al Cuerpo Vivo, experimentarían la desaparición progresiva de toda objeción o confusión, tirando por la borda todas las reservas, pues cada célula verdaderamente viva incorporada al Cuerpo Vivo refuerza su vitalidad, de forma que todo lo que no encuentra su sitio es rechazado.

La unidad de grupo, en sentido gnóstico, no significa aceptar todo lo que pasa en el grupo de alumnos, sino declararse personalmente dispuesto a la ofrenda total de sí mismo al Cuerpo Vivo y a asumir todas las consecuencias. En este caso, el grupo que se forma así está efectivamente unido y la fuerza de todos es la fuerza de cada uno del Cuerpo. Lo cual quiere decir que si hubiera momentáneamente doscientos miembros verdaderamente vivos del Corpus Hermeticum de la Escuela, cada uno de ellos se beneficiaría en la práctica del poder colectivo de estos doscientos.

Toda célula verdaderamente viva del Cuerpo Vivo establece una unión directa con el campo magnético de la Escuela. No es un dogma, sino una llave mágica. El campo magnético es una

radiación séptuple, un río séptuple en cuyo centro se encuentra usted; y este río le arrastra, y no puede ser de otra manera, hacia la meta. Quien se une a este río y navega sobre él, cuidará de que su barca no encalle y que, permaneciendo segura en medio de la corriente, alcance la meta con toda certeza.

Podemos hablarle ampliamente del nacimiento del alma y repetirle cómo debe realizarse este nacimiento, cómo el encuentro con Poimandres es el premio de la carrera para todas las almas renacidas. Sin embargo, para alcanzar la gran meta, para avanzar verdaderamente en su vida de alumno, para conseguir resultados concretos, es necesario algo más. A continuación, tiene que realizar el acto vivo y radiante. No obtendrá nada con conversaciones y suposiciones; se trata del acto que lleva a la realización, del acto vivo. Cuando está dispuesto a realizar este acto, el Espíritu Santo Séptuple del Cuerpo Vivo se le acerca, le colma y le conduce hasta la meta. Por ello, para avanzar verdaderamente en su vida, para llegar a conseguir verdaderos resultados concretos en el presente, debe embarcarse sin reservas, en abandono total de sí mismo, a bordo de la barca celeste, ahora que de nuevo sube la marea y que las fuerzas de la dialéctica afluyen para arrastrar a su perdición a toda la creación. No hay en esto nada de fanático ni de insensato. Las fraternidades gnósticas siempre han venido y continuarán viniendo, en el transcurso de los siglos, en los momentos críticos. Ellas llaman y reúnen a quienes quieren escucharles y les dicen: «El tiempo ha llegado. Si quiere aceptar las consecuencias, la salvación está preparada para usted. Únase y venga con nosotros hacia la vida liberadora».

Comprenderá que no se puede permanecer con un pie en la naturaleza dialéctica y con el otro en la barca celeste, el Cuerpo Vivo. Esto no es posible hacerlo de ninguna de las maneras.

Por ello, le pedimos que se decida con la mayor brevedad. Como célula viva, le pedimos que se consagre al Cuerpo Vivo; que el Cuerpo Vivo sea su Cuerpo. Le pedimos que haga todo lo posible

para que el cuerpo de la salvación, la unión de todos, pueda realizar la tarea a la que está llamado por Dios

Si está dispuesto a ello, el sol de un nuevo estado de vida se elevará para usted. Todo está preparado para hacerle vivir este amanecer.

XXVIII

El secreto de los misterios gnósticos

En el momento de abordar la última parte de nuestra exposición sobre el séptimo libro de Hermes, nos encontramos en una situación relativamente difícil, pues el tema de este libro es el regreso a la unidad divina y la victoria sobre la muerte. Este tema encierra grandes secretos; misterios mágicos de naturaleza muy delicada, como ya hemos podido observar. La dificultad estriba en encontrar una forma de tratar este tema de manera que tengamos la certeza de comprendernos mutuamente y excluir todo malentendido. Podríamos esquivar fácilmente este escollo si tomáramos, por ejemplo, el material de enseñanza que la Escuela dispone tan abundantemente y extrajéramos lo adecuado para una explicación como ésta. Así podríamos limitarnos a una exposición sobre el camino que ahora se abre ante usted y sus consecuencias: el nacimiento del alma, el toque del Espíritu Santo, el devenir del cuerpo del alma, el vestido de oro de las bodas y los procesos transfigurísticos posteriores. El resultado inmediato de todo esto es una existencia consciente en el nuevo campo astral de la Escuela. Una existencia consciente que ya no puede ser interrumpida por la muerte y que, de hecho, significa una victoria perfecta sobre la muerte.

Sin embargo, esta marcha hacia la victoria está ya descrita en nuestra literatura y aunque sea una cosa maravillosa volver a tomar este desarrollo y aclararlo en todas sus facetas, no tenemos la intención de hacerlo en este comentario del séptimo libro de Hermes.

Por el momento, nuestra tarea es indicarle un método, un comportamiento, gracias al cual dinamizará y acelerará de forma extraordinaria los procesos de salvación citados más arriba. Todo lo que la visión del camino le ofrece en perspectiva, ya puede aplicarlo en su vida presente. Ya le hemos confiado el método misterioso al decirle que, para dar verdadero dinamismo a su vida y obtener resultados concretos de inmediato, hay que embarcarse en total rendición en la barca celeste, en el arca de la nueva construcción.

El problema ante el que ahora se encuentra es el siguiente: ¿cómo aprovecho las posibilidades y las fuerzas que encierra el Cuerpo Vivo de la Escuela de los Misterios? La solución es: por una completa rendición de sí mismo, sin ninguna reserva y desde el interior, al Cuerpo Vivo, a la nueva comunidad gnóstica, a la nueva Ecclesia, a la nueva comunidad crística.

Si usted aceptara esta fórmula como hipótesis de trabajo y la aplicara experimentalmente, no obtendría ningún resultado. La exigencia es la ofrenda total de sí mismo, con todo lo que es, con todo lo que posee, con toda su capacidad. No sólo algo, no sólo una parte, aunque sea la más importante, sino todo. Todo o nada; y mejor nada que sólo algo.

Pocos son los que lo han hecho hasta ahora y se trata de saber si usted lo va a hacer. Hablar de ofrenda de sí mismo a la Gnosis es demasiado abstracto para usted, hombre del siglo veinte. Puede disertar en todos los sentidos sobre la expresión "ofrenda de sí mismo a la Gnosis", pero la ofrenda del yo al Cuerpo Vivo de la Escuela de los Misterios es la exigencia interior, ¡la exigencia de la cumplimiento!

Ésta es la invitación. Sólo es una invitación dirigida a usted. Por lo tanto, desde el punto de vista de su yo natural, aún puede elegir, puede dirigirse en una u otra dirección. Sin embargo, si acepta la invitación para participar en la plenitud interior de las fuerzas del Cuerpo Vivo, entonces se le aplicará la exigencia de la ofrenda total de sí mismo.

Son muchos los que, hasta hoy, han decidido no aceptar esta condición, o no pueden hacerlo. No sólo debido a su egocentrismo, sino también en gran medida al miedo y a la desconfianza. Desde que la Escuela existe, el adversario, que le conoce mucho mejor que usted mismo, intenta sembrar la desconfianza en usted, manipulando con celo el arma de la calumnia, la difamación y la crítica. Y así se le empuja a mantener cierta reserva. Se le cuchichea al oído: «¿Será verdad todo lo que se dice? ¡Nunca se sabe!» Tal vez encuentra muy despreciable que se calumnie y está muy por encima de ello, fuera de ello. Sin embargo, mantiene su reserva. En efecto: «la seguridad ante todo».

No vaya a pensar ahora que esto es una cantinela y que queremos quejarnos; pues desde el comienzo de nuestro trabajo, el espectro de la calumnia, de la difamación y de la crítica amenaza a la Escuela y a sus trabajadores. Siempre ha sido así y sigue siendo el pan de cada día de la dialéctica para todos los trabajadores al servicio de la Gnosis. No, ni por asomo es una queja. Se trata de que perciba claramente el entramado psicológico en el que se halla atrapado, causa de torbellinos y turbulencias que le retienen prisionero. ¿Comprende ahora, a la luz de este análisis, cuán delicado es para nosotros comenzar a hablar de la ofrenda del yo, sin reservas, al Cuerpo Vivo de la Joven Gnosis? Incluso puede servir como calumnia para acusar a la Escuela y a sus trabajadores de cualquier cosa, por estúpidas que sean estas acusaciones.

Puede reírse de la calumnia; pero ¿sabe que la calumnia, a veces, estropea y paraliza de forma desconcertante el trabajo más sublime realizado al servicio de la luz? Pronto hará veinticinco años* que nos fue confiada la tarea más pesada que jamás se haya puesto sobre nuestros hombros. Debíamos unificar todas las orientaciones relativas a la Rosacruz en el mundo, y fundirlas en un solo cuerpo, con el fin de ganar el mundo para la Gnosis. En un momento dado estuvimos a punto de llevarla a cabo. Y ¿sabe por qué fracasó esta

* Estas palabras fueron pronunciadas en 1957.

grandiosa tarea? Por la oleada de calumnias que se difundió literalmente por todo el mundo. El viejo y pérfido método que aplica siempre el adversario; muchos lo escucharon y muchos fueron sus víctimas.

Hemos discernido suficientemente la situación y la hemos ubicado en sus proporciones. Los problemas anejos que surjan en la vida personal, han de resolverse mediante el autoanálisis y la propia investigación. Le hemos transmitido nuestra invitación lo más sobriamente posible y hemos tenido el coraje de colocarla en el presente actual. Le hemos dicho: «Si lo desea, puede entrar en el arca, en el Cuerpo Vivo de la Joven Gnosis; si lo hace, realizando la oblación total de su ser, en las condiciones establecidas, todas las fuerzas del Cuerpo Vivo serán suyas de inmediato».

Pero, ¿qué es el Cuerpo Vivo? Usted lo conoce como un aparato séptuplemente organizado: la cantera de la juventud, el trabajo del atrio; los dos aspectos del Lectorium Rosicrucianum, a saber, el grupo de alumnos preparatorios y el de los confesionales; la Escuela de la Conciencia Superior; la Ecclesia; y en séptimo lugar se encuentra, como usted ya conoce por lo menos de nombre, la Cabeza de Oro. También conoce la Dirección Espiritual y otros numerosos trabajadores. Además conoce la literatura de la Escuela y tiene cierto conocimiento de las diversas actividades que desarrolla y en las que participa. En resumen, todo esto representa la manifestación material del Cuerpo Vivo. Si se encontrara en el nivel del mero nacimiento natural, esta organización visible sería todo lo que existiría para usted.

¿Esto es verdaderamente todo para usted? ¡Claro que no! Pues, además de su encuentro con los aspectos exteriores, usted ha experimentado a veces, o a menudo, que existe otra cosa. Algo que es muy difícil de definir. Algo que suscita constantemente muchas, muchas preguntas. A veces es una magia encantadora que emana del conjunto, o una fuerza que a menudo oprime, o un toque que a algunos estremece mientras que a otros les hace tambalear. Es una

actividad que provoca esta reflexión en muchas personas del exterior: ¿Con qué energía hace esta gente todo esto? La rápida y dinámica expansión de nuestra organización, particularmente en los años cincuenta, ha provocado y provoca que se pregunten: «¿Qué hay detrás de todo esto?»

No responda enseguida: «La Gnosis». Pues, en ese caso no sería más que una definición superficial. Si sabe interiormente que «hay algo detrás», permítanos preguntarle si ha aprovechado totalmente lo que se encuentra detrás de todo esto. Además de sus contactos y de su interés por el aspecto material del Cuerpo Vivo, ¿qué ha hecho usted con todos esos aspectos que se encuentran detrás esa apariencia material?

¿Ha hecho verdaderamante algo?, o bien, como innumerables personas, se ha contentado con preguntarse sin más: «¿Qué habrá detrás?» «¿Se puede entrar realmente en contacto con 'lo que hay detrás', tan realmente como con el aspecto material del Cuerpo Vivo?» ¡Sí, se puede! Gracias a la ofrenda del yo, sin reservas. Entonces, pasa de la fe a la contemplación. Entonces se hace realidad lo que Juan testimonia en su primera Epístola (1,4):

«Lo que era desde el comienzo, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que hemos contemplado y nuestras manos han tocado, con respecto a la palabra de vida – pues la vida se ha manifestado, y nosotros la hemos visto y damos fe de ello, y les anunciamos la vida eterna, que estaba junto al Padre y que nos ha sido manifestada – lo que hemos visto y oído, os lo anunciamos a vosotros también, para que también vosotros estéis en comunión con nosotros. Pues nuestra comunión es con el Padre y con su Hijo Jesucristo y escribimos esto para que nuestra dicha sea perfecta».

Como puede ver, ésta es la imagen de una realidad y tiene la propiedad de atraer y retener, como el imán atrae al hierro, a aquél que pueda contemplarla.

El Cuerpo Vivo, cuyo aspecto material se manifiesta, es comparable a un reactor nuclear; es un vacío en el que actúan fuerzas electromagnéticas. Estas fuerzas se manifiestan cuando se

presenta la ocasión. Cuando el grupo está capacido para recibirlas, se manifiestan a través de él. Por una parte, se manifiestan en la esfera material; por otra, no obstante, no tienen en absoluto la finalidad de servir a esta esfera material. Las radiaciones electromagnéticas que se concentran en el Cuerpo Vivo de la Escuela de los Misterios surgen de una esfera vital, de un campo de vida que no pertenece a la naturaleza de la muerte sino a la naturaleza de la vida original. El Espíritu Séptuple de la vida original actúa en este *vacuum.* Y quien se une con el Espíritu Séptuple, experimenta enseguida todos los valores, todas las condiciones, de la vida original.

Ésta es la unidad original, manifestada baja ciertas circunstancias en el "salitre" corrompido de la naturaleza de la muerte. Es la morada Sancti Spiritus, de la que dan testimonio los rosacruces clásicos en la *Fama Fraternitatis R.C.* Es el Cuerpo Vivo del que habla la Joven Gnosis: el arca de los días de Noé; la barca celeste de la que hablan los antiguos egipcios.

No puede ser que tal morada exista sin más. Pues aunque las condiciones apropiadas siempre han estado presentes, han de aprovecharse las posibilidades y trabajar con ellas. Dicha morada debe construirse sin cesar desde abajo hacia arriba y ser utilizada de acuerdo con su objetivo. En efecto, sólo de esta forma la unidad original se podrá manifestar en el salitre corrompido.

El arca moderna, la barca celeste actual está preparada. Y ahora se trata de saber si quiere colaborar, si quiere embarcarse; pues únicamente así la gracia, toda la fuerza de la barca celeste, será suya. De la misma forma que todas las fraternidades gnósticas precedentes construyeron un vacío de Shamballa, la Joven Gnosis ha realizado una obra idéntica, ha edificado una morada del Espíritu Santo. Considere el proceso alquímico: cuando se presenta un Tat, un hombre nacido de la naturaleza, un buscador que, en ofrenda absoluta de sí mismo, sin la mínima reserva en pensamientos, voliciones y actos, se confía a un vacío de este género, a un Cuerpo Vivo, y se arroja a él, al instante el Espíritu

Séptuple de este nuevo reino le atraviesa. Entonces, la fuerza séptuple penetra en su fuego de la serpiente como un relámpago y en los dos cordones del simpático, situados a la izquierda y derecha de la columna del fuego de la serpiente, se desarrollan procesos nerviosos extraordinarios. Los éteres nerviosos son renovados en una fracción de segundo. Si todavía mantiene reservas respecto al Cuerpo Vivo, como aún es el caso de muchos de nosotros, se forman cristalizaciones en los éteres nerviosos y muy particularmente en los dos cordones del simpático.

Los dos cordones están estrechamente ligados a su karma, a su nacimiento natural, a todo lo terrenal que le encadena. Cuando se atreva a confiarse en una ofrenda total de sí mismo al Cuerpo Vivo, todos estos obstáculos se quemarán en los dos cordones del simpático. Pero si sólo juega al alumnado, si sólo aparenta ser un alumno, si no es sincero con respecto a la obra de salvación, corromperá los éteres nerviosos del simpático y provocará una muerte en vida. Volverá a las antesalas de la Fraternidad Gnóstica y se le apartará, ya que entonces no tiene ninguna utilidad en tanto que alumno[*].

Quien tenga la fuerza y la sagacidad de decidirse a esta ofrenda del yo total e incondicional, será admitido en el vacío de la Joven Gnosis gracias a la influencia del Espíritu Séptuple; en consecuencia será sustraído inmediatamente del espíritu séptuple de la naturaleza terrestre y por ello, en el mismo instante, rescatado de la Tierra, según el Apocalipsis. Este hombre se encontrará directa y realmente en la vida presente y viva de la Gnosis. La transmutación y la transfiguración, con todo lo que lleva anexo, serán factores y procesos completamente secundarios y por maravillosos que sean, se realizarán por sí mismos, regularmente, siguiendo un plan preestablecido.

---

[*] Lea, al respecto, el fragmento de Ananías y Safira comentado por Jan Van Rijckenborgh, ***El hombre nuevo***, segunda parte, capítulo sexto, Ediciones del Lectorium Rosicrucianum, Madrid, 1989.

Por ello, aunque le instruimos sobre una transformación y una transfiguración que se desarrolla en el tiempo, en primer lugar le exponemos una liberación directa y actual en su vida presente. No una liberación en un futuro lejano, sino una entrada en la vida liberadora, aquí y ahora, en su vida presente, arrojándose, con todas las consecuencias, al vacío de Shamballa, que para nosotros se ha vuelto un Cuerpo Vivo. Así entra en la morada Sancti Spiritus, con el fin de contemplar allí, junto a todos los hermanos y hermanas, el Cuerpo Vivo de nuestro Padre y Hermano Cristián Rosacruz.

Éste el secreto de los misterios gnósticos. Lo que nosotros hemos visto y hemos experimentado, se lo anunciamos también a usted. La vida se ha manifestado en el Cuerpo Vivo de la Joven Gnosis. Por ello, vaya de la fe a la contemplación por el cumplimiento de la ley; descubrirá entonces lo que hay arriba o, más bien, esta contemplación extenderá su poder sobre usted y, de la misma manera que el imán atrae al hierro, le elevará atrayéndole hacia ella.

XXIX

El Pentecostés de la liberación divina

En el transcurso de los años pasados, el aparato material de la Joven Gnosis fue equipado para su tarea, con discreción, en función de las posibilidades. Al vacío de Shamballa, a la Cabeza de Oro de la Escuela, le hacía falta un buen instrumento, un vehículo adaptado a su actividad en la esfera material, con el fin de permitirle manifestarse lo más rápidamente posible y sobre una base lo más amplia posible.

Los focos que responden a una exigencia mínima son: el templo de la sede central en Haarlem, el templo de "Renova" en Bilthoven, la Ekklesia de "de Rozenhof" en Santpoort, el templo de "Noverosa" en Doornspijk, todos ellos en Holanda, y el foco de "Christian Rosenkreuz" en Calw, Alemania. Todos estos focos* están unidos entre sí por una red de centros y los lugares de residencia de los alumnos.

Imagínese por un instante que quinientos o mil alumnos tomen la decisión de realizar lo que se les ha propuesto. Entonces participarían plenamente en el campo magnético, en el Espíritu Séptuple del Cuerpo Magnético de la joven Gnosis. Este grupo de quinientas o mil personas, con el espíritu iluminado, se expandiría por todo el reino gnóstico, al mismo tiempo que se mantendría la unión entre todos los hermanos y hermanas y el corazón vivo y llameante del Cuerpo Vivo. Puede así imaginarse, con claridad, el futuro aspecto material del reino gnóstico mundial.

---

* Después de la publicación de esta obra, se amplió el número de focos.

Observe ahora fijamente esta imagen que está ante usted. Con ayuda de esta imagen, examine con detalle lo que ocurriría si toda la multitud de habitantes del joven reino gnóstico regresara a la unidad original por una rendición total y sin reservas, y entrara en el vacío de Shamballa, en la Cabeza de Oro. Entonces, como una explosión nuclear de una intensidad similar a la luz de miles de soles, la luz incognoscible se revelaría al mundo entero. Piense en esta imagen aquí descrita. Dondequiera que vaya, permanecerá en contacto con el foco central del Cuerpo Vivo, un contacto vivo y vibrante. La intensa fuerza del Cuerpo Vivo le acompañará y se dará a conocer en todos los lugares del reino gnóstico. Entonces, la Gnosis recogerá su cosecha en breve plazo.

Todo esto está en sus manos. No mañana, sino hoy. El Pentecostés de la Liberación divina no caerá simplemente del cielo. Si espera esto, esperará mucho tiempo. ¡Tiene que celebrar esta fiesta de Pentecostés para usted mismo! Debe y puede hacerlo, aceptando desde ahora la ocasión que se le presenta. Qué quien pueda comprender, comprenda.

XXX

Libro Octavo

Hermes a su hijo Tat: el Dios invisible se ha manifestado

1. *De lo que sigue, oh Tat, tendrás una explicación detallada con el fin de que tus ojos se abran a los misterios de Dios que está por encima de todo nombre. Comprende, por la contemplación interior, cómo quien parece invisible al común de los mortales, se volverá para ti el más manifiesto.*

2. *Pues Él no sería verdaderamente si no fuera invisible. Ya que todo lo que es visible ha llegado a ser, se ha manifestado, en un momento dado.*

3. *Lo imperceptible, sin embargo, es por toda la eternidad, no necesita manifestarse. Es eterno y hace que se manifieste todo lo demás.*

4. *Él hace que todo se manifieste, sin manifestarse Él mismo. Crea, sin ser creado Él mismo. No se muestra bajo ninguna forma perceptible, pero confiere a todo una forma perceptible.*

5. *Pues sólo lo que ha sido creado tiene una apariencia perceptible. Nacer, devenir, es volverse visible.*

6. *El Único que no ha nacido es, pues, tan invisible como desprovisto de apariencia perceptible; pero como Él da forma a todas las cosas, es visible por todo y en todo, y especialmente ante quienes Él quiere revelarse.*

7. *Por ello, Tat, hijo mío, ruega en primer lugar al Señor, al Padre, al Único, a Aquél que no es el Uno, sino el origen del Uno, que te conceda el poder contemplar ese Dios de una grandeza tan indecible, aunque haya hecho brillar en tu conciencia tan sólo uno de sus rayos.*

8. *Sólo la conciencia del alma ve lo invisible, puesto que ella misma es invisible.*

9. *Si puedes, oh Tat, el Señor se revelará ante los ojos de tu alma-espíritu, pues Él se muestra con profusión en todo el universo.*

10. *¿Eres capaz de ver la conciencia de tu alma, de tomarla con tus manos y de contemplar, maravillado, la imagen de Dios? Pues, si lo que está dentro de ti, te es invisible, ¿cómo podría ser Dios visible para tus ojos materiales?*

11. *Si quieres verle, dirige entonces tus reflexiones hacia el Sol, hacia el curso de la Luna, hacia el curso regular de las estrellas.*

12. *¿Quién mantiene este orden? Porque todo orden está estrictamente determinado por el número y la posición.*

13. *El Sol, el más grande de los dioses del firmamento, a quien todos los dioses del cielo le ceden el paso con respeto como a su rey y señor, indeciblemente grande,*

más grande que la tierra y el mar, tolera que estrellas más pequeñas se desplacen por encima de él. ¿Por respeto o por miedo, a quién, hijo mío?

14. *¿Acaso todas estas estrellas no trazan en el firmamento un camino similar e idéntico? ¿Quién ha determinado la naturaleza y grandeza del curso de cada una de ellas?*

15. *Mira la Osa Mayor, que gira alrededor de su propio eje y mueve en su rotación a todo el firmamento. ¿A quién pertenece este mecanismo? ¿Quién fijó los límites al mar? ¿Quién dio a la tierra su fundamento?*

16. *Es, ¡oh Tat!, el Creador y Señor del universo. Ningún lugar, ningún número, ninguna medida que exprese el orden cósmico, serían posibles sin que Él los hubiera creado. Todo orden es el resultado de una actividad creadora. Su ausencia se demuestra donde no hay ni orden ni medida.*

17. *Incluso esto no se produce sin el Señor, hijo mío. Aunque la esencia del orden falta en el desorden, el desorden no está por ello menos sometido a Aquél que todavía no ha establecido Su orden en él.*

18. *¡Oh!, que te sea dado —como llevado con alas— elevarte en el aire y así, entre cielo y tierra, contemples la tierra firme, el vasto movimiento del mar, la corriente de los ríos, el movimiento libre del aire, la violencia del fuego, el curso de las estrellas, la velocidad del firmamento y, a tu alrededor, el movimiento del universo.*

19. *¡Qué gracia tan grande, hijo mío, esta contemplación, cuando el hombre percibe todo esto dentro de él como en un relámpago: cómo lo inmutable es puesto en movimiento y lo invisible hecho manifiesto por las obras y en las obras que Él ha ejecutado! Tal es el orden de la creación, y la creación es la alabanza del orden.*

20. *Si también deseas percibir a Dios en las criaturas mortales y por las criaturas mortales que están en la tierra y en las profundidades, reflexiona, hijo mío, sobre la manera en que el hombre se forma en el seno de su madre; estudia con cuidado el arte de tal formación y aprende quién es el artesano de esta bella y divina imagen del hombre.*

21. *¿Quién ha modelado la forma esférica de los ojos? ¿Quién ha diseñado las aberturas de las narices y de las orejas? ¿Quién ha abierto la boca? ¿Quién ha tendido la red de músculos y de nervios y las ha fijado en el cuerpo? ¿Quién ha trazado los canales de las venas? ¿Quién ha dado dureza a los huesos? ¿Quién ha recubierto la carne de piel? ¿Quién ha separado los dedos? ¿Quién ha allanado la planta de los pies? ¿Quién ha horadado las vías de salida a través de todo el cuerpo? ¿Quién ha colocado el bazo? ¿Quién ha dado al corazón su forma piramidal? ¿Quién ha dilatado el hígado? ¿Quién ha hecho los pulmones porosos? ¿Quién prestó al vientre su concavidad? ¿Quién ha puesto en evidencia las partes nobles y ha escondido las partes vergonzosas?*

22. *¡Mira qué arte y qué diversidad de métodos se han utilizado para una sola materia, cuántas obras maestras*

reunidas en una sola obra; toda ella de una extrema belleza, de proporciones perfectas y de gran diversidad!

23. *¿Quién ha hecho todo esto? ¿Qué otra Madre, que otro Padre, sino el Dios invisible, ha dado forma a todo según su voluntad?*

24. *Nadie pretende que una estatua o una pintura haya tomado forma sin escultor o pintor; ¿y esta creación existiría sin Creador? ¡Oh ceguera suprema, oh negación total de Dios, oh abismo de obstinación!*

25. *Oh Tat, hijo mío, nunca cuestiones al Creador la obra de sus manos. Mejor y más fuerte aún que por el nombre, Dios expresa su grandeza con la expresión: Padre de todas las cosas. Sólo a Él le corresponde ser Padre. Sí, ésta es en verdad su forma de manifestarse.*

26. *Y si hace falta decirlo de forma todavía más audaz: su naturaleza es la de fecundar y engendrar todas las cosas. De la misma manera que sin Creador nada puede llegar a la existencia, así el Creador de la eternidad, no sería tal si no creara eternamente en el cielo, en el aire, en la tierra, en las profundidades, en todas las partes del universo, en la totalidad del todo, en lo que es y en lo que no es.*

27. *No hay nada en todo el universo que no sea Él. Él es tanto lo que es como lo que no es. Pues todo lo que es, Él lo ha manifestado y todo lo que no es, lo mantiene encerrado en él.*

28. *Él, Dios, está por encima de todo nombre. Él, el invisible, que no obstante es el más manifiesto. Aquél*

que es contemplado por el alma-espíritu, pero que también puede ser percibido por los ojos. Él, lo incorporal, que tiene muchos cuerpos, que tiene todos los cuerpos, pues no hay nada que no sea Él, pues es todas las cosas. Por ello, también tiene todos los nombres, puesto que ellos provienen del único Padre. Por ello, no tiene ningún nombre, puesto que él es el Padre del todo.

29. *¿Quién podría alabarte suficientemente y de acuerdo con tu valor? ¿Hacia dónde dirigir mis ojos para alabarte? ¿Hacia arriba? ¿Hacia abajo? ¿Hacia el interior o hacia el exterior? No existe ningún camino, ningún lugar, ninguna criatura que esté fuera de Ti; todo está dentro de Ti y todo proviene de Ti. Tú das todo y no recibes nada: pues Tú posees todo y no existe nada que no Te pertenezca.*

30. *¿Cuándo cantaré tu alabanza? Ya que es imposible comprender tu hora y tu tiempo.*

31. *¿Y por qué cantaré Tu alabanza? ¿Por lo que has creado? ¿Por lo que no has creado? ¿Por aquello que has revelado, por lo que mantienes oculto?*

32. *¿Y con qué cantaré tu alabanza? ¡Cómo si algo me perteneciera! ¡Como si poseyese algo propio! ¡Como si fuese alguien diferente a Ti!*

33. *Pues Tú eres todo lo que puedo ser, Tú eres todo lo que puedo hacer, Tú eres todo lo que puedo decir. Tú eres todo y no existe nada fuera de Ti*

34. *Tú eres incluso lo que no existe. Tú eres todo lo que ha llegado a existir y todo lo que no ha llegado a existir. Tú eres Espíritu, cuando es el alma-espíritu quien Te contempla. Padre, cuando das forma a todo el universo. Dios, cuando Te revelas como fuerza activa universal. El Bien, porque Tú has creado todas las cosas.*

35. *Lo más sutil de la materia es el aire, lo más sutil del aire es el alma, lo más sutil del alma es el espíritu, lo más sutil del espíritu es Dios.*

XXXI

La barca celeste y su tripulación

El propósito del octavo libro de Hermes es ofrecer a quienes lo estudian una firme, imperturbable y elevada comprensión de Dios. Tal comprensión debe calificarse como un don incomparable, puesto que es la base de un conocimiento humano verdadero. Es una roca en la tempestad, un sostén en las vicisitudes de la vida. A partir de la única comprensión correcta de Dios puede deducirse todo, lo que conducirá infaliblemente al candidato a buen término. Por ello, el alumno de los misterios gnósticos debe ser introducido en esta comprensión de Dios, debe ser iniciado en ella. Sin embargo, esta iniciación debe tener una base, un fundamento sólido que la explique. Por esta razón, desde el comienzo, se establece como principio que sólo hay comprensión liberadora de Dios cuando el candidato es capaz de aproximarse a esta comprensión con los ojos del alma renacida. El renacimiento del alma es la base del conocimiento de Dios.

Es, pues, imposible que la comprensión hermética de Dios tenga el más mínimo punto común con la comprensión intelectual y racional. Éste es el argumento que nosotros oponemos al entrenamiento intelectual dialéctico y al mito de la pretendida superioridad del hombre con un intelecto ejercitado. De hecho, es todo lo contrario.

Al resaltar que no podemos considerar como superior al hombre entrenado intelectualmente, de ninguna manera queremos decir que se deban tener reservas con respecto a lo que llamamos el hombre inteligente. Le deseamos mucha inteligencia, sabiduría y prudencia

en su lucha a través de este mundo oscuro y difícil. Pero si se considera el desarrollo de la inteligencia como un medio para liberar a la humanidad y se quiere entrenar la inteligencia para este fin, con los muy conocidos métodos del mundo moderno, entonces en lugar de superioridad, el cerebro sufre una serie de graves mutilaciones y se hace impermeable a los toques de la luz liberadora, lo que constituye un gran peligro para el hombre en cuestión, para el mundo y la humanidad.

De hecho, el Ánimo es la base del conocimiento, de la sabiduría que proporciona la liberación. Por nuestras explicaciones precedentes sobre el *Corpus Hermeticum*, ya sabe lo que entendemos por el Ánimo. Es el alma renacida que ha encontrado personalmente su Poimandres, que se ha vuelto a unir a su Poimandres. Definimos así el proceso inicial del devenir de la conciencia gnóstica.

La plenitud gnóstica toca al alumno en el santuario del corazón y, como consecuencia de ello, la rosa del corazón, el átomo-chispa de espíritu, se abre. Entonces, el alumno puede recorrer su via dolorosa, su camino rosacruz. Es el recorrido hacia la cima del cráneo, el despliegue de nuevas y diversas posibilidades del santuario de la cabeza a lo largo del camino de la endura. De esta manera, se desarrolla el nuevo devenir de la conciencia. El alma así enlazada, así unida al espíritu, que ha ennoblecido los centros de la cabeza y del corazón para hacerlos dignos de su elevada misión, posee los ojos del Ánimo.

Tomado en este sentido, el Ánimo es una palabra que indica totalmente la unión, en un sentido nuevo, de las funciones de la cabeza y del corazón. Esta reanimación pura, elevada y correcta, abre los centros del cerebro todavía latentes y los prepara para el pensamiento y la comprensión puros. Por ello, el octavo libro de Hermes se sitúa en el plan del hombre-alma liberado y despierta a Tat, el alumno serio, a ese estado. No se trata pues de un llamamiento a la orientación mental ordinaria del hombre nacido de la naturaleza.

Podría ahora plantearse: «¿Si este nuevo y elevado estado de Ánimo no es todavía el mío, qué podría decirme el octavo libro? ¿No es la razón intelectual ordinaria el puente por el que Hermes puede llegar a mí?».

A esto le contestamos: Todo depende de usted. La palabra de la Gnosis Original se dirige a los alumnos de la Joven Gnosis. La Joven Gnosis dispone de un Cuerpo Vivo, de la herencia de quienes la han precedido y de la estructura de las líneas de fuerza de la efusión del espíritu. Porque el Cuerpo Vivo de la Joven Gnosis ya ha podido festejar la unión de su alma con el espíritu. El alumno tiene, en tanto que hombre nacido de la naturaleza, el privilegio de entrar en unión directa con este Cuerpo Vivo y, por una ofrenda del yo perfecta y sin reservas, de que su yo muera cada día. De esta forma, el alumno llega a ser una célula viva en el Cuerpo Vivo, lo que Pablo llama «el ministerio de la reconciliación». Este proceso de liberación es un proceso de elevación donde lo que es nuevo ejerce un poder absoluto sobre el hombre y le hace justo. Son numerosos los alumnos a quienes se les presentan estas posibilidades en el Cuerpo Vivo, pero muy pocos los que hacen uso de ellas. Quienes no utilizan estas posibilidades, ni la ley que las activa, de hecho, permanecen en el exterior.

Afirmamos que es realmente posible que la esencia del octavo libro obre en usted de manera liberadora, aunque sólo sea por una consagración verdadera al alumnado vivo de la Joven Gnosis. No es suficiente una consagración en abstracto, porque son millones los que se interesan de esta forma por el devenir de la conciencia gnóstica o por la filosofía gnóstica. No, el secreto de la realización está en consagrarse, desde este mismo momento, directamente, en ofrenda total de sí mismo, a la Gnosis que se despliega. Y, para usted, la Gnosis es la Joven Gnosis del Lectorium Rosicrucianum.

Si posee esta comprensión y, en consecuencia, se dirige a ella, será realmente posible que la esencia del octavo libro actúe en usted, aunque aún no haya alcanzado el estado de liberación del alma-espíritu, pues el Cuerpo Vivo sí que lo ha alcanzado.

Pues ¿en quién se emplearía la gracia de liberación que ofrece el Cuerpo Vivo sino en quienes declaran pertenecer completamente al Cuerpo Vivo del grupo? La sencillez de esta verdad habla por sí misma, al menos es lo que esperamos. No hubiéramos aprovechado la ocasión para revelarle este gran secreto de salvación, si no fuese necesario alcanzar urgentemente una verdadera comprensión de Dios. En efecto ¡cuánta confusión ha provocado ya, en el transcurso de los siglos, la pretendida comprensión de Dios, propia de la humanidad dialéctica! Y ¡hasta dónde llegará aún esta confusión!

De lo que sigue, oh Tat, tendrás una explicación detallada con el fin de que tus ojos se abran a los misterios de Dios que está por encima de todo nombre. Comprende, por la contemplación interior, cómo quien parece invisible al común de los mortales, se volverá para ti el más manifiesto. Pues Él no sería verdaderamente si no fuera invisible. Ya que todo lo que es visible ha llegado a ser, se ha manifestado, en un momento dado. Lo imperceptible, sin embargo, es por toda la eternidad, no necesita manifestarse. Es eterno y hace que se manifieste todo lo demás. Él hace que todo se manifieste, sin manifestarse Él mismo. Crea, sin ser creado Él mismo. No se muestra bajo ninguna forma perceptible, pero confiere a todo una forma perceptible. Pues sólo lo que ha sido creado tiene una apariencia perceptible. Nacer, devenir, es volverse visible.

El Único que no ha nacido es, pues, tan invisible como desprovisto de apariencia perceptible; pero como Él da forma a todas las cosas, es visible por todo y en todo, y especialmente ante quienes Él quiere revelarse. Por ello, Tat, hijo mío, ruega en primer lugar al Señor, al Padre, al Único, a Aquél que no es el Uno, sino el origen del Uno, que te conceda el poder contemplar ese Dios de una grandeza tan indecible, aunque haya hecho brillar en tu conciencia tan sólo uno de sus rayos. Sólo la conciencia del alma ve lo invisible, puesto que ella misma es invisible.

Únicamente para los ojos del alma-espíritu, para la conciencia del alma, puede quedar manifiesto aquello que para los demás, que aún no poseen esos ojos, está totalmente escondido. En el fondo, nada está oculto en la manifestación del universo; nada puede estar oculto. Los misterios son invisibles porque los hombres no tienen ojos para contemplar claramente lo que se ha manifestado. Todo lo que Dios quiere manifestar de su ser, en y por sus obras, es perceptible. Si ello permaneciera profundamente oculto, no existiría. Reflexione bien sobre esta idea, pues es liberadora y pone fin, resueltamente, a todo tipo de ilusiones y peligros.

En los siete planos cósmicos del eterno y vasto universo, el Logos eterno ha manifestado y no deja de manifestar todas sus obras. Manifestarse es nacer. Todo lo manifestado puede ser conocido, sondeado, experimentado. Por lo tanto, cuando el alumno cumple la ley del desarrollo del alma-espíritu, comprende todo lo que se ha manifestado en todo el universo. No hay ningún obstáculo ante él.

Si comprende bien esto, ya nunca más será víctima de la explotación vil de los misterios que tan a menudo se practica en este mundo. Es la explotación de la imperfección humana.

Al escribir estas líneas somos conscientes de que podrían decirnos: «sus repetidas recomendaciones sobre una ofrenda total y sin reservas al Cuerpo Vivo de la Joven Gnosis, ¿no serían acaso una forma de explotación de los misterios?» A ello respondemos: Por supuesto que no, pues la ofrenda total al Cuerpo Vivo sólo es perfecta y conduce a la meta cuando la decisión se toma con plena independencia y en completa libertad. Cualquier ofrenda forzada del yo es inmoral.

El grupo nuclear de la Escuela Espiritual, que ha explicado en unidad el Cuerpo Vivo, no le explota, ya que el Cuerpo Vivo es una esfera de vida activada por un grupo y no por un hombre. Para utilizar una antigua terminología, es una barca celeste que emprende un viaje. Y si toma la decisión de ir en esta barca para

alcanzar la meta con el grupo y en el grupo, no es el Cuerpo Vivo quien le explota, sino exactamente lo contrario: ¡es usted quien explota al Cuerpo Vivo! En efecto, usted lo utiliza, intenta alcanzar la meta con su ayuda. Y quienes experimentan el sufrimiento de la ley natural al dejarle utilizar la barca celeste, quienes no dejan de suplir sus debilidades, de asegurar el curso de la barca, de mantenerla a flote y, para ello, hacen los mayores esfuerzos y sufren por usted, al menos pueden esperar de usted que se comporte como un miembro digno de la tripulación.

El mayor sufrimiento que puede infligir a los navegantes de la barca celeste es que la revelación no tenga lugar en la forma en que debería revelarse, situación imputable a los comportamientos a veces tan singulares de diversos alumnos. Toda persona unida a la Joven Gnosis como alumno, puede recibir de primera mano la revelación completa, el conocimiento preciso, de lo que el Cuerpo Vivo hace por él o, al menos, puede hacer. Y si éste no es el caso, si tal revelación no tiene lugar, es indudable que la causa está en una autodefensa excesiva por su parte, en un egocentrismo excesivo, o bien en el hecho de que el alumno se ha introducido en la Escuela con intenciones encubiertas. Es evidente que estos comportamientos retrasan el curso de la barca y aumentan el sufrimiento de los navegantes. Y al mismo tiempo, en estos casos, es una exigencia razonable y moral examinar si estos miembros de la tripulación deben ser conservados. En efecto, existe el peligro de que un miembro indigno no sólo retrase la barca, sino que ejerza influencias nefastas.

XXXII

La eternidad en el tiempo

Los siete grandes planos cósmicos, la totalidad del espacio que lo engloba todo, son los siete campos de manifestación del Logos. Todo lo que está presente en el espacio universal como vida, movimiento y existencia, es revelado principalmente a quienes poseen el Ánimo, el alma nacida al espíritu. Los misterios de los siete planos cósmicos no son, pues, reales. El misterio proviene de la falta de comprensión, de la carencia de sabiduría, de la ausencia del verdadero conocimiento. Los ojos del Ánimo, del alma-espíritu, no se muestran a quienes sufren esta carencia. Sin embargo, continúa Hermes, existen muchas cosas encubiertas y absolutamente imperceptibles, pues los siete planos cósmicos están encerrados en el misterio divino y en lo desconocido divino.

En consecuencia, hay una divinidad revelada y una desconocida, lo invisible eterno. De este invisible eterno parte la manifestación de los siete campos de manifestación. Desde el punto de vista filosófico, aparte de la imposibilidad que esto representa, no es necesario conocer lo invisible; pues lo invisible, lo incognoscible cumple enteramente su plan en su campo de manifestación y allí es donde se revela.

Sin embargo, cabe preguntarse si no sigue siendo un misterio real, el de la grande e insondable divinidad. Hermes responde a esto con estas palabras:

Lo imperceptible hace que todo se manifieste, sin manifestarse Él mismo. Crea, sin ser creado Él mismo. No se muestra bajo ninguna forma perceptible, pero confiere a todo una forma perceptible.

Es, pues, posible conocer la divinidad imperceptible a través de su creación. De esta forma no hay más misterios, porque la divinidad revela lo que ella es, incluido su carácter imperceptible.

El Único que no ha nacido es, pues, tan invisible como desprovisto de apariencia perceptible; pero como Él da forma a todas las cosas, es visible por todo y en todo, y especialmente ante quienes Él quiere revelarse.

De este modo comprobamos, con una dicha indescriptible, que no hay obstáculos fundamentales entre Dios y el hombre. Cuando superamos dichos obstáculos, atravesamos lo manifestado hasta alcanzar lo no manifestado; vamos, pues, a través del tiempo hasta la eternidad. El tiempo es lo manifestado, la eternidad lo no-manifestado, de donde proviene todo lo manifestado. La eternidad es pues el propio principio del ser, el núcleo de la fuerza, lo más elevado de la creación. El tiempo y la eternidad no pueden estar separados en el espíritu. Se determinan el uno al otro, se entrelazan entre sí. En el tiempo descubrimos la constante marcha hacia adelante de las manifestaciones, que se realizan cada vez con mayor magnificencia. La eternidad es el gran suelo nutricio, el soporte, la que realiza. Se puede hablar con justicia, como el profesor de Hartog, de «la eternidad en el tiempo». Quien comprende y siente esto entra inmediatamente en una paz profunda, en la paz de Belén, pues ha encontrado la unidad con Dios, y se ha liberado de la muerte. Pues la esencia, la esencia profunda del cambio, es la eternidad.

¡Cuán pequeño y cuán sencillo es, con relación a todas estas cosas, el mundo de la dialéctica y la minúscula vida del hombre nacido de la naturaleza! Son como ondas en la superficie del agua, deformación incidental de la realidad, como el grito de un animal en el silencio inmenso. Quien permanece en esta pequeñez, quien se entierra en ella, es verdaderamente estúpido. Quien toma la onda

en el agua por la esencia y no ve la inmensa superficie es ciertamente muy necio. Es evidente que este tipo de persona ha aprendido a temer a la muerte, la eliminación de la onda. La muerte que viene a arrancar al hombre caído de su ilusión, de su locura.

La ilusión tiene tremendas propiedades cristalizantes. Así pues arrancar la ilusión no puede hacerse de forma armoniosa. Romper, transformar una cristalización significa pulverizarla totalmente. Por ello el hombre dialéctico ha temido siempre a la muerte. El tiempo significa, para el hombre nacido de la naturaleza, envejecer, perder su vitalidad, ver continuamente a la muerte acercándose más, cavar su propia tumba. Por esta razón intenta retrasar el tiempo, su tiempo, prolongarlo, huir de él. Triste carrera contra el declive. Pero para el hombre nuevo, a cuyo devenir usted está llamado, el tiempo es el impulso hacia la glorificación, la marcha armoniosa de fuerza en fuerza y de transformación en transformación, un viaje por el río de la eternidad. Si comprende esto, estará completamente de acuerdo con el versículo séptimo del libro octavo:

Por ello, Tat, hijo mío, ruega en primer lugar al Señor, al Padre, al Único, a Aquél que no es el Uno, sino el origen del Uno, que te conceda el poder contemplar ese Dios de una grandeza tan indecible, aunque haya hecho brillar en tu conciencia tan sólo uno de sus rayos. Sólo la conciencia del alma ve lo invisible, puesto que ella misma es invisible.

¿Se da cuenta, usted que forma parte del grupo y participa por ello en el Cuerpo Vivo, que le ha sido concedido realizar, si quiere, la grande y santa ley, de experimentar, de sentir la eternidad en el tiempo y el tiempo como una marcha eterna hacia delante? Para ello es necesario que aprenda a orar. La verdadera oración es la elevación del alma en los siete rayos del Espíritu Séptuple, en las siete corrientes de la eternidad que engloban el tiempo, lo penetran y lo guían. El alma renacida forma parte integrante de estas siete corrientes de eternidad y, por su naturaleza, buscará y celebrará la

unión de día en día y de hora en hora. El alma renacida es una con la divinidad. Para ella, orar es vivir del espíritu, por él y en él. Y orar significa despertar, provocar un derramamiento de fuerza con el fin de que se cumpla la revelación que se desea o anhela.

He aquí un sencillo ejemplo: su casa está conectada a la red eléctrica, si usted pulsa el interruptor, la luz se enciende, la calefacción se pone en marcha. El alma renacida está vinculada al Padre y a sus siete rayos. La oración es el acto, la invocación para vivir, trabajar y actuar a partir de esta fuerza y en ella. Así pues, con toda razón se dice en Juan, 14: «En verdad, en verdad, os digo, quien crea en Mí hará también las obras que Yo hago, y todo lo que pida en Mi nombre, lo haré para que el Padre sea glorificado en el Hijo».

Todo esto se refiere a la propia esencia de la magia gnóstica a la que están asociados grandes peligros cuando las fuerzas en cuestión son invocadas de forma impía. A este propósito señalamos que, en el mundo dialéctico, la repetición frecuente de oraciones, por ejemplo, las que practican los sacerdotes de la humanidad nacida de la naturaleza, hace que se cumpla en mayor medida la ley de la naturaleza de la muerte, debido a la estrecha unión que se establece con los eones de la naturaleza.

El alma renacida, sin embargo, está unida de nuevo al Padre y recibe todo lo que necesita para el conjunto del sistema microcósmico al que pertenece. Para esta alma, la vida es una oración ininterrumpida y por esta oración penetra en ella todo lo que podría necesitar para el tiempo y la eternidad. Es pues lógico que, cuando sea útil o necesario, pueda demostrar su magia derramando las fuerzas que ha recibido y de las dispone: derramamiento de fuerzas para la Escuela Espiritual, para la Gnosis o para un hijo de Dios en la Escuela.

La responsabilidad del alma-espíritu es grande. Debe tener una gran inteligencia con el fin de determinar si la fuerza del Espíritu Séptuple debe o no ser invocada mantrámicamente. En este sentido hay que comprender lo que dice Juan, 20, cuando transmite las

palabras de Jesús el Señor a los iniciados gnósticos: «A quienes perdonéis los pecados, les serán perdonados, y a quienes se los retengáis, les serán retenidos».

Existen numerosos casos y situaciones en las que el trabajador que ha sido elegido no puede hacer uso de la santa fuerza del espíritu. Si lo hiciera, sin lugar a dudas se cumpliría la ley santa: «los pecados son perdonados». Esto significa que los lazos entre el karma del ser aural y el plexo sacro se rompen, pues sobre esto reposa la ley de la remisión de los pecados. Así pues, los pecados son perdonados, pero como no ha sido aprendida la lección indispensable, inmediatamente se cometerán los mismos pecados y la persona en cuestión sufrirá seguidamente un gran desasosiego. Además, el trabajador sacerdotal que ha intervenido de forma errónea y ha perdonado los pecados, atraerá a su propio sistema este karma rechazado y no asumido, lo que lógicamente le hará perder la unión con el campo del espíritu. A ninguna de las dos partes habrá beneficiado esta intervención errónea. Por el contrario, esto supone un aumento del sufrimiento.

El trabajador sacerdotal, gracias a la magia gnóstica, también puede intervenir en el sentido de una neutralización o de una sanción. Hay numerosos casos donde es absolutamente necesario hacerlo. Si el trabajador sacerdotal omite hacerlo, por ejemplo, por consideración humanitaria o por razones de relación personal, primero va a dejar que se produzca el mal; segundo, los pecados de las personas implicadas se agravarán; tercero, el Cuerpo Vivo de la Escuela será dañado; cuarto, todos los participantes del grupo serán engañados y el resultado será que, quinto, él mismo será sancionado como causa real de todos estos males. Por el ejercicio impío del sacerdocio, todo el trabajo de una escuela espiritual gnóstica podría ver llegar su última hora.

XXXIII

El canto de alabanza de Hermes

¿Quién podría alabarte suficientemente y de acuerdo con tu valor?
¿Hacia dónde dirigir mis ojos para alabarte?
¿Hacia arriba? ¿Hacia abajo? ¿Hacia el interior o hacia el exterior?
No existe ningún camino, ningún lugar, ninguna criatura que esté fuera de Ti; todo está dentro de Ti y todo proviene de Ti.
Tú das todo y no recibes nada: pues Tú posees todo y no existe nada que no Te pertenezca.

¿Cuándo cantaré tu alabanza?
Ya que es imposible comprender tu hora y tu tiempo.

¿Y por qué cantaré Tu alabanza?
¿Por lo que has creado? ¿Por lo que no has creado?
¿Por aquello que has revelado, por lo que mantienes oculto?

¿Y con qué cantaré tu alabanza?
¡Cómo si algo me perteneciera! ¡Como si poseyese algo propio!
¡Como si fuese alguien diferente a Ti!

Pues Tú eres todo lo que puedo ser,
Tú eres todo lo que puedo hacer,

Tú eres todo lo que puedo decir.
Tú eres todo y no existe nada fuera de Ti

Tú eres incluso lo que no existe.
Tú eres todo lo que ha llegado a existir y todo lo que no ha llegado a existir.
Tú eres Espíritu, cuando es el alma-espíritu quien Te contempla.
Padre, cuando das forma a todo el universo.
Dios, cuando Te revelas como fuerza activa universal.
El Bien, porque Tú has creado todas las cosas.

Lo más sutil de la materia es el aire,
lo más sutil del aire es el alma,
lo más sutil del alma es el espíritu,
lo más sutil del espíritu es Dios.

Este canto de alabanza, que cierra el octavo libro de Hermes, es tan extraordinario, tan trascendental y se diferencia tanto de los cantos de alabanza habituales que es bueno y necesario que lo examinemos con más detenimiento. Se inscribe en el sentido general del tema tratado en el octavo libro y, de hecho, su esencia es la conciencia de nuestra incapacidad para alabar al Padre del universo de forma correcta y satisfactoria.

Hemos visto que Dios es tanto trascendente como inmanente, lo que significa que irradia en todos los planos cósmicos, que se manifiesta en todo y en todos, y que al mismo tiempo está fuera de la manifestación, en lo que no puede ser conocido. Es, pues, lo conocido y lo incognoscible, el tiempo y la eternidad a la vez. Quienes penetran la Gnosis, sobre la base de esta realidad, adoran, alaban y agradecen a la divinidad de una forma completamente distinta.

El hombre religioso según la naturaleza se hace una representación más o menos majestuosa de la divinidad. Ya sea

rudimentario o cultivado, el hombre se dirige hacia un dios que supone que existe en alguna parte, en la mayoría de los casos, por encima de él.

¿Dónde se encuentra la dificultad? Cuando se reflexiona en algo, y en este caso en Dios, con respeto, alabanza y agradecimiento, se necesita un punto hacia el que dirigir el pensamiento. Quien tiene alguna experiencia de concentración mental sabe que busca automáticamente ese punto. Por ejemplo, se dirige hacia un templo. Pero, ¿hacia dónde va a dirigirse un gnóstico que está iniciado en la esencia de las cosas? No encuentra ningún punto concreto sobre el que concentrar su pensamiento en lo que se refiere a Dios, al Padre. Y, si lo encontrara, sólo sería una parte, un ínfimo detalle de la revelación de Dios. Por ello Hermes dice: *¿Hacia dónde dirigir mis ojos para alabarte? ¿Hacia arriba? ¿Hacia abajo? ¿Hacia el interior o hacia el exterior?*

Puesto que lo trascendente es igualmente inmanente, no se puede definir de ninguna forma dialéctica. Ni con el tiempo, ni con la eternidad. Ni con la distancia, ni con la orientación. ¡De ninguna manera!

Además, en este canto de alabanza, surge la pregunta que expresa Hermes: *¿Por qué cantaré tu alabanza? ¿Y con qué?* ¿Es el yo algo que existe por sí mismo? ¿Es el microcosmos algo autónomo? ¿Posee el microcosmos, considerado en su relación con el todo, algo que le sea propio? ¿No es cierto que el microcosmos, la personalidad, el estado de nuestra alma no son sino ínfimas partes, minúsculos aspectos de la manifestación de Dios? ¿Y que Dios es todo lo que soy, todo lo que seré jamás, todo lo que jamás tendré la posibilidad o la capacidad de ser? Así nos sumergimos en el océano de la manifestación divina; en lo que sobrepasa con mucho toda alabanza, todo respeto y toda gratitud. ¿Pues acaso no es la manifestación divina el océano de la plenitud eterna, la propia inmensidad?

La parte más sutil de la manifestación de la materia es la atmósfera, el aire. La atmósfera, en su sutileza menos palpable, es

la sustancia astral pura. De esta sustancia está constituida el alma: el alma inmortal que amamos. La propia esfera del alma comprende numerosos grados de sutileza.

En la cima, sus vibraciones pasan a las del Espíritu Séptuple y es el nacimiento de Poimandres el que, en su fusión con el alma, engendra el Ánimo, el alma-espíritu. ¿Y acaso el Espíritu Séptuple no se expresa en la eterna e incognoscible bondad?

Por ello, aunque hablemos de un canto de alabanza de Hermes, de hecho no lo es. Es simplemente la expresión de una perplejidad profunda, la inmersión en el océano de la manifestación de Dios. ¡Qué podamos conocer, llenos de mudo respeto y de una alegría sin nombre, a través de los ojos del alma-espíritu, la manifestación divina, de la misma manera que Dios se conoce a sí mismo!

XXXIV

La sabiduría del mundo y la sabiduría de Dios

Llamamos una vez más su atención sobre la última parte del séptimo versículo:

Por ello, Tat, hijo mío, ruega en primer lugar al Señor... que te conceda el poder contemplar ese Dios de una grandeza tan indecible, aunque haya hecho brillar en tu conciencia tan sólo uno de sus rayos.

Numerosos traductores del *Corpus Hermeticum*, al no tener suficiente conocimiento de la Gnosis, siempre cometen el error de leer: «que os sea concedida la gracia de que un solo rayo de Dios pueda iluminar vuestra conciencia». Esto puede ser verdad en cierto sentido; pero no han comprendido la verdadera intención de Hermes. Al principio todo candidato a los misterios gnósticos sólo es iluminado por uno de los siete rayos del Espíritu Séptuple. Hay siete rayos y cada uno de ellos se subdivide en siete, de tal forma que, en cada rayo principal y por medio de él, también intervienen los otros seis en colaboración. Todo rayo es, por lo tanto, una plenitud.

Cuando toda la humanidad dialéctica haya entrado en la vida liberadora, existirán siete razas que colaborarán con total armonía y cada raza demostrará claramente, con su comportamiento, uno de los siete tipos principales. Y cuando estas siete razas se comprendan perfectamente, podrán irradiar por su colaboración

toda la plenitud de Dios. En un futuro próximo, el grupo unido al Cuerpo Vivo demostrará igualmente el trabajo común y las posibilidades de estos siete tipos de hombres. Posteriormente, quedará todavía más patente que los siete cuerpos de las siete diferentes fraternidades gnósticas estarán presentes en el campo del mundo.

Cuando una entidad en la que ha nacido el alma se une por primera vez con el espíritu, con su Poimandres, empezará por activarse uno de los seis rayos secundarios del rayo su tipo. A esto se refiere Hermes con su frase en el séptimo versículo. Aunque sólo esté activo en usted uno de los seis rayos secundarios de tu tipo, ha de aprovechar esa situación para comprender la esencia de Dios. Porque esta influencia del Espíritu Séptuple, cada vez más activa en usted, toca el santuario de la cabeza y más especialmente el poder del pensamiento. Y el poder del pensamiento, la conciencia del alma, ve en lo invisible, en lo que aún no se ha puesto manifiesto, puesto que el pensamiento siempre precede a lo manifestado.

El cerebro que todavía vive únicamente de la sangre del nacimiento, como ocurre en un niño pequeño, no es capaz de ninguna actividad mental. La actividad mental sólo es posible cuando la radiación básica del tipo viene, desde el exterior, a proporcionar esta capacidad al cerebro.

Tal vez sepa que el santuario de la cabeza contiene siete cavidades: en el hombre, una de ellas siempre está más particularmente activa; fundamentalmente se trata de una influencia astral que tiene por efecto liberar el éter reflector, el éter mental. En la naturaleza dialéctica vivimos en un determinado campo astral cuyas influencias tocan el santuario de la cabeza, transformándose primero en éter mental que, a su vez, activa las funciones cerebrales.

Pero no cometa el error de creer que este éter mental de la naturaleza ordinaria permite al cerebro contemplar lo invisible, lo

no-manifestado. El hombre natural no puede comprender, ni contemplar lo que no se ha manifestado, lo que no está directamente contenido en la esfera de percepción de los sentidos ordinarios; como máximo, puede buscarlo. En su estado de ser nacido de la naturaleza, su actividad mental, sus funciones cerebrales no son autónomas; como hombre dialéctico, usted no puede pensar libre e independientemente.

Por ello el hombre dialéctico depende totalmente, en cuanto a su actividad mental, de fuentes exteriores que se introducen en su esfera. Esto es algo muy negativo y, por consiguiente, muy peligroso e incompleto. Si sus pensamientos deben fluir de fuentes exteriores como libros, conferencias dadas por personas que a su vez tuvieron que aprenderlo de libros, no puede tener ninguna certeza de que lo transmitido sea exacto. Incluso de que su contenido sea totalmente erróneo o hipotético. Nadie se dará cuenta, por lo menos al comienzo, pues los expertos gozan de autoridad en materia de escritos y de enseñanza y son ellos los que alimentan sus pensamientos. Y sus pensamientos van a dirigir su vida en una dirección que ni siquera está determinada por ellos sino por influencias exteriores. Se le entrena como a un animal inteligente, para utilizar una expresión de Hermes. Dado que el éter mental fluctúa, el hombre puede ser víctima de sus instructores; es la tragedia de todas las nuevas generaciones. Se instruye y se entrena a una generación y, en un momento dado, naufraga como todas las generaciones precedentes.

Por todo ello, tantos males y tantas dificultades marcan el curso de los acontecimientos para las generaciones venideras; por esto, nuestro mundo civilizado está todavía en un estadio experimental y lo estará hasta que llegue a un callejón sin salida e intente salir de él a cualquier precio. Comprendamos, pues, el octavo versículo según el cual sólo la inteligencia liberada, sólo la conciencia del alma, puede contemplar lo no-manifestado. Quien posee los ojos del Ánimo podrá manifestar lo que todavía no se ha manifestado. En cuanto el pensamiento se libere en usted, por medio de él se

unirá al vasto universo de Dios en el que podrá contemplar todo aquello hacia lo que dirija su atención. Su inteligencia puede contemplar lo no-manifestado a partir del momento en que nace Poimandres, es decir, cuando el desarrollo que le antecede se ha realizado completamente, cuando se ha producido el nacimiento del alma. Entonces la flor de oro maravillosa, el ojo del alma, se abre en el santuario de la cabeza y el hombre cuya alma ha nacido puede contemplar a través del espacio abierto. Entonces el candidato entra en unión con el nuevo campo astral, del cual puede liberarse un nuevo éter mental.

Ahora comprenderá el que siempre intentemos llamar su atención hacia el Cuerpo Vivo de la Joven Gnosis, pues la nueva fuerza astral está concentrada allí; la nueva esfera astral pura se manifiesta por medio del Cuerpo Vivo de la Escuela Espiritual actual. Por ello, nos gustaría tanto que se entregase al Cuerpo Vivo en total ofrenda; no por nosotros, sino por usted, para que esté en estado de recibir la gracia de este astral puro y perfecto que llevará realmente el nuevo éter mental a su santuario de la cabeza. Al mismo tiempo, el primer rayo del espíritu le tocará el cerebro para renovarlo, para transformarlo, para despertar a los numerosos puntos todavía latentes de su santuario de la cabeza. Así se establece la unión con el campo del espíritu, con la divinidad no manifestada y con la totalidad del universo manifestado de los siete planos cósmicos, la divinidad manifestada.

De esta forma se ha hecho posible el nacimiento del tan buscado nuevo pensamiento, puro, libre y autónomo, que no depende de ninguna autoridad, que no bebe de ninguna fuente dialéctica y que está capacitado para rechazar todas las falsificaciones. El hombre se convierte entonces en un verdadero servidor de Dios. En efecto, en la Gnosis se ha vuelto maestro de sí mismo.

Con este fin, volvamos sobre un punto relativo a la inteligencia, que no hay que confundir, en ningún caso, con la memoria. Imagínese que ponemos en sus manos una traducción fiel de todos

los libros de Hermes con comentarios completos elaborados hasta el mínimo detalle. Imagínese que hubiera recibido tal regalo y que dispusiera de una memoria fantástica. Usted que, en el hombre dialéctico, una memoria ejercitada —entrenamiento que los padres imponen a sus hijos desde hace generaciones— se dilata como un estómago que recibe mucho alimento. Hay personas que adquieren el hábito de comer demasiado y provoca una dilatación de este órgano; luego necesitan mucha más comida de lo normal para llenarse el estómago, sin provecho para el organismo. Imagínese que hubiese retenido en su gran memoria la traducción completa de Hermes y que pudiese citar, cuando quisiera o se lo pidieran, ese tesoro hermético almacenado en su memoria. Ante el mundo de apariencias en el que vivimos sería un genio hermético, y una persona superficial quizá le tomaría por un iniciado de Hermes.

Sabe que todo el sistema de educación tiene por objeto conservar, ampliar al máximo la capacidad de la memoria. Se la atiborra. Es el objetivo de la institución docente y de los padres. Un niño que no se sabe la lección debe esperar una reprimenda. ¿Se da cuenta de que esto es un gran error? En realidad, con una memoria muy llena usted no sabe nada. Realmente sólo engaña al mundo y a sí mismo. Cada vez que se nutre de la reserva de su memoria, el órgano de la inteligencia sólo actúa cómo un robot.

Señalamos aquí una de las mayores mistificaciones de la cultura dialéctica que consiste en creer que el entrenamiento y la saturación de la memoria equivalen a adquirir la «sabiduría». Tal vez sea profesor, pero el profesor no es un sabio. Libérese, en tanto que hombre que busca la sabiduría liberadora, de esta mistificación que consiste en creer que el entrenamiento y la saturación de la memoria hacen de usted un nuevo pensador, libre y autónomo, un filósofo por la gracia de Dios.

Esta «sabiduría» practicada en el mundo es más peligrosa aún que la ignorancia: ocasiona lesiones en los extremadamente frágiles órganos cerebrales. Por otra parte, el hombre que se deja atrapar por esa forma de sabiduría es presa de una ilusión, de una fuerte

cristalización. Por el contrario, la ignorancia, en el sentido de ausencia de cultivo de la memoria y de sus consecuencias inevitables, termina por conducir al hombre a la búsqueda. Para el conjunto de su estado físico, de su organismo, vale más ser tonto a los ojos de los hombres que sabio, tal y como ellos lo conciben. Los niños que escapan de ese exaltado cultivo de la inteligencia, ya sea por razones sociales o porque no pueden seguir el tren de la vida, conocen por excelencia un destino dichoso: se evaden de la danza macabra.

En ningún caso pretendemos promover la ignorancia, ni aconsejarles que saquen a sus hijos del colegio, sino que lo que queremos decirle es que, desde el punto de vista del alumnado, no se inquieten si sus hijos no pueden aprender y no se entusiasmen demasiado si progresan en clase.

Esperamos verdaderamente que pueda percibir algo del gran secreto de la salvación gnóstica, es decir, que le sea dada la posibilidad de liberarse de toda autoridad y de acceder así a la propia sabiduría divina, a la Gnosis.

Descubra que en este desarrollo se eliminan todas las limitaciones, pues, por el nuevo pensamiento, el candidato puede entrar en unión con todo objeto deseado. Este objeto es atraído, se manifiesta en la cavidad situada detrás del hueso frontal, en la ciudad de jade; allí se estudia y se analiza y sus funciones se comprenden con profundidad. El candidato está unido a ello. Y si es útil o necesario puede hablar de ello para explicarlo y hacerlo comprender.

Entre los gnósticos iluminados, la memoria tiene una tarea muy distinta, la tarea original a la que estaba destinada. Por ello, insistimos en que no fuerce la memoria de sus hijos. Déles, si todavía es posible, la ocasión de encontrar su primera destinación. La memoria, para el gnóstico iluminado, sólo es un órgano de reproducción. Cuando un objeto requiere su atención, la memoria se fija enteramente en ese objeto, establece la unión con él e ilumina el entendimiento.

Para terminar, queremos llamar su atención sobre otro punto de nuestra exposición. Muchos hombres que todavía no han encontrado el camino del renacimiento del alma y que, por consiguiente, todavía no han comprendido la esencia de su propia autoridad, a veces se encuentran, en el transcurso de su búsqueda, en situaciones desesperadas y a menudo peligrosas. Todos podrían ser empujados en la dirección correcta si no fuera porque se les deniega determinada ayuda. Como sabemos, cuando un hombre realiza una búsqueda interior verdadera, es tocado por la luz elemental de la Gnosis que siempre busca lo que está perdido. En ese estado de ser, al que constantemente son conducidas millones de personas, uno se abre a la santa palabra gnóstica y a los testimonios del pasado. Pero no se gana nada con los testimonios del pasado si éstos no se concretan en el presente. ¿Qué interés puede tener una fraternidad precedente si no aparece en la actualidad como Joven Gnosis? Sólo cuando el buscador es confrontado a una Gnosis en el presente, se vuelve un testimonio vivo para él y puede encontrar en ella un ejemplo claro para su vida.

Es muy conocido que en el transcurso de los siglos, los testimonios y las reliquias gnósticas del pasado han sido sistemáticamente destruidos, mutilados, robados o guardados en secreto. Por esta razón, es necesario que algún día vea cuán urgente es que se prepare para la verdadera libertad de la que le hemos hablado. Por esta libertad, por la posesión del ojo del alma, podrá convertirse, como hombre sacerdotal, en un testimonio vivo en todo el reino gnóstico; podrá ser un consuelo y una bendición para la humanidad que busca, en su extravío y en el sufrimiento.

La literatura no es lo más importante para comenzar, aunque sea muy útil y necesaria; ni la organización elaborada hasta en los más pequeños detalles, aunque sea esencial y nos esforcemos en establecer una. Lo necesario para comenzar es poseer el ojo del alma y el nuevo pensamiento iluminado. ¡Nada se lo impide!

En la joven Gnosis necesitamos hombres sacerdotales y usted sólo podrá realizar este sacerdocio gnóstico si se abandona totalmente a la rosa de las rosas, si se consagra al grande y santo trabajo, por la endura total, realizando lo que confiesa y no contentándose sólo con hablar de ello.

XXXV

La llave de la purificación

En el octavo libro de Hermes, a partir del noveno versículo, resuena el ardiente júbilo ante lo que se ofrece a la contemplación del ojo del alma, cuando se adquiere la conciencia del alma. En el mundo dialéctico, existen innumerables cosas que la naturaleza de la muerte no explica, aunque las mismas nos dan una imagen de la maravillosa manifestación divina. Estas cosas se pueden ver cuando el ojo del Ánimo, la conciencia del alma, ha recuperado sus funciones. En la naturaleza dialéctica, lo que en esencia pertenece a la manifestación divina, se mantiene prisionero, paralizado, petrificado. De esta forma, la función es falseada, en parte o totalmente. Sin embargo, el ser divino se expresa por toda la naturaleza manifestada, incluso en las esferas infernales.

La lengua sagrada de todos los tiempos testimonia abundantemente de ello. Los hombres dialécticos, no obstante, no han comprendido nada. Creyeron, y siguen creyendo, que la naturaleza en su esencia y su vida, tal como la perciben nuestros sentidos y la conciencia dialéctica, ya expresa totalmente la intención divina. Y esto concierne tanto al conflicto de los contrarios como a la indecible crueldad y bestialidad de la naturaleza. Para el hombre terrenal la naturaleza lo es todo, según el designio divino, y por ello debe imitarla.

El hombre religioso no es el único que participa en esta profanación de Dios, ya que el hombre científico hace otro tanto. ¡Piense solamente en los biólogos que llevan sus investigaciones sobre la vida hasta la idolatría! Sin embargo, la intención de la

lengua sagrada y de la Enseñanza Universal es decirnos siempre que el principio actuante fundamental sólo es visible al ojo del Ánimo, a los ojos de la conciencia del alma. Se puede entonces distinguir la realidad esencial y revelar su intención, así como determinar bajo qué aspecto y hasta qué punto la contranaturaleza ha generado la confusión. Esto demuestra cuán útil, cuán necesario es poseer el ojo del alma para poder distinguir lo esencial de lo accesorio. Y repetimos la observación que ya hicimos a propósito del octavo libro de Hermes: este libro gira exclusivamente en torno al hombre cuya alma está liberada.

Es bueno desmitificar, de una vez por todas, el problema de la génesis gnóstica y ver claramente que sólo puede existir una cultura verdadera cuando el alma renace y encuentra a su Poimandres. Entonces el hombre ha regresado al origen de lo verdaderamente humano y puede recorrer el camino de la evolución. Después del nacimiento del alma, la personalidad en el microcosmos se deshace de toda cristalización y de toda muerte por la transfiguración y entra en la perfección de la eternidad divina. Para poder participar en esta evolución de la verdadera cultura y continuar el camino sin rodeos, es una necesidad absoluta poseer la conciencia del alma. Si recuerda lo que hemos dicho de la insuficiencia de la inteligencia dialéctica, de su inutilidad, incluso de los peligros de la memoria dialéctica, reconocerá la necesidad de adquirir este nuevo sentido infalible.

Así, pues, podemos plantear la pregunta a un grupo gnóstico como el de la Joven Gnosis: «¿Por qué razón no se les ha abierto todavía el ojo del alma a muchos de ustedes? ¿Por qué todavía no ha nacido en ustedes ese guía de su vida?»

Ya hemos dicho que después del nacimiento del alma y la ofrenda total del yo al Cuerpo Vivo, la muerte es vencida. Ahora afirmamos que el nacimiento del alma ya es un hecho para muchos alumnos; que muchos disponen de numerosas cualidades de alma y

que la ofrenda total y sin reservas del yo al Cuerpo Vivo les hará experimentar la eternidad en el tiempo.

Sin embargo, este estado no es todavía el estado deseado. El estado de hijo de Dios – subrayamos aquí la palabra hijo – no es todavía lo esencial. Pues este hijo sólo llegará a ser adulto por el despertar del ojo del alma, de la conciencia del alma. ¿Por qué entonces, a pesar de todas sus posibilidades, la mayoría de los alumnos no pueden todavía saludar el nuevo día?

La razón está en que, hasta hoy, se le ha prestado poca o ninguna atención al gran conflicto que existe en el hombre dialéctico medio entre el cerebro y el cerebelo. En otras palabras, no hay suficiente o, incluso, ninguna coordinación entre los procesos psíquicos y fisiológicos del cuerpo. Todavía hay una lucha constante ente el psíquico y el físico: entre el alma y el cuerpo.

El hombre dialéctico ordinario que está endurecido no conoce este conflicto; pues en él la psique, el alma animal y el cuerpo forman una unidad. Pero esta concordancia no predomina en la naturaleza del alumno medio de una Escuela Espiritual gnóstica. Al contrario, en él existe el conflicto entre la psique por una parte y el cuerpo por otra. Y esta lucha se acrecienta constantemente, pues se produce una renovación del alma.

Si usted forma parte, desde hace algún tiempo, del Cuerpo Vivo de la Joven Gnosis, si durante algunos meses o años ha estado orientado hacia la salvación de la Gnosis, entonces es seguro que el nuevo fluido del alma se ha diferenciado en usted o al menos ha actuado en su sangre. A partir de ese momento se desarrolla un conflicto, cada vez más intenso, entre su alma y su cuerpo. Hay que estar particularmente atento en ese momento; pues todo lo que es sano, normal, todo lo que es natural para su nueva psique, para su nuevo estado de alma, es anormal para su constitución física, para su cuerpo nacido de la naturaleza, movido por las fuerzas naturales. En otros términos: lo físico se opondrá a la aparición de la nueva psique; el alma en devenir carece de espacio, no se puede desarrollar. Y así, de hecho, usted vive dos vidas: una psíquica y

otra física. Por una parte, la vida del alma cuando, por ejemplo, está en el templo, profundiza en la literatura de la Escuela o habla de ella y de su trabajo; por la otra, la vida natural del cuerpo.

¿Ve en ello cómo estas dos vidas se bloquean y se hacen daño mutuamente? ¿No es lógico que de una situación así surjan molestias en el cuerpo? El cuerpo no es uno con el alma hasta que ha entrado en la fase de la transfiguración. Lo natural, lo físico, debe adaptarse al alma.

¿Podemos atraer su atención hacia el aspecto salutífero que conlleva la ofrenda del yo, evocada tan a menudo? Porque cuando se consagra verdaderamente a la ofrenda de sí mismo, su salud es la primera en beneficiarse. Sin ofrenda del yo, es evidente que vamos de problema en problema.

Por ello, debe realizar una elección positiva y leal. «No se puede servir a dos amos a la vez», se dice en el Sermón de la Montaña. O decide seguir el camino del alma con todas sus consecuencias, o se declara al servicio del cuerpo, al igual que todo lo que ha nacido de la naturaleza. Es uno u otro. Está excluido cualquier compromiso.

El camino del alma es, obviamente, el camino de lo infinito. El camino del cuerpo es el camino de lo finito. Teóricamente, la elección no es difícil. Espontáneamente, usted elige el camino del alma, ¡pero en la práctica ocurre otra cosa! Pues el ardiente conflicto que opone el alma que se renueva con el cuerpo nacido de la naturaleza provoca a menudo enormes tensiones; entonces la teoría queda inmediatamente barrida por la práctica, incluso completamente olvidada, cuando las tensiones llevan a una crisis. Sin duda, ya conoce esta situación.

Todas las necesidades y conmociones físicas están focalizadas en el cerebelo. Éste está directamente conectado con el corazón, el hígado, el fuego de la serpiente y el simpático, así como con el plexo sacro y el karma: todo lo que se ha acumulado durante siglos en el ser aural. Por medio del bulbo raquídeo, el cerebelo controla todo el organismo físico y para que este control se ejerza convenientemente la secreción interna desempeña también su

papel. Por ejemplo, la pineal y la hipófisis tienen una función dominante en la vida física. El cerebelo gobierna, pues, la totalidad del organismo, y simultáneamente también lo rige el cerebro mediante los grandes centros de la voluntad y del pensamiento.

Regresemos ahora al alma en crecimiento. En ella la conciencia, el sistema sensorial, el fuego de la serpiente, el simpático, el bulbo raquídeo, el corazón, el hígado, el plexo sacro, el ser aural, la secreción interna tienen un papel que desempeñar, un gran papel; sin hablar de la sangre, del fluido nervioso y de otros fluidos. Usted entenderá ahora claramente por qué, en el alumno, la nueva psique en formación y el cuerpo deben oponerse irremediablemente. No puede evitar este conflicto.

Por ello vayamos al núcleo del problema. Supongamos que se encuentra en conflicto, un conflicto interior que explica sus numerosos desacuerdos con otros. Tal vez se haya peleado con docenas de personas; la causa está en usted mismo, en el intenso conflicto entre lo psíquico y lo físico. Y en la mayoría de los casos el lugar de confrontación, el campo de batalla, es el santuario de la cabeza que somete constantemente al bulbo raquídeo a una gran presión

Algunos alumnos se quejan de dolores agudos en la nuca que a veces se extienden hasta la espalda. Si consultan a un médico, éste comenzará por prescribirles masajes, calmantes o incluso inyectables. Su diagnóstico siempre es: artrosis, artritis y calcificación de las vértebras cervicales.

Esto es muy posible puesto que el proceso de calcificación comienza en el hombre a los tres meses. Si usted, alumno serio, se queja de dolores en el bulbo raquídeo, la razón está en el conflicto entre la nueva alma en crecimiento que busca manifestarse y su estado físico. Habrá que encontrar una solución a este conflicto sin intentar, como lo hacen muchos, establecer un compromiso entre la naturaleza y la vida del alma. Esto no es posible. Si se obstina en buscar un compromiso, es mejor que abandone la Escuela

Espiritual. Si se aferra a la situación conflictiva, el ojo del alma no podrá abrirse; vivirá dos vidas en constante oposición y su cuerpo se agotará.

El alumno que descubre esto y capta lo trágico, lo dramático de la situación, a veces tiene tendencia a rechazar los impulsos del cuerpo y a luchar contra la naturaleza a la que le gustaría dominar por la fuerza. De esta forma expresa su miedo, su angustia, incluso su duda. Tal tendencia provoca indefectiblemente un agravamiento del conflicto; pues lo que se rechaza continúa existiendo, es llevado a una mayor tensión y la explosión pospuesta sobreviene de todos modos.

No hablaríamos de estas dificultades si no existiese un método que permita evitar la lucha entre el cuerpo y la psique sin violentar la naturaleza, sin vivir de forma antinatural. La Gnosis Universal habla del desarrollo del alma por la depuración, la purificación. Quien aplica este método contribuye al crecimiento del alma, despierta el ojo del alma y consigue neutralizar ese gran peligro.

Lo esencial es que el alumno sea verdaderamente un buscador de la luz, que su aspiración al nuevo estado de vida domine en él. Pues esta orientación es determinante. Cuando aspira poderosamente a la vida liberadora, este estado es el del hombre natural, el del hombre físico. Se podría decir que el alma natural gime por su deseo de liberación. Perseverar en ese estado, incluso cuando el alma ha renacido, es la llave de la purificación. Pues cuando un hombre natural tiene esta gran sed de liberación, los focos de la vida física que hemos citado y que están concentrados en el cerebelo, provocan igualmente la necesidad física.

Por ello, es necesario que el alumno adquiera el control de las funciones del cerebelo; que no sea ni vencido ni dominado por la naturaleza, que tenga poder sobre los focos del cerebelo, los focos de la vida física. Si lo logra, el cerebelo ya no ocasionará conflictos con las estructuras orgánicas, con las funciones del cerebro donde se forman, por ejemplo, los pensamientos de las cosas del espíritu.

A este respecto citamos la conocida bienaventuranza: «bienaventurados los puros de corazón pues ellos verán a Dios». El proceso debe comenzar por la purificación del corazón. La purificación del corazón es la llave del control de las funciones del cerebelo. Cuando haya obtenido ese control por la purificación del corazón, Ida y Pingala, las dos serpientes de la escalera de Mercurio, darán testimonio de la armonía adquirida y el cuerpo conservará la salud, en la medida de lo posible.

No tiene más que fijarse en quienes acaban de encontrar la Escuela. La buscaron durante años y años y debieron experimentar toda la realidad del encallamiento en este mundo. Cuando de pronto tuvieron la revelación de la Gnosis, se precipitaron hacia la Escuela con gritos de alegría. Y vea cuánto ha mejorado su salud y con qué armonía, hasta entonces desconocida, se ha desarrollado su cuerpo. Pues cuando un hombre ha buscado durante mucho tiempo y al final encuentra, su corazón salta de agradecimiento, se abre al pre-recuerdo y abraza a la Gnosis. Al mismo tiempo, mediante este anhelo intenso y la purificación del corazón —que se suceden sin controlarse conscientemente—, las funciones del cerebelo son dominadas de manera espontánea. La armonía de este hombre, que ante todo aspira y busca y que ha encontrado a su Dios, irrumpe por todo el organismo y favorece en gran medida la salud. Muchos de los que han entrado en la Escuela de esta forma, pueden dar este testimonio: «Yo no sé lo que ha pasado, pero tengo la sensación de que se me ha quitado un gran peso de encima, que soportaba desde hace años».

Si está fundada sobre este auténtico y positivo deseo de luz y de vida liberadoras, la ofrenda de toda su naturaleza no plantea ningún problema. Sólo se trata de perseverar. Cuando recorre este camino toda su naturaleza se eleva, por necesidad interior, bajo el impulso dominante del deseo de liberación, y ningún órgano físico puede ya provocar conflictos.

Ésta es la llave de la purificación de todo su sistema natural, después de la cual el alma en usted podrá nacer y realizar el viaje hasta la aurora de la resurrección. Por ello se dice en las bienaventuranzas: «bienaventurados los puros de corazón, pues ellos verán a Dios». Serán confrontados con su Poimandres.

Entrarán con el ojo del alma, con el ojo del Ánimo, el alma-espíritu liberada, en la plenitud de la manifestación divina. Ellos verán a Dios, conocerán a Dios, comprenderán a Dios, se unirán con la síntesis del octavo libro de Hermes Trismegistos.

XXXVI

Libro Noveno

Nada de lo que verdaderamente existe se pierde; a los cambios se les llama, por error, muerte y aniquilación

1. *Hermes: Hablemos ahora, hijo mío, del alma y del cuerpo, de qué manera el alma es inmortal y de qué naturaleza es la fuerza que cohesiona y disuelve el cuer*
2. *En ninguna de estas cosas está la muerte. La muerte, la mortalidad, no es más que una noción derivada de la palabra inmortalidad, sea por ficción, sea porque se ha quitado la primera sílaba y se habla de mortalidad.*

3. *La muerte es aniquilación, mas nada de lo que existe en el mundo es aniquilado. Y puesto que el mundo es el segundo Dios, es decir, un ser inmortal, ninguna de sus partes puede morir: todo lo que está en el mundo forma parte del mundo, y sobre todo el hombre, el ser provisto de inteligencia.*

4. *Ante todo y sobre todo está Dios: el Eterno, lo Increado, el Creador de todas las cosas. El segundo Dios, el mundo, ha sido creado a Su semejanza, mantenido y nutrido por Él, dotado de inmortalidad pues quienes proceden del*

Padre eterno poseen la vida eterna en tanto que criaturas inmortales.

5. *Debes distinguir la vida eterna de lo Eterno. En efecto, el Eterno no procede de ningún otro ser y si hubiera llegado a ser, sería a partir de sí mismo. Nunca ha llegado a ser, sino que se genera a sí mismo en un eterno devenir. Así el universo vive eternamente por el Eterno, pero el Padre es eterno por sí mismo: el mundo vive eternamente y es divino gracias al Padre.*

6. *El Padre formó el cuerpo del mundo con toda la materia que destinó para ello. Le dio una forma esférica, determinó las propiedades con las que lo adornó y le confirió una materialidad eterna, puesto que la sustancia material era divina.*

7. *Además, después de que el Padre hubo expandido las propiedades de las especies en la esfera, las encerró como en una gruta, con el fin de adornar su creación con todas las propiedades.*

8. *Envolvió de eternidad todo el cuerpo del mundo para que la materia no volviera al caos que le es propio, en el caso que quisiera desprenderse de la fuerza de cohesión del cuerpo.*

9. *Cuando la materia no formaba ningún cuerpo, hijo mío, estaba desordenada. Y todavía conserva algún rasgo de ello en su poder de crecer y menguar al que el hombre llama muerte.*

10. *Este desorden, este regreso al caos, sólo se produce entre las criaturas terrestres. Los cuerpos de los seres celestes*

guardan el orden que el Padre les dio en el origen; y este orden se mantiene indestructible por el regreso de cada uno de ellos al estado de perfección

11. *El regreso de los cuerpos terrestres a su estado anterior consiste en la disolución de la fuerza de cohesión, fuerza que regresa a los cuerpos indestructibles, es decir a los cuerpos inmortales. De este modo se produce una pérdida de la conciencia sensorial, pero no la destrucción de los cuerpos.*

12. *El tercer ser vivo es el hombre, creado a imagen del mundo. Por la voluntad del Padre está por encima de los demás animales terrestres, ya que posee la inteligencia. No sólo está unido por afinidad al segundo Dios, sino que también se aproxima al ser del primer Dios, por la contemplación interior. Por medio de los sentidos percibe el segundo Dios como ser corporal, mientras que reconoce al primer Dios como ser incorporal, como espíritu, como el bien, mediante el discernimiento.*

13. *Tat: ¿Este ser vivo no es, entonces, aniquilado?*

14. *Hermes: Que tus palabras sean de felicidad y alegría, hijo mío, y que comprendas lo que es Dios, lo que es el mundo, lo que es un ser inmortal y lo que es un ser sometido a la disolución. Y mira: el mundo nacido de Dios, está en Dios; el hombre, nacido del mundo, está en el mundo; y Dios, el manantial del universo, acoge a todas las cosas y las guarda.*

XXXVII

El renacimiento del alma

Ahora vamos a reflexionar sobre el noveno libro de Hermes, en el que se explica que nada de lo que verdaderamente existe se pierde. Así pues, con respecto al principio fundamental, la muerte es una quimera que debería ser devuelta al país de las fábulas. Consideremos primero la cuestión del alma y el cuerpo y hablemos del metabolismo del cuerpo, de la circulación de los átomos y las fuerzas. Coloquémonos sobre la base del axioma hermético que manifiesta que el alma es, por principio y de manera fundamental, inmortal y que el estado del alma es decisivo para la naturaleza y el estado del cuerpo, así como para el ritmo metabólico del cuerpo y de todos los fenómenos inherentes. En lo esencial de la constitución del alma y del cuerpo, en la colaboración ideal y perfecta entre el alma y el cuerpo, no se halla la muerte. La muerte, dice Hermes, es sólo una ficción. La noción de muerte y aquello con lo que el hombre la asocia es una equivocación.

Al leer esto, nos parece estar soñando pues esta conclusión de la enseñanza hermética está en contradicción con la realidad que conocemos y que vivimos y que tantas veces hemos observado en nuestro entorno. Asimismo, está en contradicción con muchas cosas que encontramos en las Sagradas Escrituras y que hemos creído constatar en la filosofía gnóstica. ¿Acaso no hablamos de la naturaleza de la muerte, por ejemplo, y de la dialéctica, es decir, del «subir, brillar y descender»? ¿Y acaso no conocemos la frase: «El

salario del pecado es la muerte»? ¿No es la muerte un fenómeno conocido en todo nuestro entorno?

Hermes no se dirige aquí al hombre en general, sino a su hijo Tat; es decir, al buscador guiado e iniciado hasta determinado nivel, que ha descubierto el principio, la verdad del alma, que ha desvelado la maravilla del alma y comprendido de lo que se trataba. Y cuando Tat, al final del discurso de Hermes, extrañado por sus explicaciones, plantea la pregunta: *¿Este ser vivo*, el hombre, *no es entonces aniquilado*? Hermes se apresura a contestar: *Que tus palabras sean de felicidad y alegría, hijo mío, y que comprendas lo que es Dios.*

En efecto, todo el noveno libro es una inflamada demostración contra la idea de la muerte. Difícilmente puede suponer Hermes que un buscador serio, introducido en la Gnosis, continúe abordando el problema por el lado erróneo, el lado exterior. Si quiere desvelar estos misterios debe colocarse en lugar del alma y examinar los distintos problemas desde ese punto de vista. Quien actúa así comprende la frase bíblica: «El alma que peca debe morir».

El alma que peca es el alma que vive y obra contra las leyes divinas fundamentales. Semejante alma es causa de perturbación en el metabolismo del cuerpo y en su propio radio de acción. Dicho de otra forma, según la terminología de la filosofía hermética, tal alma es causa de perturbación en el proceso de disolución, es decir, de transfiguración. Pero esta perturbación nada tiene que ver con la muerte. No es más que un incidente que permite restablecer la progresión de la eternidad.

Quien quiere obtener una correcta comprensión de ello tiene que eliminar dos nociones totalmente falsas relativas a la muerte, la de la teología y la del materialismo histórico. Según los diferentes puntos de vista teológicos, el fenómeno habitual llamado muerte es una transformación en la que el proceso vital se prosigue en el cielo o en el país del más allá. Múltiples grupos comparten esta opinión

y la matizan. El materialismo histórico dice que la muerte es el fin absoluto, la detención total y completa de la existencia humana.

Si puede abandonar completamente estos dos puntos de vista, percibirá la verdad de la filosofía gnóstica. Hermes quiere decir que la muerte es el fin total de la personalidad que vive en el error, que está enferma o completamente cristalizada. Lo que queda es un microcosmos liberado de esta personalidad, en el que se encuentra un núcleo central vivo, llameante: la rosa, el alma verdadera. El incidente que se produce en el proceso de la disolución, que permite al alma liberarse de nuevo de su envoltorio petrificado, es pues, en el fondo, una gran bendición para ella. El alma puede así continuar verdaderamente su ruta hacia la eternidad, con la condición de que vuelva a comenzar allí donde se provocó el incidente.

Con este propósito, el microcosmos vaciado debe buscar su vivificación por medio de una nueva personalidad, y esforzarse en vivir según las leyes y las fuerzas divinas para comenzar la transfiguración. Se trata de un metabolismo armonioso, que se implanta sin provocar incidencias; es una transformación continua en y del vestido del alma, de fuerza en fuerza y de magnificencia en magnificencia; es una dialéctica ideal, que se cumple en el séptimo aspecto del manto del alma, mientras que la propia alma, unida con su Poimandres, existe de manera autónoma en el sexto aspecto de la manifestación divina.

Considerado desde el punto de vista filosófico, la muerte es un sinsentido. *Pues la muerte*, dice Hermes con razón, *es la aniquilación*, la perdición, mientras que *nada de lo que existe en el mundo es aniquilado*. En el mundo de los cuatro elementos, fuego, agua, aire y tierra, la forma que ya no sirve es descompuesta y colocada en su lugar mientras que el alma es liberada de una fuerte cristalización indeseada. No se trata, pues, de aniquilación.

Siempre ha habido personas con una vida difícil o dolorosa que han defendido la siguiente la idea: «Favorezcamos la liberación del alma por medio del suicidio. Si este manto petrificado que

envuelve el alma ya no sirve para nada, pongámosle fin, acabemos con él». Esto es un gran error, ya que el suicidio no puede aniquilar la personalidad cristalizada. En efecto, una vez destruido el cuerpo material, los otros tres vehículos de la personalidad, los vehículos etérico, astral y mental, continúan su existencia hasta que la trama energética termina de vibrar. Y los sufrimientos del suicida, durante este lapso de tiempo, son indescriptibles. Por otra parte hay que comprender que la llave de la liberación está siempre presente, existe siempre en el ser nacido de la naturaleza. Si, en tanto que ser nacido de la naturaleza, no accede ahora a la liberación convirtiéndose en un hombre-alma, si no abre ahora las puertas de los misterios, el microcosmos deberá intentarlo la próxima vez.

El camino de la liberación abarca desde el nacimiento en la naturaleza hasta el nacimiento del alma. Al principio, cuando el alma vivía todavía en el mundo del estado de alma viva, el espíritu se expresaba en el cuerpo por medio del alma. Ahora hay que seguir el camino inverso, el camino de regreso: el hombre nacido de la naturaleza debe despertar el alma a la vida, ponerse completamente a su servicio y, guiado por ella, aspirar a la unión con el espíritu, con Poimandres, para finalmente llevarla a cabo. Quien no recorra este camino se verá obligado, en tanto que microcosmos, a repetir el proceso del nacimiento terrestre.

¿Sabe lo que significa verdaderamente el nacimiento del alma? Desde hace muchos años, nuestros escritos no hablan de otra cosa; pero quizá a algunos se les haya escapado de qué se trata verdaderamente. ¿Qué somos nosotros, hombres nacidos de la naturaleza? ¡Sólo somos cuerpos! O, según la expresión de Hermes, seres animales. No se nos puede aplicar, sin más, la realidad del nacimiento del verdadero Rosacruz que está definido en las palabras: «Ex Deo nascimur», nacemos de Dios.

Nosotros, hombres de este mundo, ¿nacemos de Dios? No, nosotros hemos nacido de la naturaleza. Somos el producto de un proceso de mantenimiento de la naturaleza. Por consiguiente,

tenemos un cuerpo que bajo ningún concepto puede compararse con el cuerpo del nacimiento divino. Nosotros, que hemos nacido de la naturaleza y que pertenecemos al género humano actual, sólo poseemos un cuerpo de emergencia que está cargado con el karma de nuestros parientes y ancestros y con nuestro propio fardo.

La mayor parte de la humanidad actual, desde el seno materno, coloca su centro vital, su principio vital, su alma, al servicio del cuerpo de emergencia. Cuando el principio de fuego de nuestro estado de vida se consagra a la naturaleza inferior, el hombre ocasiona un nuevo incidente en el proceso de disolución. El hombre, o bien el alma, hace indisoluble lo que debería ser disuelto.

¿Qué entiende Hermes por disolución? Con ello entiende el proceso de metabolismo ideal en el que las fuerzas y materias agotadas son reemplazadas de forma armoniosa, continua y en un equilibrio perfecto por nuevas materias y fuerzas. Su resultado es la devolución del manto del alma inmortal, una juventud eterna y radiante, así como una entrega cada vez mayor al proceso de transfiguración, progresando de magnificencia en magnificencia.

Pero si, a partir del nacimiento de la personalidad, el principio vital se consagra a la naturaleza, el proceso de disolución se obstaculiza y el metabolismo se perturba completamente. Entonces el fenómeno de cristalización se desarrolla más rápidamente que la sustitución de las materias.

Pero si el alma no peca, sino que comprende perfectamente el objetivo de su existencia y se coloca a su servicio, recibe el sello del verdadero Rosacruz. Nace de Dios. Ello quiere decir que atrae hacia ella un manto, un estado vehicular que responde cada vez mejor al principio de una disolución armoniosa. Lo que en ella ha nacido de la naturaleza, lo toma como «servidor de la casa», como base de partida. Quien no tiene una casa habitable tiene que estar contento de tener, para comenzar, una casa en ruinas. Tal vez le sea posible realizar las transformaciones necesarias y arreglarla a su gusto. El cuerpo nacido de la naturaleza proporciona así una base

de trabajo para el alma, es el servidor de la casa, con el fin de concretar posibilidades superiores. Y lo que es indisoluble acaba por ser disuelto. Entonces el alma, divina por naturaleza y por vocación, progresa hacia un bien superior.

Por todo ello, repetimos a menudo que no hay ningún motivo para inquietarse por una nueva inmersión en la naturaleza dialéctica de este mundo, tanto si el alma ha nacido y atrae hacia ella los primeros aspectos de un nuevo estado vehicular como si le ha llegado la hora de la muerte del cuerpo terrestre. Cuando el alma nueva comienza a formarse nosotros progresamos de fuerza en fuerza.

El renacimiento del alma significa, en su sentido más profundo, el restablecimiento de los vehículos originales del alma, con los que el hombre se eleva por encima del nacimiento natural. Los alumnos de la Joven Gnosis deben consagrarse, en primer lugar, al renacimiento del alma. No obstante, la coronación de este renacimiento debe ser realizada por la propia alma. Después del renacimiento del alma debe llegar el renacimiento por el alma. Ahora nos ocuparemos de este tema.

XXXVIII

El renacimiento por el alma

Como habíamos dicho, dirigiremos nuestra atención hacia el renacimiento que debe ser realizado por el alma. No del renacimiento del alma, sino del renacimiento por el alma. El renacimiento, la revivificación del alma, no es más que un primer comienzo. La gran mayoría de los alumnos de la Escuela Espiritual actual ya ha alcanzado este punto. No obstante, a la revivificación del alma debe seguir una reorientación del alma hacia su meta.

Quien entra en la Escuela Espiritual impulsado por un auténtico interés, entra como buscador. En la vida ordinaria del ser natural no existe la paz y, por su adhesión, usted demuestra que busca la revivificación de su alma, incluso que ya está en una de las fases de la revivificación. Pues, en el momento en que el alma es revivificada, debe dirigirse de nuevo hacia la única meta, la verdadera meta de la vida.

Por ello en la Escuela hablamos del renacimiento por el alma. Es un proceso en el que el alma toma la iniciativa, la dirección de toda la vida e irrumpe hacia el objetivo. Llamamos su atención sobre este proceso para que comience la disolución sin incidentes, la transfiguración, el metabolismo ideal, en resumen, para que entre en la eternidad. El apremiante grito del origen: «¡Salve su alma!» se dirige hacia usted. Pues, ¿de qué le serviría poseer todos los tesoros del mundo si ello perjudica su alma? ¿Dónde está la fuente de su vida? ¿Dónde se encuentra el centro de su vida? En el núcleo del microcosmos que coincide aproximadamente con el corazón. Se puede decir que en el corazón se encuentra la sede de la vida. La

conciencia del corazón es pues diferente de la conciencia de otras partes del cuerpo. La conciencia de la cabeza, por ejemplo, es totalmente diferente de la conciencia del corazón.

Desde la vida prenatal, desde la formación del embrión, hay en el corazón un punto minúsculo donde la vida comienza a manifestarse en primer lugar. Es el punto donde el alma comienza a aproximarse al ser en formación y a tocarlo. En este lugar del corazón, en este punto, la vida se da a conocer desde el comienzo. Allí está la sede de la vida, la rosa del corazón, el centro del microcosmos. Y cuando un hombre muere, la vida prosigue hasta el último momento en ese punto del corazón. Incluso cuando la cabeza es separada del resto del cuerpo, ese punto del corazón permanece con vida durante horas.

Todo lo que bulle en su cabeza, todos los pensamientos que allí levantan tempestades, todo el conocimiento intelectual que ha acumulado u otros valores, todo lo que, día tras día, cree, supone o estima, sólo se refiere a la vida animal, a la conciencia animal, a la vida que anima cada átomo de su cuerpo.

En cada átomo de su cuerpo hay vida, fuerza. Y la síntesis de todos estos átomos compone su cuerpo, forma y constituye la conciencia animal, la conciencia del cuerpo. Esta conciencia no tiene nada que ver con la vida que anima su corazón.

El problema está en saber si esta vida de su corazón es real, si verdaderamente su actividad es perfecta, si el centro del microcosmos, que corresponde al corazón y se manifiesta en su corazón, puede verdaderamente desplegarse y, por lo tanto, vivir en el sentido más elevado del término. Éste es el problema. No es sólo un problema psicológico, sino un problema meramente físico, un problema del cuerpo.

El corazón es el órgano más importante del cuerpo humano. Nuestro corazón está verdaderamente organizado de una forma maravillosa. La constitución del cuerpo humano actual es tal que podemos hablar de un orden de emergencia. La estructura y la

reproducción de las células del santuario del corazón es diferente de las de otras partes del cuerpo. El corazón ocupa así en el cuerpo una posición excepcional. Está constituido para poder cooperar con el alma, con el centro del microcosmos.

Cuando acaba de nacer un niño, su cuerpecito no es sino un factor secundario. Lo que vive, lo que verdaderamente vive, es el alma en el corazón. Los otros fenómenos vitales son una consecuencia de que un rayo del alma hace respirar al cuerpo. El cuerpo de materia tosca es pues la primera envoltura del alma. El corazón corresponde con el alma, el núcleo del microcosmos, y el alma se manifiesta en el cuerpo recién nacido por medio del corazón.

El alma, la rosa, es de naturaleza séptuple. La rosa tiene siete pétalos. Por consiguiente, el corazón humano está constituido de forma séptuple. La Enseñanza Universal habla de siete cavidades del corazón: tres superiores y cuatro inferiores. Por consiguiente, puede comparar el santuario del corazón con la alfombra mágica de construcción y hablar del triángulo y del cuadrado: el triángulo del corazón y el cuadrado del corazón.

También en el santuario de la cabeza del hombre encontramos siete cavidades. Hablamos de siete cavidades cerebrales o del «candelabro de siete brazos». Estos candeleros sólo pueden comenzar realmente su trabajo, sólo pueden comenzar a inflamarse completamente en la Gnosis, en la luz del espíritu, cuando las siete cavidades del corazón se desarrollan en concordancia con los siete pétalos de la rosa. La manipulación del corazón, como hace actualmente la cirugía, es una equivocación. Sin duda, las operaciones que se practican en el santuario del corazón, no son deseables desde un punto de vista espiritual.

Como mediador entre la rosa séptuple y las siete cavicades del corazón se encuentra el esternón. La palabra «esternón», ya lo hemos señalado, significa «radiante». El esternón es el factor radiante en la colaboración entre la rosa y el corazón. Si los siete pétalos del alma pudieran abrirse de forma perfecta en el corazón séptuple, las siete luces del santuario de la cabeza se inflamarían

igualmente gracias a esta rosa de siete pétalos. Los siete rayos del Espíritu Séptuple se manifestarían en el santuario de la cabeza, pues el santuario de la cabeza está predestinado a ser la sede del espíritu. De esta forma estos siete aspectos del espíritu se manifestarían en la cabeza, en colaboración con el alma, al mismo tiempo que en el cuerpo. Espíritu, alma y cuerpo formarían entonces de nuevo una unidad perfecta.

¡Sin embargo, esto en realidad no ocurre así! En el santuario de la cabeza del ser nacido de la naturaleza, el candelabro de siete brazos no se alza ante Dios: el Poimandres séptuple no mora allí.

El hecho de que el hombre natural viva prueba que es una criatura dotada de alma. Pero los siete rayos del alma no pueden en ningún caso manifestarse en el santuario del corazón. Por lo menos tres pétalos de la rosa permanecen cerrados: los de las tres cavidades superiores del corazón. En el hombre nacido de la naturaleza no funcionan positivamente. De las cuatro cavidades inferiores del corazón, sólo algunas están parcialmente activas. La consecuencia de esto es que la fuerza séptuple del alma no puede manifestarse en el cuerpo, ni el Espíritu Séptuple puede manifestarse en el santuario del corazón y, por ello, el candelabro de siete brazos no está encendido.

En el hombre de la naturaleza, el candelabro de siete brazos del santuario de la cabeza, las siete cavidades cerebrales, manifiesta una fuerza fluorescente; pero es un fuego astral eónico el que arde, por lo que la vida es puramente animal. Imagínese lo siguiente: un niño nace como producto del padre y de la madre. El alma habita en el cuerpo, pero no puede manifestarse completamente en los siete aspectos del corazón. El niño comienza a crecer. Además del cuerpo material, aparece progresivamente el doble etérico; más tarde, con los años, se desarrolla el vehículo astral y, por último, se enciende la llama del pensamiento. Pero ni esta llama, ni el vehículo astral, ni el doble etérico están en sintonía con el alma, sino con las posibilidades kármicas del hombre nacido de la

naturaleza. Por esta razón, él piensa, siente y desea de la forma que lo hace. Por esto es como es. Por ello, el mundo es tan desdichado.

El poder mental del hombre nacido de la naturaleza no corresponde en absoluto con el alma verdadera. Todo lo que se piensa y hace con el santuario de la cabeza no tiene nada que ver con el alma. Algo del alma se expresa de vez en cuando en el santuario de la cabeza, pero esas débiles expresiones del alma son reprimidas en su mayoría. De esta forma, la orientación y la conciencia del alma son totalmente desviadas y esto perturba igualmente las verdaderas funciones del cuerpo, pues el cuerpo del niño que crece y los otros vehículos que se desarrollan sintonizan perfectamente con el estado de alma perturbada.

¿Comprende ahora por qué, al crecer, el karma se manifiesta en su totalidad? ¿Por qué la voz de los padres y la de los ancestros aún unidos a la tierra se imponen en este punto en el niño que crece? ¡Hay demasiado poca fuerza de alma! El alma, que es de Dios, no puede manifestarse. De esto resulta siempre una perturbación del fenómeno de disolución, una perturbación del proceso metabólico. La manifestación del alma es, pues, imperfecta: el alma peca. Así, al envejecer, se desarrollan cristalizaciones que terminan en la muerte, en la disgregación de la forma. Puede comprobar, de principio a fin, cuán inevitable y lógico es todo este proceso.

Toda su vida está determinada por la calidad de su alma. El estado de su yo y todo lo que lleva consigo, como su carácter y su tipo, es el resultado, el producto de su alma. Si su alma está desamparada desde su nacimiento, si está prisionera desde ese momento, las siete cavidades del corazón no se abren y sólo se manifiesta un pequeño resplandor en las cuatro cavidades inferiores; a este estado se le puede llamar con justicia el estado de nacimiento. La gran mayoría de los hombres permanecen en este estado toda su vida; ellos son, actúan y viven exactamente como lo han hecho desde su juventud. Han envejecido, han llegado a ser independientes, tienen su lugar

en la sociedad, pero su naturaleza, su carácter, su tipo han permanecido exactamente igual al del pequeño animal de la cuna.

Puede preguntarse: «Puesto que el estado de mi nacimiento, el estado de mi yo, mi estado de conciencia, determina directamente el estado de mi alma, ¿para que luchar por obtener la vida liberadora? ¿Qué hago yo en esta Escuela? ¿No es mi caso desesperado? Mi alma no puede expresarse en mi cuerpo. Envejezco, encanezco, ya veo aproximarse a la muerte, la disgregación de la forma. Comamos pues, bebamos y divirtámonos. ¡No podemos hacer nada más! Saquemos el mejor partido y esperemos el fin».

Si reacciona así, experimentará lo que la Biblia llama «el endurecimiento de los corazones». Admitamos que, en usted, los tres pétalos superiores de la rosa estén todavía cerrados y que, de los cuatro restantes, sólo algunos estén abiertos, de forma que en usted sólo haya negatividad del alma, vida animal, un «yo respiro, vivo y eso es todo». Que por otra parte, de vez en cuando, a veces, día tras día, su corazón le acuse; que de vez en cuando su conciencia le inquiete; que su corazón clame en ocasiones y se diga a sí mismo, estremecido interiormente: «¡Qué caos! ¿Y qué hago yo ahora? De la mañana a la noche voy de aquí para allá y ¿para qué? ¿Qué sentido tiene mi existencia?»

¿Cómo ha llegado a estos pensamientos, a estas palabras? Porque el corazón le acusa. Por el «sufrimiento del ego», tal como se expresó una vez*. A veces hay que atravesar el punzante dolor de la desgracia para experimentar el horror del alejamiento de Dios. Usted sigue entonces un camino muy difícil. En un momento dado se culpa, más tarde se rebela; unas veces desesperado, otras lleno de odio, grita levantando los puños. Pues ya no comprende nada y, en los peores momentos, la voluntad se vuelve impotente.

---

* Nota del traductor: Expresión recogida del libro *Te, el devenir de la conciencia universal,* de C. van Dijk, sobre los comentarios al Tao Te King, de Lao Tse. Nederlandse Keurboekerij, Ámsterdam, 1934.

¿Conoce algo de esto? ¿Ha experimentado esta acusación de la conciencia y del corazón, esta inmensa pena que sólo olvida durante el sueño? ¿Ha tenido alguna de estas experiencias que le persiguen desde la juventud?

Si ha experimentado esto, debe estar profundamente agradecido. Dé gracias a Dios por su merced. Alégrese infinitamente, pues es prueba de que su corazón no está todavía endurecido, no está todavía petrificado. Esté muy agradecido si experimenta esto, si todavía lo experimenta, pues la voz del alma todavía le habla. Se puede decir que el alma, el núcleo del microcosmos suspira, pide ayuda cada día, ¡socorro, libérame! Y la radiación del Espíritu Séptuple se abre un camino por el esternón hasta el corazón; y desde el corazón los demás órganos de la conciencia son tocados. De esta forma se dirige a usted la voz de la conciencia, el lamento del corazón, la voz del alma.

Dése cuenta de la forma admirable en la que ha sido concebido su corazón. Su estructura es tal que, aunque el alma no pueda manifestarse en el cuerpo debido a su nacimiento en la naturaleza, la voz del alma, la voz de la rosa resuena hasta el último suspiro. Y usted continúa percibiendo esta voz salvo que endurezca su corazón, a menos que su corazón se vuelva «graso», según la expresión del salmista. ¡De aquí viene también el tormento de los remordimientos y las torturas de la conciencia! «Todos proceden del corazón», constata la señora Blavatsky.

Si todavía puede percibir la séptuple voz del alma, oirá también lo que está detrás de esta voz: es decir, la Gnosis que quiere rescatarle. En el transcurso de los siglos, millones de personas han escuchado esta voz que habla para convertir el corazón de los hombres. Innumerables son los que, oyendo esta voz, la conservaron en su corazón como lo atestigua la Biblia. Está escrito: «Ella guardó todas esas cosas en su corazón» y «El espíritu del Señor me ha enviado para curar a aquéllos cuyo corazón está roto».

Mientras no esté endurecido, podrá conservar en el corazón las fuerzas y actividades que le salvarán, conmover su corazón o

convertirlo, y guardar en él la esencia de la salvación, con la única condición de engrosar las filas de quienes tienen el corazón roto.

XXXIX

La santa Madre-Tierra

Volvamos ahora al noveno libro de Hermes Trismegistos y consideremos el tercer versículo:

La muerte es aniquilación, mas nada de lo que existe en el mundo es aniquilado. Y puesto que el mundo es el segundo Dios, es decir, un ser inmortal y está excluido que la parte más pequeña de este ser inmortal perezca: todo lo que está en el mundo forma parte del mundo y especialmente el hombre, el ser provisto de razón.

Lo que sí puede ocurrir es un incidente en la disolución, en el proceso continuo del metabolismo. Pero todo esto sólo concierne al vestido del alma, formado y mantenido por los materiales y las fuerzas del mundo, a saber, por los cuatro elementos: fuego, aire, tierra y agua. Cuando una forma que procede de los cuatro elementos se disgrega, todas sus partículas regresan a la fuente primordial de sus aspectos planetarios.

El mundo, nuestro planeta, nuestra Madre-Tierra, es denominado aquí el segundo Dios y, por ello, es calificado de inmortal. ¿Qué hay que entender por esto?

El hombre perfecto es, como sabe, una unidad triple: espíritu, alma y cuerpo. Cuando el alma puede desarrollarse realmente de forma séptuple, cuando la rosa séptuple puede desplegar sus pétalos en toda su belleza y, por lo tanto, cuando el corazón séptuple ha abierto completamente sus cavidades a las fuerzas de la rosa, a las siete llamas de Isis, a las siete fuerzas de la Tierra Santa, el alma así preparada ejecutará el renacimiento. Tan pronto como el alma puede transmitir realmente su poder séptuple al corazón séptuple del hombre, se desarrolla en dicho hombre un proceso séptuple.

Entonces el alma sigue un camino de cruz, que va de Belén, el corazón, al monte Gólgota, el santuario de la cabeza. Por medio del corazón, las siete cavidades cerebrales son colmadas con el prâna universal del Espíritu Séptuple.

Así es como se enciende el candelabro de siete brazos que se encuentra ante Dios. Provisto del prâna universal del Logos, adquiere un carácter muy particular para el candidato. Éste recibe el espíritu que mora en él, el séptuple Poimandres. Entonces, espíritu, alma y cuerpo, triplemente unidos, habrán formado una trinidad. En esta trinidad, Poimandres procede del primer Dios, del Espíritu Universal, el Logos, mientras que el alma y el cuerpo proceden del segundo Dios, el mundo, procedentes del santo planeta séptuple, de la Madre Isis, la Tierra divina.

La Enseñanza Universal advierte constantemente al alumno que no tome la Tierra que él conoce, por la Tierra Original. El planeta perfecto es, como el hombre perfecto, un espíritu séptuple, un alma séptuple y posee un cuerpo séptuple. La Tierra que conocemos, que se encuentra bajo la tutela abusiva de la humanidad actual, es una parte del cuerpo séptuple de la Tierra perfecta. Por esta razón, no debe considerarse como la expresión plena y perfecta del espíritu planetario. a forma que cuando usted tiene una herida en un dedo, no puede decir que todo su cuerpo está enfermo.

Así pues, como ya hemos visto, el alma del hombre, la rosa del corazón, es séptuple: perfecta y eterna, creada a partir del alma del segundo Dios, de la santa Tierra perfecta, de la Madre Isis. Por ello el versículo tres dice: *Todo lo que está en el mundo forma parte del mundo y especialmente el hombre, el ser provisto de razón.*

Comprendemos así que, puesto que nosotros devenimos de la Tierra y hemos recibido cada célula de nuestro sistema planetario, la Tierra perfecta es la divinidad que representa el Logos:

En verdad, en primer lugar y por encima de todo está Dios: el Eterno, el No-creado, el Creador de todas las cosas. El segundo Dios, el Mundo, ha sido creado por Él a su semejanza, es

mantenido y nutrido por Él y está dotado de inmortalidad, puesto que los que han salido del Padre eterno poseen la vida eterna, en tanto que criaturas inmortales.

Por consiguiente, para el hombre absoluto, lo absoluto se encuentra, debe ser encontrado, en el interior de los campos de la Tierra absoluta. El candidato, que tal vez pensaba que pronto se elevaría a otras partes del séptimo plano cósmico, donde tendría mejor vida que aquí, es reconducido por la filosofía hermética al sistema planetario del que ha devenido y que le mantiene.

Lo absoluto se encuentra y se debe encontrar en el interior de los campos de la Tierra Santa universal. Ésta es la vocación del alma. Por el espíritu procedemos del Padre, de igual modo que el espíritu planetario procede del Padre; según el alma y el cuerpo, somos mantenidos por el alma y el cuerpo de la Tierra. La vocación del espíritu de la Tierra es, por lo tanto, también la nuestra.

La vocación del espíritu planetario es conducir hacia la perfección a las diferentes corrientes de vida que nacen en su seno. Así como el Padre no deja perecer las obras de sus manos, el alma de la Tierra no deja perecer las obras que le han sido confiadas. Por lo tanto estamos asociados, en completa unidad, con todos los reinos de la naturaleza en un sentido muy extenso. Según el alma y el cuerpo procedemos de la Santa Madre-Tierra.

Tal vez se pregunte si esta conclusión de la filosofía hermética no daría lugar a un sentimiento de separación, en sentido de superioridad, e incitaría a hablar de la humanidad de la Tierra en oposición a la humanidad de otros planetas. Pero entienda bien que la Tierra absoluta forma a su vez un único sistema con los otros seis planetas y que estos siete están comprendidos en el séptuple cuerpo solar, el cual, a su vez, está comprendido en un sistema más amplio, etc., y que no existe la más mínima separación.

Cuando nos despertamos a nuestra más elevada vocación, a nuestra más elevada triplicidad humana, todas las criaturas comprendidas en el plan del Logos se manifiestan en unidad

perfecta. Por ello no se asombrarán si en los diversos escritos filosóficos, los de los rosacruces clásicos por ejemplo, el Cristo es designado como el espíritu planetario de la Tierra, y que la Biblia nos lo haya confirmado siempre así.

Si investiga en la Biblia sobre este tema, tenga en cuenta el hecho de que los traductores, en realidad, no han sabido que hacer con la palabra "mundo". Han comprendido esta palabra únicamente en el sentido de "mundo dialéctico en estado de pecado", de la misma forma que se habla de los "placeres del mundo" y de "ser de este mundo" en un sentido peyorativo. Y cuando Jesús el Señor dice con insistencia, en el Evangelio de Juan: «Mi reino no es de este mundo», se refiere al mundo de la corrupción y no a la santa Tierra absoluta.

El espíritu planetario de la Tierra, el Cristo glorioso, viene por lo tanto para juzgar al mundo de la corrupción. En efecto, el espíritu planetario de la Tierra tampoco puede dejar perecer la obra de sus manos y, por ello, la santa fuerza de la Tierra se dirige constantemente hacia lo que está caído y corrupto. De ahí las palabras de Jesús el Señor: «Yo he vencido al mundo».

Por ello es cierto que un aspecto del Mundo absoluto, es decir el vestido tosco, en donde se practica el pecado, en el que vive el pecado, desaparecerá en el proceso de cambio: «El mundo desaparecerá y todas sus codicias». Lo que permanece, lo que finalmente se eleva en la eternidad, es el Cielo y la Tierra que Juan vio en Patmos: «Vi un nuevo Cielo y una nueva Tierra y todo lo antiguo había desaparecido». El nuevo Cielo-Tierra no es otro planeta, sino la Tierra santa, que se reveló ante la visión sublime de Juan, el hombre que encuentra a su Poimandres.

Así, las palabras de la primera Epístola de Juan resultan correcta: «Lo que hemos contemplado, de eso os damos testimonio, y os anunciamos la vida eterna que está con el Padre y que nos ha sido manifestada».

En la Enseñanza Universal los espíritus planetarios son siempre denominados los grandes hijos de Dios y, por ello, Hermes habla con razón del segundo Dios. También escuchamos hablar de los grandes constructores. Platón habla de las dinastías divinas. La Biblia menciona a los arcángeles. Por esta razón, comprendemos que así como en relación con la humanidad existen los reinos naturales inferiores, también existen olas de vida muy superiores. Algunas de estas corrientes de vida más elevadas son los arcángeles, o dinastías divinas. Así también hemos oído designar a Cristo como el Arcángel, como el gran guía divino de nuestro planeta.

Hablamos abiertamente con usted sobre este punto, después de haberlo dejado de lado durante muchos años, porque éramos conscientes de los grandes peligros que trae consigo. En efecto, aparte de los arcángeles, existen aún otros tipos de entidades que en muchos aspectos pueden ser calificadas como superiores a la humanidad; entidades que desde muchos puntos de vista, están más evolucionadas, dotadas de mayor conocimiento y que, sin embargo, ejercen prácticas que se desvían del plan del Logos. Piense a este respecto en los espíritus de los eones, en las jerarquías de los eones de la que habla el evangelio gnóstico de la *Pistis Sophia*; piense en todas estas fuerzas que atormentan tan violentamente a la Pistis Sophia. Si no permanecemos estrictamente orientados hacia el renacimiento del alma y si, por este renacimiento, no comenzamos a volvernos hombres perfectos, sin duda seremos desviados por los espíritus de los eones y sus acólitos de la esfera reflectora.

Por lo tanto, las siguientes palabras se dirigen a todo candidato en el camino: «Sea fiel, pero no confíe en nadie, examine cualquier espíritu para saber si es de Dios». Esto sólo es posible si usted mismo posee a Poimandres y después recorre el camino hasta el fin.

Después de esta explicación, seguramente será capaz de comprender las demás declaraciones detalladas en el noveno libro de Hermes.

XL

Nada puede separarnos del amor que está en Jesucristo, nuestro Señor

Hay que distinguir bien la vida eterna de lo Eterno. En efecto, el Eterno no ha salido de ningún otro ser y si se hubiera formado, habría sido de sí mismo. Nunca se ha formado, sino que se crea a sí mismo en un eterno devenir. Así el universo vive eternamente a partir del Eterno, pero el Padre es eterno por sí mismo: el mundo es pues divino y vive eternamente gracias al Padre.

De toda la sustancia material destinada a ello, el Padre formó el cuerpo del mundo; le dio una forma esférica, determinó las cualidades con las que lo adornó y le confirió una materialidad eterna puesto que la sustancia material era divina.

Además, después de que el Padre hubo expandido las cualidades de las especies en la esfera, las encerró como en una caverna, con el fin de adornar su creación con todas las cualidades.

Así resuenan el quinto, sexto y séptimo versículo del libro noveno. Cuando los lea, sobre todo no piense en ninguna leyenda sagrada. Pues tratan literalmente de la consecución de la grandiosa ciencia natural divina. Para poder comprender bien esto, tal vez será mejor utilizar un ejemplo cotidiano.

Así como la radiación de un imán atrae las limaduras de hierro, así también nuestros pensamientos, que también son fuertemente magnéticos, atraen átomos de la sustancia original. Puesto que conoce el juego y la naturaleza de nuestros pensamientos y la tonalidad de base de nuestros pensamientos le es familiar, se forma y se mantiene constantemente a nuestro alrededor un espacio esférico, repleto de millares de átomos que, retenidos por nuestros pensamientos, describen su curso en este espacio. En cuanto nuestros pensamientos toman un curso fundamentalmente diferente, el orden de estas órbitas atómicas es evidentemente perturbado y, por consiguiente, cambiado. Incluso ciertos grupos de átomos son expulsados de la esfera. En nosotros sucede, pues, en pequeña medida, lo que casi diariamente ocurre por distintas razones en lo grande, en el universo dialéctico.

Pero supongamos ahora que la corriente de pensamientos permanece semejante a sí misma y que, en concordancia con esto, se crea un orden atómico estable en el sistema humano. Entonces la continuidad de la fuerza magnética de los pensamientos hará virar el curso de los átomos en una espiral orientada hacia el interior. Como ya hemos visto, en este proceso hay un recorrido en espiral orientado hacia el exterior, pero ahora vamos a examinar el recorrido en espiral orientado hacia el interior.

También, a escala microcósmica, no sólo existe un universo en expansión, sino también un universo en contracción. Las espirales dirigidas hacia el interior se vuelven cada vez más pequeñas, su trayectoria más corta, hasta el punto en que los átomos se precipitan en el fuego del cuerpo astral humano. Nuestro fuego astral concuerda cualitativamente con nuestros pensamientos. Entre nuestro estado mental y nuestro estado astral hay un equilibrio constante. El átomo de la sustancia original es escindido y abierto en este fuego, en base al pensamiento, con lo que se liberan las siete fuerzas del átomo.

Fuerzas acordes con la calidad de su estado astral y de su estado mental se escapan de este átomo. De él se escapan fuerzas

que corresponden con la calidad de nuestros estados astral y mental. Todas estas fuerzas son transformadas a continuación en éteres e introducidas en el sistema material, al cuerpo físico. Estas mismas fuerzas inciden en todos los órganos del cuerpo de forma determinada.

Si abarca el conjunto de este proceso, expuesto aquí de la forma más sencilla posible, entenderá de dónde surgen todos los fenómenos vitales, todas las subidas y bajadas de su estado corporal. Y también, por lo tanto, todas las perturbaciones en la disolución, en el gran intercambio metabólico.

Cuando tiene pensamientos de amor puro y absoluto, cuando rechaza los pensamientos de irritación, de odio, de venganza, de malicia, de crítica, de mezquindad y de bajeza; cuando sintoniza perfectamente su estado mental y, con él, su estado astral, con el renacimiento del alma, comienza a poner en práctica el Sermón de la Montaña, donde leemos: «No luches contra el mal. Cuando alguien te golpee la mejilla derecha, ponle la mejilla izquierda. Ama a tus enemigos, haz el bien a quienes te odian y ruega por quienes te persiguen».

Cuando, guiados así por la radiación positiva del Espíritu Séptuple, entramos en la filiación divina, el proceso de metabolismo atómico que acabamos de describir muestra una gran armonía, y entramos así en la disolución, de transfiguración. El resultado será una vida microcósmica desprovista de incidentes. El microcosmos perderá su carácter desordenado. En efecto, el desorden, la desorganización, la vuelta al caos y sus consecuencias, dice Hermes, aparecen solamente entre las criaturas terrestres, sólo entre las entidades de este estrato inestable lleno de incidentes donde vive el hombre nacido de la naturaleza. Por ello se dice en el versículo 10:

Los cuerpos de los seres celestes guardan el orden que el Padre les ha dado desde el origen; y este orden se mantiene indestructible por el regreso de cada uno de ellos al estado de perfección

De esta forma, el proceso de inmortalidad se encuentra en nuestras propias manos. Nada puede separarnos del amor que está en Jesucristo, nuestro Señor. Siempre y en toda circunstancia podemos salir vencedores, con sólo guardar la ley fundamental de los misterios gnósticos. Esta ley fundamental no es ni difícil de comprender, ni difícil de ejecutar. No crea a los que le digan que el camino de la Gnosis es muy difícil o terriblemente complicado. ¡No es así, en absoluto!

Gracias a la filosofía hermética, ante usted ve cómo se forma un mundo.

El espíritu divino del Padre proyecta un plan, por medio del Logos, en el océano infinito de la sustancia original. Este plan, este pensamiento divino, tiene un carácter marcadamente magnético y por ello forma una concentración, una esfera de sustancia original, en la cual los átomos son transmutados conforme a las diversas órdenes y fuerzas de este plan.

Cada átomo del universo contienen todas las cualidades y fuerzas divinas, las siete fuerzas de la vida absoluta que corresponden a los siete aspectos del Espíritu Séptuple. Lo que llamamos «radioactividad» sólo es una chispa de una de las siete fuerzas del átomo. Y cuando el hombre, por la fisión del átomo, incluso por un objetivo que se dice pacífico, libera fuerzas atómicas únicamente para obtener energía y hacer funcionar el aparato social, será víctima de las otras fuerzas atómicas que él ha liberado al mismo tiempo, pero que no ha utilizado. Las fuerzas liberadas se acumularán en la atmósfera y provocarán allí un poderoso fuego, por el cual nuestro campo de vida dialéctico será agitado y destruido por enésima vez.

El resultado de la proyección del Logos en la sustancia original es una vida absolutamente divina. Es así, y no de otra forma, como el

segundo Dios ha devenido del Logos. Con el fin de que este misterio no le parezca inverosímil, ponga atención a lo que sigue.

En todos los tiempos ha habido hombres enviados por la Gnosis, inflamados por el amor de Dios, hombres que con una gran compasión interior se han dirigido hacia quienes permanecían prisioneros del desorden de sus actividades mentales y astrales, y que todavía no habían conducido su alma al doble renacimiento, por lo que aún permanecían prisioneros del sufrimiento y de la tristeza.

Estos trabajadores comienzan siempre con un plan, empleando una intensa actividad mental. Después, proyectan este plan al exterior. Y mientras actúan, saben que jamás podrán abandonar este plan, debido a la ley natural de las fuerzas mentales y astrales, y sus consecuencias, la ley que dicta que el Creador no puede dejar perecer la obra de sus manos. Aquí se cumple también la santa ley: «Lo que está abajo es semejante a lo que está arriba».

Cuando se concibe un plan de este género dentro de la esfera de un cuerpo gnóstico, cuando tal plan es edificado a partir de las fuerzas mentales de la Luz del Mundo, de la Cadena Universal, que está completamente unida al Logos planetario, uno puede fácilmente imaginarse lo que va a suceder. En el espacio del campo de vida donde los trabajadores operan, en el campo de quienes viven todavía en el desorden, el plan proyectado engendrará un principio potente, una imagen mental, que atraerá a los átomos, como el imán atrae las limaduras de hierro.

De esta forma, se crea en la naturaleza de la muerte una esfera de naturaleza atómica, aunque todavía invisible y no vivificada: un campo de trabajo muy particular. Entonces los trabajadores van hacia quienes buscan, gimen y suspiran. Y les dicen: «bienaventurados los que aspiran al espíritu, pues de ellos es el Reino de los Cielos». Ellos conducen a todos los que buscan verdaderamente hacia el campo mental, al interior de la esfera especialmente preparada, de naturaleza mental original. Cubren a los buscadores con fuerzas de esta esfera como si de un manto se

tratara, y armonizan con el campo mental los pensamientos y las aspiraciones de quienes están reunidos, por medio de alocuciones, rituales y plegarias, de forma gnóstico-mágica.

Cuando aquéllos que se aproximan entran en esta esfera mental, cuando verdaderamente abren su corazón, surge en sus vidas, en sus microcosmos, el proceso mental y astral que acabamos de indicar con todas sus resolutivas y transfigurísticas consecuencias. Así puede representarse la marcha de todo el proceso que tiene lugar en una Escuela Espiritual de buena fe.

Hemos dicho que los creadores de los misterios están totalmente unidos a su creación. Por lo tanto es totalmente cierto lo que Jesús el Señor dijo un día a sus discípulos: «Allí donde yo estoy, estaréis vosotros también». Captará claramente, sí es capaz de entender estas palabras, cuán grandes posibilidades existen en un grupo como el nuestro. Algunos, en calidad de enviados, han comenzado el trabajo de la Escuela Espiritual moderna. Desde entonces, numerosos son los que se han unido a nosotros, en concordancia con todo su ser astral y mental: han abierto su corazón a la Escuela.

Y de esta forma, el proceso de iniciación de los alumnos ya no es desempeñado ni guiado por algunos, sino por todo el grupo, por un grupo cada vez más poderoso, que no solamente dispone de la esfera mental descrita, sino de un Cuerpo Vivo completo, una creación que respira. No es solamente una organización, sino una realidad viva. Una realidad que se expande sobre todo el mundo, una realidad anclada en el corazón del nuevo Reino Gnóstico, como una bendición divina para muchos.

XLI

El restablecimiento del equilibrio perfecto

La comprensión de la filosofía de la Gnosis egipcia original y su aproximación a ella, sólo pueden liberarle si posee el alma renacida. Ya desde el principio de nuestras reflexiones sobre las obras de Hermes Trismegistos hemos advertido seriamente al lector al respecto. Los buscadores verdaderos, aquellos en quienes crecen las nuevas fuerzas del alma, no solamente habrán tenido esta experiencia sino que también habrán sentido la alegría que ellos produce.

Sin embargo, podríoan surgir en ellos dos preguntas que merecen respuesta, a saber: nuestro campo natural, nuestro campo de vida, que forma parte de la Tierra Santa, ¿es una creación de Lucifer o es un orden de emergencia creado por los Elohim? ¿Creó Lucifer al hombre de la naturaleza, el hombre que somos, o fueron los Elohim quienes nos crearon para nuestra salvación?

La respuesta es que nuestro campo de vida constituye y sigue siendo una parte de la única Tierra, éste es pues, junto con los otros estratos terrestres, una creación de los Elohim, los Hijos de Dios ya citados, y ha sido formado según el plan del Logos. Así es como la creación, e incluso nuestro campo de vida, pueden ser calificados de perfectos.

Los relatos cuentan que Lucifer desbarató este plan de forma que numerosas almas humanas ya no pudieron ni pueden liberarse de la dialéctica, de la alternancia de las fuerzas gemelas de la naturaleza con todas sus consecuencias. Entre otras, la aparición y el desarrollo de diferentes procesos discordantes en el citado estrato, en nuestro campo de vida.

Como ya hemos explicado, el microcosmos, y el alma que se encuentra en su centro, han nacido a partir de los Elohim, mientras que la personalidad es hija de la naturaleza, procede toda ella de la naturaleza. Todo es posible con esta personalidad. Sólo el corazón del hombre es captado desde la vida prenatal por la rosa, por el alma, como ya habíamos dicho, para, desde ese momento, intentar que esté lo más abierto posible al alma y sintonice con ella. Solamente cuando el hombre coloca el corazón en el centro de su vida, en cooperación con el alma, se puede hablar de un cuerpo perteneciente al orden de emergencia.

Y ahora hablemos de Lucifer, llamado también Satán, a quien siempre se le asocia con la noción de calor o de fuego. Un fuego ardiente resplandece también en todo el universo dialéctico. Piense en el Sol, en las explosiones de los soles, sistemas solares u otros cuerpos celestes, que se pueden observar con lentes astronómicas. En nuestro estrato terrestre existe, pues, un fuego ardiente que es desginado por la Enseñanza Universal como Satán.

Desde el punto de vista cósmico, Satán no es, pues, ese ángel o arcángel caído que se opone al plan de Dios. El orden universal del Todo es inviolable, como testimonia el testamento espiritual de los antiguos rosacruces: «Dei Gloria Intacta», la gloria de Dios, su creación y su criatura son inatacables.

Al lado de Satán, el calor, el fuego ardiente, coexiste en este mismo universo, en este mismo estrato, el frío. Investigaciones actuales han descubierto temperaturas extremadamente elevadas junto a fríos inconcebibles. El elemento fuego es siempre centrífugo y el frío centrípeto, en contracción. Del fuego ardiente nace el universo en expansión, del frío intenso el universo en contracción. El frío provoca la petrificación, la cristalización.

Vea claramente las dos fuerzas gemelas de nuestro campo de vida, el calor, el fuego, centrífugo, que estalla, que explota; y el frío, centrípeto, que cristaliza, que densifica. Cuando estas fuerzas gemelas no se equilibran la una a la otra, esto provoca siempre sufrimiento, desdicha, dolor, miseria y una tremenda confusión.

Éste es el caso de nuestro campo de vida, de nuestra vida de hombres nacidos de la naturaleza. En nosotros no hay ningún equilibrio entre el fuego y el frío, entre lo que es centrífugo y lo que es centrípeto. Y ésta es la causa de todas nuestras dificultades.

A veces nos entregamos a actividades que sabemos de antemano que van a encender un poderoso fuego astral (En la Enseñanza Universal, Lucifer está siempre asociado al fuego astral). Por una determinada mentalidad, encendemos un fuego ardiente, que produce una actividad explosiva centrífuga. Pero al mismo tiempo, como consecuencia, por reacción, provoca un terrible sufrimiento. Entonces, nos decimos a nosotros mismos o a otros que nuestro corazón se parte de dolor. Esto es el frío. No comprenda el frío del curso de la vida, el frío del comportamiento humano, en el sentido literal, sino sobre todo en sentido figurado. El frío es siempre lo que provoca una contracción, una cristalización.

Quien aprende a dominar el fuego, quien no se entrega a la actividad explosiva, tiene en su poder la fuerza opuesta. El equilibrio entre lo que es centrífugo y lo que es centrípeto, entre el calor y el frío, las fuerzas gemelas de la naturaleza, tiene como consecuencia la armonía verdadera, el metabolismo ideal, la transfiguración. Si vive así, tal como lo hemos planteado en nuestras anteriores explicaciones, se neutraliza el pecado clásico de Lucifer. Éste es el secreto de la magia gnóstica.

Hemos visto que una Escuela Espiritual de buena fe se manifiesta como un Cuerpo Vivo en armonía con las grandes leyes cósmicas, centrífugas y centrípetas, en equilibrio perfecto. Cuando una comunidad gnóstica se ajusta a ello, colocándose sobre la única base correcta del verdadero orden divino cósmico, nunca tiene que temer la desaparición, la muerte, el desmoronamiento del Cuerpo Vivo. Los cuerpos vivos de las fraternidades precedentes viven todos todavía, en plena hermosura y magnificencia. Por ello el versículo 10 declara, y esto es válido tanto para el individuo como para el grupo:

Los cuerpos de los seres celestiales guardan el orden único que el Padre les ha dado desde el origen; y este orden se mantiene indestructible por el regreso de cada uno de ellos al estado de perfección.

En efecto, el equilibrio confiere al Cuerpo Vivo un metabolismo perfectamente armonioso y éste permanece eternamente joven. Pero vemos sin cesar en nuestro campo de vida todo tipo de comunidades y órdenes que, aun cuando han comenzado bien, muestran sin embargo, en un momento dado, signos de cristalización y, en consecuencia, de descomposición. Por un lado, la petrificación, la implosión y, por otro, la disgregación, la explosión. La causa de tal degeneración siempre está ligada al hecho de que, en un momento dado, los grupos en cuestión ya no se ajustan a las leyes del orden divino y, por consiguiente, la esencia no puede mantenerse en buen estado. Si se observaran las leyes fundamentales del orden divino, la esencia no se perdería en absoluto.

Nunca hay dudas sobre el fruto de un trabajo emprendido en la Gnosis. Si las leyes interiores se mantienen estrictamente, este tipo de trabajo siempre tiene éxito. Cuando la Escuela de la joven Gnosis se encuentra ante una tarea o una misión necesaria, no empieza pidiendo resolver la parte material, sino que toma la siguiente resolución: ¡es necesario, por lo tanto, comencemos! Y luego... tiene éxito.

A este propósito, querríamos indicarles que la Escuela de la Joven Gnosis, siguiendo el ejemplo de las fraternidades precedentes, se ajusta siempre a la característica gnóstica del trabajo, sin dar nunca un paso a la derecha ni a la izquierda. La aplicación de esta regla de oro es simple pero rigurosa. Si tal o cual alumno experimenta el rigor de la Escuela, no debe pensar que nosotros ejecutamos, sin amor, simplemente un artículo de la ley que se deriva de las reglas o dogmas exteriores. Al contrario, se

trata de asegurar el gran amor en la vida y en el trabajo de la Escuela. Cuando juntos, en tanto que grupo, nos ajustamos a las reglas de oro de la Gnosis, está totalmente excluido que ningún enemigo consiga dañar el trabajo.

Nunca le ocurrirá nada malo si, aislado o en grupo, sigue firmemente el camino del renacimiento del alma y del renacimiento por el alma. En efecto, quien recorre el camino del alma domina también el fuego y el frío, mantiene también en perfecto equilibrio las fuerzas gemelas del estrato terrestre dialéctico. Las tentaciones de Lucifer, del Demonio o de Satán le importan poco. Podrá festejar la coronación del camino con una victoria completa.

GLOSARIO

Alfombra: “estar sobre la alfombra”: expresión masónica relativa al comportamiento interior de un alumno que con seriedad, dedicación y perseverancia intenta realizar en sí mismo la Gnosis universal quíntuple.

Alma-espíritu: el camino de la endura, el camino del alumnado en una Escuela Espiritual gnóstica, tiene como objetivo despertar el alma inmortal verdadera de su estado de latencia. Cuando esta alma despierta de su sueño de muerte restablece la unión con el Espíritu universal, con Dios. Esta unión restablecida entre el Espíritu y el alma, entre Dios y el hombre, se demuestra en la resurrección llena de gloria del Otro, el regreso del hombre verdadero a la Casa del Padre. El Alma-espíritu es el alma que puede celebrar esta unión, la unificación con lo que la Gnosis egipcio original denomina “Poimandrés”. Es la unidad de Osiris (espíritu) e Isis (el alma), de Jesucristo, del Padre y del Hijo, las bodas alquímicas de Cristián Rosacruz, el matrimonio del novio celeste con su novia celeste.

Ánimo: el santuario del corazón del hombre dialéctico, que vaciado y completamente purificado de toda influencia de la naturaleza, vibra armoniosamente y actúa en concordancia con el átomo-chispa de espíritu.

Átomo crístico: véase Rosa del corazón.

Átomo-chispa de espíritu: véase Rosa del corazón.

Átomo original: véase Rosa del corazón.

Barca celeste: denominación de un Cuerpo Vivo. Es el arca de la que habla el Génesis, el conjunto de las fuerzas liberadoras, edificado en colaboración con la cadena gnóstica universal al servicio de la cosecha que ha de ser reunida y recogida en los graneros seguros del nuevo campo de vida al final de un día cósmico.

Belén, gruta de: el templo de iniciación más elevado de la antigua fraternidad cátara en el sur de Francia.

Cabeza de Oro: aspecto del Cuerpo Vivo de la Escuela de los Misterios séptuple, que pertenece al ámbito de los grados interiores; también es una designación del campo de la resurrección, el nuevo campo de vida.

Cadena gnóstica universal: véase Fraternidad universal.

Cámara alta: (a) a nivel microcósmico es el santuario de la cabeza. (b) la Cabeza de Oro del Cuerpo Vivo gnóstico.

Campo astral, nuevo: véase nuevo reino gnóstico.

Campo de respiración: es un campo de fuerza envolvente en cuyo interior es posible la vida de la personalidad. Es el campo de unión entre el ser aural y la personalidad, siendo totalmente acorde con ésta ya que su actividad consiste en atraer y rechazar las sustancias y fuerzas necesarias para la vida y para el mantenimiento de la personalidad.

Contranaturaleza: nuestro campo de existencia dialéctico en el que la humanidad separada de Dios, del espíritu vive por propia voluntad. Esta vida aislada del orden cósmico establecido por Dios ha desarrollado la ira, la cual

caracteriza nuestro campo de existencia en todos sus aspectos y que nosotros intentamos combatir con nuestra propia voluntad. Este desarrollo antidivino y, por consiguiente, antinatural solamente puede ser neutralizado por lo que la Biblia denomina "la reconciliación con Dios" por una consagración consecuente y confiada con esta reconciliación. La libre voluntad con que se originó ese desarrollo antidivino concuerda con la libre voluntad necesaria para neutralizarlo. Dicho de otra forma, por el restablecimiento de la unión con el Espíritu a través del camino de la transmutación y de la transfiguración, y del regreso que ello encierra a la obediencia voluntaria al orden cósmico universal.

Cosmocrátores: véase Rectores.

Cristo interior, el: véase el Otro.

Cuerpo Vivo: véase Barca celeste.

Demiurgo: entidad espiritual que procede de Dios Padre; el Demiurgo crea el mundo a partir de la sustancia original la cual, a su vez, es creada por Dios Padre. Es uno con la Palabra, con el alma del mundo.

Demonio: literalmente "fuerza natural". Si el hombre se unifica con estas fuerzas para cumplir la voluntad del Padre en libre obediencia, éstas se manifiestan como valiosos auxiliadores en el camino de la divinización del hombre. En el caso contrario, el hombre las experimenta como actividades enemigas, como las fuerzas del destino de un demonio vengador. Los eones naturales invocados por la ciega vida natural del hombre caído también son designados como demonios, en este último caso en sentido peyorativo.

Dialéctica: nuestro actual campo de vida en el todo que se manifiesta como pares de opuestos. Día y noche, luz y oscuridad, alegría y pena, juventud y vejez, bien y mal, vida y muerte, están indisolublemente unidos entre sí. Se suceden uno al otro y se generan mutuamente. A causa de esta ley fundamental todo lo que pertenece a nuestro campo de existencia está sometido a un continuo cambio y demolición, a un "subir, brillar y desaparecer". Nuestro campo de existencia es, debido a esta ley, un lugar de limitación, dolor, pena, ruptura, enfermedad y muerte. Por otra parte, visto desde un punto de vista superior, la ley de la dialéctica es también la ley de la gracia divina, la cual por su destrucción y renovación ininterrumpidas previene al hombre de una cristalización definitiva y le ofrece, una y otra vez, una nueva posibilidad de manifestación y con ella la oportunidad de reconocer el objetivo de su existencia y recorrer el camino de regreso.

Endura: el camino de la destrucción del yo, el camino de la última muerte por mediación de la entrega del yo al Otro, al hombre inmortal, al Cristo en nosotros. Es el camino del hombre-Juan, quien "endereza los caminos para su Señor". Es la práctica de las palabras: "Él - el Otro celeste - debe crecer, y yo debo menguar", lo que significa que yo debo menguar para que viva en mí el Otro celeste. El camino de la endura es el camino clásico de todas las épocas, en el que el hombre caído, a través del ardor de la purificación de un cambio total de vida, resucita en su verdadera esencia inmortal y regresa al Padre. El paso de un hombre por el mundo de la dialéctica consiste en vivir para morir. La endura es la muerte voluntaria para vivir: "Quien quiera perder su vida por mí, la encontrará".

Enseñanza Universal: no es ninguna enseñanza en el sentido corriente de la palabra ni tampoco puede localizarse en libros. En el sentido más profundo, es la realidad viva de Dios, de la cual la conciencia que se ha ennoblecido para ello, la conciencia hermética o poimándrica, aprende a leer y a comprender la sabiduría del Creador.

Eones:

a) formaciones monstruosas de fuerzas naturales impías que han sido engendradas en el transcurso de los tiempos por la vida separada de Dios (en cuanto a pensamientos, voliciones, sentimientos y deseos) de la humanidad caída. Se distinguen doce grupos principales. Están totalmente fuera del control de la propia humanidad que los ha creado, y la retienen bajo su dominio. Son las fuerzas autoconservadoras que empujan a la humanidad a seguir por los caminos de la impiedad, reforzando así los lazos que la atan a la rueda de la vida dialéctica.
b) con el nombre de eones se entiende también la jerarquía dominante de lo espacio-temporal, designados asimismo como jerarquía dialéctica o “el dominador del mundo”. Dicha jerarquía existe a partir de la formación de fuerzas metafísicas que genera la humanidad caída y está unida con los llamados eones naturales citados en el apartado a). Por medio de este luciférico dominio sobre el mundo caído dialéctico, los eones abusan de todas las fuerzas de la naturaleza y de la humanidad y promueven la continuidad de la actividad impía, favoreciendo así sus siniestros objetivos. A costa de un sufrimiento humano espantoso, estas entidades han adquirido un cierto grado de libertad respecto a la rueda de la dialéctica. Una libertad que solamente pueden conservar a precio de mantener y acrecentar ilimitadamente el sufrimiento en el

mundo. (Se recomienda al lector el libro: *El hombre nuevo*, primera parte, capítulo X, así como *Desenmascaramiento*, ambos escritos por Jan van Rijckenborgh, Ediciones del Lectorium Rosicrucianum, Madrid, 1989 y 1984). Dése cuenta que toda la actividad de los pensamientos, sentimientos, voliciones y deseos, incluyendo también los llamados buenos, engendran eones, es decir, fuerzas naturales impías que dominan al hombre y le retienen prisionero en su caminar por la naturaleza de la muerte.

Escuela Espiritual: Escuela de Misterios de los Hierofantes de Cristo (véase Fraternidad Universal).

Esfera material / Esfera reflectora: son las dos mitades del orden de la naturaleza dialéctica. La esfera material es el plano donde vivimos en nuestra apariencia material. La esfera reflectora es el plano donde, entre otras cosas, se desarrolla el proceso de la muerte de la antigua personalidad y la vivificación de una nueva personalidad. Esta esfera abarca, además de las esferas infernales y del fuego del purgatorio (o esfera de purificación), lo que en la religión natural y el ocultismo se denomina erróneamente como “el cielo” y “la vida eterna”. Tal como sucede con la existencia en la esfera material, las así denominadas esferas celestes y su existencia en ellas también están sometidas a las limitaciones y a la temporalidad. La esfera reflectora es la residencia temporal de los muertos, aunque sin querer decir que la personalidad fallecida pueda volver a vivir, pues no hay nada de la personalidad cuádruple que sobreviva a la muerte. El núcleo más profundo de la conciencia, la chispa dialéctica, es lo único que regresa temporalmente al ser aural para formar la base de la conciencia de otra

personalidad, la cual construirá el ser aural con la colaboración de las fuerzas que operan en la madre.

Esfera reflectora: véase esfera material.

Flor de oro, maravillosa: el nacimiento de la luz de Dios en el santuario de la cabeza, en el espacio vacío detrás del hueso frontal, por donde las siete cavidades cerebrales son colmadas de luz de la Gnosis, del prana de la vida, cual una rosa de siete pétalos que permite al candidato en el nuevo devenir de la conciencia contemplar el nuevo campo de vida.

Focos: lugares de trabajo espiritual de la actual Escuela de Misterios, el Lectorium Rosicrucianum, donde se manifiestan concentradas las fuerzas de luz de la Gnosis.

Fraternidad Universal: la jerarquía divina del Reino Inmutable. Constituye el cuerpo universal del Señor y tiene además muchas otras denominaciones, tales como la iglesia invisible de Cristo, la cadena gnóstica universal, la jerarquía de Cristo, la Gnosis. En su actividad a favor de la humanidad caída, esta fraternidad aparece entre otras como Triple Alianza de la Luz, Fraternidad de Shamballa, Escuela de Misterios de los Hierofantes de Cristo, o Escuela Espiritual hierofántica, y toma forma en la Joven Fraternidad Gnóstica.

Fuego de la Serpiente, sistema del: sistema cerebro-espinal, sede del fuego del alma o fuego de la conciencia, localizado en el canal de la columna vertebral.

Gnosis:

a) el aliento de Dios, Dios, el Logos, la fuente de todas las cosas, que se manifiesta en tanto que espíritu, luz, fuerza y sabiduría.

b) la Fraternidad Universal, como portadora y manifestación del campo de radiación crístico.
c) El conocimiento vivo que es de Dios y que está en Dios, y el legado de quienes entran en el estado de conciencia poimándrico por medio del renacimiento del alma, del nacimiento de la luz de Dios.

Gnosis original de Hermes: expresión que señala el hecho de que toda verdadera actividad gnóstica en nuestro actual período de la humanidad parte del manantial de la Gnosis egipcia. Todo trabajo de salvación gnóstico enraiza en el saber original de que la liberación del hombre sólo es posible por la resurrección del hombre hermético o mercurial, el verdadero hombre divino, el cual vive a partir de la conciencia iluminada por Dios. Todo trabajo de salvación señala este fundamento como lo testimonia el Evangelio al indicar: "Llamé a mi Hijo de Egipto".

Isis: véase alma-espíritu.

Lípika: véase ser aural.

Microcosmos: el hombre en tanto que mundo a pequeña escala, "minutus mundus", es un complejo sistema vital esférico en el que se puede distinguir desde el interior hacia el exterior: la personalidad, el campo de manifestación, el ser aural, y un campo espiritual magnético séptuple. El verdadero hombre es un microcosmos. Lo que se entiende por hombre en este mundo no es más que la personalidad mutilada de un microcosmos degenerado. La conciencia actual solamente es una conciencia de la personalidad. En consecuencia, se deduce que sólo es consciente del campo de existencia al que pertenece.

Morada Sancti Spiritus: el campo de la resurrección, el nuevo campo de vida. Véase también Cabeza de Oro.

Naturaleza de la muerte: en nuestro campo de existencia actual rige la ley del cambio y de la demolición continua. Todo lo que aparece aquí ya está pereciendo desde su primer momento. Lo que llamamos nuestra vida es, por lo tanto, una existencia aparente, existimos pues en una gran ilusión. El dolor de la destrucción que tan intensamente experimentamos, intenta despertarnos lo más rápidamente posible para que nos demos cuenta de que el campo de vida destinado al hombre no es el mundo de la dialéctica, no es la naturaleza de la muerte, sino que es la naturaleza de la vida, el campo de vida adamítico original, designado en la Biblia como "el Reino de los Cielos".

Orden de emergencia, personalidad del: A consecuencia del gran drama cósmico conocido bajo el nombre de "la Caída", una parte de la ola de vida humana ya no pudo mantenerse en el campo de vida humano original al perder la unión con el espíritu, con lo que cayó bajo el dominio de la naturaleza privada de razón y se identificó con ella. Para ofrecer a la humanidad caída la posibilidad de liberarse de esta prisión de la ilusión, fue aislada en un coto aparte del septenario cósmico, sometido a la ley de la dialéctica, la ley del nacimiento y demolición continuos a fin de que, en la dolorosa experiencia de la finitud de todas las cosas, se volviera consciente de su elevado origen y de su esencia imperecedera y que tomando conciencia de ser un hijo perdido, rompiera las cadenas de la materia, el enclaustramiento de "carne y sangre" y mediante el restablecimiento de la unión con el Padre, con el espíritu, regrese al dominio de vida original de la humanidad. Por este motivo la filosofía rosacruz denomina orden de

emergencia a nuestro campo de existencia y el cuerpo con el que el hombre se manifiesta aquí, el cuerpo del orden de emergencia. El alumno, en el camino de regreso a la casa del Padre, y con la indispensable ayuda de la luz gnóstica, de la luz de amor de Cristo, aprende a sustituir este cuerpo del orden de emergencia por un vehículo inmortal glorificado. Este proceso de transfiguración es el "renacimiento de agua y de espíritu" del Evangelio; es la transformación total de lo impío y mortal, en lo sagrado e inmortal, a partir de las aguas originales, la sustancia del origen, en la fuerza de la unión restablecida con el espíritu.

Osiris: véase alma-espíritu.

Otro, el: designación del verdadero hombre inmortal, el cual procede de Dios y "es perfecto como el Padre es perfecto". El único objetico de nuestra presencia en el campo de existencia dialéctico es el despertar de nuevo a la vida a este Hijo unigénito, el ser crístico en nosotros. También es por tanto, la meta de todo verdadero rosicrucismo gnóstico. Véase también: rosa del corazón.

Pistis Sophia:
a) nombre de un evangelio gnóstico del siglo II que ha permanecido intacto, atribuido a Valentín, y que anuncia el camino de la redención en Cristo, la senda de la transmutación y de la transfiguración, con todo detalles y una pureza impactante;
b) indicación que designa también al verdadero alumno que persevera hasta la realización.

Poimandres: el Espíritu vivificante que se manifiesta tanto al hombre-alma renacido como en él. Esta manifestación sucede de dos formas. Primera: cuando la radiación nuclear

séptuple del microcosmos penetra en el santuario de la cabeza. Y segunda, una vez completado el trabajo de santificación que generó la ofrenda del alma mortal, por la resurrección del hombre celeste glorificado y perfecto, el ser crístico interior, fuera de la tumba de la naturaleza a partir del átomo original, el punto central de la Tierra microcósmica. Este desarrollo es por lo tanto completamente cristocéntrico. Cristo tras su crucifixión (el descenso de la luz divina en la personalidad mortal) desciende hasta el centro de la Tierra para resucitar de su tumba una vez realizado allí su trabajo de salvación.

Quíntuple Gnosis Universal: designación que engloba las cinco fases de desarrollo en las cuales y por las cuales se manifiesta el camino de la vida en el alumno: 1) comprensión liberadora; 2) deseo dinámico de salvación; 3) rendición del yo; 4) comportamiento nuevo; 5) resurrección en el nuevo campo de vida.

Rectores: llamados también cosmocrátores o dioses, son los siete poderosos seres naturales, unidos estrechamente con el origen de la creación, que preservan las leyes cósmicas fundamentales y sus esferas de actividad. Juntos forman el Espíritu séptuple de la manifestación universal (véase también en el tomo I de La Gnosis egipcia original, el primer libro: Poimandres).

Reino gnóstico, nuevo: el campo astral gnóstico formado a partir de la sustancia astral pura del origen, construido por la Joven Fraternidad Gnóstica en colaboración con la cadena universal gnóstica, de la cual es su último eslabón. Por su actividad en los dos mundos (tanto en el campo de la resurrección del sexto plano cósmico como en nuestro campo de existencia en el séptimo plano cósmico) y

mientras dure el tiempo de la cosecha, permite entrar al hombre que busca la salvación en el Cuerpo Vivo de la joven Gnosis, el campo de la resurrección. El Cuerpo Vivo forma así un puente temporal entre ambos planos cósmicos. El nuevo reino gnóstico encarna todas las fuerzas que necesita el alumno para franquear este puente que conduce a la vida.

Rosa del corazón: denominación mística del átomo-chispa de espíritu (llamado también átomo original o átomo crístico), que está situado aproximadamente en la cima del ventrículo derecho del corazón y coincide con el centro matemático del microcosmos. Es un vestigio rudimentario de la vida divina original. La rosa del corazón, o "el grano de trigo dorado, Jesús", o "la joya maravillosa en el loto", es el germen de un nuevo microcosmos, es la semilla divina que el hombre caído guarda en su interior, como una promesa de la gracia, hasta que llegue el momento en que recuerde su origen y sea colmado del deseo de regresara la Casa del Padre. Así se crea la posibilidad de que la luz de la Gnosis despierte el capullo de rosa dormido y, gracias a la reacción positiva y la orientación perseverante del alumno, comience el proceso de regeneración según el plan de salvación divino.

Rosa a la cruz, fijar la: fase del alumnado en la que el alumno, guiado por una orientación pura y un verdadero anhelo de salvación, experimenta la muerte diaria del hombre-yo para que resucite en él el verdadero hombre-Dios, el hombre poimándrico.

Rueda del nacimiento y de la muerte: el proceso siempre reiterado de nacimiento, vida y muerte de una personalidad, según con la ley recurrente de la dialéctica y seguido de la revivificación del microcosmos con otra personalidad distinta.

Salitre corrompido: nombre que Jacob Boëhme da a la materia mancillada e impía, propia de este mundo.

Santuario del corazón y santuario de la cabeza: la cabeza y el corazón del hombre están destinados a servir de “talleres” consagrados para las actividades divinas en el hombre y con el hombre que ha restablecido la unión con el espíritu, el vínculo con su Poimandres. Correspondiendo con esta sublime destinación y tras una purificación fundamental y estructural en el camino de la endura, el corazón y la cabeza se convierten de nuevo en una maravillosa unidad, en un verdadero santuario al servicio de Dios y de su intervención sobre el mundo y de la humanidad. En cuanto el alumno se vuelve consciente de su destinación, es exhortado e impulsado sin cesar a que purifique su vida de todos aquellos pensamientos, voliciones, deseos y actos que pudieran oponerse a esta vocación.

Ser aural: el firmamento aural, el conjunto de los centros sensoriales, centros de fuerza y focos en los que está grabado todo el karma del hombre. Nuestro ser terrestre y mortal es una proyección de este firmamento y está totalmente determinado por sus posibilidades, limitaciones y naturaleza. El ser aural es la encarnación de todo el fardo de pecados del microcosmos caído. Se trata del antiguo cielo (microcósmico) que debe desaparecer y sustituirse por un nuevo cielo mediante un cambio total de vida de la mano de la Gnosis. Esto lleva consigo una nueva tierra, la resurrección del hombre verdadero en quien el espíritu, el alma y el cuerpo forman de nuevo una unidad armoniosa e imperecedera, en concordancia con el plan divino.

Simpático: parte del sistema nervioso que no está bajo el control de la voluntad del hombre dialéctico sino que

funciona automáticamente; especialmente los dos cordones nerviosos ubicados a derecha e izquierda del canal de la médula espinal. Estos dos cordones confluyen en la cima de la espina dorsal, en la pineal.

Unidad de grupo: la unidad efectiva de todos los que son acogidos en el Cuerpo Vivo de la Joven Fraternidad Gnóstica y que exige la esencia misma de cualquier Escuela Espiritual. La unidad de grupo no es la manifestación exterior bien intencionada de solidaridad, sino la unidad interrior de y en la vida del alma en crecimiento en la Gnosis, que se demuestra en una nueva conducta positiva que sigue el espíritu del Sermón de la Montaña.